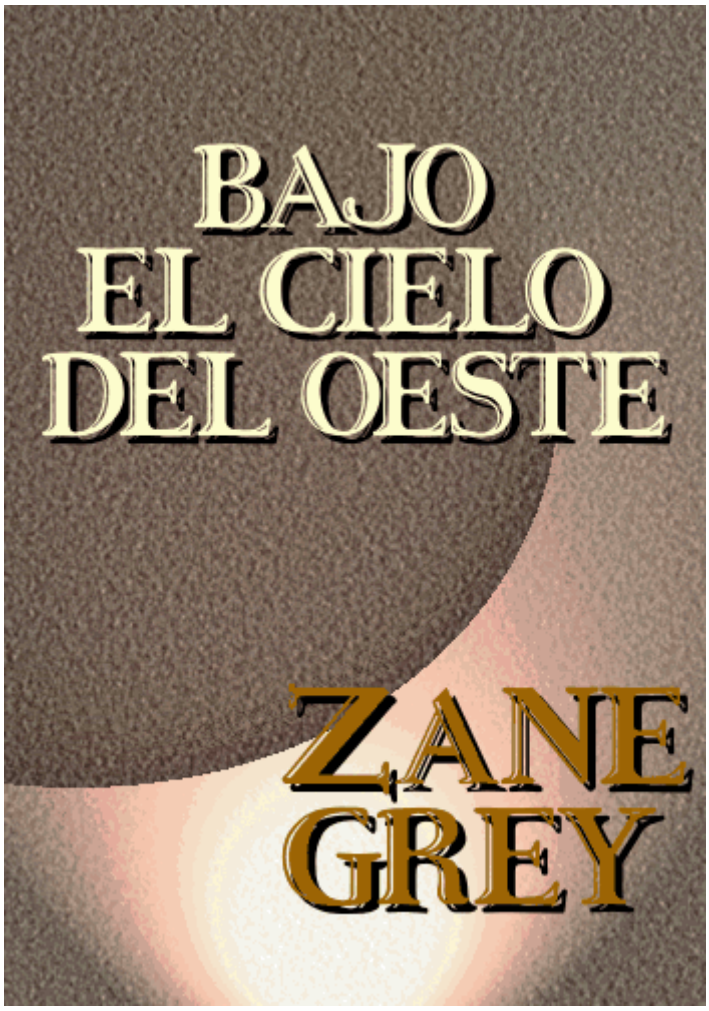
LIBRO dot.com

BAJO EL CIELO DEL OESTE

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Eran aproximadamente las doce de la noche cuando Magdalena Hammond se apeó del tren en El Cajón, Nuevo Méjico. Su primera impresión fue de un inmenso espacio vacío, ventoso, fresco y extrañamente silencioso que se extendía bajo grandes estrellas titilantes.

-No ha salido nadie a recibirla, señorita -dijo con solícito interés el conductor.

-Telegrafié a mi hermano -replicó ella-. Tal vez, como traemos tanto retraso... se canso de esperar. Pero no tardará en volver. Y si no vistiese..., ¿podré seguramente hallar algún hotel?

-Hay posadas. El jefe de estación le informará. Pero permita que le diga que este lugar no es a propósito para una señora como usted. Es un pueblecillo turbulento, compuesto principalmente de *cowboys*, mejicanos *y* mineros..., gente toda jaranera, si la hay. Además, la revolución del otro lado de la divisoria ha provocado a lo largo de ella cierta efervescencia. Creo, señorita, que no hay nada que temer si...

-Gracias. No tengo el menor miedo.

Al arrancar el tren, Magdalena Hammond se encaminó hacia la mal alumbrada estación. A punto de entrar en el edificio hallo a un mejicano tocado con un amplio sombrero que ocultaba su rostro y embozado con una manta.

-¿Ha venido alguien a recibir a la señorita Hammond? - le preguntó.

-*No sabe*, señora -replicó con voz apagada por el embozo, y recatándose en la sombra.

Entró en la vacía sala de espera, donde una lámpara de aceite difundía una luz escasa y amarillenta. La ventana de la taquilla estaba abierta, y por su hueco vio que en ella no había ni taquillero ni factor. Oíase funcionar débilmente un aparato telegráfico.

Magdalena Hammond se detuvo, golpeando el suelo con su diminuto pie, y con cierto humorismo comparo su recepción en El Cajón con su llegada al Gran Central. La única ocasión en que recordaba haberse hallado sola como ahora fue cuando perdió el tren y a su doncella en una estación próxima a Versalles, aventura que constituyó una novelesca y deliciosa interrupción en la prescrita rutina de su muy acompañada existencia. Atravesando la pieza se acercó a una ventana y, apartando de su rostro el velo que lo cubría, miró afuera. De momento, sólo pudo vislumbrar algunas luces mortecinas, y éstas aún confusamente. Al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, vio no muy lejos de la ventana a un caballo de magnífica estampa. Más allá, había una plaza desierta, o, si se trataba de una calle, era la más ancha que Magdalena viera en su vida. Las luces procedían de edificios bajos y achatados. Divisó luego las formas imprecisas de

varios caballos que permanecían inmóviles y con las cabezas gachas. Por un cristal roto entraba la fresca brisa y con ella un sonido que hirió desagradablemente sus oídos... una discorde mezcla de risas y gritos, y el cadencioso ludir de botas que seguían la violenta música de un gramófono.

«El Oeste se divierte-musitó miss Hammond, apartándose de la ventana-. Y yo, ¿que hago? Esperaré. Tal vez vuelva pronto el jefe de estación, o venga Alfredo a mi encuentro.»

Mientras aguardaba sentada analizó las diversas causas originarias de la peculiar situación en que se hallaba. El que Magdalena Hammond se encontrase sola, a tan tardías horas, en una mísera estación ferroviaria del Oeste, era en verdad extraordinario.

El año de su presentación en sociedad había tenido mal acabamiento con el oprobio de su hermano y su subsiguiente abandono de la casa paterna. De esa época databa el aire pensativo en ella habitual, y su descontento de la brillante vida que la sociedad le brindaba. El cambio había sido tan gradual, que antes de que ella se diera cuenta era ya permanente. Durante algún tiempo una continua actividad al aire libre -golf, tenis, yachting- evité que el descubrimiento se convirtiese en mórbida introspección; mas llegó un día en que incluso los deportes perdieron su atractivo. Y entonces fue cuando se creyó en realidad enferma de espíritu. Ni el viajar remedio su mal.

Habían sido meses de inquietud, de asombro curiosamente penoso al ver que eran insuficientes su posición, su fortuna, su popularidad. Creyó haber dejado atrás los ensueños y las fantasías de muchacha, para convertirse en una mujer de mundo. Y continuó llevando la misma vida de antes, formando parte de la brillante cohorte, pero sabiendo la verdad..., sabiendo que en su vida de lujo y de molicie no había nada digno de estima.

A veces, desde lo más recóndito de su alma, surgían en singulares momentos vivas intimaciones de una futura rebeldía. Recordaba una noche en la ópera cuando al descorrerse la cortina descubrióse una decoración excepcionalmente bien ejecutada..., un dilatado espacio de profunda desolación, extendiéndose hasta lo infinito, bajo un cielo tachonado de estrellas. La sugerencia de vastos yermos de solitaria y rugosa tierra y de una inmensa bóveda celeste, había invadido su alma, inundándola de extraña y dulce paz.

Al cambiarse el decorado desvanecióse en ella este vago y raro sentimiento, y volvió, irritada, la espalda al escenario. Con la vista recorrió las cóncavas hileras de rutilantes palcos que representaban su mundo. Era éste un mundo distinguido y espléndido, compendio de la elegancia, riqueza, cultura, belleza y aristocracia de una nación. Ella, Magdalena Hammond, formaba parte de él. Sonrió, escuchó, habló con quienes ocasionalmente entraron en su palco, dándose cuenta de que ni por ni¡ solo instante mostrábase natural, ni era sincera consigo misiva. Preguntóse por que aquellas gentes no podían ser de otro modo, aunque le habría sido difícil precisar cómo hubiera

Librodot

querido que fuesen. Distintos, no hubiesen encajado en aquel marco; probablemente no habrían estado allí. Con cierta melancolía pensó que para satisfacerla les faltaba algo.

Súbitamente comprendió que si no se rebelaba, acabaría casándose con uno de estos individuos. Y tal idea produjo en ella una inmensa lasitud, un glacial convencimiento de que aquella vida había perdido su encanto. Sentíase harta de sociedad elegante; harta de individuos atildados, pulcros e imperturbables, cuyo único anhelo parecía ser hacerse gratos a ella; harta de sentirse festejada, admirada, galanteada, perseguida e importunada; harta de la gente, de las casas, del ruido, de la ostentación y del lujo. Y también, ¡hastiada de sí misma!

En las solitarias lejanías y en las frías estrellas de la audaz decoración escenográfica había sorprendido algo que impresionó a su alma. La sensación no fue duradera y no pudo retenerla. Imaginó que fue la valentía misma de la escena lo que la había cautivado; adivinó que el hombre que la pintara debía haber hallado inspiración, alegría, fuerza y serenidad en la ruda Naturaleza. Y por fin comprendió lo que necesitaba : estar sola, meditar largas horas, contemplar horizontes lejanos, silenciosos, crepusculares, observar las estrellas, enfrentarse con su propia alma, conocerse, en fin, a sí misma.

Entonces germinó en su mente la idea de visitar a su hermano que había partido para el Oeste a probar fortuna con los ganaderos. Casualmente unos amigos estaban en vísperas de marchar a California, y tomó la rápida resolución de hacer el viaje con ellos. Cuando calmosamente anunció este proyecto, su madre prorrumpió en consternadas exclamaciones, y su padre, sobrecogido por el patético recuerdo de la oveja descarriada de la familia, se la quedó mirando con ojos fulgurantes.

-¡Cómo, Magdalena! ¿Quieres volver a ver a ese indómito muchacho?

Y cediendo a la cólera que aún sentía contra su díscolo primogénito, había prohibido el viaje a Magdalena. Abrumada, su madre había perdido su altivo y digno continente. No obstante, Magdalena, dando muestras de una voluntad cuya firmeza hasta entonces ignoró ella misma, se mantuvo tenaz, resuelta, llegando incluso a recordarles a sus padres que tenía veinticuatro años y era, por tanto, dueña de sus actos. Al fin su voluntad se impuso, y ello sin haberse visto obligada a descubrir su verdadero estado de ánimo.

La resolución de visitar a su hermano fue tomada v puesta en práctica con tal premura, que ante la imposibilidad de participársela por carta, le telegrafió desde Nueva York, y luego, desde Chicago, donde una repentina indisposición detuvo a sus compañeros de viaje.

Entonces ya no hubiera retrocedido por nada. Magdalena había proyectado llegar a El Cajón el 3 de octubre, día del cumpleaños de su hermano, y así había acontecido, aunque su llegada tuvo efecto a medianoche, debido a que el tren había sufrido considerable retraso. No tenía medio de saber si sus mensajes habían llegado o no a manos

de su hermano, y lo que ahora la preocupaba era que acababa de llegar y que el no estaba allí para recibirla.

La realidad del presente tardó poco en sobreponerse a los recuerdos del pasado.

«Espero que no le habrá ocurrido nada a Alfredo -se dijo- La última vez que me escribió estaba bien y en situación próspera. Cierto que hace de eso bastante tiempo; mas nunca escribió con frecuencia. De fijo se encuentra bien. No tardará en llegar, y ¡que alegría tendré al verle! ¿Habrá cambiado mucho?...

Mientras aguardaba sentada en la amarillenta penumbra, Magdalena oyó el tenue, intermitente martilleo del aparato telegráfico, el sordo zumbido de los alambres, el ocasional pateo de un herrado casco, y una lejana y estúpida risotada dominando la algarabía del baile. Todos aquellos ruidos eran nuevos para ella. Advirtió en su pulso un leve aceleramiento. Magdalena poseía tan sólo limitadas referencias del Oeste. Como todas las de su clase, había recorrido Europa y había descuidado América. Las contadas cartas de su hermano habían venido a trastornar sus ya vagas ideas de planicies y montañas, de cowboys y ganado. Sentíase sorprendida de la interminable distancia que había recorrido, y si en el curso del trayecto había cruzado algo interesante, le pasó por alto a causa de haber viajado de noche. Y aquí estaba, aguardando en una pequeña y oscura estación, sin más compañía que el gemido del viento entre los hilos telegráficos.

Un débil ruido que semejaba el retiñir de ligeras cadenillas llamó la atención de Magdalena. De momento la muchacha lo atribuyó a los alambres del telégrafo. Luego oyó pisadas. La puerta se abrió, dando paso a un individuo de elevada estatura y avanzando con el aquel ruido.

Entonces comprendió que procedía de sus espuelas. El sujeto era un cowboy, y su entrada le recordó vívidamente la de algunos «astros» de película.

-¿Quiere usted hacer el favor de indicarme algún hotel? -preguntó Magdalena poniéndose en pie.

El cowboy se quitó el sombrero, describiendo con el un semicírculo y acompañando el ademán con una reverencia que, no obstante su exageración, tenía cierta gracia, dio dos largos pasos hacia ella.

-¿Es usted casada, señora?

En otros tiempos, una punta de humorismo había ayudado a Magdalena Hammond a salvar situaciones críticas. Guardo silencio, pensando que era una suerte que su velo cubriese su semblante. De antemano sabía que iba a encontrar cowboys bastante chocantes, como sabía que era peligroso reírse de ellos.

Aquel caballero de la pampa extendió con deliberación un brazo y se apoderó de su mano izquierda. Antes de que hubiese vuelto de su asombro le había quitado el guante.

-Preciosa mano, pero sin anillo nupcial -exclamó lentamente-. Señora, me alegro de ver que no es usted casada.

Soltó la mano y devolvió el guante.

-El único hotel de este lugar se opone, por principio, a dar albergue a mujeres casadas.

-¿De veras? -dijo Magdalena, intentando ajustar sus ideas a la situación.

-De veras -prosiguió el cowboy-. Son un mal negocio para los hoteleros. Ahuyentan a los muchachos. Esto no es Reno.

Soltó una juvenil carcajada y por esto y por la forma de volverse a poner el sombrero, Magdalena dedujo que estaba medio embriagado.

Retrocediendo instintivamente, no tan sólo le miró con mayor detenimiento, sino que se halló en situación de observar mejor su semblante. Era éste como de cobre batido, audaz, rudo, astuto. Rióse de nuevo el cowboy, como si se divirtiese buenamente consigo mismo, y la risa alteró apenas la rigidez de sus facciones. Como todas las mujeres cuya belleza y encanto han sido muy celebrados, Magdalena había desarrollado de tal modo su intuición, que con una sutil y exquisita ojeada adivinaba la naturaleza de los hombros y el efecto que su presencia causaba sobre ellos. Aquel rudo cowboy la había afrentado bajo la influencia del alcohol, y, sin embargo, cualquiera que fuese su intención, no pensó insultarla.

-Le agradeceré que me guíe al hotel -replicó la muchacha.

-Señora; espere usted aquí-replicó con cierta premiosidad, como si no pudiese coordinar las ideas-. Voy a buscar al mozo.

Ella le dio las gracias, y al verle salir y cerrar la puerta, volvió a sentarse, considerablemente tranquilizada. Pensó que hubiera debido mencionar el nombre de su hermano. Luego preguntóse que genero de vida llevaría Alfredo entre aquellos toscos y rudos cowboys. Cuando su hermano iba al colegio, mostrábase ya bastante turbulento, y Magdalena dudaba que cowboy alguno hubiera podido enseñarle nada que el no supiera. De toda la familia ella era la única que había tenido fe en su hermano, aunque, después de dos años de silencio, su fe comenzaba a flaquear.

Esperando allí, sorprendióse escuchando el gemir del viento a través de los hilos telegráficos. El caballo que había visto afuera comenzó a patear, y una vez lanzó un relincho. Luego, Magdalena oyó un rápido tableteo, débil al principio, y más intenso después, que acabó identificando con el galopar de caballos. Se acerco a la ventana, creyendo que sería su hermano. Mas al aumentar de volumen el ruido, cruzaron ante ella, como sombras, cabalgaduras cenceñas de melena y cola encrespadas, montadas por ensombrerados jinetes, extraños y bravíos al parecer. Recordando lo que el conductor había dicho, costóle algún trabajo dominar su desasosiego. Densas nubes de polvo velaron dos figuras, talluda la una, insignificante la otra. El cowboy volvía con el mozo.

Sonaron afuera recias pisadas, seguidas de otras más ligeras, y de pronto se abrió la puerta con una violencia que hizo retemblar el aposento. El cowboy entró, arrastrando materialmente a un desgreñado personaje..., un sacerdote cuya sotana había sufrido

Librodot

evidente mal trato por efecto de los rudos empujones de su apresador. Era manifiesto que el padre estaba verdaderamente aterrorizado.

Magdalena Hammond miró con indecible asombro al hombrecillo pálido y descompuesto, y una frase de protesta tembló en sus labios, pero no llegó a pronunciarla. El semiebrio cowboy mostrábase ahora como un frío y cínico energúmeno; y sonriendo y alargando la mano la asió por un brazo y la obligó a sentarse.

-¡Quédese ahí! -ordenó.

Su voz, sin ser brutal ni áspera ni cruel, tuvo el inexplicable efecto de hacer que se sintiera incapaz de moverse. Hasta entonces, ningún hombre le había hablado nunca en semejante tono. Quien obedeció en ella fue la mujer... no la personalidad altiva de Magdalena Hammond.

El padre, juntando las manos, las elevó como si rogara por su vida, y empezó a hablar atropelladamente en español. Magdalena no comprendía el idioma. El cowboy sacó un descomunal revólver, blandiéndolo ante el rostro del sacerdote. Luego, lo inclinó como para apuntar a los pies del religioso. De repente surgió un fogonazo, seguido de una atronadora detonación que aturdió a la joven. La estancia se llenó de humo y de olor a pólvora. Magdalena ni se desmayó ni cerró los ojos, pero sintióse como atenazada por una fría garra. Cuando se disipó la humareda, vio con inmenso alivio que el cowboy no había herido al padre. Sin embargo, continuaba blandiendo el arma, mientras empujaba su víctima hacia ella. ¿Cuál podía ser la intención del embriagado sujeto? Indudablemente se trataba de alguna estratagema de cowboy. Ella tuvo un vago y fugaz recuerdo de las primeras cartas de Alfredo en que describía las extravagantes chanzas de los cowboys. Luego, rememoró vívidamente una patética película que había visto... de unos cowboys que hicieron una monstruosa jugarreta a una infeliz y solitaria maestra de escuela. No bien hubo pensado esto, Magdalena persuadióse de que cuanto ocurría era el medio adoptado por su hermano para iniciarla en las diversiones propias del turbulento Oeste. Costábale dar crédito a ello, pero así debía de ser. La inveterada afición de Fred a hacerle víctima de sus bromas podía extenderse hasta semejante ultraje. Probablemente se hallaría afuera, detrás de la puerta o junto a la ventana riéndose de su embarazosa situación.

La ira aminoró su pánico. Con toda la compostura que le permitía esta sorpresa, se puso de pie y dirigióse hacia la salida. Pero el cowboy le cerró el paso, asiéndola por los brazos. Magdalena comprendió entonces que su hermano era por completo ajeno a aquella indignidad. No se trataba de ningún bromazo. Era algo de veras, algo que estaba ocurriendo y que constituía para ella Dios sabe que amenaza. Intentó desasirse, roja de ira al tener que forcejear con aquel bruto. Dignidad, compostura, educación..., todos los hábitos de carácter adquiridos cedieron ante el instinto de defensa. De constitución atlética, luchó y forcejeó desesperadamente; pero el, con sus manos de acero obligóla a ceder. Jamás habría supuesto que un hombre pudiera ser tan forzudo. Mas no fue esto, sino la sonriente y

Librodot

fría expresión del semblante de aquel desconocido, la paralizadora extrañeza de su conducta, lo que hizo flaquear a Magdalena hasta obligarla a sentarse, trémula, en la banqueta.

-¿Que... significa... esto? -preguntó jadeante.

-Ceda un poco la brida, querida -replicó el alegremente.

Magdalena pensó estar soñando. Le era imposible coordinar sus ideas. Los hechos se habían sucedido con demasiada rapidez y eran demasiado terribles para poder explicárselos. Sin embargo, ella no sólo veía a este hombre, sino que notaba su poderosa presencia. Y el tembloroso sacerdote, la azulada humareda, el acre olor de la pólvora... no eran tampoco irreales.

De pronto, ante sus ojos brilló otro deslumbrante fogonazo, y junto a sus oídos sonó otro disparo. Sin fuerzas para mantenerse en pie se dejó caer sobre el asiento. Sus turbadas facultades sentíanse manifiestamente incapaces de comprender lo que ocurrió en los momentos sucesivos; no obstante, logró rehacerse lo suficiente para poder oír como en una pesadilla la voz del padre pronunciando palabras incomprensibles para ella. Cesó esta voz, y entonces vino a turbarla la del cowboy.

-Señora, diga : Sí... Sí... ¡Dígalo pronto! ... ¡Sí!

Por pura sugestión, por una fuerza irresistible en aquellos instantes en que estaba dominada por el pánico, ella repitió la palabra.

-Y ahora, para que podamos terminar esto en una forma decorosa... ¿cómo se llama usted?

Obedeciendo maquinalmente, la muchacha pronunció su nombre.

Él se la quedó mirando, como si el nombre hubiese despertado recuerdos en su mente un tanto turbada, bamboleándose sobre las inseguras piernas. Magdalena oyó la violenta expulsión de su aliento, una especie de soplido, frecuente en los beodos.

-¿Que ha dicho? -preguntó.

-Magdalena Hammond. Soy la hermana de Alfredo Hammond.

El cowboy se llevó una mano a los ojos como si tratase de disipar imaginarias telarañas. Se acercó a ella, y con la mano, ahora algo temblorosa, quiso levantar su velo. Antes, empero, de que pudiese tocarlo ella misma se lo echo atrás descubriendo el rostro.

-¿Es... usted... Majestad Hammond?

¡Qué extraño -más extraño que todo cuanto le había ocurrido hasta entonces- fue el oír aquel nombre de labios de un cowboy! Era un apodo por el cual se la conocía familiarmente, aunque solo los seres más allegados a ella y más queridos gozaban del privilegio de usarlo. Al oírlo aviváronse sus embotados sentidos, y haciendo un esfuerzo recobro el dominio sobre sí misma.

-¿Usted es Majestad Hammond? -repitió, más bien afirmándolo sorprendido que preguntándolo.

Magdalena se puso en pie encarándose con él.

-Sí; yo soy.

El cowboy enfundó su revolver.

-Entonces, opino que vale más no proseguir la ceremonia.

-¿Qué? ¿Por qué me obligó usted a decir Sí a ese sacerdote?

-Fue... fue un modo como otro cualquiera de darle a entender..., que estaba usted conforme... en casarse conmigo.

-¡Oh!... ¡Es usted un... un...! -Le faltaron palabras.

Esto pareció galvanizar al cowboy. Cogiendo por un hombro al padre lo llevo hacia la puerta, mascullando denuestos y amenazas, exigiendo sin duda discreción. Luego de un empujón le hizo franquear la puerta, tras la cual se quedo inmóvil, respirando con fuerza y luchando consigo mismo.

-Verá..., espere..., espere un minuto, señorita Hamnd -dijo con voz gutural-. En peor compañía que la mía podía haberse encontrado..., aunque piense lo contrario. No niego que estoy... bastante... bastante bebido, pero así y todo, estoy en mis cabales. Espere..., espere un minuto.

Magdalena permaneció de pie, trémula y encendida de furor, observando la lucha que sostenía este salvaje con su embriaguez. El aspecto del cowboy era el de quien recobrando súbitamente su conciencia hace esfuerzos sobrehumanos por conservarla. La joven vio su cabello empapado en sudor agitarse al impulso de la brisa a la que expuso la ardorosa cabeza. Encima de él, en la profundidad del cielo azul, vio brillar las rutilantes estrellas, que le parecieron tan irreales como todo cuanto le había acontecido aquella extraña noche. Aparecían frías, brillantes, lejanas, remotamente lejanas; y mirándolas, su cólera fue decreciendo hasta extinguirse, quedándose al fin extrañamente calmada.

El cowboy volvió al aposento.

-Verá usted... -empezó trabajosamente-. Estaba bastante alegre. Ha habido una fiesta... y una boda. Cuando bebo hago cosas raras. Cometí la sandez de apostar que me casaría con la primera muchacha que llegase al pueblo... Si no hubiese usted llevado ese velo... Los camaradas me hostigaban... y Ed Linton se acababa de casar... y aquí siempre están dispuestos a jugarse el dinero... Debía de estar «muy» borracho...

Después que la hubo mirado cuando ella se echo atrás el velo, no había vuelto a poner los ojos en su rostro. Su cínica audacia se había trocado en algo que o bien era exceso de emoción o esa torpeza peculiar en ciertos individuos dominados por el alcohol. No lograba estarse quieto; de su frente manaban gruesas gotas de sudor <que de continuo enjugaba con una punta del pañuelo que llevaba al cuello, y su respiración era la del que acaba de efectuar violentos ejercicios físicos.

-Como le digo... estaba muy... -continuo.

-Las explicaciones son innecesarias -interrumpió ella-. Estoy cansada..., extenuada. Es tarde. ¿Tiene usted la más ligera idea de lo que significa portarse como un caballero?

El broncíneo rostro del cowboy enrojeció intensamente.

-¿Está mi hermano... en el pueblo... ahora? -prosiguió Magdalena.

-No; está en su rancho.

-Pero yo le telegrafié.

-Lo más probable es que el telegrama esté aún en su casilla en Correos. Mañana vendrá. Está embarcando ganado para Stillwell.

-Entre tanto necesito ir a un hotel. ¿Quiere usted?...

Si oyó sus últimas palabras no lo dio a entender. Un rugido del exterior atrajo su atención. Magdalena escucho también. Recias voces masculinas seguidas de otras más suaves de mujer, penetraron por la puerta entreabierta. Hablaban en español, y las voces subían de tono cada vez más. A juzgar por el ruido de las pisadas, se acercaban a la estación, y la viveza de los pasos, junto con el tono grave y colérico de unas voces hombrunas, delataban una riña. Luego, la voz suplicante de la mujer, entrecortada y suplicante, demostraba apelar en vano.

La actitud del cowboy sobresalto a Magdalena, haciéndole presagiar algo horrible. Y no se equivocó. De afuera llego el confuso rumor de una lucha..., un disparo sordo, un gemido, el baque de un cuerpo que cae al suelo, un ahogado grito de mujer, y el ruido de pasos que se alejan en rápida retirada.

Magdalena Hammond, fría y angustiada, se recostó en su asiento, y por un instante zumbo en sus oídos el ritmo de la música del local fronterizo y su acompañamiento de cadenciosos pasos. Luego, en el hueco de la puerta apareció el trágico rostro de una muchacha, iluminado por unos ojos negros y encuadrado de cabello castaño. La muchacha tendió una mano morena y delicada hacia la jamba de la puerta a la que se asió como para sostenerse. Un largo chal negro acentuaba su llamativo atavío.

-¡Señor... Gene! -exclamó. Y la alegría del inesperado encuentro aplaco súbitamente su terror.

-¡Bonita! -El cowboy se abalanzo hacia ella-. ¡Muchacha! ¿Estás herida?

-No, señor.

La sujeto por un brazo.

-Oí... que alguien caía herido. ¿Fue Danny?

-No, señor.

-¿Fue Danny quien disparo? Dímelo, muchacha.

-No, señor.

-Me alegro. Temí que Danny estuviese metido en ese lío. Llevaba dinero de Stillwell para los muchachos y... temí... Oye, Bonita, tú vas a verte en un apuro. ¿Quien estaba contigo? ¿Que habéis hecho?

-Señor Gene..., los vaqueros de don Carlos, se pelearon por mí... Basta que yo baile un poco, que sonría un poco, para que se peleen... Les digo que sean buenos, que el sheriff Hawe está al acecho... y he aquí que ahora me llevará a la cárcel... Tengo muchísimo miedo; el sheriff quiso hacer una vez el amor a Bonita, y ahora me odia como odia al señor Gene.

-Pat Hawe no te encarcelará. Toma mi caballo y enfila el camino de Pelancillo. Bonita, prométeme que no volverás a El Cajón.

-Sí, señor.

-La llevo afuera. Magdalena oyó que el caballo resoplaba y mordía el

bocado. El cowboy hablaba en voz baja; solamente unas palabras sueltas llegaron hasta ella: «estribos... espera... sal del poblado... montaña... vereda... ¡ahora monta!»

Siguió un momento de silencio, que fue roto por el ruido de unos cascos al hollar la arena. Luego, Magdalena vio un caballo de oscuro pelaje saliendo a galope por la vasta llanura, y entrevió, agitados por el viento, el chal y la cabellera de la menuda figura agazapada en la silla. El animal se recorto en negro contra el fondo oscuramente iluminado. En su huída había algo de espléndido y salvaje.

Inmediatamente el cowboy reapareció en el umbral.

-Señorita Hammond, opino que deberíamos escabullirnos de aquí. Han ocurrido cosas graves y está a punto de llegar un tren.

Apresuradamente, Magdalena salió al aire libre, sin atreverse a mirar atrás ni a ningún lado. Su guía caminaba de prisa, y ella tenía casi que correr para darle alcance. Mil emociones distintas hervían en su pecho. Aquel gigante, de andar presuroso, que iba a su lado, causábale un efecto extraño. Producíale también una impresión extraña el viento frío y suave de aquella hora y el blanco brillo de las estrellas. ¿Era fruto de su imaginación o realmente parpadeaban las estrellas? Tenía una curiosa y vaga idea de haber ya visto aquellos astros en otros tiempos remotos, en otra vida. La noche parecía tenebrosa, y, sin embargo, reinaba una pálida y luminosa claridad..., una claridad estelar... que ella imaginaba que iba a perseguirla toda su vida.

De pronto advirtió que rebasaban la hilera de edificios, y dijo:

-¿A donde me lleva usted?

-A casa de Florencia Kingsley -replicó el mozo.

-¿Quien es?

-Opino que es la mejor amiga que su hermano tiene aquí.

Magdalena siguió al cowboy algunos momentos más, y luego se detuvo. Ello se debía tanto a la necesidad de recobrar aliento como al miedo que experimentaba. De una vez comprendió lo inútil de su educación para trances como éste. El cowboy, notando su retraso, volvió atrás y esperó en silencio a su lado.

-¡Está tan oscuro, tan desierto! -tartamudeó ella-. ¿Cómo puedo saber..., qué garantía puede ofrecerme de que..., de que no me ocurrirá daño alguno si voy más lejos?

-Ninguna, señorita Hammond, excepto de que he visto su rostro.

II

La singular respuesta inspiró a Magdalena la confianza precisa para seguir adelante con el cowboy, aunque de momento no paró mientes en lo que había dicho. Cualquier contestación amable hubiera surtido el mismo efecto. El mutismo de su acompañante había acrecentado su

nervosidad, impeliéndola a expresar sus temores. Sin embargo, aunque no hubiese contestado habríale seguido.

La sola idea de volver a la estación donde sospechaba que se había cometido un crimen le daba escalofríos; las mortecinas luces de los edificios fronterizos le inspiraban escasa confianza, y por otra parte no quería errar sola en la oscuridad.

Caminando a su lado, muy aliviada por el tono de su respuesta, comenzó a comprender su más profundo significado. Su renaciente orgullo le decía que no debiera conceder a tan triste personaje ni un solo pensamiento. Pero Magdalena Hammond descubrió que el pensamiento era puramente involuntario, y que en ella se revelaban sentimientos insospechados hasta entonces.

Su guía se apartó del sendero para llamar a la puerta de un edificio de baja techumbre.

-¡Hola! ... ¿Quién es?-contestó una voz profunda.

-Gene Stewart -dijo el cowboy-. ¡Llama a Florencia... pronto!

Sintió un rumor de pasos, una llamada en una puerta, y unas voces. Magdalena oyó a una mujer exclamando: «¡Gene! ... ¡Aquí tú, cuando hay baile en el pueblo! ¡Algo debe ocurrir en la pampa! Una luz brilló vivamente a través de una ventana. Momentos después se oyó el suave chancleteo y en la puerta apareció una mujer, con una lámpara en la mano.

-¡Gene! ¿Al está...?

-Al está perfectamente -interrumpió el cowboy.

Dos sensaciones simultáneas hicieron presa entonces en Magdalena: una de extrañeza ante el acento de alarma y amor en la voz de la mujer, y la otra de indecible alivio al sentirse a salvo en casa de la amiga de su hermano.

-Es la hermana de Al... Llegó en el tren de la noche -explicó el cowboy-. Yo estaba casualmente en la estación y... la he traído aquí.

Magdalena salió de la penumbra.

-¿Es usted..., es usted realmente Majestad Hammond? -exclamó Florencia Kingsley.

A punto estuvo de dejar caer la lámpara, mirándola y remirándola, con verdadera estupefacción.

-Sí; realmente soy yo -repitió Magdalena-. Mi tren llegó muy retrasado, y por razones que ignoro. Alfredo no acudió a recibirme. El señor... el señor Stewart juzgó oportuno traerme aquí en lugar de llevarme a un hotel.

-¡Oh! ¡Cuánto me alegro de conocerla! -exclamó calurosamente Florencia-. Entre usted. El asombro me hacía ser descortés. ¡Y Alfredo que ni siquiera mencionó su llegada!...

-No debe haber recibido mis telegramas -dijo Magdalena, trasponiendo el umbral.

El cowboy, que la siguió con su maletín, tuvo que inclinarse para pasar bajo el dintel, y, ya en el aposento, pareció llenarlo con su presencia. La Joven dejó la lámpara sobre la mesa, y Magdalena pudo ver a una muchacha de sonriente y amable rostro, aureolado por una

profunda cabellera rubia que colgaba sobre su nuca.

-¡Oh, qué contento se pondrá Al! -gritó Florencia-. Pero... ¡Si está usted blanca como el papel!

¡Debe de sentirse rendida! ¡Y tras del viaje una tan larga espera! Hace no sé cuántas horas que oí pasar el tren. Estaba a punto de acostarme. Y esta estación que por las noches es un desierto. ¡Si hubiese sabido su llegada! Pero, ¡qué pálida está usted! ¿No se encuentra bien?

-Sí, sólo que me encuentro un poco cansada. Una jornada así en ferrocarril es más dura de lo que yo creía. En efecto, pasé largo rato esperando en la estación, aunque... no puedo decir que estuve sola.

Florencia Kingsley escrutó con sagaces ojos el semblante de Magdalena, posándolos luego en el taciturno Stewart. Deliberadamente cerró la puerta que comunicaba con otro aposento.

-Señorita Hammond, ¿qué ha ocurrido? preguntó en voz baja.

-Vale más no recordarlo -replicó Magdalena-. Pienso, sin embargo, decirle a Alfredo que habría preferido encontrarme con un apache hostil que con un cowboy.

-Por favor, no diga usted eso -gritó Florencia. Y cogiendo a Stewart por un brazo lo arrastró hacia la luz-. ¡Gene! ¿Estás borracho?

-Estaba considerablemente bebido-replicó cabizbajo.

-¡Oh! ¿Qué has hecho?

-Escucha, Flo, yo...

-No quiero saberlo. Era de esperar. Gene, ¿no tendrás nunca un poco de decencia? ¿No dejarás de beber de una vez? Acabarás perdiendo todas tus amistades. Stillwell te defiende aún. Al es tu mejor camarada. Molly y yo te hemos apoyado, y ahora vas y haces... ¡Dios sabe lo que debes haber hecho!

-¿Por qué diablos llevan velo las mujeres? -gruñó-. A no ser por el velo la habría reconocido, y...

-Y no la habrías insultado, pero sí a la siguiente que se hubiese presentado. No tienes remedio, Gene. Ahora, coge la puerta y no vuelvas a aparecer por aquí.

-¡Flo! -impetró.

-Como lo oyes.

-Calculo que volveré mañana a... tomar mi medicina -replicó.

-Si te atreves a... -gritó Florencia.

Stewart salió, cerrando tras sí la puerta.

-Señorita Hammond..., no sabe usted cuánto siento lo ocurrido -dijo Florencia-.

¡Qué debe usted pensar de nosotros! Es verdaderamente sensible que haya tenido que sufrir semejante agravio a su llegada a este lugar. Ahora tal vez no querrá quedarse... ¡Oh, no sería la primera señorita procedente del Este que saliese de aquí sin conocer pomo somos en realidad! Señorita Hammond, Gene Stewart es un energúmeno cuando bebe; sin embargo, me atrevo a asegurar que, haya hecho lo que haya hecho, no tenía intención de agraviarla. En fin, ahora no prense usted más en ello. -Y cogiendo la lámpara condujo a Magdalena a un

pequeño aposento -. Esto es el Oeste -dijo sonriendo, mientras con un ademán señalaba el reducido mobiliario-; pero usted podrá descansar. Se halla usted en sitio seguro. ¿Quiere que la ayude a desnudarse? ¿Puedo serle útil en algo?

-Muchas gracias; es usted muy amable -replicó Magdalena.

-Entonces, buenas noches. Cuanto más pronto me retire, más pronto podrá descansar. Olvide lo ocurrido y piense en cambio en la agradable sorpresa que dará mañana a su hermano.

Y con estas palabras salió, cerrando suavemente la puerta.

Al dejar sobre la cómoda su reloj, Magdalena observó que eran más de las dos. Parecíale que hacía una eternidad desde que había bajado del tren. Cuando apagó la luz y se dejó caer en el lecho, comprendió lo que era sentirse totalmente agotada. Era tal su cansancio que no podía mover ni un dedo. En cambio su cerebro era un torbellino.

En un principio no podía dominar sus ideas y mil sensaciones diversas acudían en tropel a su mente. El traqueteo del tren; la sensación de hallarse perdida; el pateo de caballos al galope; la imagen de la faz de su hermano tal como recordaba haberla visto por última vez cinco años antes; una larga hilera de mortecinas luces, el tintineo de espuelas; la noche, el viento, la oscuridad, las estrellas. Después, la sombría estación, el mejicano envuelto en su poncho, la desierta sala de espera, las débiles luces a través de la plaza, el rumor de las rítmicas pisadas de los bailadores y las risas estúpidas, la puerta abriéndose violentamente, la entrada del cowboy... No podía recordar su aspecto ni sus acciones, pero lo veía sonriente, frío, diabólico..., lo veía en un momento de arrebato; su atavío, su estatura, su físico, eran tan vagos como vistos en sueños. El lívido semblante del padre aparecióseles luego, y esta visión condújole al mismo vago, tórpido e indefinible estado de espíritu subsiguiente al sobresalto del último disparo. Luego que hubo reaccionado, surgió claro y vívido el recuerdo de los restantes hechos ocurridos..., voces extrañas de hombres furiosos, una apagada detonación, un gemido de muerte, el desgarrador lamento de una mujer... Y Magdalena vio los grandes ojos trágicos de la muchacha y la frenética huida del caballo en la oscuridad, y la sombría figura del taciturno cowboy y las blancas estrellas que parecían observarles implacables.

Oleadas de recuerdos envolvieron una y otra vez a Magdalena, hasta perder finalmente su pujanza y desvanecerse. Toda sensación de disgusto la abandonó, pareciéndole que se sumía en un abismo sin fondo. ¡Que oscuro estaba el aposento!... ¡Tan densas eran sus tinieblas cuando abría los ojos como cuando los cerraba! Y el silencio... pesaba como un manto, era algo así como la ausencia absoluta de sonido. Hallábase sola en un mundo por completo distinto del que conocía. Pensó en la rubia Florencia y en Alfredo, y pensando en ellos se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos, entraba el sol a raudales en la pieza. Un vientecillo fresco le hizo hundir los brazos bajo las mantas. Perezosamente y medio dormida contemplaba las paredes de adobe

del aposento, cuando recordó dónde hallaba y cómo había llegado hasta allí.

La indecible repulsión que experimentó al recordarlo, dióle la exacta medida de la intensidad del choque recibido. Cerró los ojos intentando borrar de su mente los recuerdos. Sentíase contaminada.

Luego, Magdalena recordó de nuevo el hecho que había experimentado la noche precedente, esto es, que existían emociones a las que había permanecido ajena hasta entonces. No pretendió analizarlas, pero ejerció sobre sí misma un tan acerbo dominio que al acabar de vestirse era exteriormente la de siempre. Apenas recordaba ocasión en la que tuviera que reprimir sus emociones. En su vida no había sufrido trastornos, ni excitaciones, ni aventuras desagradables. Ella lo tenía todo ordenado..., tranquilo, lujoso, brillante, diverso, dentro de una constante uniformidad.

No le sorprendió ver lo avanzado de la hora, y se disponía a preguntar por su hermano cuando la contuvo una voz. Reconoció a Florencia Kingsley interpelando a alguien afuera, y su acento tenía un tono de acrimonia, no advertido hasta entonces.

-¿De manera que has vuelto? Bien está. No pareces muy satisfecho de ti mismo. Gene Stewart, pareces un coyote.

-Escucha, Flo. Podré parecer un coyote, pero no pienso escurrir el bulto -dijo.

-¿A que has venido? -preguntó ella.

-Ya anuncié anoche que volvería para tomar mi medicina.

-¿Querrás dar a entender que no rehuyes encontrarte con Al Hammond? Gene, tienes la cabeza más dura que una vaca vieja. Al no sabrá nunca lo que hiciste anoche a su hermana, a menos que tú se lo digas. Y si lo sabe, te pegará un tiro. Ella no te descubrirá. Es una aristócrata. Anoche estaba tan pálida que parecía a punto de desplomarse a mis pies, y, sin embargo, no pestañeó siquiera. Soy mujer, Gene Stewart, y aunque no sienta corno Magdalena Hammond me hago cargo de la angustia que debió de pasar. Es una de las más bellas, de las más admiradas y de las más distinguidas mujeres de Nueva York. Siempre trae al retortero a un nube de millonarios y lores y duques. ¡Figúrate, lo terrible que debió de ser para una persona como ella verse besada por un cowboy borracho como una cuba...! Te digo que...

-Flo, no fue ese el insulto -interrumpió Stewart.

-Entonces, ¿fue aún peor? -inquirió ella vivamente.

-Hice la apuesta de que me casaría con la primera muchacha que llegase al pueblo. Estaba al acecho y bastante bebido. Cuando ella llegó... fui en busca del padre Marcos, y trate de obligarla, amedrentándola, a casarse conmigo.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró Florencia-. ¡Es aún peor de lo que suponía! ... Gene, Al te matará.

-¡Si Dios te oyera! -replicó abrumado el cowboy.

-Acabará por oírme si no te enmiendas, Gene Stewart -replicó Florencia-. Pero no seas loco-prosiguió suplicante-. Vete, Gene, únete

a los rebeldes allende la división, como tantas veces has amenazado hacer. Haz lo que quieras, menos quedarte aquí y exponerte a exasperar a Al. Tu amigo te matará, del mismo modo que matarías tú al hombre que hubiese insultado a tu hermana. No le crees una situación difícil. Sería darle a ella un disgusto, Gene.

La sutil sugerencia no escapó a Magdalena. Deplorándolo sumamente, le era imposible no oír una conversación que a todas luces no estaba destinada a sus oídos, e hizo un vano esfuerzo para evitarlo.

-Flo, tú no puedes ver esto desde el punto de vista de un hombre- replicó el tranquilamente-. Me quedaré y tomaré mi medicina.

-Gene, tú y tu ralea de cowboys tozudos como mulas acabaríais haciéndome disparatar. Escucha. Mi cuñado, Jack, oyó algo de lo que te dije anoche. Sabes que no eres santo de su devoción. Temo que se lo diga a Al... Por amor de Dios, vete al pueblo y ciérrale la boca y... cierra también la tuya de paso.

Luego, Magdalena la oyó entrar en la casa y llamar en la puerta de su aposento, diciendo a media voz

-¿Está usted despierta, señorita Hammond?

-Despierta y vestida, señorita Kingsley. Entre usted.

-¡Oh! ¿Ha descansado bien? ¡Parece usted muy... muy distinta! ¡De veras me alegro! Venga conmigo a desayunarse y prepárese a ver a su hermano de un momento a otro.

-Un momento, haga el favor. He oído, porque era inevitable, su conversación con el señor Stewart, y me felicito de ello. Quiero verle. ¿Haría usted el favor de rogarle que entre en su gabinete un momento?

-Sí -contestó prontamente Florencia; y mientras se dirigía a la puerta se volvió, lanzando a Magdalena una mirada significativa-. ¡Oblíguele a callarse la boca Se oyeron lentos y vacilantes pasos afuera, luego una pausa, y la puerta se abrió. Stewart apareció, con la cabeza descubierta bañada por el sol. Magdalena recordó con un escalofrío la talluda figura, la recamada chaqueta de piel de ante, el rojo pañuelo del cuello, el amplio cinturón de hebilla de plata y las chaparreras. Su mirada pareció impresionarle de pies a cabeza con la rapidez del rayo. Mas al contemplar ahora su faz no lograba reconocerle. La mera presencia del sujeto causábale indignación, y, sin embargo, algo en ella, tal vez aquel fondo incomprensible de su naturaleza, se estremecía a la vista de aquel espléndido y sombrío bárbaro.

-¿Quiere usted pasar, señor Stewart? -dijo tras una larga pausa.

-Opino que no -repuso. Su acento parecía sugerir que se reconocía indigno de entrar en una habitación

ocupada por ella, y que o no le importaba o le importaba demasiado.

-No pienso hablar a mi hermano de su... de su insolencia conmigo - empezó a decir. Le era imposible dulcificar la frialdad de su tono, y hablar de otro modo que con el altivo alejamiento de su clase. Empero,

a pesar de su aversión, luego que hubo hablado así, su compasiva amabilidad se impuso involuntariamente-. He decidido perdonar su acción, porque al fin y al cabo no se daba usted cuenta completa de sus actos, y porque entre Alfredo y usted no ha de haber cuestiones. ¿Puedo contar con usted para obtener el silencio del sacerdote? Usted sabe que la pasada noche un hombre fue muerto o herido allí. Yo quiero olvidar ese hecho horrible. Deseo que no se sepa que oí...

-El mejicano vive-interrumpió Stewart.

-¡Ah! Entonces no ha sido tan grave. Me alegro por su amiga... por la muchacha mejicana.

Una oleada de sangre fluyó al rostro del cowboy, y su vergüenza era penoso de ver. El detalle convenció a Magdalena de que aun siendo un bárbaro no era totalmente malo. Y el contraste la hizo sonreír.

-Hará usted lo posible por evitarme nuevos disgustos, ¿verdad?

Su ronca respuesta fue incoherente, pero bastóle a Magdalena ver su rostro atormentado para comprender su remordimiento y gratitud.

La joven volvió a su habitación; poco después entró Florencia a buscarla, saliendo juntas a desayunarse. La luz de la mañana permitió a Magdalena reconstruir la impresión que formara de la amiga de su hermano. Parecía sana, y de carácter franco y dulce. Su lento acento sudeño era grato al oído. Y la intrigaba no poder determinar si Florencia Kingsley era linda o llamativa o nada vulgar. Tenía un juvenil colorido sonrosado, la tez ligeramente curtida por el sol, un rostro que carecía de las curvas suaves y los rasgos de la mujer del Este. Sus ojos eran de un gris claro, como el cristal, vivos, casi penetrantes, y su cabello era una bellísima masa, brillante y ondulada.

La hermana de Florencia, la mayor de las dos, era mujer corpulenta, de facciones enérgicas y mirar reposado. Ofrecieron a su huésped una comida sencilla y un servicio todavía más sencillo, sin creerse obligadas a excusarse por ello. Su sencillez parecióle encantadora a Magdalena. Sentíase harta de respetos, asqueada de admiraciones, cansada de adulaciones. Y resultábale grato el ver que aquellas mujeres la trataban como probablemente habrían tratado a cualquier otro visitante. Eran amables, bondadosas, y lo que en un principio calificó de falta de expresión o de vitalidad, pronto descubrió que era la natural reserva de quienes no llevan una existencia superficial. Florencia era vivaracha y franca; su hermana, seria y poco dada a la conversación. Magdalena pensó que en caso de enfermedad o de desgracia, gustaría de tenerlas a su lado. Y se reprochó a sí misma el enfadoso e hipercrítico sentido de refinamiento que le impedía distinguir los defectos de que adolecían.

-¿Sabe usted montar? -preguntó Florencia-. Es la primera pregunta que un occidental hace a quien procede del Este. ¿Sabe usted montar «como un hombre»? ¡Bravo! Parece lo bastante fuerte para dominar un caballo. Por acá poseemos algunos ejemplares magníficos. Cuando venga Al supongo que iremos al rancho de Bill Stillwell. Tendremos que ir, de grado o por fuerza, en cuanto Bill sepa que está usted aquí.

Librodot

Bill le será simpático. El rancho ha venido muy a menos, pero la pampa y las excursiones a la montaña... son estupendas. Cazaremos, escalaremos la sierra y sobre todo montaremos. Yo adoro los caballos..., me encanta sentir en el rostro el soplo del viento, y ver enfrente las montañas, invitándome a subir. Le daremos el mejor caballo de las pampas. Esto originará una zapatiesta entre Bill y Al y los demás cowboys. No estamos nunca de acuerdo sobre los méritos de los caballos, a excepción del de Gene Stewart.

-¿Posee el señor Stewart el mejor caballo de la comarca? -preguntó Magdalena, sintiendo de nuevo un inexplicable escalofrío al recordar el salvaje galope del noble bruto y su femenil jinete.

-Sí, y ello es todo lo que posee -replicó Florencia-. Gene es incapaz de conservar ni un látigo ; pero adora a su caballo y le llama...

En este momento, un recio aldabonazo en la puerta de entrada interrumpió la conversación. La hermana de Florencia fue a abrir, diciendo al regresar:

-Es Gene. Estaba rondando por ahí y ha llamado para prevenirnos que se acerca el hermano de la señorita Hammond.

Florencia se encaminó apresuradamente al gabinete, seguida de Magdalena. La puerta seguía abierta, mostrando a Stewart sentado en los peldaños del porche. De la carretera llegaba el ruido de cascos. Magdalena miró por encima del hombro de Florencia y vio avanzar una nube de polvo entre la que se distinguían las confusas siluetas de jinetes y caballos. Le invadió una ardiente sensación de contento, y recordó el amor que de niña sintiera por su hermano. ¿Cómo iba a acercársele después de tantos años?

-Gene, ¿ha guardado silencio Jack? -preguntó Florencia; y de nuevo Magdalena notó un vivo temblor en la voz de la muchacha.

-No -replicó Stewart

-¡Gene! ¡No darás lugar a que eso acabe en una reyerta! A Al se le puede convencer, pero Jack te odia y vendrá con sus amigos.

-No habrá ninguna reyerta.

-Ten entendimiento -añadió Florencia; y luego se volvió para empujar suavemente a Magdalena hacia el gabinete.

El ardiente gozo de la joven se trocó en aprensión. ¿Iba a ver a su hermano actuando con la violencia que ella creía ahora natural en todo cowboy? El ruido de patadas cesó ante la puerta. Mirando al exterior, Magdalena vio a un grupo de nerviosos caballos pateando la arena y engallando las cabezas. Su anhelante mirada recorrió los ágiles jinetes, tratando de descubrir entre ellos a su hermano. Mas no lo consiguió. Todos tenían el mismo duro aspecto y vestían el mismo basto indumento que caracterizaba al cowboy Stewart. Luego, uno de ellos dejó la brida, saltó de la silla y corrió, dando brincos, a la escalerilla del porche. Florencia le recibió en la puerta.

-¡Hola, Flo! ¿Dónde está? -preguntó ávidamente, mirando por encima de su hombro para descubrir a Magdalena. Luego se acercó a su hermana. Ésta difícilmente lograba reconocer la alta figura y el atezado rostro; sólo encontraba familiar el vivo fulgor de sus ojos

azules. En cuanto a el, no dudó ni un instante, porque con cálido ademán de bienvenida la abrazó, cogiéndola luego por los hombros para mirarla detenidamente.

-¡Bravo, hermana!... -comenzó diciendo, cuando Florencia, yendo precipitadamente a la puerta, le interrumpió.

-Al, creo que deberías poner fin a la discusión de ahí fuera.

Al la miró extrañado, pareció darse cuenta súbitamente del vocerío que procedía de la calle, y, soltando a Magdalena, dijo:

-¡Por San Jorge! Me olvidaba, Flo. Es cosa de un momento. Espera ahí con mi hermana y no os inquietéis. Salió, interpelando a los suyos.

-¡Cierra el pico, Jack! ¡Y tú también, Blaze! No quería que vinieseis... Pero como estáis aquí... a callar tocan. Eso es cuenta mía.

Y volviéndose hacia Stewart, que estaba sentado en la cerca:

- ¡Hola, Stewart! -dijo.

Era un saludo; pero en su voz había algo que alarmó a Magdalena.

Stewart se levantó y calmosamente se acercó al porche.

-¡Hola, Hammond

-¿Otra vez borracho, anoche?

-Psch... si es que quieres saberlo y si crees que te importa... sí, bastante borracho.

Era un genero de fría respuesta que mostraba al cowboy en pleno dominio de sí mismo y de la situación..., una respuesta que difícilmente permitía nuevas averiguaciones. Siguió a ella un breve silencio.

-¡Condenación! Stewart -dijo el primero-, considera el caso. Todo el pueblo sabe que anoche hallaste a mi hermana en la estación... y la agraviaste. Jack quería entendérselas contigo, y como él, estos otros muchachos. Pero es cosa mía. Comprende que yo no los he traído aquí. Ellos pueden presenciar cómo te justificas, o bien... Gene, hace tiempo que llevas mal camino, bebiendo y cometiendo toda suerte de locuras. Bill, y yo con él, te creemos todavía un hombre. Sabemos que nunca has mentido. ¿Que tienes que decir ahora para justificarte?

-¿Ha insinuado alguien que soy un embustero? -rezongó Stewart.

-No.

-Me alegro de oírlo. En efecto, Al, anoche estaba muy borracho, aunque no tanto para que perdiese la noción de todo cuanto hice. Así lo he dicho a Pat Hawe esta mañana, al mostrarse algo curioso... Y conste que ello fue de mi parte un exceso de cortesía hacia Pat. Bien. Hallé a la señorita Hammond esperando sola en la estación. Llevaba un velo, pero ni que decir tiene que en seguida comprendí que era una dama. Al pensar ahora en ello comprendo que a la señorita Hammond debió parecerle mi galantería... un tanto alarmante y...

Al llegar a este punto, Magdalena, obedeciendo a un impremeditado impulso, eludió a Florencia y salió al porche.

Varios sombreros surcaron los aires, y los corceles brincaron.

-Caballeros -dijo un tanto excitada; y poco contribuía a calmarla el sentirse las mejillas ardiendo-, no conozco las costumbres del Oeste,

pero creo que están ustedes en un engaño que, para hacer justicia al señor Stewart, deseo rectificar. En efecto, cuando se presentó a mí anoche, mostróse bastante... brusco y raro; pero tal como ahora lo comprendo, he de atribuirlo a su galantería. En términos un poco insólitos, súbitos, y... sentimentales manifestó su vehemente deseo de protegerme, aunque no pude poner del todo en claro si me ofrecía esa protección para anoche únicamente o para siempre; pero puedo afirmar que no pronunció una sola palabra que no fuera honorable. Y luego me acompañó hasta dejarme felizmente en casa de Florencia Kingsley.

III

Magdalena volvió después al gabinete con aquel hermano a quien había a duras penas reconocido.

-¡Majestad! -exclamó él-. ¡Quién podía figurarse verte aquí

Magdalena sintió en sus venas un cálido estremecimiento, al recordar el acento que aquel apelativo cobraba en labios de este hermano, el primero en nombrarla de este modo.

-¡Alfredo!

Las frases de alborozo por volverla a ver, las excusas justificando su no comparecencia a la estación, eran en el menos características que su forma de abrazarla con abrazo igual al que le diera el día que abandonó el hogar común, y que ella no había olvidado. Pero actualmente era más alto, más corpulento, aunque iba tan cubierto de polvo, y aparecía tan extraño y diferente y forzudo que le costaba trabajo reconocerlo, incluso cruzó su mente la humorística idea de que ahora otro cowboy la estaba amedrentando, y que esta vez era su hermano.

-¡Querida chiquilla! -dijo él con más sosiego, soltándola-. Eres la misma de siempre. Acaso más guapa y más mujer. Has justificado el nombre que te puse. ¡Señor! ¡Cuántas cosas me recuerda tu presencia! Parece que hace cien años que marche de casa. Te he echado más de menos a ti que a todo el resto de la familia.

Magdalena experimentaba la sensación de irle reconociendo a cada palabra que pronunciaba. La sorpresa del cambio la hacía enmudecer. Tenía ante los ojos un hombre fornido, broncíneo, fuerte de quijada, de mirar aguileño. soberbio de estatura y, como los cowboys, ataviado con amplio cinturón, sombrero de anchas alas y sonoras espuelas. Su semblante, de rasgos duros como el acero, estremecíase al hablar. A ella parecíale que tan sólo en aquellos instantes, en que los recuerdos ablandaban a su hermano, podía hallar una semejanza con el rostro conocido. Sobre todo era la manera, el metal de voz, las peculiaridades de dicción lo que la convencía de que se trataba realmente de Alfredo. Antaño se había despedido de un jovenzuelo disoluto y desheredado

por su padre. ¡Cómo recordaba aquel apuesto y pálido rostro, de despreocupada sonrisa y con el eterno cigarrillo colgando de los labios ! Habían transcurrido unos años, y ahora se encontraba con un hombre... El Oeste había hecho el milagro y Magdalena experimentaba una apasionada alegría, una indecible gratitud, que refrenaba su súbito odio a la comarca.

-Majestad, tu idea de venir fue estupenda. Estoy confundido... ¿Cómo se te ocurrió? Pero, dejemos eso. Háblame de nuestro hermano.

Magdalena hablóle de este, como también de su hermana Elena. Una tras otra, sucedíanse las preguntas; y ella le habló de su madre; de tía Engracia, fallecida el año antes; de sus viejas amistades pasadas, dispersas, desaparecidas... Pero no mencionó a su padre, ni él le hizo pregunta alguna.

Súbitamente ceso el rápido interrogatorio; un nudo en la garganta le impedía pronunciar una sola palabra. Siguió un momento de silencio y después una explosión de llanto. Comprendió Magdalena que su hermano desahogaba su amargura largo tiempo contenida. Intensa congoja experimentó al verle y más aún al oírle. Y en aquellos instantes sintióse moralmente más cerca de el que nunca. ¿Fueron justos con el sus padres? Su pulso latía con inusitada celeridad. Sin desplegar los labios le dio un beso, lo cual en ella constituía una señal de ternura extraordinaria. Y cuando el recobró el dominio de sí mismo, ni uno ni otro aludieron a aquel momento de debilidad. Pero la escena quedó grabada en el alma de Magdalena. Merced a ella vio cuanto había perdido y ganado su hermano.

-¿Por que no contestaste a mis últimas cartas, Alfredo? -preguntó-. Llevaba dos años sin noticias tuyas.

-¿Tanto? ¡Cómo vuela el tiempo!... Mis asuntos empezaron a estropearse hacia la época en que recibí tus cartas. Continuamente me proponía escribir, y...

-¿Se estropearon tus asuntos? Cuéntame.

-Majestad, mis contrariedades no deben preocuparte.

Quiero que tu estancia aquí te sea grata y que no te inquietes por mis asuntos.

-Cuéntamelos. Sospeche que algo te ocurría. En parte es eso lo que me decidió a venir.

-Bien está, si te empeñas en saberlo -comenzó; y Magdalena pareció advertir en su acento cierta satisfacción al poder desahogarse-. ¿Recuerdas mi modesto rancho en el que, durante algún tiempo, tuve bastante suerte con la cría de ganado? De todo eso te escribí detalles. Pero, Majestad, un hombre puede crearse enemigos en todas partes, y si procede del Este, los que se crea tal vez no sean muchos, pero sí muy enconados. El caso es que yo me cree algunos. Entre ellos el de un ganadero. Ward de nombre..., que ahora se ha marchado... y con el cual tuve rozamientos por causa de unas reses. De todo ello salí muy malparado. Pat Hawe, el sheriff de aquí, contribuyó no poco a perjudicar mis intereses. No cuenta gran cosa como ranchero, pero

Librodot

tiene mucha influencia en Santa Fe, El Paso y Douglas. Me atraje su enemistad, sin haberle hecho jamás la menor cosa. Odia a Gene Stewart, y en cierta ocasión le desbarate una pequeña estratagema que había urdido para echarle el guante. La verladera causa de su animadversión es que está enamorado de Florencia y Florencia va a casarse conmigo.

- ¡Alfredo!

-¿Que ocurre, Majestad? ¿Florencia no te causó buena impresión? -preguntó mirándola fijamente.

-¡Toma!... ¡Sí, ya lo creo!... ¡Me dejas atónita! ...

¿Es de buena familia, Alfredo? ¿De dónde es oriunda?

-Florencia es una muchacha de origen humilde. Nació en Kentucky y se crió en Texas. Mi aristocrática y opulenta familia ,tendría muy a menos...

-Alfredo, no olvides que sigues siendo un Hammond -dijo Magdalena, engallando la cabeza. Su hermano se echó a reír.

-No riñamos, Majestad. Recuerdo que, no obstante tu orgullo, tienes corazón. Si nasas un mes aquí acabarás adorando a Florencia Kingsley. Quiero que sepas desde un principio que mi... regeneración es en gran parte obra suya... Bien. Prosigo con mi historia. Otro de mis enemigos, tal vez el peor, es don Carlos, un ranchero mejicano. Aunque, si vamos a cuentas, tan mal enemigo es de Bill Stilwell como de otros rancheros. Stillwell, dicho sea de paso, es mi mejor amigo y uno de los hombres más cabales del mundo. Antes de conocer a fondo a don Carlos, me endeudé con el. Perdí dinero jugando al «faro» -cuando llegue al Oeste jugaba mucho- y además hice algunos negocios desacertados. Don Carlos es un mejicano astuto y marrullero que se sabe al dedillo las pampas, posee la mayoría de terrenos irrigables, y es, por añadidura, un granuja. Ni que decir tiene que me enredó, y ahora estoy prácticamente en la miseria. No ha tomado aún posesión de mi rancho, pero esto es sólo cuestión de tiempo, el que tarde en fallarse un pleito en Santa Fe. Hoy día no tengo más que unos centenares de cabezas, pastando en tierras de Stillwell, de quien soy capataz.

-¿Capataz? -repitió Magdalena.

-Sí; sencillamente jefe de los cowboys de Stillwell, y... encantado de serlo.

Magdalena experimentó un intenso desasosiego. Le fue preciso hacer un esfuerzo para conservar su tranquila apariencia. Turbábala el presentimiento de nuevas y angustiosas emociones. Comenzaba a ver claramente lo atrincherada que estuvo hasta entonces su vida contra tan insólitos e irritantes incidentes.

-¿No puedes recuperar tu propiedad? -preguntó, ¿Cuánto debes?

-Diez mil dólares me pondrían a flote y me permitirían ir adelante. Pero, Majestad, en estas tierras eso representa un montón de dinero, y no he tenido medio de encontrarlo. Stillwell está peor aún que yo.

Magdalena se acercó a su hermano y púsole las manos sobre los hombros.

-No debemos contraer deudas.

Él la miró fijamente, como si sus palabras despertasen algo olvidado. Luego sonrió.

-¡Qué imperiosa eres! ¡Ya no me acordaba de cómo es en realidad mi bellísima hermana! Majestad, supongo que no pretenderás que reciba dinero de tus manos.

-Sí, eso es lo que pretendo.

-Pues no lo pienses. Nunca lo he hecho, ni siquiera en la época en que iba a la Universidad, y eso que entonces no me paraba en barras.

-Escucha, Alfredo -prosiguió seriamente-. Esto es completamente distinto. Entonces contaba solamente con una asignación. Tú no puedes saber que desde mis últimas cartas he entrado en posesión de la herencia de tía Engracia. Fueron... bueno, eso es lo de menos. Sólo te diré que no he conseguido gastar ni la mitad de la renta. Eso es mío. No es dinero de mi padre. Si lo aceptas, me harás muy feliz, Alfredo. Estoy maravillada del cambio que noto en ti... Esto me llena de gozo. De aquí en adelante no debes retroceder. ¿Que son para mí diez mil dólares? Ha habido meses en los que he gastado más. Tiro el dinero. Si me dejas que te ayude será un bien para ambos, Alfredo... Te lo ruego.

La abrazó, manifiestamente sorprendido de su seriedad. Y en efecto, Magdalena estaba asombrada de sí misma. Pero una vez hubo empezado, las palabras fluyeron fácilmente.

-Siempre fuiste la mejor de las camaradas, Majestad. Y si efectivamente piensas así..., si quieres ayudarme..., aceptaré gustoso. Será estupendo. Florencia se volverá loca de alegría, y el maldito mejicano cesará de perseguirme. Pronto llegará el día en que algún aristocrático ciudadano dore sus laureles con tu dinero, Majestad, de modo que no estará de más que yo me anticipe -terminó, bromeando.

-¿Qué sabes tú de mi? -preguntó ella, donosamente.

-Más de lo que crees. Aunque estemos perdidos en el encrespado Oeste nos llegan noticias. Todo el mundo sabe lo de Anglesbury, y lo de aquel duque italiano que te fue siguiendo a través de media Europa. Y que lord Castleton es quien está ahora en el candelero, con todas las de ganar. ¿Que te parece, Majestad?

Magdalena creyó descubrir en sus palabras una sombra de desdén y en el fondo de sus penetrantes pupilas vio brillar una llama. Quedóse pensativa. Había olvidado a Castleton..., a Nueva York, a la sociedad.

-Alfredo -dijo, sosegadamente- No creo que ningún aristócrata haya de gastarse mi dinero, como tú, con tanta galanura, profetizas.

-¡Eso no me importa! ¡Quien me interesa eres tú! -gritó, apasionadamente, asiéndola por un brazo con una violencia que la sobresaltó. Estaba pálido, chispeantes los ojos-. Tú, que eres espléndida..., maravillosa... Te llaman la «Belleza americana», pero eres más que eso. ¡Eres «la Mujer americana»! Majestad, no te cases con un hombre al que no ames, y no ames a ninguno si no es americano. Olvídate de Europa el tiempo preciso para conocer a los

hombres, a los verdaderos hombres de tu patria.

-Mucho temo, Alfredo, que no siempre encuentran verdadero amor y verdaderos hombres las muchachas americanas que contraen enlaces internacionales. Elena puede decirlo. Será elección suya, pero si se casa con Anglesbury será desgraciada.

-Le estará bien empleado -declaró su hermano-. Elena se dejó seducir siempre por el brillo, la adulación, la vanagloria. Me apuesto a que lo único que conoce de Anglesbury son los cintajos y el oropel de su uniforme.

-Siento decirlo porque Anglesbury es un caballero; pero, a mi juicio, lo que busca es dinero. Dime, Alfredo ¿cómo llegaron a saber tanto de mi por acá? Te juro que me quedé atónita al oírme llamar Majestad por Florencia.

-Me imagino la sorpresa -replicó él, riendo-. A Florencia le hable yo de ti..., le di un retrato tuvo. Y, naturalmente, como buena mujer, se lo enseñó a todo el mundo y... se fue de la lengua. Está entusiasmada contigo. Además, querida, de vez en cuando nos llegan diarios

de Nueva York y podemos ver y leer. Tal vez lo ignores, pero tú y tus amistades sociales constituís un tema de gran interés para los Estados Unidos en general y el Oeste en particular. Los periódicos vienen llenos de vosotros y de un montón de cosas que tal vez nunca hicisteis.

-El señor Stewart... también lo sabia. Me dijo : «¿Es usted Majestad Hammond?»

-¡Al diablo con su impertinencia! -exclamó riendose Alfredo-. Gene es un buen muchacho, pero hay que conocerle. Te diré lo que hizo. Se apoderó de uno de esos retratos tuyos que publican los periódicos..., el del Times, llevándoselo y negándose a devolverlo a pesar de los ruegos de Florencia. Era aquel en que aparecías vestida de amazona, con tu caballo premiado White Stockings, ¿recuerdas? Está hecho en Newport. Bien, Stewart clavó el retrato en la pared de su alojamiento y bautizó a su jamelgo Majesty. No hay un cowboy que no lo sepa. Y aunque cada vez que veían el retrato se burlaban de el lo indecible, Stewart no hizo el menor caso. Un día fui a su casa y lo hallé reponiéndose de una juerga. Vi el retrato y le dije: «Si mi hermana supiese que eres un borracho empedernido no le haría mucha gracia que su retrato estuviese ahí, Gene.» Te juro, Majestad, que estuvo un mes sin tocar una botella y cuando, más tarde, volvió a caer en la tentación, desclavó el retrato y no lo ha sacado nunca más a la luz.

Magdalena sonrió sin pronunciar palabra. Le era imposible amoldarse a las extrañas libertades del Oeste. Su hermano acababa de argüir contra un posible enlace sórdido por brillante que fuera, y sin embargo, no tan sólo permitía que un cowboy tuviese su retrato en su aposento, sino que hablaba con él de ella y se valía de su nombre para inducirle a la templanza. Contrariada, Magdalena iba a largarse. Le contuvo nada menos que la ingenua persuasión de su hermano de que, merced a su influencia, Stewart había prometido portarse bien durante un mes. Algo en que entraba la desfachatez de Stewart con

ella; la llana recepción dispensada como de igual a igual por Florencia Kingsley; la plácida y fácil aceptación por parte de la hermana mayor de aquella visitante a la que cortes regias habían rendido honores; el leve dejo de desden de la voz de Alfredo y su divertida narración relativa al retrato y al nombre de Majestad..., la opinión formada con todos estos elementos fustigó el orgullo de Magdalena Hammond, enajenándola por un instante, y estímulo luego su inteligencia, avivó su interés y la decidió, en fin, a estudiar algo de aquel incomprensible Oeste.

-Majestad, he de llegarme al desvío de la estación -dijo, consultando su reloj-. Estamos cargando una expedición de ganado. A la hora de la cena estaré de vuelta, trayendo a Stillwell conmigo. Te gustará. Dame el talón de tu equipaje.

Fue a su dormitorio y del maletín de mano sacó los documentos.

-¡Seis! ¡Seis baúles! -exclamó Alfredo-. Me alegro de ver que piensas quedarte algún tiempo. Escucha, Majestad, me costará casi tanto trabajo comprender quien realmente eres como hacerte perder los resabios propios de un novato. Espero que habrás traído un traje de montar. Si no, tendrás que ponerte pantalones, sobre todo si vamos a las montañas.

-¡No!

-Como lo oyes.

-Ya veremos; no se que contienen los baúles. No me ocupo nunca de ello. Querido Alfredo, ¿para qué están las doncellas?

-¿Cómo es que no has traído una contigo?

-Quería estar sola. Pero no te apures. Soy capaz de valerme por mí misma. Casi me atrevería a decir que no me vendrá mal el hacerlo.

Acompañó a su hermano hasta la puerta.

-¡Qué caballo más peludo y polvoriento y... salvaje! ¿Cómo es que lo llevas sin encabestrar? ¿Y si se escapa?...

-¡Novata! Majestad, tendrás un gran éxito, especialmente entre los cowboys.

-¿De veras? -preguntó azorada.

-Sí, v dentro de tres días andarán a puñetazos por ti. Eso es lo que me preocupa. Un cowboy se enamora de una mujer, de cualquier mujer, por fea que sea, si es joven. Y tú, ¡Santo Dios!, les quitarás la cabeza.

-No digas tonterías, Alfredo. Llevo aquí veinticuatro horas escasas y puedo asegurarte que he podido hacerme bastante cargo de los cowboys.

-No te dejes llevar de primeras impresiones. Ése fue mi error cuando llegue. Hasta luego. Descansa un rato. Pareces estar cansada.

El caballo arrancó. Alfredo puso el pie en el estribo, y va galopaba cuando su jinete pasó la pierna por encima de la silla.

Magdalena le contempló admirada. Cabalgaba con soltura, balanceando el cuerpo a compás de los movimientos de su montura.

-Debe ser estilo cowboy. Me gusta -se dijo-. ¡Que distinto del modo de montar del Este!

Sentándose en el porche, la joven se abismó en una atenta observación de sus alrededores. Los más cercanos no eran decididamente atrayentes. La calle parecía un mar de polvo que la fresca brisa levantaba formando pequeños torbellinos. Las casas a ambos lados eran bajas, cuadradas, de techumbre plana y construídas con una especie de cemento rojizo. Pensó que tal material debía ser el adobe de que tanto había leído. No se veía un alma. La calle parecía interminable, aunque la hilera de edificios fuese breve. En una ocasión oyó el trote de algún caballo en la lejanía y repetidas veces el campaneo de una locomotora. Magdalena se preguntó dónde deberían estar las montañas. No tardó en divisar, por encima de los tejados, un tenue y rugoso contorno de un azul claro, que atrajo irresistiblemente su mirada. Conocía los Adirondacks, había admirado los Alpes desde la cumbre del Mont Blanc, y el Himalaya no le era desconocido. Pero nada había causado en ella tanta impresión como estas lejanas Rocosas. La tenue línea que audazmente sesgaba el horizonte la fascinaba. La expresión de Florencia «las montañas llamándome» acudió a su mente. Su impresión no era tanta. Por el contrario, su impresión era más bien que estas montañas aparecían distantes, inalcanzables y que, de acercarse a ellas, irían retrocediendo o se desvanecerían como un espejismo en el desierto.

Magdalena fue a su aposento con intención de descansar y se quedó dormida. La despertó la voz y el tabaleo de Florencia.

-Señorita Hammond, su hermano está de vuelta con Stillwell.

-Pero, ¡cómo he dormido! -exclamó Magdalena-. ¡Son cerca de las seis!

-Mucho lo celebro. Estaba usted rendida, y el aire de por acá da sueño a los forasteros. Venga y conocerá al viejo Bill. Se llama a sí mismo «el último ganadero». Ha pasado la vida entre aquí y Texas.

Magdalena acompañó a Florencia al porche. Su hermano, sentado junto a la puerta, se incorporó de un brinco, diciendo:

- ¡Hola Majestad! -Y rodeando con su brazo los hombros de su hermana, se volvió hacia un individuo corpulento cuyo cariancho rostro se cubrió de surcos y de pliegues-. Quiero presentarte a mi amigo Stillwell. Bill, ésta es mi hermana, la hermana de quien tanto te he hablado... ¡Majestad!

-Bravo, bravo, Al. Éste es el momento más feliz de mi vida -replicó Stillwell, con retumbante voz, alargando una inmensa mano-. Señorita... , señorita Majestad, su presencia es tan grata a los ojos de un viejo ganadero del desierto, como la, lluvia y las flores de mayo.

Magdalena inició una respuesta que hubo de interrumpir para no lanzar un grito de dolor al sentir aprisionada su mano en una verdadera tenaza de acero. Stillwell era anciano, de pelo cano, de cutis atezado por el sol y los vientos, con profundos surcos verticales en las mejillas y con ojos grises perdidos en un mar de arrugas. Su sonrisa hízole a Magdalena el efecto de una sonrisa extraordinaria. La próxima vez comprendió que era realmente una sonrisa pues al cesar de agitarse, sus facciones recobraron su pétrea rigidez. La sensación

de dureza que Stewart sugería, resultaba inmensamente intensificada en aquel veterano.

-Señorita Majestad, no puede ser más humillante para nosotros el que no hayamos estado presentes a su llegada -dijo-. Al y yo asomamos la cabeza en la estafeta de correos y le hicimos al encargado unas cuantas observaciones amables y divertidas. Sus telegramas de usted hubieran debido ser enviados al rancho. Seguramente, la espera de anoche en la estación debió serle desagradable.

-De momento confieso que sentí algo de ansiedad y de miedo-replicó Magdalena.

-¡Bien! Aprovecho la ocasión para decir que, fuera de su hermano, Gene Stewart es el hombre que yo mismo hubiera enviado a recibirla.

-¿De veras?

-Sí, y eso sin perder de vista la particular flaqueza de Gene. Gusto de decir a veces que soy «el último de los ganaderos». Bien, Stewart no es natural del país, pero es mi elegido como «último de los cowboys». Concedo que es joven, mas así y todo es el último de la vieja casta-la pintoresca - y caballeroso, señorita Majestad, tan caballeroso como los de mi tiempo. La gente la ha tomado con Stewart, y yo hablo así precisamente porque está solo, y porque tal vez anoche, tan recién llegada del Este, la sobresaltó.

Magdalena apreció en su justo valor la lealtad y el afecto del anciano hacia Stewart; mas como no cabía respuesta alguna por su parte, guardó silencio.

-Señorita Majestad, la época del ganadero toca a su fin y el tipo de cowboy como Gene no encaja ya en estos tiempos. Si no estuviésemos en la época en que estamos, este muchacho acabaría siendo un gun-man como los que teníamos en Texas, cuánto me establecí allá por el 70. En el estado actual de cosas, no cuadra en parte alguna, no logra conservar su empleo y va sin remisión cuesta abajo.

-Lo lamento sinceramente -murmuró Magdalena-. Pero así y todo, señor Stillwell, ¿esta época moderna de que usted habla, no es, sin embargo, bastante turbulenta? El conductor del tren me habló de bandidos, de rebeldes, de salteadores. Luego, he recibido algunas im-presiones violentas de... bueno, que fueron bastante violentas para mí.

-Psch... no puede negarse que en estos últimos tiempos son más tolerables -replicó Stillwell-. Los muchachos vuelven a ir armados. Pero es debido a la revolución de Méjico. Siempre ocurren disturbios en la divisoria. A mi juicio, ustedes, los del Este, no se han dado cuenta de que hay una revolución. Madero derribará a Díaz, y luego otro rebelde a Madero. Todo ello significa jarana en la frontera y allende la frontera. No me extrañaría que el Tío Sam quisiera tomar parte en el juego. Ha habido ya asaltos en los trenes y saqueos en el Valle de Río Grande. Las poblaciones fronterizas están atestadas de mejicanos en ebullición por la contienda de su país. Hemos tenido batallas campales y duelos a cuchillo y algunos robos de ganado. Yo

mismo he perdido algunas cabezas. Me recuerdan el pasado... y prontito, si no se enmiendan, adoptaré los procedimientos del pasado para remediarlo.

-Efectivamente, Majestad -interpeló su hermano-, has elegido un momento muy interesante para visitarnos.

-Eso parece -prosiguió Stillwell-. Hoy mismo Stewart tuvo una polémica en el pueblo, y lamento tener que decirle que su nombre de usted figuraba en ella. No puedo censurar al muchacho, porque en su caso yo hubiera hecho lo mismo.

-¿Sí? -preguntó Alfredo, riéndose-. Vamos a ver, ¿de que se trata?

Magdalena miró a su hermano, y aunque a este parecía divertirle su consternación, por su semblante adivinó que sentíase mortificado.

No era precisa una especial perspicacia, pensó Magdalena, para comprender que a Stillwell le encantaba charlar, y la forma en que este se retrepó en su asiento con las enormes manos sobre las rodillas, evidenció su propósito de aprovechar la oportunidad.

-Opino, señorita Majestad, que, estando en el Oeste, ha de tomar usted las cosas como vengan y conceder a ellas cada día menor importancia. Si nosotros, los veteranos, no hubiésemos pensado así, no quedaría ni uno para contarlo.

«Comparada con otras noches, la de ayer no tuvo nada de notable. No ocurrió casi nada. Pero yo recibí un rudo golpe. Cuando salirnos con una punta de ganado, envié a uno de mis cowboys, Danny Mains, por delante con dinero para pagar algunas facturas y a mi gente. Quería que estuviese en el pueblo antes de anochecer. Pues bien, a Danny le desvalijaron por el camino. Tengo plena confianza en el. Últimamente en el pueblo se han visto caras de mejicanos desconocidas, y puede que supiesen que Danny llevaba el dinero.

«Cuando llegue con el ganado me costó trabajo atar cabos. Y hoy no estaba precisamente de angélico humor. Terminados mis asuntos me eché a barzonear, metiendo las narices acá y acullá a ver si podía husmear el paradero de mis cuartos, y fui a parar a un local que tenemos que hace las veces de calabozo, hospital, sala de elecciones y cuanto es preciso, según los casos. En aquel momento servía de hospital. Anoche fue de fiesta -los mejicanos celebran una cada semana- y uno de ellos yacía allí, adonde le habían llevado desde la estación, cuando fue herido. No sé quien había ido a buscar al medico a Douglas, pero aún no estaba de vuelta. Tengo regular experiencia en heridas de bala, y examine al sujeto. No parecía grave la lesión, pero pensé en la posibilidad de que se le infectase, y en consecuencia hice lo que pude.

«La sala estaba llena de cowboys, rancheros, mejicanos, mineros y habitantes del pueblo, amén de forasteros. Ya a punto de marcharme para venir aquí, entró Pat Hawe.

«Pat es el sheriff. Supongo, Majestad, que los sheriffs son una novedad para usted, y haciendo justicia al Oeste debo decir que ya no queda apenas ninguno de los de veras. Garret, por ejemplo, que mató a Billy the Kid y fue muerto a su vez, luego, hará cosa de un año... era

de aquellos sheriffs que contribuyen a hacer una comarca respetable y respetada. Pero ese Pat Hawe... bueno, no vale la pena que diga lo que pienso de el. Entró en la sala dando grandes voces. Quería detener a Danny en cuanto se lo echase a la cara... Bueno. Cortésmente, le di a entender que el dinero era mío y que no debía acalorarse tanto, ya que si entraba en mis cálculos el perseguir al ladrón, me creía tan capacitado para hacerlo como él. Pat aulló que la ley era la ley que estaba dispuesto a hacer un escarmiento con alguien... Me pareció que se había metido en la cabeza detener al primero que le diese excusa.

«Luego se fue calmando y empezaba a hacer preguntas respecto al mejicano herido, cuando entró Gene Stewart. Siempre que Pat Hawe y Stewart se encuentran acuden a mi memoria los «buenos tiempos» de allá por el 70. Naturalmente, todo el mundo cerró el pico. Pat odia a Gene, y Gene no está precisamente enamorado de Pat. Son enemigos naturales, y el curso de los acontecimientos aquí en El Cajón ha agravado la enemistad.

«-¡Hola, Stewart! Te andaba buscando -dijo Pat.

»Stewart le miró y con aire sarcástico replicó

«-Siempre da la casualidad de que me buscas donde no estoy, Hawe.

«A Pat se le encendió el rostro, pero se contuvo.

«-Tengo entendido que quieres sobremanera ese ruano tuyo de aristocrático nombre.

«-Así es, en efecto -replicó secamente Gene.

«-Y ¿dónde está?

«-Te tiene completamente sin cuidado, Hawe.

«-¿Ah, sí? Pues te equivocas; me interesa más de le que crees. Ocurrieron anoche varias cosas de las que debes saber algo, Stewart. Desvalijaron a Danny Mains... Stillwell perdió su dinero..., tu caballo ruano ha desaparecido..., esa buena pieza de Bonita también... y este mejicano está a punto de liar el petate. Ahora bien, teniendo en cuenta que tú estuviste anoche rondando por la estación, cerca de donde hallaron al herido, no parece descabellado pensar que pudieras saber quién le hirió; ¿no crees?

»Stewart se echó a reír despectivamente liando un cigarrillo, sin quitar ojo de Pat. Luego rezongó que de haber sido el quien perforase al mejicano lo habría hecho con bastante más eficacia.

»-Podría detenerte por sospechas, pero antes de hacerlo quiero reunir más pruebas. Quiero dar con DannyMains y con la mejicana. Quiero saber que se ha hecho de tu caballo. Desde que lo tienes jamás se lo prestaste a nadie y en esta divisoria no hay salteadores con agallas bastantes para robártelo. Esa... desaparición... no huele a nada bueno.

»-Eres el «as» de los detectives, Hawe, y te deseo la mejor suerte- replicó Stewart.

»Pat pareció salirse de sus casillas, bufando y mascullando imprecaciones. Después tuvo una idea. Se plantó

Librodot

frente a Stewart, sacudiendo un dedo ante su rostro.»

-¿Estabas borracho anoche? »Stewart ni pestañeó.

»-¿Te encontraste con una mujer al llegar el 8? -gritó Hawe.

»-Encontré a una señora -replicó Stewart, sosegadamente, aunque con acento amenazador.

»-Encontraste a la hermana de Al Hammond, y la llevaste a casa de Florencia Kingsley. Fíjate bien, mi caballeresco cowboy. Voy allá a hacerle a esa gran señora varias preguntas. Si muestra tanta reticencia como tú, la arrestaré.

»Gene Stewart se puso blanco. Conociéndole, esperaba verle tirarse súbitamente sobre el otro como un tigre, como suele hacer en tales casos. Pero siguió inmutable, pensativo. A poco dijo:

»-Pat, eso es una locura, y si lo haces te dejaré resentido para toda tu vida. No hay el menor motivo para alarmar a la señorita Hammond, y el detenerla sería un ultraje que no toleraríamos en El Cajón. Si tienes algo contra mí enciérrame en buena hora y yo no me resistiré. Si quieres perjudicar a Al Hammond, hazlo como un hombre y no de ese modo. No quieras vengarte de nosotros insultando a una dama que ha venido aquí a pasar una temporada. Ya disfrutamos de bastante mala reputación para que tengamos que portarnos como indios.

»Para Gene fue mucho hablar, y me sorprendió bastante. ¡Quien podía figurarse a Stewart interpelando con tanta mesura a aquel rubicundo coyote de sheriff! Sólo de ver la cara de estúpida satisfacción que ponía Pat, hubiera tomado yo cartas en el asunto, a no detenerme algo en la actitud de Gene. Era evidente, para cuantos escuchábamos, que el odio que sentía Hawe por Stewart le había hecho olvidar la responsabilidad de su cargo.

»-Voy... y ahora mismo -repitió.

»Se hubiera oído caer un alfiler al suelo; Stewart parecía no poder respirar con facilidad, como si le angustiase la idea de que Hawe se entrevistase con usted. Finalmente explotó

»-¡Pero piensa en quien es la señorita Hammond! Si la conocieras..., si la hubieses visto..., aun estando borracho o loco..., ¡te sería imposible hacerlo!

»-¿Que no? Pronto verás lo contrario. ¡A mí qué me importa quien pueda ser! Esas presumidas mujeres del Este... ¡ya he oído hablar de ellas!... Valen bien poca cosa... Esa Hammond, esa mujer...

»Súbitamente Hawe se calló, y palideciendo su congestionado semblante echó mano al revólver... »

Stillwell hizo una pausa en su relato para enjugarse el sudor y recobrar aliento. Su rostro comenzó a perder su rigidez, se alteró, ablandándose, agitándose y arrugándose hasta que toda aquella extraña movilidad se convirtió en una maravillosa sonrisa.

-Entonces, señorita Majestad, entonces ocurrió algo serio. Stewart le arrancó el revólver de la mano a Pat, tirándolo al suelo. Lo que siguió fue estupendo. El espectáculo más estupendo que he visto en mi vida. Sólo que... ¡se acabó tan pronto! Poco después, cuando llegó

el doctor, tenía otro cliente, a más del mejicano. Otro cliente que, según dijo, tardaría lo menos cuatro meses en volverse a levantar y sentirse de buen humor... Y Gene Stewart estaba camino de la divisoria.

IV

Cuando Alfredo despertó a su hermana la mañana siguiente, aún no había amanecido. Al levantarse a tientas en la grisácea penumbra buscando las cerillas y la lámpara, el aire frío la hizo estremecer. Su habitual languidez se desvaneció con el contacto del agua fría; y al tabalear luego Alfredo en su puerta anunciando que dejaba un jarro de agua caliente afuera, replicó castañeteándole los dientes

-Gra... gra... cias, pe... pero no la ne... ne... necesito.

Hubo, sin embargo, de recurrir a ella para hacer reaccionar sus entumecidas manos y poderse abrochar corchetes y botones. Ya vestida, observó en el empañado espejo que sus mejillas ostentaban una insólita roseta.

-¡Acabare teniendo colores naturales! - se dijo asombrada.

En el comedor el desayuno estaba a punto. Las dos hermanas comieron con ella. Magdalena se hizo cargo en seguida de la atmósfera de actividad que parecía reinar en la estancia. De detrás de la vivienda provenían ruidos de pisadas recias y voces masculinas, y del exterior el sordo piafar de caballos, crujidos de guarniciones y traquidos de ruedas. Alfredo entró, pisando fuerte.

-Majestad, vas a ver lo que es bueno -dijo alegremente-. Lamento tener que darte prisa, pero tenemos que estar en el rancho cuanto antes; mañana empieza el rodeo de otoño. Irás en el faetón con Florencia y Stillwell. Yo saldré adelante con los muchachos y arreglare un poco las cosas en el rancho para ti... Tu equipaje nos seguirá, pero no cuentes con él hasta mañana. Es un recorrido regular..., casi cincuenta millas de camino carretero. Flo, no olvides de poner un par de mantas. Abrígala bien y despabilaos. Estamos esperando.

Poco después, cuando Magdalena salió con Florencia, comenzaba a alborear. Los caballos mascaban el bocado, pateando la grava.

-Buenos días, señorita Majestad -gangueó Stillwell, desde el pescante del alto vehículo.

Alfredo la acomodó en el asiento trasero, y a Florencia a su lado, envolviendo a ambas con las mantas. Luego montó a caballo y saltó al galope.

-¡A... hup! -gruñó Stillvell, y haciendo restallar el látigo puso el tronco al trote. Florencia murmuró al oído de Magdalena:

-Por las mañanas temprano, Bill está que muerde. Luego, al templar el día se va amansando.

Tan escasa era aún la luz que no le fue posible a Magdalena distinguir sino confusamente los objetos, por lo que salió de El Cajón

Librodot

sin saber en realidad cómo era el pueblo. Lo único que a ciencia cierta supo era que se alegraba de dejarlo atrás, y con él los persistentes y pesarosos recuerdos de su llegada.

-¡Aquí llegan los cowboys! -dijo Florencia.

Apareció por la derecha una hilera de jinetes, alineándose detrás de Alfredo y alejándose gradualmente hasta perderse de vista. Mientras Magdalena los contemplaba, la grisácea penumbra se convirtió en franco amanecer. A su alrededor todo parecía desnudo y sombrío; el horizonte limitado, sin que ni un árbol ni una colina viniesen a romper la monotonía del paisaje. El suelo era aparentemente llano, pero el camino subía y bajaba, salvando pequeñas lomas. Magdalena miró hacia atrás en la dirección de El Cajón, buscando las montañas que viera la víspera, mas no logró percibir sino planicie árida y oscura, como la que tenía delante.

Una ráfaga de viento frío azotó su rostro, y la hizo estremecer. Al notarlo, Florencia añadió una segunda manta a su envoltura, arropándola hasta la barbilla.

-Por poco aire que haga lo notará usted -dijo la muchacha del Oeste.

Magdalena replicó que ya lo había notado. El aire parecía penetrar las mantas. Era frío, purísimo y cortante, tan fino que se veía obligada a respirar con la misma aceleración que si hubiese realizado algún ejercicio. Experimentaba en la nariz y en los pulmones un extraño escozor.

-¿No tiene usted f... frí... fríO...? -preguntó a Florencia.

-¿Yo? -contestó riendo-; Ya estoy acostumbrada! ¡No lo siento nunca!

Iba sin guantes, con las manos fuera de las mantas que evidentemente no necesitaba. Magdalena pensó no haber visto jamás una muchacha tan lozana y de salud tan espléndida.

-¿,Le gusta ver salir el sol? -preguntó Florencia.

-Sí..., creo que sí -replicó pensativamente Magdalena-. A decir verdad, hace años que no lo he visto.

-Los amaneceres aquí son espléndidos y las puestas de sol, en el rancho, maravillosas.

Al Este, vislumbrábanse tenues líneas de luz rosada al nivel del horizonte, que parecía retroceder al apuntar el día. Un banco de nubes sutiles y vaporosas tomaba tonalidades carmíneas. Al Sur y Oeste el cielo, aun oscuro, variaba por momentos, acentuándose su azul; por Oriente adquiría un tinte opalino, cuyo centro era un manchón de luz dorada cuya intensidad se fue concentrando hasta parecer de fuego. Sobre el oscuro horizonte se destaco un brillante disco. Era el sol, que, elevándose rápido, disperso las negruras entre los promontorios y dio calor y distancia a la inmensa extensión de la llanura.

-¡Bravo! ¡Bravo! -rezongó Stillwell, estirando los brazos como si se despertase en aquel momento-. ¡Esto ya es más agradable!

Florencia hizo un guiño, mirando a Magdalena.

-¡Hermoso día, muchachas! -prosiguió Bill, haciendo chasquear el látigo-. Señorita Majestad, la excursión de hoy no tiene nada de interesante por ahora; pero cuando hayamos ascendido un poro más le gustará. ¡Mire! Mire hacia el Sudeste, allí, por encima del más lejano promontorio.

Magdalena recorrió con la vista el horizonte gris donde veíanse azuladas espiras elevarse allende el cerro.

-Los montes Peloncillo -dijo Stillwell-. Cuando lleguemos allá, estaremos en casa. Ahora se perderán de vista hasta por la tarde que los verá surgir abruptamente.

¡Peloncillo! Magdalena repitió para sus adentros el vocablo. ¿Donde lo había oído antes? De pronto recordó.

El cowboy Stewart había aconsejando a Bonita la mejicana que «enfilase el camino de Peloncillo». Probablemente la muchacha había galopado por aquella misma carretera montada en el magnífico caballo gris, de noche, sola. Magdalena experimento un estremecimiento extraño, que no fue causado por el frío del ambiente.

-¡Una liebre! -gritó de pronto Florencia.

Magdalena vio su primera liebre. Era casi del tamaño de un perro y estaba dotada de descomunales orejas. Parecía tan mansa, que los caballos la envolvieron en el polvo que sus cascos levantaban, sin que variase de posición. Bill y Florencia rivalizaban en, celo por enseñar a Magdalena las diversas novedades del camino. Coyotes, escurriéndose con el rabo entre piernas por los matorrales; gallinazos revoloteando sobre el cuerpo de una vaca que había perecido en el pantano; curiosos lagartos diminutos que cruzaban veloces la carretera; rebaños paciendo en las hondonadas; las cabañas de adobe de los rabadanes mejicanos; potros salvajes, de hirsuto pelaje, contemplándoles con engalladas cabezas desde las crestas de los oteros..., cosas todas que Magdalena miro indiferente al principio, porque la indiferencia había llegado a ser en ella natural, y luego con un interés que fue acrecentándose a medida que avanzaban. El espectáculo de un rapazuelo mejicano, jinete en el burro más pequeño que viera en su vida, le abrió los ojos a la verdad. Se dio cuenta de que despertaban en ella dos sentimientos largo tiempo amortiguados o reprimidos: entusiasmo y deleite. Al comprenderlo, respiró profundamente el frío y penetrante aire, experimentando una íntima alegría. Adivino. aunque ignoraba la razón, que de allí en adelante en su vida hallaría algo nuevo, algo que hasta entonces no sintió jamás, algo saludable y beneficioso para su alma en aquella existencia rústica, natural, vulgar y salvaje.

Entre tanto, mientras miraba a su alrededor y escuchaba a sus compañeros, el sol se elevaba en el horizonte, caldeando poco a poco la atmósfera; los caballos mantenían incansables su regular trote, dejando atrás milla tras milla de ondulante camino.

Desde la cresta de un otero Magdalena vislumbro una barrancada en la que algunos de los cowboys habían hecho alto, sentados en torno a una hoguera, evidentemente ocupados en la preparación del

Librodot

almuerzo. Sus caballos pacían entre la alta hierba gris.

-El olor a leña quemada me hace venir el agua a la boca -dijo Stillwell-. Tengo hambre. Nos detendremos aquí para que descansen los caballos. Hasta el rancho les queda un buen tirón.

Paro el carruaje en las cercanías del campamento, y, apeándose, comenzó a desenjaezar el tronco. Florencia salto la primera para ayudar a Magdalena.

-Dé usted unos cuantos pasos -aconsejó- Debe tener las piernas entumecidas, después de estar sentada tanto tiempo; yo prepararé el almuerzo.

Magdalena bajó, contenta de poder estirar los miembros paseando por los alrededores. Oyó a Stillwell dejar los arreos en el suelo y acariciar a sus jacos. «¡Revolcaos, hijos de mula!», les decía con afectuosa brusquedad. Ambos animales doblegaron las patas delanteras, dejándose caer de costado, y trataron de revolcarse. Uno de ellos lo consiguió al cuarto intento, levantándose luego con un bufido de satisfacción y sacudiéndose de encima el polvo y la grava. El otro renunció a imitarle y se levantó a medias, optando luego por continuar tendido en el suelo.

-Estará tanteando el terreno -dijo Florencia, sonriendo a Magdalena-. Señorita Hammond, si White Stockings, su caballo favorito, se revolcase entre cactos..., ¡mal le quedaría el pelo!...

Durante la colación, Magdalena observó que era objeto de manifiesto interés por parte de los tres cowboys. Devolvió el cumplido, regocijándose al observar que bastaba una simple ojeada suya para causarles un penoso azoramiento. Eran hombres hechos y derechos

-uno de ellos tenía el cabello blanco- y sin embargo, se comportaban como muchachos sorprendidos en el momento de atisbar a hurtadillas a una mujer bonita.

-A todos los cowboys les gusta flirtear -dijo Florencia, como enunciando un detalle sin importancia. Pero Magdalena advirtió en sus pupilas un malicioso centelleo. Los aludidos la oyeron, y el efecto fue mágico. Abochornados y confusos, se afanaron en un sinfín de inútiles tareas. Magdalena no acertó a explicarse en qué habían pecado de osados, aunque evidentemente se reconocían culpables. Recordó el modo de mirar de los ingleses, fríamente apreciativo; el de los franceses, muy imprudente; el de los españoles, tan fogoso..., experiencias inevitables para toda muchacha americana que viaja por el extranjero. Comparados con aquéllos, los ojos de los cowboys tenían la sonriente inocencia de la niñez.

-¡la! ¡Ja! -gruñó Stillwell-. Florencia ha puesto el dedo en la llaga. Los cowboys son unos incorregibles flirteadores. Ya me extrañaba que hubiesen hecho alto por acá. Éste no es un lugar a propósito; aquí no hay leña, ni hierba, ni nada. Esos muchachos acamparon simplemente para esperarnos. No me sorprende en Booly y en Ned..., son jóvenes y retozones...; pero en cuanto a Nels..., ¡si puede ser vuestro padre!... ¡Verdaderamente es muy extraño!

Siguió un silencio. El encanecido Nels agitábase vanamente detrás

Librodot

de la hoguera, y luego emergió con el semblante encendido como la grana.

-Bill, eres más mentiroso que un coyote -dijo-. No tolero que me compares con Booly y Ned. No hay ningún cowboy en esta pampa que más aprecie a las damas que yo, pero no por eso desgarito. Sigo mi camino y... basta. Y ya que te las das de lince, no dudo que habrás atisbado algo por el camino.

-Nels, no he visto nada -replicó ásperamente. De su voz desapareció el tono chancero, y los colorados surcos se estrecharon alrededor de sus ojos escrutadores.

-Echa una ojeada a esas: pisadas de jamelgo -dijo Nels, llevándose a Stillwell algunos pasos más allá y mostrándole en el polvo las amplias huellas de unos cascos-. Supongo que conoces que caballo las ha hecho...

-¡El ruano de Gene Stewart o soy burriciego! -exclamó Stillwell. Y dejándose caer de rodillas examinó detenidamente las huellas -. No me fío mucho de mis ojos, Nels, pero me parece que no son recientes.

-Opino que datan de ayer por la mañana.

-Bueno, y si fuera así, ¿qué? -Stillwell miró a su cowboy-. Tan fijo como que tienes la nariz más encarnada que un pimiento, Gene no montaba su caballo.

-¿Y quién dice lo contrario? Bill, opino que no son solamente los ojos lo que te flaquea. Sigue esas huellas. Ven.

Stillwell echó a andar, con la cabeza sobre el pecho, mascullando palabras imperceptibles. A unos treinta pasos del campamento se detuvo en seco, dejándose caer otra vez de rodillas. Luego fue arrastrándose, buscando nuevas huellas.

-Nels, quienquiera que fuese el que montaba el jaco de Gene, se encontró con alguien... Y los dos se detuvieron sin echar pie a tierra.

-Como tuyo, el razonamiento es admisible- concedió el cowboy.

Stillwell se incorporó y fuése rápidamente hacia la izquierda; luego se detuvo, y marchando de nuevo de cara

al Sudeste, regreso al punto de partida, enfrentándose con el imperturbable cowboy.

-Nels, esto no me gusta ni pizca -gruñó-. Las huellas van derechas al portel del Peloncillo.

-¡Claro!

-¿Y qué? -insistió Stillwell, impaciente.

-¿No sabes de qué caballo son las otras?

-Me lo figuro, pero no estoy seguro.

-Del bronco de Danny Mains.

-¿Como lo sabes?-preguntó vivamente Bill.

-Porque la pata delantera izquierda de ese caballejo calza una herradura que se le pone siempre torcida. Cualquiera de los muchachos puede confirmarlo. Yo reconocería sus huellas a ojos cerrados.

El rubicundo rostro de Stillwell se ensombreció. Con vehemente ademán dio un puntapié a un cacto.

Librodot

-¿Iba o venía Danny? -preguntó.

-Calculo que iba a campo traviesa, buscando el camino del Peloncillo. Pero no lo aseguraría sin seguir algo más su pista. Esperaba que tú llegases.

-Nels, ¿crees que el muchacho se ha largado con esa bribona de Bonita?

-Bill, no puede negarse que él le ponía los ojos tiernos, como Gene, como Ed Linton antes de echarse novia, y como todos los muchachos. Ese diablejo de ojos negros los atrae. Tal vez Danny haya escapado con ella... Cuando iba hacia el pueblo le atracaron, y luego, avergonzado, se emborrachó... Pero no tardará en volver.

-Quizá tengas razón... Creo que los muchachos y tú estáis en lo cierto. ¿No cabe ninguna duda acerca de quién montaba el caballo de Gene?

-Está tan claro como sus huellas.

-Pues es extraordinario. No lo entiendo. Ojalá los muchachos aflojasen un poco en la bebida. Tenía verdadero afecto a Danny y a Gene, y mucho temo que este último... ya esté listo. Si cruza la divisoria por un punto en el que haya jarana, poco tardará en hacerse matar. Sospecho que me estoy haciendo viejo y que ya no veo las cosas como antes.

-Bill..., opino que yo debería tomar el portel del Peloncillo. Tal vez encuentre a Danny.

-Eso creo, Nels -asintió Stillwell-. Pero no tardes

más de un par de días en volver. Sin ti, no haremos gran cosa en el rodeo. Ando falto de brazos.

La conversación termino con estas palabras. Stillwell enjaezo de nuevo su tronco, y los cowboys se dedicaron a reunir sus desperdigadas monturas. Magdalena había demostrado un curioso interés, que no paso inadvertido para Florencia.

-Cosas que pasan, señorita Hammond -observó pensativa, casi melancólicamente.

Magdalena reflexiono. Inmediatamente, Florencia comenzó a tararear entre dientes una cancioncilla, mientras recogía los restos del almuerzo. Súbitamente la joven sintió afecto y respeto por la muchacha del Oeste. Era admirable la consideración, delicadeza o tacto que retuvo a Florencia de preguntarle lo que sabía, pensaba o sentía acerca de los hechos que se acababan de desarrollar.

Pronto reanudaron la marcha, siguiendo una carretera que iba ascendiendo gradualmente, y luego escalaron una loma que durante varias horas había ocultado a su vista el horizonte. La jornada resulto bastante fatigosa a causa del sol, del polvo y de la limitada perspectiva.

Cuando llegaron a la cumbre, Magdalena no pudo reprimir un suspiro de gozo. Ante ellos se extendía una profundo valle gris, que en el lado opuesto formaba una serie de declives correspondientes a otros tantos oteros, dando la impresión de oleadas de verdura que iban a morir al pie de los cerros, tachonados de macizos de arbustos,

matorrales o árboles. Y más allá, alzábanse, formidables y severas, las sombrías montañas, bordeadas de pinos y quebradas por riscos, escotaduras y agujas.

-¡Ea, señorita Majestad! -exclamó Stillwell haciendo restallar su látigo -. Ahora empezaremos a ver algo bueno. Una vez recorridas diez millas de este valle, llegaremos al pie de los cerros, donde los apaches solían acampar.

-¡Diez millas! -exclamó Magdalena-. ¡Pero si parece a media milla de aquí !

-Antes de aventurarse a ir sola, tendrá usted que acostumbrar sus ojos a las distancias del Oeste. ¿Qué diría que son esas cosas negras que se yen allí en la ladera?

-Jinetes... No, ganado -contestó Magdalena, dubitativamente.

-Ni lo uno ni lo otro. Cactos, simples y vulgares

cactos. Y más allá... valle abajo, ¿verdad que es un bosquecillo precioso? -añadió señalando.

En el centro del valle, hacia el Sur, Magdalena vio un magnífico bosque.

-Pues, señorita Majestad, no es sino aire engañador. No hay tal bosque. Espejismo y nada más.

-¿Sí? ¡Es bellísimo! -La joven concentro su mirada en la mancha oscura, y le pareció verla flotar en la atmósfera, sin contornos definidos, oscilante y trémula, y luego atenuarse hasta desaparecer.

De nuevo se hundieron las montañas detrás del horizonte, y el camino comenzó a sesgar en dirección ascendente. Los caballos se pusieron al paso. Tras una milla de ondulante recorrido llegaron al pie de los cerros y volvieron a ascender, serpenteando por entre los valles. Arboles, matojos y peñascos hicieron su aparición en las secas hondonadas. Aunque no había agua, velase en los arenosos aluviones signos evidentes de pasadas avenidas. El calor y el polvo sofocaban a Magdalena que ya sentía positivo cansancio. A despecho de todo no cesaba de mirar ávidamente a los pájaros, a las crestadas codornices y a los conejos, y en una ocasión vio a un ciervo.

-Señorita Majestad -dijo Stillwell-, en tiempos pasados los indios hicieron de ésta una comarca inhabitable. Supongo que usted no habrá oído hablar gran cosa de aquella época; tal vez aún no estaba usted en el mundo. Algún día le contaré como me batí con los comanches en el Panhandle -al Norte de Texas- y tuve no pocos sustos con los apaches de esta comarca.

Le habló de Cochise, jefe de los apaches Chiricahua la tribu más salvaje y sanguinaria de cuantas contribuyeron a hacer horrible la vida a los primeros pobladores. En un principio, Cochise fue amigo decidido de los blancos; pero habiendo sido víctima de esta amistad, se convirtió en un enemigo acérrimo e implacable. Más tarde, Jerónimo, otro jefe apache, en fecha tan reciente como la de 1885, empuñó las armas, dejando sangrientas huellas de su paso por Nuevo Méjico y Arizona hasta la frontera. Solitarios rancheros y cowboys fueron objeto de sus ataques, y hubo madres que mataron a sus hijos,

Librodot

suicidándose luego, al enterarse de la llegada del apache. En aquella época, el solo nombre de apache helaba la sangre de cualquier mujer del Sudoeste.

Magdalena se sentía horrorizada, y experimentó cierto alivio cuando el gárrulo veterano empezó a hablar del establecimiento de los españoles en la comarca, de las leyendas de minas de oro perdidas y únicamente conocidas de los mejicanos, y extrañas historias de heroísmo, misterio y religión. No obstante el desarrollo de la civilización en el Sudoeste, el mejicano había adelantado muy poco. Eran aún supersticiosos y creían en fantásticas historias de tesoros ocultos en los muros de las Misiones y manos invisibles que derribaban peñascos desde los cantiles de las barrancas sobre las cabezas de los exploradores que se atrevían a buscar las perdidas minas de los padres.

-En las montañas de detrás de mi rancho hay una mina perdida -dijo Stillwell-. Acaso sea solamente una leyenda. Pero, creo que hay algo de verdad en ello. Otras minas perdidas han sido halladas. Y en cuanto a eso de lanzar peñascos me consta que es cierto. Para convencerse, no hay más que seguir las barrancas; quizá no sean sino galgas desprendidas por la acción del tiempo. Es un país extraño, señorita Majestad, y acabará usted amándolo. Lo llaman ro... mántico y... tienen razón. Aquí uno se vuelve indolente y soñador y todo lo va dejando para mañana. Hay quien dice que es la «tierra del mañana» ...

»Pero a mí me gusta más la definición que me dio una señora, una dama educada como usted, señorita Majestad. Me dijo que era la «tierra de la tarde perpetua». Me gusto mucho la frase. Yo mismo, me levanto por las mañanas gruñón como un oso, y no me siento bien hasta el mediodía. Por la tarde me voy animando y tomándole gusto a las cosas. El crepúsculo es mi hora. No ansío nada mejor que una puesta de sol en mi rancho. Tiene usted enfrente un valle que se extiende amplísimo entre las montañas de Guadalupe y las Chiricahuas, cruzando el rojo desierto de Arizona hasta las Sierras Madres en Méjico. ¡Doscientas millas, señorita Májestad! ¡Y todo tan diáfano como el cristal! ¡Y el sol se pone detrás de todo eso! Cuando me llegue la hora, desearía morir en mi porche, con la pipa en los labios y de cara al Oeste.

El viejo ganadero continuó hablando, mientras Magdalena le escuchaba con sostenido interés. Y Florencia dormitaba en su asiento, y el sol iba hacia su ocaso, y los

caballos trepaban sin cesar. Llegados al pie de una empinada cuesta, Stillwell se apeó, cogiendo al tronco por la brida para facilitar la ascensión. Durante la larga subida el cansancio rindió a Magdalena, forzándola a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el cielo había cambiado sus tonalidades blancas por otras de acerado azul, y el sol, trasponiendo los cerros, no caldeaba ya la atmósfera cuya frescura se dejaba sentir vivamente. Stillwell había vuelto a ocupar el pescante y azuzaba a los caballos. En las oquedades y macizos comenzaban a extenderse las sombras.

-Flo - dijo Stillwell -, opino que deberíamos rematar lo que resta del almuerzo antes de que anochezca.

-No dejó usted gran cosa - rió Florencia, sacando el cesto de debajo del asiento.

Mientras consumían la frugal colación, el breve crepúsculo se desvaneció y las tinieblas invadieron las hondonadas. Magdalena vio la primera estrella, un tenue y parpadeante punto luminoso. El cielo, de un gris brumoso despejóse gradualmente al oscurecer, mostrando nuevas y débiles estrellas. Después, a medida que se acentuaba el tono gríseo, se fue acentuando también el brillo y la magnitud de los astros. La noche llegó, levantándose un frío viento. Magdalena sentíase contenta de poder arrebujarse en las mantas y recostarse sobre Florencia. Las quebradas eran ya núcleos de negrura y las crestas de los cerros albeaban pálidas en la suave penumbra. El sosegado paso de los caballos proseguía, acompañando el traquido de las ruedas y el crujir de la grava. El sueño ganó tan por completo a Magdalena que le fue imposible mantener los ojos abiertos. En ciertos instantes llegó a perder toda noción del sitio donde estaba, hasta que una sacudida del vehículo la hizo despertar. Luego siguió un intervalo de modorra, corto o largo, del que la sacó un violento bandazo del faetón. Abrió los ojos, hallándose con la cabeza inclinada sobre el hombro de Florencia. Se incorporó riendo y excusándose por su pereza. Florencia le anunció que estaban a punto de llegar al rancho.

Magdalena observó que los caballos habían reanudado su trote. El aire era más frío, la noche más oscura, los cerros menos elevados, y en el cielo, de un magnífico y aterciopelado azul, refulgían millares de estrellas, algunas maravillosas. ¡Que insólitamente blancas y vívidas! Magdalena sintió de nuevo invadida su mente por familiares y desconcertantes asociaciones. Aquellos blancos astros la atraían extrañamente o, mejor dicho, la obsesionaban.

V

Despertó a Magdalena a la mañana siguiente el chisporroteo de un alegre fuego, y lo primero que vio al abrir los ojos fue una inmensa chimenea de piedra en la que ardían haces de ramaje. Alguien, pues, había encendido el fuego durante su sueño. Durante un momento, sintió la misma sensación de desconcierto ya experimentada antes. Recordaba de modo vago la llegada al rancho, y la entrada a un enorme edificio a una de cuyas habitaciones, pobremente iluminada, la habían conducido. Al parecer, se debió quedar inmediatamente dormida, y se había despertado sin la menor noción de cómo se había acostado.

En breves segundos despejóse por completo. El lecho estaba próximo a uno de los extremos del ancho aposento. Las paredes de

Librodot

adobe recordaban los antiguos castillos feudales, de suelos y muros de piedra, con recias vigas ennegrecidas en el techo. El escaso moblaje, en extremo carcomido, estaba en deplorable estado. Dos ventanas a ambos lados de la chimenea y otra contigua al lecho inundaban la estancia de luz. Desde su sitio, Magdalena veía la sombría y sosegada falda de una montaña.

Sus miradas volvieron a posarse en el crepitante fuego, contemplando sus movedizas llamaradas, mientras cobraba coraje para levantarse. Cuando deslizó los desnudos pies sobre las losas del piso fue para meterlos inmediatamente entre el suave calor de las mantas. Y seguía aún acostada tratando de cobrar más coraje, cuando Florencia, con una llamada en la puerta y un alegre saludo, entró trayendo agua caliente.

-Buenos días, señorita Hammond. ¿Ha dormido usted bien? Anoche llegó rendida. Supongo que hallará este vetusto rancho tan destartalado y frío como un granero. Pronto se caldeará. Al ha marchado con Bill y los muchachos. En cuanto llegue su equipaje, iremos a caballo por la pampa.

Florencia vestía una blusa de lana con una bufanda o chal al cuello, falda abierta de pana y botas de montar. Sin dejar de hablar, atizo enérgicamente los leños de la chimenea, dispuso la ropa de Magdalena al pie de la cama y calentó una alfombrilla que luego puso junto al lecho. Finalmente, con una franca y directa sonrisa, dijo:

-Al me previno que no estaba usted acostumbrada a viajar sin su doncella. ¿Quiere que la ayude?

-Mil gracias. Me propongo valerme de mí misma una temporada. Supongo que debo parecerle desvalida, pero en realidad no me siento así. Tal vez he abusado un poco en eso de la servidumbre.

-Como usted quiera. El desayuno estará pronto dispuesto, y luego daremos una vuelta por el lugar.

La vetusta casona de estilo español encanto a Magdalena, quien cuantas más cosas veía, más condiciones le hallaba para poder convertirla en un delicioso hogar. Todas sus puertas daban a un patio, como le llamaba Florencia. El edificio era bajo de techo, de forma rectangular y tan vasto que Magdalena llego a pensar si habría servido de cuartel en tiempo de los españoles. Muchas de sus habitaciones carecían de ventanas y estaban vacías; otras estaban llenas de útiles de labranza, sacos de grano y balas de heno, que Florencia llamaba alfalfa. La casa en sí parecía solida y bien conservada, y en extremo pintoresca; pero en los aposentos habitados el moblaje se reducía a lo más estrictamente necesario, y aún era usado y poco confortable.

Cuando salió afuera Magdalena olvido el melancólico y desmantelado interior. Guiada por Florencia fue al porche, desde el que la joven señaló con un ademán la vasta y multicolor extensión.

-Esto es lo que tanto le gusta a Bill.

Al pronto, Magdalena no pudo discernir lo que era cielo y lo que era tierra. La inmensidad de la escena aturdió sus facultades de

concepción. Sentándose en una de las viejas mecedoras, miro y miro, y dióse cuenta de que no alcanzaba a abarcar la realidad tan maravillosamente desplegada ante ella.

-Estamos en la cumbre de los cerros-explico Florencia-. ¿Recuerda usted que vinimos faldeando la parte Norte de la sierra? Pues ésta se halla ahora detrás de nosotros, y lo que tiene ante los ojos es Arizona v Méjico.

Aquella extensa vertiente gris es la entrada del Valle de San Bernardino. Al frente, puede ver las negras montañas de Chiricahua y más lejos, al Sur, las de Guadalupe. La horrible sima rojiza que la separa es el desierto, y lejos están los confusos y azulados picachos de las Sierras Madres, en Méjico.

Magdalena escuchaba y miraba con reconcentrada atención, y preguntábase si esto sería solamente un magnífico espejismo, maravillada de que fuese tan distinto de cuanto conocía, y tan interminable, tan vasto y tan desconcertante.

-Le costará un poco acostumbrarse a las alturas y a tener que abarcar tanto con la vista -afirmó Florencia-. Ahí está el secreto. Estamos a considerable altura, el aire es diáfano y tenemos un mundo a nuestros pies. ¿No lo encuentra sosegado? Ya lo irá notando. Fíjese en esos puntos del valle. Son estaciones pequeñas, pueblecillos. La línea férrea sigue ese trazado. El punto mayor es Chiricahua. Dista unas cuarenta millas por carretera. Al Norte puede distinguir el rancho de don Carlos. No está más que a quince' millas, pero ojalá estuviese a quince mil. El manchón verde y cuadrado a mitad del camino es el rancho de Al. Y debajo de nosotras están las casas de adobe de los mejicanos. También hay una iglesia. Y a la izquierda están los corrales y alojamientos de Stillwell y sus cuadras, medio en ruinas. El rancho va desmoronándose, como todos los de por aquí, aunque la mayoría son explotaciones de poca importancia. Y, ¿ve usted aquella nube de polvo en el valle? Es el rodeo. Allí están los muchachos con el ganado. Espere, traeré los gemelos.

Con la ayuda de ellos, Magdalena vio en primer término una gran manada de ganado, formando densas y oscuras columnas y punteadas hileras de reses dirigidas en todas direcciones. Vio líneas y nubes de polvo y caballos al galope, y un grupo de caballos que pacían tranquilamente. Diviso a los cowboys, quietos como centinelas los unos, y en movimiento los otros.

-¡El rodeo! ¡Explíquemelo todo..., quiero saberlo..., quiero saberlo! -exclamó -. Dígame lo que significa, por qué se hace, y luego lléveme adonde están.

-Es todo un espectáculo, señorita Hammond. La llevaré a verlo gustosa, aunque no creo que quiera acercarme demasiado. Poca gente del Este, que come -trozos escogidos de buey o de vaca, tiene una idea, ni siquiera remota, de lo que es la pampa y de la lucha que hay que sostener para conservar el ganado ni de la dura vida del cowboy. Esto le abrirá los ojos, señorita Hammond. Me alegro de que quiera conocerlo. De no haber sido por las malas artes de los rancheros

Librodot

rivales, su hermano habría tenido gran éxito en este negocio. Y a pesar de ellos, lo tendrá aún.

-Así lo espero -replicó Magdalena-. Mas dígame cuanto sepa del rodeo.

-En primer lugar, cada ganadero ha de poseer un hierro de marcar reses para identificar y distinguir su ganado. Sin ello no habría cowboy capaz de reconocer, en una inmensa manada, las cabezas que le pertenecen. En nuestras pampas no hay cercas. Están abiertas a todo el mundo. Aspiro a ser algún día lo bastante rica para poder cercar una pampa. Las distintas vacadas pacen juntas y hay que capturar, si es posible, a todas y cada una de las terneras y becerros, marcándolos con el hierro de su madre. Esto no es tarea fácil. Un maverick es la cría no marcada, que se ha destetado por sí misma y campa por sus respetos. Estas crías pertenecen al que las encuentra y las marca con su hierro. Las crías que pierden a la madre sufren lo indecible. Muchas de ellas perecen. Además, los coyotes, los lobos y los pumas las persiguen encarnizadamente. Se celebran dos rodeos al año, aunque los muchachos marcan durante todo el año. Una cría debe herrarse en cuanto se la encuentra, como precaución contra los ladrones de ganado. Hoy día no se roban cabezas y puntas como antes, mas así y todo siempre hay el riesgo del ladrón aislado, riesgo que será tan eterno como la ganadería. Los ladrones se valen de mil artimañas; matan a la madre del becerro o le cortan a éste la lengua para que no pueda mamar y pierda a su progenitora. Roban a la cría, ocultándola hasta que haya crecido lo suficiente para valerse por sí misma, y entonces la hierran, con señales imperfectas, que más adelante completan.

»Celebramos el gran rodeo en otoño, cuando mayor es la abundancia de hierba y de agua, y cuando tanto caballos como ganados se hallan en excelente estado. Los ganaderos del valle se reúnen con sus cowboys, aballando ante sí todo el ganado que encuentran. Entonces lo hierran, hatajando la vacada que a cada uno corresponde, y lo conducen a sus corrales. Luego vuelven al valle a repetir la operación. A veces se requieren varias semanas hasta concluir con todas. Hay incontables mejicanos con puntas de ganado sin importancia, pero astutos y avariciosos como nadie. Bill cuenta que sabe de vaqueros mejicanos que jamás poseyeron una vaca o un novillo, y sin embargo, ahora tienen manadas espléndidas. Lo mismo podría decirse de algunos cowboys, aunque no es tan frecuente como solía ser antes.

-¿Y los caballos? -preguntó Magdalena, cuando se detuvo Florencia.

-¡Oh, los caballos vaqueros! Son de lo más interesante. Los muchachos las llaman broncos. ¡Salvajes! Son más salvajes que los novillos que tienen que acosar. Bill posee aquí broncos que ni han sido domados ni lo serán nunca. Y no todos los cowboys pueden montarlos. Los mejores caballos los tienen los vaqueros. Don Carlos tiene uno, negro, que yo daría cualquier cosa por poseerlo. El ruano de Stewart es mejicano; el más veloz y arrogante que he visto. Lo

Librodot

monté una vez y... ¡corre como el viento Además, le gusta la -mano de mujer, y eso es una condición para mí imprescindible en un caballo. Durante el desayuno, oí a Bill y Al hablar de una montura para usted. Naturalmente, no estaban de acuerdo. Bill proponía una y Al otra. Daba risa oírles. Finalmente dejaron el asunto en mis manos hasta que termine el rodeo. Entonces todos los cowboys de la pampa le ofrecerán sus mejores caballos. Venga, vamos a los corrales a ver los pocos que quedan.

Para Magdalena la mañana pasó volando, especialmente el tiempo invertido en contemplar desde el porche el mutable panorama. A mediodía un trajinante se presentó con el equipaje. Mientras Florencia ayudaba a la cocinera mejicana a la preparación del almuerzo, Magdalena desempaquetó parte de sus efectos, en especial aquellos de que tendría necesidad inmediata. Después de comer, trocó su vestido por uno de amazona y saliendo al exterior, halló a Florencia esperándola con los caballos.

Una sola mirada bastó a la última para abarcar en todos sus detalles el aspecto de la forastera, y en sus pupilas se reflejó su satisfacción.

-Está usted... está usted que ni pintada, señorita Hammond. Este traje de montar es de un estilo nuevo. A mí o a cualquier otra mujer nos sentaría... ¡Dios sabe cómo! Pero, a usted... le va divinamente. Bill no le permitirá acercarse a una milla de sus cowboys. Si éstos la ven... se acabó el rodeo.

Cabalgando ladera abajo, Florencia habló de los abertales de Nuevo Méjico y Arizona.

-Escasea el agua -decía-. Si Bill pudiera permitirse el lujo de canalizar la de las montañas tendría el mejor rancho del valle.

Siguió explicando que el clima era templado en invierno y caluroso en verano. Lo más corriente eran los días cálidos, y soleados casi todo el año. Algunas primaveras eran lluviosas y de vez en cuando se presentaba una prolongada sequía, el terrible año seco de los mejicanos. Durante los meses primaverales esperaban continuamente la lluvia, y cuando llegaba florecía la gramilla, cubriendo de verde manto los valles de montaña a montaña. Las hondonadas de la inmensa ladera de los cerros encerraban los mejores pastos para el ganado, por lo cual eran en extremo buscadas por los mejicanos poseedores de pequeñas vacadas. Los cowboys de Stillwell estaban persiguiendo constantemente a aquellos invasores de tierras pertenecientes al veterano. Sus dominios cubrían mil acres de abertales (o tierras sin cercar) colindantes con la pampa. Don Carlos poseía mayor extensión aún, y sus manadas se mezclaban con la de Stillwell continuamente. A su vez, los vaqueros del mejicano ajoraban reses de Bill de los aguaderos de aquél. Hacía años que entre ambos reinaba una violenta tensión, y en la actualidad estaban a punto de romper sus relaciones.

Magdalena procuraba no perder detalle de cuanto veía al pasar. El suelo era áspero y poroso, y ella comprendió por qué la lluvia y el

agua desaparecían tan rápidamente. A cierta distancia la gramilla parecía tupida, pero de cerca era escasa y dispersa. Macizos de arbustos y cactos tachonaban acá y acullá la hierba. Lo que más le sorprendió fue el advertir que, no obstante el buen rato que llevaban cabalgando, no parecían estar más cerca del rodeo. El declive del valle no era perceptible sino luego de haber recorrido varias millas. Mirando al frente, parecíale que su anchura era relativamente escasa. A simple

vista habría creído poderlo atravesar a caballo en una hora, y, sin embargo, la audaz y sombría mole de las Chiricahuas distaba un día largo de marcha, aun para el más avezado cowboy. Sólo al mirar hacia atrás pudo la joven establecer la verdadera relación de las cosas. La distancia recorrida no podía engañarla.

Gradualmente, los puntos negros fueron adquiriendo contornos definidos de reses v caballos que se movían en torno a un gran espacio polvoriento. Media hora después, las dos muchachas llegaban a los lindes del campo de acción. Refrenaron las monturas junto a una inmensa carreta en cuyas cercanías pacían más de cien caballos, bufando, relinchando v trotando con las cabezas engalladas para contemplar a las recién llegadas. Cuatro cowboys custodiaban la remonta. Un cuarto de milla más lejos se desarrollaba la polvorienta contienda. Un estruendo de retumbantes cascos atronó los oídos de Magdalena. Las hileras del ganado en marcha se fundían en una inmensa vacada, envuelta en polvo.

-Apenas si puedo distinguir lo que hacen -dijo-. Quisiera verlo más de cerca.

Salvaron al trote la distancia intermedia, pero cuando Florencia se detuvo, aún no se dio por satisfecha Magdalena, insistiendo en aproximarse más. Antes de volver a hacer alto, las divisó Al Hammond y galopó hacia ellas, gritando algo que Magdalena no entendió y haciéndoles señales de que se detuviesen.

-Ya estáis lo bastante cerca -gritó con voz que el estruendo hacía poco clara-. ¡Es peligroso! ¡Novillos salvajes! ¡Me alegro de veros, muchachas! Majestad, ¿qué te parece este manojo de reses?

El ruido, el polvo y el continuo movimiento aturdían a la joven, impidiéndole contestar.

-Están majando, Al -dijo Florencia.

-Acabamos de ajorarlas. Están majando y no me gusta. Los vaqueros son muy duros con el ganado. Nos dan ciento y raya, y eso que nosotros no nos quedamos cortos. - Estaba cubierto de sudor y de polvo, jadeante-. Me voy, Flo. Dentro de un par de minutos mi hermana estará ya harta del espectáculo. Llévatela a la carreta. Le diré a Bill que estáis aquí y volveré cuando pueda.

El ensordecedor clamoreo de bufidos, mugidos, bramidos y relinchos, el repiqueteo de cascos, los ágiles

cauboys, revolviéndose veloces en sus sillas, lo inusitado, en fin, del espectáculo desconcertaba a Magdalena infundiéndole un cierto temor; pero sentiase tan vivamente interesada que insistió en permanecer donde estaba hasta que consiguiese darse cuenta por sí

Librodot

misma de lo que veía, y explicarse aquellos ruidos y movimientos.

Al querer abarcar en su totalidad la escena, vio que no lograba aclararlo, por lo que determinó ir por partes.

-¿Quiere usted quedarse más tiempo? -preguntó Florencia; y al recibir afirmativa respuesta, previno a Magdalena-. Si ve venir hacia aquí a un novillo desbocado o a una vaca enfurecida deje a su caballo que haga lo que proceda. Él sabrá echarse a un lado.

El aviso prestó mayor aliciente a la situación y Magdalena quedóse absorta. La enorme masa de ganado parecía girar como un torbellino, y esto permitióle a Magdalena comprender el significado de la palabra «majar». Pero al mirar a uno de los extremos de la vacada vio reses inmóviles, cara afuera, con las crías pegadas a su flancos, temblando de pavor. La emoción de las bestias fue decreciendo del núcleo a la periferia, hasta cesar gradualmente. El galopar de los caballos, el chasquido seco de las cervices al enfrontilarse las reses fue de igual modo cesando, aunque continuaron los mugidos. Mientras observaba, se fue extendiendo la manada, haciéndose menos densa, y algunos novillos rezagados parecían querer romper el cerco de montados cowboys.

A partir de aquel momento ocurrieron tantas cosas, y tan rápidamente, que Magdalena no pudo ver ni una décima parte de lo que pasó por delante de sus ojos. Al parecer, los jinetes hacían incursiones al grueso de la vacada, separando de ella algunas reses. Magdalena concentró su atención en un cowboy montado en un caballo blanco que perseguía a un novillo. Volteó su lazo por encima de su cabeza, y lo lanzó; la cuerda surcó los aires y su gaza cogió al novillo por una pata. El caballo blanco se detuvo con maravillosa prontitud, al tiempo que la res caía al suelo. Rápido como el rayo el cowboy echó pie a tierra y aferrándose a las patas del novillo las ,ató antes de que pudiera levantarse. La operación habla sido casi tan veloz como el pensamiento.

Otro individuo se acercó, llevando en la mano lo que la joven supuso serían los hierros, que aplicó al flanco de la bestia. Al sentir la quemadura, el novillo dio un brinco, buscando frenéticamente por donde huir, mientras el cowboy, ya otra vez a caballo, buscaba nueva presa, con el lazo en mano. En segundo término, Magdalena divisó unas hogueras al cuidado de un hombre que debía ser quien calentaba los hierros. El mismo cowboy laceó una becerra que berreó desaforadamente al sentir el contacto del hierro. La muchacha vio elevarse una espiral de humo, haciéndole experimentar una sensación de angustia. La vista del sufrimiento de los animales le había sido siempre insoportable. El aspecto rudo de la vida masculina era un libro cerrado para ella, y ahora, por razones que escapaban a su conocimiento, ansiaba aprender y oír de labios de los veteranos todo o al menos algo de lo que constituía las diarias ocupaciones de aquella vida.

-¡Mire, señorita Hammond, ahí está don Carlos! -gritó Florencia-. ¡Fíjese en aquel caballo negro!

Magdalena vio pasar a un mejicano de cetrino rostro. Estaba demasiado lejos para poder distinguir sus facciones, pero le recordó a los bandidos sicilianos. Montaba un soberbio caballo.

Stillwell se acercó a las muchachas, saludándolas con voz estentórea.

-¡En pleno campo de batalla! ¡Oh! ¡Bravo, señorita Majestad! Celebro ver que no le asusta un poco de polvo ni el olor del cuero quemado.

-¿No podrían herrarles sin hacerles daño? -preguntó Magdalena.

-¡Ja, ja, ja! ¡Pero si no les duele! Berrean llamando a su mamá. A veces hay que hacerles daño precisamente para saber quién es la madre.

-Quisiera saber cómo deciden ustedes el hierro que -hay que poner a las crías que están separadas de sus madres -preguntó Magdalena.

-Lo deciden los capataces de rodeo. Yo tengo uno, y don Carlos otro. Ellos lo estatuyen todo y hay que acatar sus decisiones. Aquél es Nick Steele, mi capataz. ¡Miradle! Monta un bravo... Él señala los becerros y los novillos que hay que hatajar. Luego los cowboys hacen el aparta-do y les aplican el hierro. Procuramos repartirnos los El hermano de Magdalena se acercó al grupo, evidentemente buscando a Stillwell.

-Bill, Nels acaba de llegar -dijo.

-¡Bravo! Nos hacía falta. ¿Se sabe algo de Danny Mains?

-No. Nels dice que perdió el rastro al penetrar en terreno duro.

-Bien, bien. Escucha, Al, tu hermana le ha cobrado afición al rodeo, y los muchachos lo han notado. ¿Ves a ese simple de Ambrosio haciendo piruetas? Seguramente lucirá todo su repertorio. Se cree un Don Juan.

Los dos hombres y Florencia aprovecharon la coyuntura para bromear un poco a costa de Magdalena, llamando su atención sobre las al parecer innecesarias proezas hípicas realizadas en sus proximidades. Los cowboys manifestaron su interés en forma de ojeadas de soslayo mientras retiraban un lazo o iban de acá para allá. Mas el cuadro era demasiado serio para distraer a Magdalena. No sentía deseos de hablar. Montada en su caballo, observaba.

Los ágiles vaqueros de morena tez la fascinaban. Parecían estar en todas partes a al vez, con los lazos volando, los caballos afianzándose sobre las patas delanteras, barbeando terneras y erales. Eran crueles para con, sus caballos, crueles para con el ganado. Magdalena se estremeció al ver cómo hendían los flancos de sus monturas las puntiagudas rodelas de sus espuelas hasta quedar cubiertas de sangre y de pelo. Vio a los vaqueros romper las patas a los becerros, dejándolos donde caían hasta que algún cowboy se acercaba para darles el tiro de gracia. Arrastraban a las reses varias yardas, -aunque hubiesen quedado presas por una sola pata. No obstante haber visto montar a los cosacos y tártaros de las estepas rusas, Magdalena los calificó como los mejores jinetes del mundo. Eran raudos, ágiles, audaces, no erraban jamás al tirar el lazo y ¡ qué admirable era la forma de dominar el caballo y las súbitas paradas, las inverosímiles

Librodot

medias vueltas, la firmeza con que resistían el brutal tirón de la bestia al tenderse!

Los cowboys demostraban igualmente su prodigioso dominio de las monturas. A pesar de su indiferencia, Magdalena observó en ellos una consideración por las reses y por sus monturas de que carecían los vaqueros. Cambiaban de caballo con mayor frecuencia, y al descartarlos no los dejaban tan jadeantes, tan cubiertos de sudor como aquéllos. Después de una hora de atenta y detenida observación, Magdalena empezó a darse cuenta del peligro y fatiga que entrañaba la labor de los cowboys. Durante el rodeo no descansaban un instante, hallándose de continuo entre reses salvajes de enorme cornamenta. En múltiples lances debían la vida a sus caballos. El momento de mayor riesgo era cuando el cowboy echaba pie a tierra para barbear al ternero y aplicarle el hierro, pues a veces la madre acometía con la testuz baja y ladeada. Magdalena hubo de reprimir en más de una ocasión el grito que involuntariamente subía a sus labios al ver a un hombre en peligro de ser corneado. Un cowboy laceó una ternera que empezó a mugir lastimeramente. Su madre embistió al arrodillado cowboy, que pudo eludir la acometida tendiéndose en el suelo. Luego, incorporándose, quiso echar a correr, pero sus zambas piernas le impedían hacerlo con celeridad. Otro fue derribado y pisoteado por una res mientras su montura emprendía un desenfrenado galope. Cerca de ella un novillo se vino a tierra preso en la gaza de un lazo. El cowboy que se lo había echado desmontó ágilmente y a la sazón su caballo comenzó a bailotear, yéndose a la empinada o encorvándose para cocear, mientras galopaba en círculo al otro extremo del lazo tomando el derribado novillo por eje. El cowboy desató a la res, viéndose a su vez arrastrado en la hierba por su montura. Magdalena casi se horrorizó al ver luego a aquel cowboy reducir a la obediencia al arisco animal. Luego dos jacas a galope chocaron violentamente, cayendo una de ellas; el jinete de la otra, desarzonado, cayó también, recibiendo una coz antes de que pudiera incorporarse. Una vez levantado fustigó duramente al caballo, que se defendía enseñándole los dientes con la salvaje intención de morderle.

La incesante actividad continuaba en medio de un extraño clamoreo..., mugidos y bramidos, sordos baques de cuerpos que entrechocan, los agudos gritos de los vaqueros, las voces y pullas de los cowboys, que al obedecer a las rígidas órdenes replicaban chanceándose. Desempeñaban su arduo cometido como si fuese un juego que había que llevar a cabo alegremente. El uno cantaba, el otro silbaba, el otro fumaba un cigarrillo.

El sol cayendo con fuerza sobre jinetes y corceles hacia que ambos apareciesen llenos de sudor. Los característicos semblantes rojos de los cowboys estaban cubiertos de una capa tan espesa de polvo, que no era posible distinguirlos de los vaqueros sino por la diferencia en el vestir.

Algunos tenían las manos tintas de sangre. La atmósfera era pesada, sofocante, impregnada de la catinga de las reses y del olor de

Librodot

cuero quemado.

Magdalena empezó a sentirse indispuesta. El polvo la ahogaba y el hedor era casi insoportable. A pesar de esto, empeñóse en permanecer allí. Florencia la instaba a que se marchase, o por lo menos a que se retirase a un lugar más reposado. Stillwell secundaba a Florencia. Magdalena rehusó, sonriente. Luego, su hermano metió baza.

Y ella le contestó que se proponía esperar hasta que terminasen la labor del día. Al la miró extrañado, sin hacer más comentario. El afable Stillwell aprovechó la ocasión para hablar

-Señorita Majestad, está usted viendo la vida de ganaderos y de cowboys..., la vida real, tal como era en los primeros tiempos. Los ranchos de Texas y algunos de Arizona han cambiado de estilo, y adoptado ideas y procedimientos nuevos, que ojalá nosotros pudiésemos adoptar. Pero estamos obligados a seguir con el antiguo sistema de rodeo de los abertales. Bien veo que a sus ojos parece cruel, y... es posible, es posible que lo sea. Es indudable que los mejicanos lo son. No he conocido ni uno solo que no fuese cruel. Mas le advierto que lo que hoy ha presenciado no constituye una excepción en la dura y estreuna vida del cotvboy. Largas horas a caballo, deficiente comida, el suelo por cama en muchas ocasiones, solitarias vigilias, polvo y sol y viento y sed, un día y otro día durante todo el año... Eso es a lo que el cowboy llama vida.

»Mire usted a Nels. El poco pelo que tiene, blanco como la nieve; la piel requemada, curtida como cuero... Fíjese en su corcova; y en sus manos cuando se nos acerque; sobre todo en sus manos. Nels no puede, aunque quiera, recoger un alfiler del suelo. A duras penas consigue abrocharse la camisa o deshacer un nudo en su reata. Parece un sesentón..., un vejete ¡y no ha llegado aún a los cuarenta! Es joven, pero cada uno de sus años encierra una vida. Señorita Majestad, Arizona ha hecho de Nels lo que es; Arizona y su desierto y la labor del cowboy. Ha aballeado por el Cañón del Diablo y el Verde v la Cuenca del Tonto. Conoce milla a milla el valle de Aravaipa y la región de Pinaleno. Ha recorrido la pampa de Tombstone a Douglas; antes de llegar a los veintiún años había ya tumbado blancos de mala reputación y mejicanos de peor calaña. Ha visto mucho; mis sesenta años no son nada al lado de su experiencia. Mis tiempos de joven en las planicies y en las divisorias, contendiendo con los apaches, son una nadería comparados con lo que Nels ha visto y ha pasado. Él ha venido a ser una parte del desierto; podría decirse que es roca y fuego y silencio y cactos y fuerza. Es un hombre, señorita Majestad, un hombre maravilloso. Podrá tal vez parecerle basto, pero... en el rancho le enseñaré trozos de cuarzo tan basto que le cortarán las manos y... son de oro puro por dentro. Lo mismo ocurre con Nels y con la mayoría de los cowboys.

»Por ejemplo, Price; Monty Price: Monty es abreviatura de Montana, la región de su procedencia. Fíjese usted bien en él, señorita Majestad. Si no me engaño, se ha lastimado. Eso explica que no monte a caballo ni lleve el lazo, y que cojee. Le han zarandeado un poco. Es raro y muy

Librodot

poco frecuente que un cowboy se cruce con uno de esos millares de cuernos puntiagudos; pero a veces... ocurre.

Magdalena vio a un hombrecillo cenceño y avellanado, ridículamente zambo, con una tez del color y consistencia de una tea. Iba cojeando hacia la carreta, y una de sus cortas y enarcadas piernas renqueaba.

-No es bonito a la vista, ¿eh? -prosiguió Stillwell-. Comprendo que es -natural el que nos complazca la belleza en todo, aun en el hombre, aunque no debería ser así. Monty Price es más feo que Picio, pero las apariencias engañan. Monty lleva años cabalgando por las quebradas de Missouri, las vastísimas praderas de alta hierba y terribles incendios. En Montana padecen ventiscas que dejan heladas a las reses mientras pacen, y dejan patitiesos a los caballos. Según he oído, una ventisca de cara, con el termómetro a 40° bajo cero, es algo inolvidable cuando hay que aguantarla montado. No conseguirá hacer hablar a Monty del frío; mas obsérvele cómo busca el calor del sol. Nunca encuentra que haya bastante. Antaño era de mejor ver que ahora. Lo que de él sabemos es lo siguiente se vio cogido por un incendio en las praderas, del que pudo salvarse fácilmente; pero sabía que en el sector amenazado por el fuego había un rancho solitario cuyo dueño estaba ausente, habiendo dejado en casa a su mujer y al nene, y sabía también que, dada la dirección del viento, el edificio quedaría hecho cenizas. Fue un tremendo albur el que corrió, mas, yendo allá, montó a la mujer a grupas de su caballo, envolvió al nene en una manta mojada y la cabeza de su montura en otra, y salió al galope. Según he oído fue una galopada histórica. El fuego atajó el paso a Monty. La mujer cayó del caballo y se perdió. Luego le tocó el turno al jaco. Monty, corriendo, arrastrándose por entre el fuego, con el pequeñuelo en brazos, consiguió salvarle. Después... ya no sirvió para gran cosa como cowboy. No lograba entrar en parte alguna... Pero aquí, mientras yo tenga una vaca... tendrá el un empleo.

VI

Durante una semana el rodeo se desarrolló en las cercanías del rancho, y Magdalena pasó la mayor parte de su tiempo a caballo, contemplando la esforzada labor de vaqueros y cowboys. Engañábase respecto a su resistencia, y en más de una ocasión tuvieron que bajarla de su silla.

El contento que su presencia proporcionaba a Stillwell se trocó en aprensión. Quiso persuadirla de no acudir al rodeo, y Florencia, cuya inquietud iba en aumento, unió sus ruegos a los del veterano.

Mas todo fue inútil; Magdalena -se mostró inconmovible.

En forma vaga iba dándose cuenta de la realidad de lo que estaba presenciando, algo infinitamente más importante que el simple

Librodot

ajoramiento de reses por cowboys, y le fastidiaba perder una sola hora de las que podía invertir en la oportunidad.

Su hermano cuidaba de ella cuando sus ocupaciones se lo permitían; pero durante varios días se guardó mucho de mencionar su creciente fatiga y la nerviosidad que la excitación constante suponía, y menos aún de sugerirle que volviese al rancho con Florencia. Varias veces notó la atracción de sus ojos azules en su rostro, y en tales momentos adivinaba en su mirar algo más que fraternal interés. La estaba observando, estudiando, sondeando, y al darse cuenta de ello, Magdalena sentíase vagamente conturbada. Era inquietante pensar que su hermano podía haber adivinado su secreto. De cuando en cuando, traía cowboys y se los presentaba riendo y bromeando con el deseo de hacer menos embarazosa la situación para aquellos hombres poco acostumbrados al trato femenil.

Antes de terminar la semana, Alfredo halló una coyuntura propicia para aconsejarla que dejase proceder al rodeo sin honrarlo con su presencia. Lo dijo en son de chanza, pero lo dijo muy serio, y al volverse Magdalena sorprendida hacia él, añadió lisa y llanamente:

-No me gusta la forma en que te ronda don Carlos. Bill teme que Nels o Ambrosio o cualquiera de los cowboys le hagan una mala pasada. Están al acecho de una oportunidad. Podrá parecerte absurdo, querida, pero es así.

Y absurdo ciertamente lo era, aunque sirvió para demostrar a Magdalena lo intensamente absorta que había estado con sus pensamientos, nacidos del tumulto y la labor del rodeo. Recordó la presentación de don Carlos y recordó también que no había sido de su agrado el cetrino rostro de audaces y prominentes ojos de fúlgido mirar y siniestras facciones; ni su voz, suave e insinuante, ni su porte, ni sus lentos ademanes y reverencias. A caballo habíale parecido apuesto y gallardo, pero al obligarla las palabras de Alfredo a concentrar en él su memoria, recordaba que cuantas veces había acudido al campo, el noble corcel pelinegro, con sus arreos incrustados de plata y su moreno jinete, había estado en sus cercanías.

-Y don Carlos pretendió a Florencia durante mucho tiempo -aclaró Alfredo-. Ya no es ningún niño. Según Bill, pasa de los cincuenta, aunque es imposible juzgar la edad de un mejicano por su aspecto. Don Carlos es hombre muy bien educado, pero de cuya vida sabemos muy poco. Mejicanos de su ralea no consideran a las mujeres como nosotros, y, a decir verdad, querida hermana neoyorquina... no tengo tiempo que perder con don Carlos y no quiero que Nels o Ambrosio equivoquen la puntería y barbeen al individuo con el lazo tomándole por un novillo. En consecuencia, vuelve grupas, vete al rancho y quédate allí.

-Alfredo, te estás burlando de mí. Hablas en broma -dijo Magdalena.

-Te aseguro que no -replicó su hermano-. ¿Verdad, Flo?

Florencia afirmó que a la menor provocación los cowboys tratarían

Librodot

a don Carlos con menos ceremonias y miramientos que a un becerro barbeado. El viejo Stillwell, tomado por Alfredo como testigo de la conducta de los cowboys en ciertas emergencias, no tan sólo corroboró los asertos de aquél, sino que añadió algo de su propia cuenta.

-Y diré, además, señorita Majestad -concluyó-, que si Gene Stewart aballase por mi cuenta, hace ya tiempo que ese gesticulante mico habría mordido el polvo.

Magdalena que había estado vacilando entre tomárselo a risa o en serio, acogió con una carcajada la alusión que hizo Stillwell a su ideal caballeresco a lo cowboy.

-No estoy convencida, pero... me rindo -dijo-. Esto encubre algún oculto motivo para alejarme. El apuesto don Carlos se ve injustamente calumniado, pero las pruebas que ya tengo de la singular imaginación y galantería del cowboy me inclinan a temer esa posibilidad. Y por tanto... adiós.

Con Florencia emprendió la ascensión de la prolongada y gris ladería que llevaba al rancho. Aquella noche se sintió abrumada por un desmedido cansancio, que ella atribuyó más al exceso de trabajo mental que al caballo. El siguiente día, empero, la halló poco dispuesta al reposo. No anhelaba actividad, ni excitación, ni placer. Un inequívoco instinto, emanado de las tumultuosas sensaciones de los últimos días, le daban la clara persuación de que había faltado algo en su vida. No podía ser amor, ya que amaba a sus padres, a su hermano, a sus amistades; tampoco era consideración hacia el pobre, el desgraciado o el desvalido, pues repetidas veces demostró su simpatía hacia ellos con generosos dones; no eran diversiones, cultura, viajes, sociedad, riquezas, posición o fama, pues todo eso lo había gozado toda su vida. Fuese como fuese, recordaba los desconcertantes indicios de ese vacío, las esperanzas frustradas a punto de realizarse, las obsesionantes promesas incumplidas. El hecho era que todo esto había permanecido oculto e ignorado allá en su hogar, y aquí en el Oeste comenzaba a tentarla, impulsándola a

descubrirlo. Por eso no podía descansar, ansiaba ir y ver, ya no perseguía un fantasma; era la búsqueda de un tesoro que se obstinaba en permanecer alejado, intangible, como la substancia de los sueños.

Aquella mañana Magdalena manifestó su deseo de visitar el barrio mejicano enclavado en la falda de los cerros. Florencia protestó alegando que no era lugar a propósito para Magdalena. Pero ésta insistió, y bastáronle unas pocas palabras y una insinuante sonrisa para convencerla.

Visto desde el porche, el grupo de casitas de adobe aparecía como una pintoresca nota de color y de contraste en la desolación del inmenso valle. De cerca comprobábase que la distancia presta un gran encanto a las cosas. Eran unas viviendas viejas, destartaladas, en ruinas, miserables. Unas cuantas cabras trepaban por sus desmoronados muros; unos perros sarnosos y famélicos ladraron

Librodot

anunciando la visita; y luego hizo su aparición en enjambre de chiquillos, medio desnudos, indeciblemente sucios y astrosos, que, llenos de vergüenza, iban a retirarse, asustados. Pero unas palabras amables acompañadas de sonrisas ganaron su confianza y, los chiquillos siguieron a los expedicionarios, arrastrando a otros camaradas al pasar ante cada casa. Magdalena concibió al punto la idea de hacer algo en pro del mejoramiento de aquellos pobres mejicanos, y con tal objeto quiso visitar los interiores. Juzgando por el efecto que causó su presencia en la primera mujer que encontraron, imaginóse que la tomaban por una aparición ultraterrena. Mientras Florencia ejercitaba el escaso español que poseía, intentando «tirar de la lengua» a las mujeres, Magdalena escudriñaba los míseros aposentos con una sensación de náuseas que fue aumentando al pasar de una a otra vivienda. Jamás hubiera podido creer posible la existencia en América de semejante abyección. Las chozas eran nidos de podredumbre y de parásitos. Carecían en absoluto de agua, confirmando el aserto de Florencia de que aquellas gentes no se lavaban nunca. Había escasas señales de laboriosidad. Hombres y mujeres fumando cigarrillos, haraganeaban por doquier, unos silenciosos, otros charlando por los codos. Ni parecían contrariados por la visita de las americanas, ni mostraban la menor hospitalidad. Parecían estúpidos. En las casuchas reinaban constantemente las enfermedades; cuando se cerraban las puertas no había la menor ventilación, y aún con ellas abiertas Magdalena sentíase angustiada y deprimida. Un hedor violento llenaba aun los recintos menos sofocantes, hedor procedente, según explicó Florencia, de un licor que los mejicanos destilan de los cactos. La embriaguez general era manifiesta, una embriaguez terrible, inerte, que postraba a sus víctimas en un letargo de muerte.

Magdalena no pudo efectuar la visita a la pequeña Misión. Vio a un padre de facciones demacradas y tristes, y comprendió instintivamente que era un hombre bueno. Pasó a caballo por delante del modesto edificio, y al llegar al rancho, sintióse desfallecer de tal modo que Florencia tuvo que entrarla casi en brazos. Un esfuerzo de voluntad le permitió dominar su postración, aunque al hallarse a solas en su aposento hubo de sucumbir a ella. No perdió por completo el sentido, rehaciéndose pronto lo bastante para no requerir asistencia.

Cuando, a la mañana después del término del rodeo, salió al porche, Stillwell y su hermano parecían estar discutiendo sobre la identidad de un caballo.

-Yo creo que es mi viejo ruano -decía el ganadero, resguardándose los ojos para ver mejor.

-Bill, si ése no es el jaco de Stewart, no tengo ojos en la cara -replicó Al-. No lo digo por el pelaje ni por la estructura... está demasiado lejos para distinguir esos detalles. Es el movimiento... el balanceo.

-Quizá tengas razón. Pero... ese caballo viene sin jinete. Flo, tráeme

Librodot

mis gemelos.

Florencia entró en la vivienda, mientras Magdalena intentaba descubrir el objeto de la discusión. Por fin, en la lejanía, en una hondonada gris al pie de los cerros, viví una nube de polvo y luego la oscura y móvil figura de un caballo. Estaba mirando aún, cuando Florencia volvió con los gemelos. Bill miró largamente, enfocando sus anteojos con detenimiento.

-Me contraría tener que reconocer que ando mal de la vista, pero no me queda otro remedio. Ése es el caballo de Gene Stewart, ensillado y acercándose a buen trote, sin jinete. Es algo extraño, aunque concuerda con otras cosas relacionadas con Gene.

-Dame los gemelos -dijo Al-. Sí; yo tenía razón, Bill. Ese caballo no viene asustado. Anda sosegadamente y llega con algún fin.

-Es un animal amaestrado, Al; tiene más sentido que algunos hombres que yo conozco. Examina la hondonada con los gemelos. ¿Ves a alguien?

-No.

-Fíjate en los cerros... siguiendo el portel... a lo larga del espinazo donde empieza la roca. ¿Ves a alguien?

-¡Por Júpiter!... Bill... ¡dos caballos! ¡El polvo no me deja ver gran cosa!... Suben aprisa... Uno de ellos desaparece por entre los peñascos... Ahora el otro... ¿Qué opinas de eso?

-Psch... poco más o menos lo que tú. Pero apuesta a que pronto sabremos algo, porque el caballo de Gene aprieta el paso al ventear el rancho.

La amplia hondonada, abierta en declive al pie de los cerros, aparecía sin obstáculo ante su vista, y Magdalena descubrió a menos de media milla al caballo, sin jinete. siguiendo a galope el blanco sendero.

Recordando las circunstancias en que le había vista por vez primera, y su frenético galopar por las mal alumbradas calles de El Cajón, contemplóle pensando que jamás podría recordar aquella estrellada noche de aventuras sin sentir escalofríos, y al observarle sintió algo más, que curiosidad. Un agudo y prolongado relincho rasgó los aires.

-¡Nos ha visto! -dijo Bill.

El animal, aproximándose a has corrales, desapareció por un sendero, y luego, recobrando su paso, atravesó como una tromba el recinto, deteniéndose casi en seco i unas veinte yardas de Stillwell.

Una simple ojeada a la clara luz del día bastó para que Magdalena le otorgase el lazo azul sobre todos los demás caballos, incluyendo a su triunfador White Stockings. El corcel del cowboy no era un esbelto y ágil potro, pero sí un caballo de batalla, de tremenda estampa, con un pelaje negro tenuemente moteado de gris, que relucía al sol como cristal pulido. Era manifiesto que había sido cuidadosamente almohazado para aquella ocasión, pues no tenía encima ni una mota de polvo, ni una maraña en la bellísima crin, ni una señal en el refulgente lomo.

Librodot

-¡Ven acá, hijo del diablo! -dijo Stillwell.

El caballo bajó la testa, resoplando, y se acercó obediente. No era ni tímido ni indómito. Amistosamente, hoci- queó a Stillwell, mirando luego a las mujeres y a Alfredo. Desenganchando los estribos del pomo de la silla, Stillwell los dejó colgar, examinando luego ésta en busca de algo que, al parecer, esperaba encontrar. En efecto, no tardó mucho en sacar de entre dos correas un plegado trozo de papel que, tras una ojeada, entregó a Alfredo.

-Va dirigido a ti, y apuesto dos reales que sé lo que dice -declaró.

Alfredo abrió el pliego, lo leyó y luego se quedó mirando a Stillwell.

-Bill, eres un adivino. Gene ha cruzado la divisoria. Envía el caballo por conducto de alguien, cuyo nombre no menciona, y quiere que pase a poder de mi hermana, si lo acepta.

-¿Dice algo de Danny Mains? -preguntó el ranchero.

-Ni una palabra.

-Malo. Si alguien había que pudiera saber de Danny, era Gene. Pero es más callado que un muerto. De modo que en Méjico... ¿eh? ¿Irá Danny con él?... En fin, dos de los mejores cowboys que he conocido van camino del infierno. Lo siento de veras.

Doblegando la cabeza y mascullando entre dientes, entró en la vivienda. Alfredo pasó las bridas por el cuello del animal, y acercándose a Magdalena se las colgó del brazo, entregándole a la vez la carta.

-Yo aceptaría, Majestad -dijo-. Stewart es hoy un cowboy de los más rudos que he conocido, pero procede de buena familia. Antaño fue... un caballero y un hombre que recibió enseñanza universitaria. Aquí se descarrió como otros muchos, y como también estuvo a punto de ocurrirme a mí. En otro tiempo me habló de su madre y de su hermana; quería entrañablemente a ambas, y, no obstante, era para ellas un continuo motivo de zozobra. Cada vez que se acordaba de esto se entregaba con mayor ahínco a la bebida. Siempre procuré defenderle y seguiría todavía haciéndolo si tuviera ocasión. Como puedes ver, a Bíll le ha llegado al alma lo ocurrido con Danny Mains y Stewart. Esperaba recibir más bien buenas noticias, y ahora las probabilidades de que vuelvan son escasas, sobre todo para Stewart. El hecho de renunciar a su caballo significa que va a Méjico a juntarse con los rebeldes. ¡Qué no daría yo por ver a ese cowboy en libertad ante un puñado de pelones! ¡Maldita suerte!... Perdona Majestad, pero estoy trastornado. Siento lo de Gene. Si mucho lo apreciaba antes de su encuentro con Pat Hawe, el sheriff, le aprecio aún más ahora. Lee esta carta', hermanita, y acepta el jaco.

Sin decir palabra, Magdalena bajó la vista y leyó el papel que tenía en la mano.

«*Amigo Al: Te envío el caballo porque me falta valor para llevármelo adonde voy. Podría sufrir algún daño o caer en manos extrañas. Si te parece bien, ofréceselo a tu hermana con mis respetos.*

Librodot

«Si no apruebas la idea o si ella no lo acepta, quédate con él. Aunque nunca lo demostré, no olvido tus bondades para conmigo. Mi caballo, Al, no sabe lo que es una espuela o un látigo, y me complace pensar que tú no lo maltratarás. Ella lo tratará bien y puede cuidarlo como se merece. Y si mientras llega la bala mejicana que me quite de en medio, llevo en la mente la imagen de tu hermana montada en mi caballo... no creo que eso motive en ti ningún desagrado. No es preciso que ella lo sepa.

«Sea dicho entre tú y yo, Al, pero no permitas que ni ella ni Flo cabalguen solas por tierras de don Carlos. Si tuviera tiempo te diría unas cuantas cosas acerca de ese zorro mejicano. Dile a tu hermana que si yendo montada en el ruano tiene alguna vez necesidad de escapar de algo o de alguien, bastará que se incline hacia delante y le grite en la oreja. Ganará en celeridad al viento. Adiós.

Gene Stewart. «

Pensativa, Magdalena dobló la carta murmurando

-¡Cómo debe de querer a ese caballo!

-¡Y que lo digas! -exclamó su hermano-. Flo sabe algo de eso. Es la única persona a quien Gene permitió montarlo, fuera de esa muchacha mejicana, Bonita, que, según piensa Bíll, lo utilizó para escapar de El Cajón la otra noche. En fin, Majestad... ¿qué decides? ¿Lo aceptas?

-Desde luego, y con verdadera alegría. Si no me engaño, Al, me dijiste que el señor Stewart le había puesto por nombre... mi apodo, el nombre que halló en el diario neoyorquino.

-Sí.

-Bien. No pienso cambiárselo : pero, ¿cómo me las compondré para montarlo? Es más alto que yo. ¡Qué gigante! ¡Oh! ¡Mira! ... ¡Mira cómo hociquea mi mano! Se diría que comprende lo que digo. ¿Has visto alguna vez una cabeza tan espléndida y unos ojos tan bellos?... Son grandes y profundos y dulces... y humanos. ¡Oh, qué tornadiza soy! ¡Ya me estaba olvidando de White Stockings!

-Apuesto a que te hará olvidar a cuantos caballos has conocido -dijo Alfredo-. Tendrás que encaramarte a él desde el porche.

No yendo vestida para montar, Magdalena no quiso intentarlo.

-¡Majesty, ven! ¡Qué raro suena así el nombre! Hemos de ir conociéndonos. Ahora tienes un nuevo dueño, una severa propietaria que exigirá de ti lealtad y obediencia, y algún día, después de un período decoroso, querrá un poco de afecto.

Magdalena paseó el caballo de un lado a otro, encantada de su mansedumbre. Pronto advirtió que no era preciso llevarle de la brida. Acudía a su llamada, siguiéndola como un perro, restregando el aterciopelado morro contra ella. A veces, cuando en el curso del paseo daba media vuelta, engallaba la cabeza y con las orejas aguzadas miraba al portel por donde había venido, al pie de los cerros, y allende la pampa. Alguien estaba llamándole quizá del otro lado de las montañas. Magdalena lo quiso todavía más por ese recuerdo, y

Librodot

compadecióse del descarriado cowboy que se había separado de su único bien por un exceso de cariño hacia el mismo.

Por la tarde, cuando Alfredo puso sobre el ruano a Magdalena, ésta creyó hallarse suspendida en el aire.

-Daremos un galope hasta la mesa -dijo su hermano, montando a su lado-. Llévale sujeto de la brida, y afloja cuando quieras ir más aprisa. Pero no le grites al oído si no quieres que Florencia y yo te veamos desaparecer en el horizonte.

Salió trotando del patio, cruzando los corrales para ganar el borde de una planicie gris, abierta y amplia, de varias millas de extensión hasta la vertiente de la mesa. Florencia llevaba la delantera, observando Magdalena que montaba como un cowboy. Alfredo se puso a su lado, dejando atrás a su hermana. Los delanteros emprendieron el galope; querían correr, y Magdalena experimentó un estremecimiento al pensar que si Majesty los imitaba difícilmente lograría refrenarle. El animal tiraba de la brida al ver que los otros se alejaban y acabó poniéndose al galope. Florencia alargó el de su caballo y Alfredo invitó a su hermana a seguirlos. ,Eso no vale. Me están dejando atrás», se dijo Magdalena, aflojando un tanto su brida. La acción tuvo consecuencias inmediatas. La joven sintió que algo ocurría debajo de ella, si bien no podía precisar exactamente de qué se trataba, pues en sus ejercicios hípicos neoyorquinos no estaba comprendido el galope tendido como en la pampa. En la urbe, no era decoroso ni... prudente. Así, cuando al sentir Majesty mayor libertad en el freno trocó el galope tranqueado, recio y sin ritmo, por el tendido, prodigiosamente suave y sin vaivenes. Magdalena tardó unos instantes en comprender lo que estaba ocurriendo. Pronto, sin embargo, advirtió que la distancia que la separaba de sus compañeros disminuía perceptiblemente. Así y todo le llevaban mucha delantera. Sentía en el rostro la continua y sostenida caricia del viento, y la sorprendía la facilidad con que se mantenía en la silla. Era una experiencia nueva. El mayor inconveniente que hasta entonces hallara en la equitación era la violencia de movimientos. Por vez primera sentía el azote del viento en el rostro, el rudo contacto de la crin del caballo, el boyante y acompasado vaivén del galope tendido. Aquello la escalofriaba, le encendía la sangre. De repente, sintióse vivir, palpitar, e, inspirada por un espontáneo impulso, cedió aún más la brida e, inclinándose sobre el cuello del animal, gritó:

-¡Magnífica criatura! ¡Corre!

El tableteo de los cascos se hizo más perceptible y el maravilloso aumento de velocidad la hizo cerner en la silla. El aire hería sus mejillas, atronaba sus oídos, encrespaba su cabello. La gris llanura pareció salir a su encuentro, pasar a ambos lados con pasmosa rapidez. Florencia y Alfredo, por una extraña aberración óptica parecían venir hacia ella. Mas, a poco, vio que lo cierto era que Majesty les ganaba terreno, estaba a punto de tomarles la delantera. En efecto, pasó por delante de ellos con ligereza tal, que parecían estar parados. Y el animal siguió corriendo sin moderar su paso hasta llegar

al pronunciado declive de la mesa, donde se detuvo.

-¡Maravilloso! -exclamó Magdalena. Sentía la sangre correr con inusitado ardor en sus venas, y hasta el menor nervio de su cuerpo vibraba estremecido. Cuando pretendió atusarse el alborotado cabello sus manos temblaban, perdida su habitual destreza. Luego dio media vuelta, y aguardó a sus acompañantes.

Alfredo fue el primero en alcanzarla, riendo satisfecho, aunque algo inquieto en el fondo.

-¡Rayos malditos! ¡Cómo corre! ¿Se te desbocó?

-No; le hablé al oído -replicó Magdalena.

-¡Eso fue! ¡Mujer, mujer, siempre tomáis la fruta prohibida! Flo dijo que lo harías al minuto de haber montado. Majestad, sabes montar un rato largo. Verás como Flo lo confirma.

Su prometida llegaba en aquel momento, arrebolado el rostro, que chispeaba de saludable gozo.

-¡Era un espectáculo digno de ser visto! ¡Cómo flameaba su cabello al viento! Al, tu hermana monta como una amazona. ¡Cuánto me alegro! Tenía un cierto temor. ¡Y este caballo! ¿No os parece magnífico? ¿Corre o no corre?

Alfredo se puso a la cabeza por el empinado y serpenteante portel que conducía a la cumbre de la mesa. Magdalena vio una bella extensión cubierta de hierba corta, aplanada como un piso, y dejó escapar un grito de entusiasmo y de asombro.

-Al, ¡qué campo de golf ! ¡Sería el mejor del mundo!

-Lo mismo he pensado yo -reconoció su hermano.

-El mayor inconveniente que le encuentro es que, absortos en la contemplación del panorama, nadie se acordaría de la pelota. ¡Mira, Majestad!

Parecíale a Magdalena que la enfrentaba a un panorama demasiado sublime y terrible para su vista. La inmensidad de aquel mundo surcado por acentuadas lomas rojizas y hondos valles que se extendía a incalculables distancias, era tal que resultaba imposible abarcarlo con la mirada, causándole una especie de terror.

-Un día, Majestad -dijo Alfredo-, al poco tiempo de mi llegada al Oeste, me sentí vencido y aniquilado..., determinando acabar de una vez. Ocurrióseme subir aquí buscando un lugar solitario para morir. Cuando vi todo esto, cambié de idea.

Magdalena callaba. En silencio dieron la vuelta a caballo por el borde de la mesa, hasta volver al punto de partida, al empinado portel. Al regreso, Florencia y Alfredo no consiguieron inducirla a galopar. La impresión había sido demasiado profunda; sentíase exaltada, confusa, y poco a poco fue recobrando la serenidad, aunque sin acertar a definir lo que había ocurrido.

Llegó al rancho muy rezagada de sus compañeros. y durante la cena apareció insólitamente ensimismada. Más tarde, cuando se congregaron en el porche a contemplar el crepúsculo, las quejumbrosas jeremiadas semihumorísticas de Stillwell inspiráronle una idea que brotó en su cerebro con fulminante rapidez.

Librodot

Aparentando escuchar con interés profundo incitó al veterano a contar al detalle los males, contrariedades y atragantos que amargan la vida del desventurado ganadero pobre. La narración, larga e interesante, echó bastante a perder aquella idea.

-Señor Stillwell, ¿sería posible, a base de una explotación en gran escala, conseguir, cuando no grandes beneficios, al menos cubrir gastos? -preguntó, resuelta a ahogar en germen su proyecto si no había medio de infundirle vigorosa idea.

-Psch..., probablemente -replicó, con una risita sardónica-. Y no sólo eso, sino ganar dinero. Con toda mi mala suerte, y no obstante la pobreza de mi equipo, he logrado vivir con holgura, pagar mis deudas y no perder en realidad otro dinero que el de la inversión primitiva. Ése..., ése pasó ya a la historia.

-Si hallase usted quien pagara lo que pide... ¿vendería el rancho?

-Señorita Majestad, lo aceptaría al momento. Y eso que la idea de dejar esto me acongoja. Seria lo bastante idiota para invertir el precio de la venta en otro rancho.

-¿Querrían vender sus terrenos don Carlos y los mejicanos?

-¡Ya lo creo! El hidalgo lleva dos años friéndome ta sangre para que le compre su hacienda; y los vaqueros del valle caerían de espaldas al ver un poco de dinero.

-Señor Stillvell, ¿quiere usted decirme qué haría usted aquí exactamente, si tuviera carta blanca? -prosiguió Magdalena.

-¡Santo Dios! -exclamó el ranchero, tan sorprendido cine dejó escapar la pipa de entre los dientes. Luego, la llenó de nuevo con sus dedazos, exhaló densas bocanadas de humo, y arrellanándose con las manos sobre las rodillas, miró a Magdalena con penetrante intensidad. Su rígido rostro empezó a ablandarse, a dulcificarse y a contraerse en una sonrisa.

-Señorita Majestad, se me ensancha el corazón tan sólo de pensarlo. Cuando me instalé aquí, soñé una multitud de cosas. ¿Que qué haría si tuviese un capital ilimitado? Escuche. Les compraría las tierras a don Carlos y a los pelones. Emplearía en las mías cuantos vaqueros de verdad hay en la comarca, haciéndoles prosperar como prosperaría yo. Adquiriría todos los caballos que hubiera en la pampa, dignos de adquirirse. Cercaría veinte mil acres del mejor pasturaje. Buscaría agua en el valle y conduciría aquí la de las montañas. Rebalsaría el barranco; una represa de una milla de largo, de cerro a cerro, me daría un enorme lago, y, siendo compatible el negocio con el ornato, plantaría árboles a su alrededor. Llenaría ese lago de peces. Sembraría el mayor campo de alfalfa del Sudoeste. Y plantaría frutales y un huerto. No dejaría piedra sobre piedra de los antiguos corrales y graneros y alojamientos, edificando otros nuevos. Convertiria este rancho en una vivienda moderna, cómoda y agradable, rodeándola de césped y de flores y de pinos que traería de las montañas. Cuando hubiera hecho todo eso me repantigaría en mi sillón, con la pipa en la boca, contemplando el ganado que bajaría a abrevarse, antes de esparcirse por el valle, y a los cowboys galopando luego de terminada

la diaria faena, para congregarse en su alojamiento a esperar, cantando, la hora de acostarse. Y ese sol que está ahora a la puesta no alumbraría con sus postreros rayos a hombre más feliz que Bill Stillwell, el «último de los ganaderos».

Magdalena dio las gracias al veterano por su información, y levantándose de su asiento, abandonó bruscamente el porche para ir a refugiarse en su alcoba, donde no le fue posible subyugar la fuerza de aquella maravillosa idea, ahora más pujante, tenaz y seductora.

Al día siguiente por la tarde preguntó a Alfredo si ella podría llegarse a la mesa sin riesgo.

-Yo iré contigo-replicó él, alegremente.

-Querido Alfredo..., el caso es que quisiera ir sola.

-¡Ah! -exclamó su hermano, recobrando su seriedad. La miró sagazmente, desviando al punto la vista-. ¡Adelante! No creo que haya peligro alguno. Y para mayor seguridad me instalaré aquí con los anteojos y seguiré tus pasos. Ten cuidado al bajar por el portel. Deja que el paco vaya por donde quiera y... nada más.

Magdalena cruzó con Majesty el valle, en dirección al serpenteante portel, atravesando la bellísima llanura hasta el borde opuesto de la mesa. Tan sólo cuando se hubo detenido allí miró hacia el Sudoeste.

Sus miradas recorrieron la vasta extensión, desde el valle que tenía a sus plantas a las azuladas Sierras Madres, que el sol poniente envolvía con áureos resplandores. En una sola mirada sus ojos abarcaban una distancia, profundidad y magnificencia no descubiertas hasta entonces. El grisáceo valle se iba extendiendo, cada vez más dilatado, hasta el negruzco Chiricahua, centinela del mundo, perdiéndose luego en una vasta inmensidad de tierra rojiza al Oeste, donde una gloriosa llamarada de oro puro hacía destacar audazmente el contorno de las montañas. La escena era de una infinita hermosura. Mas pasado el primer instante de extasiada admiración, la idea de belleza desaparecía. En aquel desierto había algo más, algo ilimitado e ilimitable. Magdalena vio allí la huella de una asombrosa mano; sintió en su corazón una presión formidable. Del espacio infinito, del silencio y de la desolación, del misterio y del tiempo, surgían sombras multicolores que cambiaban lentamente, fantasmas de paz que murmuraban al oído de Magdalena. Estos fantasmas murmurábanle que la tierra era grande, inflexible, inmutable; que el tiempo era eterno; y que la vida iba desvaneciéndose. Murmurábanle que era una mujer, que debía amar; antes de que fuera demasiado tarde; amar a alguien, amarlo todo; comprender la necesidad del trabajo, y, comprendiéndolo, ver de lograr la felicidad.

Atravesó la mesa, emprendiendo luego el descenso del portel, y, ya en una planicie, puso al galope a Majesty hablándole al oído. Su espíritu pareció galopar con ella. El viento se llevó los artificios que sujetaban sus cabellos, y cuando, con ruido de tromba, llegó al porche, Magdalena echó pie a tierra jadeante, con toda la gloria de su masa de cabello aureolándole el rostro y cubriendo sus hombros.

Librodot

Alfredo salió a recibirla, y su exclamación, punto con la elocuente mirada de Florencia y la inequívoca actitud de sorpresa de Stillwell, la confundieron un tanto.

Riendo, intentó poner orden en el tumulto de su peinado.

-Debo... estar... hecha... una facha - dijo con voz jadeante.

-Usted dirá lo que quiera -replicó el veterano ganadero-, mas yo sé lo que opino.

Magdalena pugnaba por recobrar la calma.

-Mi sombrero... y mis horquillas... todo se lo llevó el viento... Creí que acabaría llevándose también el cabello... ¡Miren! ¡La estrella de la tarde! ... ¡Me parece que tengo hambre!,

Renunció a sus intentos de parecer sosegada y atusarse el pelo, que cayó de nuevo como un manto.

-Señor Stillwell -empezó, deteniéndose al flotar la extraña nota de reprimida vehemencia de su voz-. Señor Stillwell, quiero adquirir su rancho... a condición de que se quede usted como intendente. Quisiera adquirir también el de don Carlos y los que sean precisos para formar una hacienda de unos... cincuenta mil acres. Deseo que se encargue de adquirir caballos y ganado..., en una palabra, de llevar a efecto cuantas mejoras nos dijo usted haber soñado tantos años. Además, tengo ideas propias para cuyo desarrollo necesitaré la cooperación y consejo de usted y de Alfredo. Me propongo mejorar la condición de esos infelices mejicanos del valle. Me propongo que no sólo para ellos, sino también para los cowboys de esta pampa, la vida sea más digna de vivirse. Mañana hablaremos de ello y puntualizaremos detalles.

Magdalena desvió la vista del sonriente rostro que la contemplaba y tendió las manos a Alfredo.

-¡Qué extraña parece mi venida, Alfredo!, ¿verdad? No; no sonrías. Creo haberme hallado a mí misma..., creo haber hallado mi ocupación, mi felicidad... aquí, bajo los rayos de esa estrella del Oeste.

VII

Cinco meses bastaron para que Stillwell viese realizados, no tan sólo aquellos planes suyos que antaño juzgara sueños descabellados, sino también las reformas, edificaciones y mejoras que, como a influjo de un mágico conjuro transformaron el aspecto del rancho. Magdalena, Florencia y Alfredo discutieron largo y tendido la cuestión del nombre que debía dársele, acabando por aceptar el propuesto por Magdalena, si bien aquél fue el único caso de su vida en que la joven no pudo ver cumplidos sus deseos. Los cowboys bautizaron la hacienda «Rancho de Su Majestad». Stillwell anunció que la denominación otorgada por los cowboys era generalmente acertada y desde luego tan inalterable y perpetua como los cerros; Florencia se

pasó al enemigo; y Alfredo, mofándose de su hermana, declaró que los cowboys la habían elegido «Reina de la pampa», y que no había más que hablar. Así, pues, adoptóse el nombre de «Rancho de Su Majestad».

El sol abrileño bañaba el verdeante otero que parecía abrigarse en la falda del cerro, y concentraba sus rayos en la alquería, que aparecía blanca y rutilante desde la cima. Los alrededores de la vivienda no tenían semejanza alguna con los jardines del Este o con sus parques; no se había pretendido crear arriates. Stillwell se limitó a llevar a la cumbre del otero agua, césped, flores y plantas, dejándolas allí para que la naturaleza hiciese lo demás. Su idea pudo haber sido tosca, pero el resultado fue espléndido. Bajo aquel ardiente sol y fragante brisa, y con agua abundante filtrando a diario en sus ricas entrañas, el feraz suelo se cubrió pronto de un verde tapiz, tachonado por doquier de flores multicolores; pálidas flores silvestres, lindas margaritas, frágiles campánulas, lirios blancos de cuatro pétalos como las oxiacantas del Este y amapolas doradas, de un tono profundo de puesta de sol, color del Oeste, crecieron en afortunada confusión. Rosas de California de color de sangre, se balanceaban a impulsos del céfiro, temblorosas con la carga de ávidas abejas. En los trechos desnudos, aislados, recibiendo los rayos de sol con toda su potencia, flameaban los capullos anaranjados y granates de los cactos.

Verdes laderías daban fácil acceso a los nuevos graneros, cobertizos y corridos de adobe, y vastos corrales extendían sus altas cercas hasta los cuadros de alfalfa que se mezclaban con el gris característico del valle. El fondo de un represado barranco rutilaba fúlgido con su creciente caudal de agua sobre la que millares de aves migratorias o nómadas revoloteaban, chapoteando en busca de sustento, como reacias a abandonar aquella fresca e inesperada sorpresa tan nueva en su larga jornada hacia el Norte a través de tierras desiertas. En una faja de terreno sobre el lago, alzábanse los alojamientos de los cowboys, edificios confortables de adobe, que ni el más gruñón y descontentadizo de la clase podía tachar de reducidos o mezquinos. Y en los linderos del valle, el grupo de viviendas mejicanas y la pequeña iglesia atestiguaban la influencia de la misma renovadora mano.

De la vetusta casona española, que por tantos años fue el lugar de Stillwell, no quedaba sino la sólida y maciza estructura, y aun ésta con modificaciones, debidas a nuevas puertas y ventanas. Cuanto el confort moderno puede sugerir había sido instalado; agua corriente, caliente y fría, alumbrado de acetileno... El interior renovado por completo revelaba que no se pretendió establecer un lujo innecesario, sino la máxima comodidad. Todas las puertas del patio abríanse frente a unos cuadros de césped y macizos de flores, y todas las ventanas permitían recrear la vista en las verdes laderas.

Las habitaciones de Magdalena ocupaban el ala Oeste del edificio y eran cuatro en número, abriéndose todas sobre el largo porche. Había un pequeño aposento para su doncella, otro que utilizaba como despacho, luego su dormitorio, y, finalmente, la vasta pieza soleada

Librodot

que desde el primer momento la había cautivado y que ahora, sencilla aunque primorosamente amueblada y conteniendo sus libros favoritos y sus cuadros, amaba como jamás pudo amar aposento alguno en el Este. Por las mañanas la fragante y balsámica brisa hacía ondear las blancas cortinas de las ventanas abiertas; con el bochorno del mediodía una quietud lánguida y placentera parecía invadir la estancia, invitando a la siesta que tan característica era en la comarca; por las tardes el sol en su ocaso asomaba sus postreros rayos bajo las arcadas del porche, pintando en los muros amplias barras doradas que poco a poco se tornaban rojas.

Magdalena Hammond tenía el convencimiento de que la transformación que había hecho sufrir a la vetusta casa y a las gentes de quienes se había rodeado, con ser muy grande, carecía de importancia al compararla con la sufrida por sí misma. Había hallado un objetivo en la vida. Estaba ocupada, trabajaba con sus manos a la par que con su mente, y, sin embargo, disponía de mayor tiempo para leer, para pensar, para estudiar, acaso para soñar también. Su hermano, libre del agobio de sus dificultades, estaba en camino de prosperar y de alcanzar un triunfo que era su ideal. Magdalena demostró ser un concienzudo estudiante del arte de ranchear y una apta discípula de Stillwell. El veterano ganadero, n su simplicidad, reservóle en su corazón el lugar que hubiera ocupado una hija. Sentíase tan enorgullecido de ella, pensaba Magdalena, que el caso rayaba en lo inverosímil y era imposible expresarlo con palabras. Bajo su dirección, acompañada a veces de Alfredo y Florencia, Magdalena había recorrido las pampas estudiando sobre el terreno la vida y las faenas de los cowboys. Había acampado al raso, dormido bajo las estrellas y cabalgado cuarenta millas en un día con el viento de cara y el polvo por doquier. Había efectuado dos maravillosas travesías por el desierto -la una a Chiricahua -, y de allí, cruzando el yermo de arena, roca, álcali y cactos, a la divisoria mejicana; y la otra a través del Valle de Aravaipa, con sus cañones de rojizas escarpas y selváticas profundidades.

Este entrenamiento, esta aclimatación a las costumbres del Oeste habían requerido, no obstante su reputación de muchacha deportiva, considerable esfuerzo y severo quebranto; mas la educación, pasados ya sus grados primarios, se había convertido en una obra de amor. Magdalena gozaba de salud perfecta, de abundante energía. Tan activa se mostraba que tuvo que acostumbrarse, para refrenarla, a la siesta consuetudinaria e imperativa de los calurosos meses estivales. A veces, mirándose al espejo, reíase alegremente a la vista de aquella muchacha grácil, audaz, de curtida tez y chispeantes ojos que allí se reflejaba. Su goce debíase menos al espectáculo de su belleza que a la pura alegría de vivir. Los críticos del Este habíanse deshecho en ditirambos en aquella época en que era altiva, orgullosa, pálida. ¡Si la vieran ahora! Desde la raíz de sus cabellos a la punta de los pies era la encarnación de la viveza, de la actividad, de la fogosa gracia.

Pensaba a veces de qué modo sus padres, su hermana, sus

Librodot

amistades se habían persistentemente negado a creer que pudiera o quisiera quedarse en el Oeste. Sus requerimientos instándola a que regresara eran continuos. Por su parte, cuando escribía, lo que llevaba a cabo con filial regularidad, ni por asomo pensaba en mencionar el cambio experimentado. Aseguraba, desde luego, su propósito de volver al Este algún día, a hacerles una visita, y el anuncio provocaba respuestas que divertían a Magdalena, y a veces la entristecían. Proyectaba ir al Este una temporada, y luego un par de veces al año, pero ella retrocedía ante esta fácil iniciativa. El regreso entrañaba explicaciones, y éstas serían incomprendidas. Los negocios de su padre eran tales que él no podía abandonarlos todo el tiempo que un viaje al Oeste requería, razón por la que, según su carta, no había ido a verla. La señora Hammond era incapaz de atravesar el río Hudson ; la idea que tenía de la vida americana del Oeste era que los indios cazaban búfalos en las afueras de Chicago. Elena, la hermana de Magdalena, manifestaba desde tiempo atrás vehementes deseos de visitarla, no tanto, pensaba la joven, por fraternal afecto cuanto por femenil curiosidad. Finalmente, Magdalena creyó que la mejor forma de exteriorizar su intención de romper todo lazo permanente sería dejando que parientes y amigos vinieran a visitarla antes de efectuar ella su viaje al Este. En consecuencia, invitó a Elena al rancho para cuando llegase el verano, incluyendo en la invitación a cuantas amistades quisieran acompañarla.

La dirección de los múltiples detalles de los negocios del rancho de «Su Majestad» y su ordenado registro no era ni con mucho tarea liviana. Magdalena halló de inestimable utilidad el curso de educación comercial en que antaño su padre había insistido. Ello le permitió asimilar y clasificar los detalles prácticos de la cría de ganado escuetamente enunciados por Stillwell. Fraccionó su enorme haberío en diferentes manadas, y cuando alguna de ellas salía a los abertales quedaba sometida a una estrecha vigilancia. Las vacadas pasaban parte del tiempo en los cercados, al cuidado de una nutrida fuerza de cowboys encargada de su alimentación y manejo. Tenía tres batidores-cowboys cuya única misión era recorrer las pampas en busca de reses extraviadas, enfermas o inútiles, así como de crías sin madre, y traerlas a la hacienda para su tratamiento adecuado.

Las mejores y más mansas vacas lecheras se segregaban de la manada, encerrándolas en un pasturaje adjunto a la lechería. Otros dos cowboys cuidaban de una recova de raposeros rusos, encargados de exterminar los coyotes, lobos y pumas que diezmaban las manadas. El herraje se llevaba a cabo en los corrales y las crías se desmadraban cuando se juzgaba más oportunamente beneficioso para ambas. El antiguo sistema de herraje y hatajado, que con tanto disgusto presenció Magdalena a su llegada, había sido abandonado, implantando otro por el cual cowboys y caballos se ahorraban innecesarias brutalidades y posibles daños.

Magdalena estableció una extensa explotación hortícola, y plantó vergeles. El clima era superior al de California y, con abundancia de

Librodot

agua, los árboles, plantas y jardines florecieron con prolífica y admirable rapidez. La joven recorría con creciente gozo los acres de terreno, antes desnudo, y ahora verde, reluciente y fragante. Había gallineros y establos y diversos pantanos para ánades y ánsares. En la sección agrícola, Magdalena halló trabajo para su pequeña colonia de mejicanos. Sus vidas habían sido tan duras y tan áridas como el valle en que vivían. Pero al transformarse éste al contacto vivificante del agua, se habían transformado también aquéllas, bajo la influencia de la simpatía y del trabajo. Los niños se había redimido de la miseria; muchos que se tenían por ciegos recobraban la vista y Magdalena era para todos una especie de moderna y bendita Virgen María.

La joven comparaba la transformación sufrida por aquellas tierras y por aquellas gentes con la experimentada por su propio corazón. Acaso fuera fantasía, pero a su juicio el sol tenía más fulgencia, el cielo era más azul, la brisa más perfumada. Y ciertamente no eran hijos de su imaginación ni el verde intenso de la hierba, ni la orgía multicolor de las flores, ni el rielar del lago, ni el aleteo de las nacientes hojas. Al monótono gris de antaño había sustituído una infinita variedad de colores; al silencio continuo, una armonía de cantos durante los soleados días. De las herbáceas lomas llegaba el relincho de los arrogantes sementales. Pájaros sin cuento habían hecho sus nidos en la arboleda, y, como los migratorios ánades remoloneaban para marchar. El canto de las alondras, del mirlo y del petirrojo, familiar a Magdalena desde su infancia, se confundía con el nuevo y extraño trino del estornino, el penetrante gañido del águila del desierto y el melancólico arrullo de la tórtola.

Una mañana de abril, Magdalena, sentada en su despacho batallaba con un problema. A diario se le presentaban problemas que resolver, la mayoría anejos al gobierno de veintisiete incomprensibles cowboys. El particular problema de aquel día era Ambrosio Mills, que acababa de escaparse con su doncella francesa, Christine.

Stillwell afrontó a Magdalena, sonriendo:

-Bueno, señorita Majestad, conseguimos atraparlos, pero... ya los había casado el padre Marcos. Nos dimos una carrera en el automóvil, que me dejó sin resuello... para nada. Le aseguro que Link Stevens ha perdido la chaveta con ese coche. Ya cuando andaba entre caballos tenía poco juicio... No le teme ni al mismísimo demonio. Si yo no tuviese ya el pelo cano, a estas horas sería como la nieve. ¡No me volverán a meter en ese trasto! Bueno. Pescamos a Ambrosio y a la muchacha cuando ya era tarde, pero así y todo, nos los hemos traído con nosotros y están ahí fuera, acaramelados como tórtolos y nada sonrojados de su vergonzosa conducta.

-Stillwell, ¿qué debo decirle a Ambrosio? ¿En qué forma le castigaré? Ha obrado muy mal engañándome así. Fue una sorpresa inconcebible. Christine no parecía interesarse por Ambrosio más que por cualquier otro cowboy. Mi autoridad queda muy malparada si no hago algo. Stillwell, tiene usted que ayudarme.

Siempre que se hallaba en un trance apurado Magdalena recurría al veterano. Pocos hombres desempeñaban un cargo con mayor orgullo que Stillwell, aunque se había visto en situaciones que requerían notable dosis de humildad. Verdaderamente perplejo se rascó la cabeza.

-¡Maldito enredo! ¿Qué diablo tendrá que ver el amor con la cría de ganado? Yo no entiendo más que de eso. Señorita Majestad, es sorprendente el cambio que han sufrido estos cowboys. En mi vida había visto personal como el que tenemos ahora. No sé donde estoy. Visten como figurines, leen libros, y hasta algunos de ellos han dejado de blasfemar y de beber. No es que diga eso en menosprecio suyo, al contrario. Es el plantel de hombres mejor que he visto o soñado para habérselas con una vacada. Pero el gobernarlos es superior a mis fuerzas. Cuando un cowboy empieza a jugar al golf y a escaparse con doncellas francesas, Stillwell no tiene más que presentar su dimisión.

-¿Stillwell? ¡Oh! ¿No pensará en abandonarme? ¿Qué podría yo hacer sin usted? -exclamó Magdalena profundamente alarmada.

-Bueno, señorita Majestad, marcharme, lo que se dice marcharme..., no lo haré. No haré nunca tal cosa. Seguiré cuidándome del ganado y de los caballos y demás haberío. Mas necesito un capataz que se vea con ánimo de gobernar a ese extraño manojo de cowboys.

-Lleva usted ya probada media docena de capataces. Siga hasta dar con el que le convenga -dijo Magdalena-. Eso no tiene importancia. Dígame ahora cómo impresionar a Ambrosio..., hacer con él un escarmiento, por decirlo así. Necesito otra doncella, y... a ser posible que no me la arrebaten de tan sumario modo.

-Si trae aquí caras bonitas, no espere usted otra cosa. Esa francesita de ojos negros y blanca piel, con sus remilgos, sus sonrisas y sus ademanes, traía de cabeza a los cowboys. La que venga será peor.

-¡Válgame Dios! -suspiró Magdalena.

-Y en cuanto a impresionar a Ambrosio..., tal vez podré decirle una manera. Atícele de lo lindo, anunciándole su propósito de ponerle en la calle. No solamente impresionará a Ambrosio, sino a todos los demás.

-Muy bien, Stillwell. Tráigame a Ambrosio y dígale a Christine que me espere en mis habitaciones.

A presencia de Magdalena compareció un campechano y apuesto cowboy. La excitación había hecho desaparecer su habitual cortedad y torpeza. A todas luces sentíase feliz. Miró a Magdalena cara a cara, con un aire que parecía esperar de labios de ella una felicitación, y en realidad Magdalena hubo de reprimirse para no expresarla. Contúvose, aunque abrigando un cierto temor de fracasar. Con Ambrosio había entrado en la estancia algo cálido y grato como una fragancia.

-Ambrosio, ¿qué ha hecho usted? -preguntó.

-Señorita Hammond... pues... he ido y me he casado-replicó el

Librodot

culpable, atropellándose las palabras en sus labios. Sus pupilas refulgían, y las afeitadas mejillas tiñéronse de un vivo color encendido- Les he ganado de la mano a los demás. Franck Slade me pisaba los talones, y el mantener a Jim Vella a distancia me costó no poco. Hasta al viejo Nels le caía la baba viendo a Christine. Por eso no quise correr más albures. Me la llevé a El Cajón y... nos casamos.

-Sí; eso he oído decir -dijo lentamente Magdalena, observándole-. Ambrosio..., ¿la quiere usted de veras?

El muchacho enrojeció bajo la serena mirada de Magdalena, bajó la cabeza y quedóse manoseando su sombrero nuevo. Su respiración era claramente perceptible. Magdalena vio cómo temblaban las poderosas manos. Le afectó de extraño modo el que aquel cowboy que podía lacear, barbear y herrar a un novillo salvaje en menos de un minuto, se demudase, temblando ante una simple pregunta. De pronto Ambrosio levantó la cabeza, y el bello fulgor de su mirada obligó a Magdalena a desviar la suya.

-Sí, señorita Hammond, la quiero de veras –dijo-.Creo poder afirmar que la amo tal y como usted supone. Sé que cuando la vi por primera vez pensé en seguida cuán magnífico sería el tener a una muchacha así por esposa. Ha sido tan... tan raro todo... ; su llegada..., los sentimientos que me inspiró... He conocido muy pocas mujeres y he pasado años sin ver ninguna...; pero ¡cuando ella vino!... Es prodigioso el cambio que produce una muchacha en el modo de sentir y de pensar de un hombre. Antes... no sentía ni pensaba; cuando menos en la forma de ahora. Yo... bueno..., yo creo que empiezo a comprender lo que significa la bendición del padre Marcos.

-Ambrosio, ¿eso es todo lo que tiene usted que decirme? -insistió Magdalena.

-Lamento no haber tenido tiempo de prevenirla, pero... corría prisa.

-Y, ¿qué piensan ustedes hacer? ¿Adónde iban cuando les alcanzó Stillwell?

-Acabábamos de casamos. Aún no había podido pensar en nada. Supongo de todos modos que habría vuelto a mi faena. Ahora tendré que trabajar de firme y ahorrar dinero.

-¡Oh!... Celebro que comprenda usted sus responsabilidades, Ambrosio. ¿Gana usted lo suficiente?... ¿Es bastante su salario para sostener a su esposa?

-¡Ya lo creo! No había ganado nunca la mitad de lo que ahora, señorita Hammond. El trabajar para usted es canela. Voy a arrojar de mi alojamiento a los compañeros, y a acondicionarlo para Christine y para mí. ¡Y no tendrán poca envidia!

-Ambrosio..., le... felicito. Enhorabuena -dijo Magdalena-. Haré... haré... a Christine un pequeño regalo de boda. Quiero hablar un momento con ella. Puede usted retirarse.

Le hubiera sido imposible a Magdalena decir una palabra de reproche a aquel enamorado cowboy. Experimentaba cierta dificultad en ocultar su propia satisfacción ante el giro de los acontecimientos. El interés y la curiosidad se mezclaban a su contento cuando llamó a

Christine.

-Haga usted el favor de venir, señora Mills.

Del aposento contiguo no salió ruido alguno.

-Me gustaría mucho ver a la desposada -insistió Magdalena.

Silencio.

-¡Christine!

Fue como si sobre la joven se abatiese de improviso un torbellino de pies y manos y de ojos suplicantes. Christine era pequeña y regordeta, muy avispada, de piel blanca y cabello intensamente oscuro. Hacía varios años que era la doncella favorita de Magdalena y entre ambas reinaba un sincero afecto. Si Ambrosio había demostrado una feliz ignorancia de su transgresión, era evidente que Christine se daba perfecta cuenta de ella. Su remordimiento, su temor, y su apasionada demanda de perdón se traslucían en su incoherente discurso. Era palmario que la francesita se había quedado anonadada. Tan sólo después que Magdalena la hubo tomado entre los brazos, perdonándola y acallando sus temores, pudo explicar su participación en la precipitada escapada. Christine parecía aturdida, pero gradualmente, hablando y viendo que se la perdonaba, fue recuperando hasta cierto punto la perdida calma, y narró una historia que divirtió y sobresaltó a Magdalena. El inequívoco, tímido y maravilloso amor de que la propia doncella apenas se daba cuenta, causóle a Magdalena regocijo y consuelo. Si Christine amaba a Ambrosio, el mal no era irreparable. Contemplando a la muchacha, observando sus ojos, que reflejaban fielmente sus pensamientos, escuchando las frases con que intentaba explicar lo que evidentemente ella misma no comprendía, Magdalena dedujo que el hombre de las cavernas al apropiarse de una mujer, el bárbaro raptando a alguna de las Sabinas, eran los antepasados de Ambrosio Mills, pues éste había obrado con similar violencia. Cómo el hecho se había producido no podía explicárselo Christine.

-Él dice que me ama -replicó la muchacha, en una especie de tímido transporte-. Me pide que me case con él..., me besa..., me abraza..., me sube a la grupa de su caballo..., galopamos toda la noche..., alors..., nos casamos.

Y exhibía el anillo que rodeaba el dedo anular de su mano izquierda. Magdalena vio que, fuesen cuales fuesen los sentimientos de Christine hacia Ambrosio con antelación a su enlace, ahora le amaba.

Había sido arrastrada a la fuerza; pero... estaba conquistada.

Cuando se hubo marchado, confortada ya y ansiosa de reunirse con Ambrosio, la expresión de su mirada y sus palabras siguieron obsesionando a Magdalena. Parecía haber caído sobre aquella bendita tierra un conjuro romántico. En Magdalena, un indecible encanto, una indecible emoción combatían su repugnancia por el violento e improcedente sistema de galanteo de Ambrosio. Algo que no podía definir se alzaba en armas contra su intelectual censura de la forma de procurarse esposa del cowboy. Éste había dicho de buenas a primeras

que amaba a la muchacha..., le había propuesto casarse con él..., la besó..., la abrazó..., la montó a la grupa de su caballo..., galopó con ella toda la noche... y la hizo su esposa. Fuera cual fuera el punto de vista desde el que Magdalena examinara la cuestión, acababa siempre volviendo a su impresión primera; el hecho la conmovía, la encantaba. Ello estaba en pugna con todos los preceptos de su educación ; sin embargo, era espléndido y magnífico. A su juicio, era como un nuevo velo que caía de sus enturbiados ojos.

Apenas había reanudado su ocupación ante el escritorio cuando el poderoso paso de Stillwell en el porche la vino a interrumpir. Esta vez el veterano ofrecía un aspecto que era casi el de un histérico: hacíase difícil decir si pugnaba por reprimir la alegría o el dolor.

-Señorita Majestad. Me acaba de ocurrir otra cosa extraña. Encontré a Jim Bell que venía a verla a usted, y al decirle que estaba usted bastante atareada, ¡me responde que tiene hambre y que no quiere comer más pan amasado en una palangana! ¡Dice que antes se dejará morir de inanición! ¡Dice que Nels invitó a la cuadrilla a ir a su alojamiento y les obsequió con un pan que usted le había enseñado a hacer en una especie de máquina provista de un manubrio. Jim dice que ese pan le gana a cuantas galletas ha comido en su vida, y quiere que usted se lo enseñe a hacer también a él. Bueno, señorita Ma- ¡estad. Como intendente general de este rancho me creo en el caso de estar al corriente de cuanto en él ocurre. Quizá Jim me esté tomando el pelo. Quizá ha perdido la poca cabeza que tenía. Quizá... la he perdido yo; pero, con su permiso, quisiera saber si hay algo de verdad en lo que dice Jim que ha dicho Nels.

Fue necesario a Magdalena contener su hilaridad e informar al perplejo ganadero de que habiendo recibido del Este una amasadora mecánica y visto que las mujeres de su establecimiento habían rehuído, atemorizadas, todo contacto con ella, decidió manejarla por sí misma. La operación resultó tan sencilla, tan económica de tiempo, harina y energía, tan superior en aseo al antiguo sistema de amasar con las manos, y sobre todo rindió una calidad de pan tan superior, que Magdalena se declaró satisfecha. Inmediatamente encargó varias amasadoras más. Cierto día acertó a tropezar con Nels mientras amasaba galleta en su palangana, y con cuanta delicadeza y consideración le fue posible, le había hablado de su nuevo método. Al parecer, Nels gozaba de gran reputación como panadero y estaba ufano de ella. Además, se mostraba profundamente escéptico acerca de los resultados que podían obtenerse con un trasto lleno de engranajes y manubrios. Sin embargo, accedió a que le mostraran el artilugio y a probar el pan con él confeccionado. A este fin había ido con Magdalena al rancho, donde después de la demostración pasóse con armas y bagajes al enemigo. Stillwell soltó una estruendosa carcajada.

-¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! -exclamó por fin-. Bien está y no tiene poca gracia. Tal vez usted no ve toda la gracia. Yo sí. Nels se ha dado un pisto de mil diablos entre los muchachos, porque usted se lo enseñó a

Librodot

él, y ahora, ¡tendrá usted que enseñárselo hasta al último cowboy de la hacienda! ¡Son los seres más envidiosos de la tierra! Están todos chiflados por usted. Jim, por ejemplo. El muy vago es incapaz de hacer su pan. Su habilidad para escurrir el bulto siempre que puede es notoria. Le he visto cambiar su turno de fregar platos y cazuelas por una vigilancia solitaria en una noche lluviosa. Lo que ahora quiere es que usted le enseñe como enseñó a Nels. Luego faroleará con su compañero de alojamiento, Frank Slade, y Frank sufrirá pasión de ánimo hasta conocer el manejo de la prodigiosa amasadora. Los cowboys son unas extrañas criaturas, señorita Majestad. Y como ha empezado usted así con ellos, así tendrá que hacerlo hasta el final. Conste que pocas veces he visto cuadrilla de más empuje para el trabajo. Les infunde usted ánimos, no cabe duda.

-Mucho me alegro de oírlo, Stillwell -replicó Magdalena-. Yo les enseñaré a todos gustosa, pero... ¿no sería mejor que vinieran juntos... cuando menos los francos de servicio?

-Sí, si lo que quiere usted es verles enzarzarse como perros y gatos -contestó Stillwell-. Lo que le toca hacer ahora, señorita Magdalena, es cogerles uno a uno, y hacerle creer a cada hijo de vecino que disfruta usted más enseñándole a él que al que le precedió... Así tal vez sea posible proseguir con la cría de ganado.

A pesar de las protestas de Magdalena, Stillwell se mantuvo firme en lo que juzgaba de una prudencia elemental. La joven había procedido varias veces en contra de sus consejos, siempre con lamentables resultados. No osaba, por tanto, repetir la suerte, y se resignó graciosamente y con sumiso regocijo a su tarea. Jim Bell fue introducido en la clara e impecable cocina, donde Magdalena compareció poniéndose un delantal y arremangándose los brazos. Explicó el uso y razón de las varias partes de aluminio que constituían la amasadora y luego afianzó el aparato en la tabla de la mesa. A juzgar por el absorto interés de Jim y su afán de que le fueran explicados los más mínimos detalles y particularmente el manejo del manubrio, dependía de ello su propia vida. Cuando Magdalena tuvo que cogerle por tres veces la mano para guiar los movimientos del sencillo mecanismo, sin lograr que lo entendiera, empezó a concebir vagas sospechas de su absoluta sinceridad. Adivinó que, mientras ella le tocase con la mano, no lo aprendería nunca. Luego, al preparar la harina, la leche, la manteca y la levadura, observó con desespero que Jim no prestaba la menor atención a tan útiles ingredientes, teniendo en cambio los ojos clavados en ella.

-Jim, tengo mis dudas respecto a usted -dijo severamente Magdalena-. ¿Cómo puede aprender si no se fija en lo que hago?

-La estoy mirando -replicó inocentemente Jim.

Por último, Magdalena despachó al satisfecho cowboy con su amasadora bajo el brazo. Conforme Stillwell había profetizado, a la mañana siguiente se presentó Frank Slade, compañero de alojamiento de Jim, manifestando a Magdalena su intenso y fraternal deseo de aliviar a su sobrecargado camarada de parte de las domésticas labores

Librodot

de su vivienda.

-Señorita Hammond -dijo Frank-. Jim es tan amable que quiere hacerlo todo, pero... su inteligencia es poca y no le creo capaz de ello. Yo soy Missouri y tendrá usted que enseñarme.

Durante una semana entera Magdalena expuso un curso de procedimientos modernos de panificación, lo que la divirtió extraordinariamente.

¡Qué niños eran aquellos gigantones! ¡Qué transparentes sus más astutas estratagemas! Algunos de ellos ofrecían semblantes solemnes como canónigos; otros, expresiones que hubieran cuadrado a rostros de gobernantes en el acto de firmar convenios de trascendental importancia. Eran criaturas y como criaturas debían de ser tratados. Requerían gobierno, pero para gobernarles era preciso mimarles. Hubiera sido difícil hallar muchachos más amantes de la distracción y más alegres que aquéllos, y eso que eran hombres. Según Stillwell, su exuberancia espiritual tenía como fundamento el cambio introducido en su existencia. Veintisiete cowboys en relevos de a nueve, trabajaban ocho horas diarias. En el Oeste aquellas condiciones eran, hasta entonces, inauditas. El verano profetizaba que de los cuatro puntos cardinales empezarían a afluir cowboys en cuanto se divulgase la noticia.

VIII

Las nuevas de la nombradía alcanzada por Gene Stewart entre los rebeldes habían acrecentado el interés de Stillwell por la revolución en progreso allende la divisoria

mejicana. El viejo ganadero se procuraba diarios de El Paso y Douglas, escribía a rancheros conocidos de la Cuenca del Río Grande y entablaba interminables polémicas con el primero que tuviese la debilidad de dejarse abordar. No era de temer que nadie en el rancho olvidara la existencia del cowboy favorito de Stillwell. El ganadero prolongaba siempre sus encomios con una apologética declaración de que Stewart ase había echado a perder». Magdalena gustaba de oír sus ditirambos, aunque titubeando siempre al determinar cuáles de sus noticias eran auténticas y cuáles fruto de su imaginación.

Lo que parecía indudable, sin embargo, era que el cowboy había desempeñado al servicio de los rebeldes algunos arriesgados cometidos. Magdalena halló su nombre en varios de los periódicos fronterizos. Cuando los rebeldes a las órdenes de Madero sitiaron y capturaron la ciudad de Juárez, Stewart se comportó de forma tal que le valió el sobrenombre de «El Capitán». Al parecer, aquella batalla puso fin a la contienda. A los pocos días capitulaba el presidente Díaz y entre los rancheros de la divisoria, de Texas a California, reinó una grata sensación de alivio. Hasta el mes de abril no se volvió a saber de

Gene Stewart. Por entonces llegó a Stillwell un rumor según el cual el cowboy habíase presentado en El Cajón, evidentemente con belicosas intenciones. El veterano ensilló su caballo y salió disparado hacia el pueblo. A los dos días regresaba abatido de espíritu. Magdalena estuvo por casualidad presente a su conferencia con Alfredo.

-Llegué tarde, Al-lamentaba el ganadero-. Gene se había marchado. Y ¿qué opinas de esto? Danny Mains acaba de marchar también con una pareja de burros hateros. No pude averiguar qué rumbo habían tomado, pero apuesto lo que quieras a que fue al portel del Peloncillo.

-Danny comparecerá un día u otro -replicó Alfredo- ¿Qué supiste de Stewart? Quizá se fueron juntos.

-No -repuso brevemente el otro-. Gene va camino del infierno. Para él no hay obstáculos.

-Dinos lo que sepas.

Stillwell se enjugó el sudor, acomodándose, según su costumbre, para echar un discurso.

-Es verdaderamente extraño lo que pasa con Gene. Me dejó desconcertado. Según parece, llegó a El Cajón. hará cosa de -una semana, nervudo y entrenado como si hubiese corrido la pampa todo un invierno, con dinero en abundancia, mejicano, según dijeron. Los pelones estaban locos con él. Le llaman «El Capitán». Se alumbró y salió a la calle, buscando a voces a Pat Hawe. ¿Te acuerdas de aquel mejicano que hirieron el pasado octubre, la noche que llegó la señorita Majestad? Pues se ha muerto, y, según la gente, Pat Hawe quiere colgarle esa muerte a Gene. Yo opino que no son más que palabras, aunque Pat sería lo bastante rastrero para hacerlo... si tuviese agallas. En todo caso, si éste estuvo en El Cajón tuvo buen cuidado de no dejarse ver. Gene echó calle arriba, luego calle abajo, día y noche, -noche y día, buscando a Pat. Pero no lo encontró, y mientras tanto, ni qué decir tiene, su borrachera fue en aumento hasta volverle loco. Cometió toda clase de tropelías, aunque sin llegar a sacar el revólver de la pistolera. Irritado tal vez por la falta de ocasión, fue y le dio una soberana paliza al cuñado de Flo. En sí, la cosa no estuvo mal. Jack se la tenía ganada de antiguo. Bueno. Luego Gene se encontró con Danny Mains, quiso hacerle beber... ¡y no lo consiguió! ¿Qué opinas de eso? Danny estuvo sereno como un juez y se negó a probar la bebida. Me alegro muchísimo, aunque me extraña bastante, porque Danny era un pez... si los peces viviesen en alcohol. Supongo que él y Gene acabaron por pelearse, aunque no estoy seguro. Sea como fuese, Gene se fue a la estación, subió a una máquina y marchó con ella cuando arrancó. ¡Dios haga que no se le ocurra asaltar el tren Si pierde los estribos en Arizona le enchiquerarán en la cárcel de Yuma. Y Yuma es un cementerio para los cowboys. He telegrafiado a los jefes de estación del recorrido para que estén alerta al paso de Stewart y me avisen en cuanto lo localicen.

-Y suponiendo que lo encuentres, ¿qué piensas hacer, Stillwell? -preguntó Alfredo.

El anciano sacudió la cabeza melancólicamente.

-Conseguí llevarle una vez por el buen camino... Acaso pueda repetir la suerte. - Y animándose un poco se volvió hacia Magdalena-. Tengo una idea, señorita Majestad. Si consigo hallarle, Gene Stewart es el hombre que necesito para capataz. Él puede manejar a esa cuadrilla de cowboys que me está secando el seso. Más aún; habiendo peleado con los rebeldes y con ese renombre de «El Capitán», los mejicanos de la comarca se hincarán de rodillas ante él. Señorita Majestad, aún no hemos logrado vernos libres de don Carlos y sus vaqueros. Cierto que nos vendió el rancho y el haberío, pero, como recordará usted, no se estipuló por escrito la fecha en que debía abandonarlo. Y... don Carlos no tiene traza de querer marcharse. No me gusta ni pizca cómo pintan las cosas. Digo y repito que don Carlos sabe más de lo que aparenta acerca del ganado que yo perdí y del que usted lleva perdiendo. El zorro es uña y carne con los rebeldes. Apuesto lo que quieran a que cuando se decida a levantar el campo, él y sus vaqueros formarán otra de esas guerrillas que están devastando el país en la divisoria. La revolución dista mucho de haber terminado; ahora empieza y esas cuadrillas de bandidos se aprovecharán de las circunstancias. Tal vez volveremos a los antiguos tiempos. Y yo... necesito a Gene Stewart. Lo necesito de veras. ¿Me permitirá usted contratarle, señorita Majestad, si consigo hacer que entre en el buen camino?,

El viejo ganadero acabó su discurso con la voz velada por la emoción.

-Stillwell, ponga cuantos medios tenga a su alcance para hallar a Stewart y... no espere a regenerarle. Tráigale en seguida al rancho - replicó Magdalena.

Dándole las gracias, Stillwell se alejó con su caballo.

- ¡Qué extraño es su afecto por ese cowboy! -murmuró Magdalena.

-No tan extraño, Majestad-dijo su hermano- Sobre todo si se sabe la causa. Stewart ha acompañado a Stillwell en muy duras jornadas por el desierto. Cuando dos hombres en semejante caso ven la muerte cara a cara, no hay término medio: o se odian o se aman. No sé, pero creo que Stewart debió hacer algo por Stillwell... tal vez le salvó la vida. Además, Gene es un muchacho excelente cuando se mantiene cuerdo. ¡Ojalá consiga traerlo Stillwell! Nos es preciso, Majestad. Es un hombre nacido para mandar. En cierta ocasión le vi hacer frente a una cuadrilla de mejicanos que sospechábamos autores de robos de ganado. Fue digno de verse... Lamento tener que decirte que don Carlos nos preocupa. Algunos de sus vaqueros entraron en mis rediles el otro día, cuando Flo estaba sola. Tuvo un susto gordo. Desde que su amo vendió el rancho esos hombres han cambiado. Aparte de que jamás dejaría a una mujer blanca sola con ellos, de algún tiempo a esta parte se muestran más osados que antes. Se huele algo, no sé qué, en el ambiente... Están como envalentonados, y saben que les basta una noche para salvar la frontera a caballo.

En el decurso de la semana siguiente, Magdalena descubrió que buena parte de sus simpatías por Stillwell en su búsqueda del

irreflexivo Stewart se habían ido trocando insensiblemente en simpatía por el cowboy. Era, pensó, bastante paradójico que a las continuas referencias de la conducta de Stewart, y de su desenfrenado paso de pueblo en pueblo, con sus terribles orgías, se contrapusieran las no menos continuas manifestaciones de buena voluntad, fe y esperanza de cuantos la rodeaban en el rancho. Stillwell amaba al cowboy; Florencia le tenía en buen aprecio; Alfredo lo estimaba y lo admiraba y lo compadecía; y sus camaradas se le mostraban más adictos cuanto más se degeneraba. Los mejicanos llamábanle «El Gran Capitán». La opinión personal de Magdalena no había variado en lo más mínimo, desde la noche en que tuvo la oportunidad de formarla; mas ciertas cualidades del sujeto, indefinidas aún en su mente, la donación de su magnífico caballo, su valor al combatir con los rebeldes y la extraña consideración que despertaba en todo el mundo, especialmente en su hermano, le hacían deplorar de veras la conducta presente del cowboy.

Entre tanto, Stillwell demostraba una actividad y un celo tan desmedidos para quien no estuviese al corriente de la situación, que habríase dicho era su propio hijo a quien intentaba hallar y regenerar. Realizó varios viajes a las aldehuelas del valle, regresando mohino y conturbado. Por Alfredo supo Magdalena los detalles. Stewart iba de mal en peor, ebrio, disoluto, salvaje, directamente encaminado a dar con sus huesos en la cárcel. Llegó luego un rumor que hizo marchar apresuradamente a Stillwell a Rodeo. A los tres días, regresó abrumado. El golpe debió ser tan hondo, tan amargo, que nadie, ni Magdalena, consiguió averiguar lo sucedido. Admitió haber hallado a Stewart, fracasando en su intento de influir sobre él, y al llegar a este punto el ganadero se congestionaba, hablando entre dientes, consigo mismo, como aturdido : « ¡Gene estaba borracho! ¡Estaba borracho! ¡De otro modo no habría tratado así al viejo Bill! ... »

Magdalena experimentó contra el brutal cowboy un resentimiento tan grande como grande era su compasión por el leal Stillwell, y cuando éste renunció a su propósito, tomó ella cartas en el asunto. La persistente fe del ganadero; sus patéticas excusas ante lo que debió ser la violencia de Stewart, tal vez su vileza, actuaron poderosamente sobre ella, mostrándole una nueva perspectiva de la humana condición. Respetaba una fe que permanecía inquebrantable y extrañamente pensó que Stewart debía ser de algún modo digno de aquella confianza o no la habría podido inspirar nunca. Magdalena descubrió que necesitaba creer que en el fondo del más depravado y abyecto miserable del mundo había un destello de bondad; ansiaba tener la misma fe en la naturaleza humana que Stillwell tenía en Stewart.

Envió a Nels, montado en su caballo, y llevando a Majesty de la brida a Rodeo en busca de Stewart. Nels tenía órdenes de traerle al rancho. A su debido tiempo, regresó con el ruano sin jinete.

-Sí; le encontré -replicó, cuando fue preguntado-. Le encontré sereno, a medias. Había estado libando de lo lindo la noche antes, y

Librodot

alguien debió meterle en la cama. Cuando vio al ruano, soltó un berrido y le echó los brazos al cuello. El caballo le reconoció en seguida. Gene, abrazaba al jaco llorando..., llorando como no he visto llorar a nadie. Esperé un rato y estaba a punto de decirle algo, cuando se volvió hacia mí con los ojos echando lumbre. « Nels -dijo-, mucho quiero a este caballo y a ti también te aprecio, pero si no te lo llevas más que aprisa, os pego un tiro a los dos.» Bueno..., tuve que marcharme. Luego recordé que no me había despedido de él.

-Nels... ¿cree usted inútil... intentar verle..., persuadirle? -preguntó Magdalena.

-Así lo creo, señorita Hammond -replicó gravemente Nels-. En mis buenos tiempos he visto no pocos cowboys comportándose como si les hubiera picado una tarántula o una «cascabel», pero Gene Stewart les da ciento y raya... Al paso que va...

Magdalena despidió a Nels, pero antes de que estuviese fuera del alcance de su oído le oyó decir a Stillwell que esperaba en el porche:

-Bill, para que te enteres, te voy a decir una cosa... Ninguna de las broncas que ha armado Gene tuvo por causa una mujer. Recordarás que antaño, cuando estaba bebido, solía emprenderla con cuantas mejicanas más o menos tolerables se echaba a la cara. Precisamente por eso sospechaba Pat Hawe que Gene fuese el autor de la agresión al vaquero desconocido que acompañaba a Bonita aquella célebre noche. Bueno, pues ahora parece que lo único que busca es dar pretexto a que alguien le quite de en medio, por alguna razón que Dios y él se deben saber.

La escena relatada por Nels acerca de cómo Stewart abrazaba a su caballo influyó poderosamente en Magdalena. Ésta se decidió a persuadir a Alfredo para ver si conseguía algo de aquel obstinado cowboy. Alfredo necesitó de pocas palabras, ya que, según dijo, había determinado ir a Rodeo por su propio impulso. Fue y volvió solo.

-Majestad, la conducta de Stewart es inexplicable -dijo Alfredo-. Le vi; le hablé; me reconoció; pero nada de cuanto le dije pareció hacer mella en él. Ha cambiado extraordinariamente. Su magnífica resistencia se va quebrantando... Me causó..., me causó verdadera pena. En el estado en que hoy se encuentra no habría podido traerle aquí. Hablé con unos y con otros, y salvo que haya perdido la razón, estoy de acuerdo con Bill en creer que se ha propuesto que le sacudan un tiro. Algunas de sus hazañas no son para tus oídos. Bill hizo cuanto puede hacer un hombre por otro; tal vez más. Todos nosotros hemos apelado a cuantos recursos se nos ocurrían en favor de Stewart. Acaso si tú hubieses tenido la oportunidad le habrías salvado. Ahora, ya es tarde. Vale más que te lo quites de la cabeza, querida.

Magdalena, empero, no siguió el consejo. Olvidando o renunciando, habríale parecido que abandonaba algo más que la esperanza de ayudar a un caído. Pero... no sabía cómo proceder. Pasaron los días, aportando cada uno nuevos capítulos a la historia de la desenfrenada carrera de Stewart hacia la perdición o la penitenciaria de Yuma.

Librodot

Había cruzado la divisoria provincial por Cochise County, Arizona, donde los sheriffs se distinguen por su estricta observancia de la ley. Finalmente llegó una carta de un amigo de Nels en Chiricahua anunciando que Stewart estaba herido de resultas de una pendencia. La lesión no era grave, aunque probablemente requeriría un largo período de reposo, suficiente para que se serenase. La oportunidad, a juicio del comunicante de Nels, sería magnífica para que sus amigos se lo llevasen antes de que la justicia tomara cartas en el asunto. La epístola incluía una misiva dirigida a Stewart, de su hermana. Evidentemente se la habían hallado encima. La carta contaba una historia de enfermedades y una demanda de ayuda. El amigo de Nels enviaba la carta sin conocimiento de Stewart, pensando que acaso Stillwell quisiera acudir en auxilio de la familia. El cowboy no tenía dinero, dijo.

La carta de la hermana llegó a manos de Magdalena. La leyó con los ojos arrasados en lágrimas. Para ella decía más, mucho más que la breve historia de enfermedad, apuros y temores ante el silencio de Gene. Era elocuente de amor maternal y fraternal, de lazos familiares que el tiempo no había podido romper. Rebosaba orgullo ante aquel hermano cuyo renombre, «El Capitán», había hecho famoso. Y la firma decía: «Tu hermana que te quiere, Letty.»

No sin fundamento, Magdalena pensó que aquella carta era una de las razones del prolongado y contumaz abandono de Stewart. Llegaba demasiado tarde, cuando Gene con su manirrota conducta había derrochado el dinero que tanto hubiera supuesto para la madre y la hermana. Fuese como fuese, Magdalena envió inmediatamente un giro a la hermana de Stewart, con una carta explicando que era un anticipo a cuenta del salario de Gene, y luego, impulsiva siempre, decidió ir a Chiricahua en persona.

Las excursiones realizadas a caballo por la joven al poblado de Arizona habían puesto duramente a contribución su resistencia, pero el viaje en automóvil, excepto por algunos trechos pedregosos o areniscos, era confortable y cuestión de pocas horas. El potente coche de turismo parecía aún una especie de octava maravilla a los atónitos ojos de los mejicanos y cowboys, no porque fuesen los automóviles nuevos o extraños para ellos, sino por ser aquélla una máquina enorme y de mayor velocidad que un tren expreso.

Para el conductor que llegó con el coche, la situación, entre los envidiosos cowboys, distaba mucho de ser un lecho de rosas. Consiguióse inducirle a permanecer el tiempo indispensable para enseñar la técnica y manejo del coche a Link Stevens, único de entre los cowboys que parecía revelar alguna aptitud en materia de mecánica. Link, caballista esforzado y jinete incansable, había sufrido, durante el invierno, una caída que, afectando seriamente la pierna izquierda, le incapacitaba para montar. Cuando llegó el enorme artefacto y fue designado para conducirlo, la vida volvió a tener atractivos para él; aunque los demás cowboys consideraban al conductor y al coche como especies correlativas de demonios, y

Librodot

estaban en santo temor de ambos.

Por esta causa, cuando Magdalena anunció su decisión de ir a Chiricahua acompañada de Nels, replicó éste con marcado disgusto que preferiría ir detrás a caballo. Logró ella vencer, sin embargo, su vacilación, y con Florencia emprendieron la jornada. El camino del valle extendíase durante millas y millas sobre una superficie lisa, resistente y algo en declive. Y cuando el ir de prisa no entrañaba ningún peligro, Magdalena no se oponía a ello. La verdeante llanura huía hacia atrás, en tanto que el diminuto punto lejano en el valle iba aumentando por momentos. De vez en cuando, Link miraba por encima del hombro al desventurado Nels, cuyas pupilas revelaban su turbación y cuyas manos aferrábanse nerviosamente al asiento. No parecía respirar a gusto sino cuando el coche aminoraba la marcha para salvar los trechos pedregosos. Y cuando por fin se detuvo en la amplia y polvorienta calle de Chiricahua, el primero en bajar con alacridad fue Nels.

-Esperaremos en el coche mientras usted da con Stewart, Nels -dijo Magdalena.

-Señorita Hammond, sospecho que al vernos, Gene echará a correr, si puede -replicó Nels-. Iré en su busca y por el camino pensaré lo que más conviene hacer.

Atravesó la línea férrea, desapareciendo tras las bajas casas achatadas. A poco reapareció dirigiéndose a buen paso hacia el coche. Magdalena notó su sagaz mirada escrutando su rostro.

-Señorita Hammond, le encontré -dijo Nels-. Dormía. Le desperté. Está... sereno y la herida es de poca importancia; pero... no creo prudente que usted le vea. Acaso Florencia...

-Nels, quiero verle yo misma. ¿Por qué no? ¿Qué dijo al saber que estaba yo aquí?

-Me guardé mucho de decírselo. Entré y dije : « ¡Hola, Gene! », y él que contesta : « ¡Gran Dios! ¡Nels! ¡Y poco que me alegro de ver a un ser humano! » Me preguntó quién venía conmigo y le dije que Link y algunos amigos. Luego, cuando anuncié que volvería con ellos, empezó a dar voces; pero... salí con esa idea. Si en realidad quiere usted verle, señorita Hammond, es un buen momento, aunque... la situación es delicada y el aspecto de Gene le causará mala impresión. Los pelones se han portado bien con él, pero... son como Dios los ha hecho...

Magdalena no vaciló ni un instante.

-Gracias, Nels. Vamos allá. Ven tú también, Florencia.

Abandonaron el coche, ahora rodeado de boquiabiertos chiquillos, y atravesaron la estrecha callejuela de rojizas paredes de adobe. Luego, Nels se detuvo ante la entrada de lo que parecía ser un pasadizo inmundo, internándose entre los edificios.

-Gene está aquí; luego de doblada la primera esquina, hallará un patio abierto y soleado. Señorita Hammond, si usted no dispone otra cosa, no iré más lejos. Opino que Stewart no querrá que haya nadie presente en la entrevista con ustedes.

Entonces fue cuando titubeó Magdalena, y echó a andar lentamente. No se le había ocurrido pensar en lo que pudiera sentir Stewart al verse súbitamente sorprendido por su presencia.

-Florencia, espérame aquí - dijo desde el umbral, entrando sola.

Se halló en un destartalado patio, cubierto de paja y residuos de todas clases, bañados por el sol. Sentado en un banco, de espaldas a ella, un hombre miraba por entre las grietas de la pared. No la había oído entrar. El recinto no estaba tan desaliñado ni tan sucio como los pasajes que Magdalena había tenido que atravesar para llegar a él. Se dio cuenta de que debía haberse utilizado como corral. Una rata atravesó audazmente de un lado a otro. El aire estaba plagado de moscas que el hombre ahuyentaba con lánguida mano. Magdalena no reconoció a Stewart. La parte visible de su rostro aparecía ennegrecida, hinchada, cubierta por la barba. Las andrajosas ropas estaban en desorden. Los caídos hombros revelaban un profundo desaliento. El conjunto era de infinito desespero. Magdalena adivinó en parte la razón de la repugnancia de Nels en presenciar la entrevista.

-Señor Stewart. Soy yo. Magdalena Hammond. He venido a verle- dijo.

Quedó absolutamente inmóvil, como si se hubiese transmutado en piedra. Ella repitió la salutación.

Su cuerpo se estremeció con un movimiento involuntario como si quisiera volverse y afrontar a la intrusa; pero con un violento ademán se contuvo.

Magdalena esperó. ¡Qué singular parecía que aquel envilecido cowboy tuviese aún orgullo bastante para rehuir el enseñar la cara! ¿No sería vergüenza más que orgullo?

-Señor Stewart, he venido a hablar con usted, si es que me lo permite .

-¡Váyase! -murmuró.

-¡Señor Stewart ! -comenzó con involuntaria altivez. Mas se reprimió al punto, recobrando su deliberada y serena compostura, al ver que acaso no conseguiría nada, ni siquiera ser oída de aquel hombre -. He venido a ayudarle. ¿No me lo permitirá?

-¡Por amor de Dios! Usted..., usted... -las palabras se ahogaban en su garganta-. ¡Váyase!

-Tal vez por amor de Dios vine, Stewart -dijo dulcemente Magdalena-. Desde luego, por usted..., por su hermana... -Se mordió los labios, pues no había querido revelar su conocimiento de Letty.

Stewart lanzó un gemido, y, acercándose con paso incierto al derruído muro, apoyóse en él, ocultando el rostro. Magdalena pensó que tal vez su desliz había sido beneficioso.

-Stewart, déjeme usted decir lo que me proponía.

Él calló. Y ella fue cobrando valor e inspiración.

-Stillwell está profundamente afligido de que no haya podido desviarle de este... fatal camino. Mi hermano también. Ambos querían ayudarle. Y yo..., yo con ellos. Vine creyendo que tal vez conseguiría lo que ellos no pudieron conseguir. Nels trajo una carta de su hermana.

La he leído y su lectura robusteció mi determinación de ayudarle, y ayudar indirectamente a su madre y a Letty. Stewart, queremos que vuelva al rancho. Stillwell le necesita a usted para capataz. El cargo está esperándole, y usted mismo fijará su salario. Tanto Al como Stillwell están preocupados con don Carlos, sus vaqueros y las incursiones a lo largo de la divisoria. Mis cowboys carecen de un capataz apto para dirigirlos. ¿Quiere usted venir?

-No -contestó.

-Pero... Stillwell le necesita.

-No.

-Stewart. Yo quiero que venga.

-No.

Sus respuestas fueron dadas con voz ronca y furiosa. Desconcertada, Magdalena hizo una pausa, buscando una forma de proseguir. Stewart se apartó del muro, y, tambaleándose, dejóse caer sobre el banco, hundiendo el rostro entre las manos. Sus ademanes, como sus palabras, eran violentos.

-¿Quiere usted hacer el favor de marcharse? -repitió.

-Si insiste usted en ello, Stewart, no tendré otro remedió. Mas, ¿por qué no escucharme cuando tan sinceramente deseó ayudarte? ¿Por qué?

-Soy un maldito caballa -exclamó fuera de sí-. Pero en otro tiempo fuí un caballero, y no he caído tan bajó que no advierta la ignominia de que me vea usted aquí.

-Cuando resolví tenderle la manó lo hice sin preocuparme del sitió en que podía hallarle. Stewart, venga usted. Venga con nosotros al rancho. Ahora está en un mal momento. Lo ve todo negro. Pero eso pasará. Cuando se halle de nuevo entre sus camaradas se restablecerá; volverá a ser el que era. El solo hecho de haber sido un caballero y de proceder de excelente familia, le impone mayores obligaciones hacia sí mismo. ¡Está usted en plena juventud! ¡Es vergonzoso que malgaste así su vida! ¡Venga conmigo!

-Señorita Hammond -replicó desalentado-. Ha sido mi última jugada. Ahora ya es demasiado tarde.

-¡Oh, no! No hay para tanto.

-¡Es demasiado tarde!

-Cuando menos haga un esfuerzo, Stewart. ¡Inténtelo!

-No; es inútil. Ya estoy listo. Déjeme..., gracias por su...

Su fiereza, su hosquedad, se habían trocado en acerba amargura, y Magdalena sintió que empezaban a faltarle energías para resistir su extrañó y glacial propósito. Indudablemente se consideraba perdido. Sin embargó, cuando iba a dar el primer pasó en retirada... la detuvo algo. Se dio cuenta de un curioso y sutil cambió en sus propios sentimientos. Ella, Magdalena Hammond, había entrado en aquel fétido antro, llena de confianza en sus buenas intenciones, pero habíase presentado casi imperiosamente... como mujer acostumbrada a ser obedecida, y adivinaba que todo el orgullo, toda la impersonal y condescendiente persuasión y toda la fatua filantropía del mundo,

Librodot

serían impotentes para desviar ni en un ápice a aquel hombre de su alocada carrera hacia su destrucción. Su presencia no había hecho sino acrecentar el feroz odio a sí mismo. Su intentó de redimirle fracasaría. Experimentaba una sensación de desvalimiento rayana en la angustia. La situación asumía trágica intensidad. Habíase propuesto desviar el cursó del destinó de un salvaje cowboy y se hallaba frente al rápido desmoronamiento de su vida, la condenación de su alma. La sutil conciencia del cambió en ella experimentado fue el origen de aquella fe que tanto admiraba en Stillwell, y al punto se convirtió en una simple mujer, resuelta, amable, invencible.

-Stewart, míreme usted-repitió.

Gene se estremeció. Ella se acercó a él, poniéndole una manó sobre el hombro. El cowboy pareció encogerse bajó el leve contactó.

-Míreme usted -repitió.

Pero él no pudo levantar la cabeza. Sentíase abyecto, abrumado. No se atrevía a descubrir el abotargado y ennegrecido rostro. Su feroz postura revelaba más que cuanto podían haber mostrado sus facciones..., la torturadora vergüenza de un hombre orgulloso y apasionado, de un hombre que se veía puesto frente a frente con su propio envilecimiento, por la mujer cuya efigie había entronizado en su corazón como en un altar. Ello evidenciaba su amor.

-Escuche, pues -prosiguió Magdalena, con voz insegura-. Escúcheme, Stewart. Los hombres más grandes son los que habiéndose degradado y sufrido más, supieron luchar contra sí mismos dominando sus pasiones. En mi opinión, usted puede sacudir esa desesperada apatía que le abruma y ser un hombre.

-¡No!- gritó.

-Escúcheme aún. Sé que es usted dignó del afectó de Stillwell. ¿Quiere regresar al rancho con nosotros... por amor a él?

-No; ya le dije que es tarde.

-Stewart. Lo mejor de la vida es la fe en la naturaleza humana. Yo tengo fe en usted, y creo que merece que la tenga.

-Lo dice... porque es buena y amable...; pero... no puede sentirlo.

-Con todo mi corazón -replicó ella, llena de vehemente ardor al notar los primeros síntomas de ablandamiento-. ¿Quiere usted volver... si no por usted mismo o por Stillwell... por mí?

-¿Qué soy yo para una mujer como usted?

-Un hombre que sufre, Stewart. Por eso he venido a ayudarle, a demostrarle mi fe en usted.

-Si pudiera creerlo, lo intentaría -dijo.

-Escuche -apremió suavemente-. Yo no doy mi palabra a la ligera. Sea ésta la prueba de mi fe en usted. Míreme y diga que volverá al rancho.

Sacudió su fornida estructura como queriendo echar de sí una carga gigantesca, y lentamente, se volvió hacia ella. Su semblante era horrible a la vista. Veíanse impresas en él todas las huellas del embrutecimiento físico. En aquel instante, lo único que le pareció humano a Magdalena fue la aparición, en las vidriosas y flameantes

Librodot

pupilas, de una maravillosa luz.

-Iré -dijo roncamente-. Déme usted unos días para rehacerme, y luego... iré.

IX

Afines de semana Stillwell comunicó a Magdalena que Stewart había llegado al rancho, aposentándose con Nels.

-Gene está enfermo. Tiene mal aspecto -dijo el viejo ganadero-. Está tan débil y tan trémulo que apenas si puede sostener una taza. Según Nels, ha pasado malos ratos. Probablemente un poco de alcohol le repondrá, pero Nels no consigue hacerle tomar ni una gota y ha tenido que mezclárselo con café. En fin, opino que le sacaremos adelante. Ha olvidado muchas cosas. Pensaba decirle lo que me hizo en Rodeo, pero... sé que al saberlo se encontrá aún peor. Gene está perdiendo el seso, o tiene algo extraño que le agobia.

Desde entonces Stillwell, que evidentemente hallaba en Magdalena a su más simpático auditorio, la tomó como confidente diaria de sus esperanzas, temores y conjeturas.

Stewart estaba realmente enfermo. Fue preciso enviar a Link Stevens en busca del médico. Luego, el cowboy empezó lentamente a convalecer y más tarde va pudo levantarse y dar algunos pasos. Stillwell anunció que se mostraba sumamente apático, y parecía un hombre quebrantado para siempre. Posteriormente, al irse restableciendo Gene, Stillwell rectificó su dictamen. Más tarde fue un buen augurio de los progresos de Stewart el que los cowboys reanudasen la humorística relación característica en ellos antes de su enfermedad. Muy trastornado había de estar un cowboy para no desahogar su humor en alguien o en algo, y evidentemente Stewart constituía un excelente blanco para su badinage.

-¡Bravo! ¡Los muchachos la han tomado con Gene! -dijo Stillwell, con su famosa sonrisa-. No le dejan en paz ni un instante, burlándose de cómo haraganea por ahí con el solo objeto de verla a usted, señorita Majestad. Todos ellos andan trastornados con su linda propietaria, pero Stewart les gana a los demás y lo más gracioso es que está tan «colado» que no se da cuenta de que le toman el pelo. Es lo más sorprendente que he visto en mi vida. Gene Stewart era un sujeto con quien se podía bromear. aunque dentro de ciertos límites que nadie se atrevía a repasar. siempre tenia una respuesta a punto. Ahora lo toma todo como si no se enterase, sonriendo y con los ojos fijos como en sueños. Empiezo yo mismo a cansarme. Si sigue así no será él quien gobierne a los cowboys.

Magdalena sonrió expresando su creencia de que Stillwell pedía demasiado para tan poco tiempo a un hombre tan enfermo de cuerpo y alma como Stewart.

La singular conducta del cowboy no podía pasar inadvertida a la joven. Le era imposible salir para sus habituales paseos sin divisarle por sus vecindades. Comprendía que vigilaba sus pasos, aunque procurando evitar un encuentro. Cuando por la tarde, o al caer el crepúsculo sentábase en el porche, Stewart no andaba nunca lejos. Barzoneaba sin rumbo al sol, desde el porche a los alojamientos, o instalábase en la barra superior de la cerca del corral descortezando ramitas, y dando siempre a Magdalena la impresión de estarla observando. En cierta ocasión, mientras ella efectuaba con el hortelano una ronda de inspección, halló a Stewart, saludándole afectuosamente. Gene habló poco, aunque sin embarazo. Magdalena no acertó a reconocer en su semblante ninguno de sus familiares rasgos. A decir verdad, cada una de las raras ocasiones en que veía de cerca a Stewart le parecía tan distinto que no conseguía formar una idea consistente de sus rasgos fisonómicos. Ahora estaba pálido, macilento, escuálido. Velaba sus pupilas una sombra a través de la que se descubría un tenue e íntimo fulgor; y, habiendo una vez observado esto, Magdalena lo comparó con la luz de los ojos de Majesty, o de sus perros favoritos. Expresó a Stewart su confianza de verle pronto a caballo, y siguió adelante.

Que el cowboy la amaba era para Magdalena evidente. Intentó pensar en él como en uno de los muchachos que, a su gran satisfacción, la profesaban sincero afecto. Pero no pudo regular sus pensamientos para amoldarlos al orden que su inteligencia prescribía. La imagen de Stewart se disociaba de la de los demás cowboys. Al descubrirlo, experimentó sorpresa y disgusto. Sometiéndose a un severo interrogatorio vino a sacar en conclusión que ello no obedecía a que Stewart fuese distinto de los demás, sino a que las circunstancias le ponían de relieve, destacándose del grupo general. Recordó su primer encuentro con él, aquella noche en que quiso obligarla a un matrimonio absurdo. El hecho en sí era inolvidable. Recordó otros hechos sucesivos que resultaban no menos memorables. El individuo y sus actos parecían basarse en acontecimientos. Por último, el hecho que descollaba sobre todos los demás, mostrando el interés de Magdalena por él, era que había estado a punto de perderse, a punto de arruinarse, y que ella lo había salvado. En sí, aquello bastaba para explicar su distinta manera de pensar en él. Había otorgado su amistad a otros cowboys, y contribuído a dignificarles; pero a Stewart le había salvado la vida. Cierto que era un rufián, pero una mujer no puede aún tratándose de un rufián, recordarlo sin complacencia. Magdalena dictaminó que su interés por Stewart era natural, y que en el fondo había obrado movida por un sentimiento de piedad. Acaso el primero le había sido impuesto; sin embargo, otorgaba su compasión con la misma generosidad con que la otorgaba a todos.

Stewart recobró sus energías, si bien ya a destiempo para el rodeo de primavera, y Stillwell discutió con Magdalena la conveniencia de nombrar al cowboy su capataz.

-¡Bueno, Gene parece que se va restableciendo! -dijo Stillwell-. Pero

Librodot

es muy distinto del de antes. En todo caso, eso lo considero una ventaja. Pero... ¿dónde está su famoso genio? Los muchachos hacen de él lo que quieren. Quizá sea prudente esperar un poco más, ya que estamos en período de calma. Pero si los vaqueros de don Carlos no se aquietan, soltaré a Cene. Esto lo despabilará.

Algunos días después el veterano acudió a Magdalena, restregándose las manos de satisfacción, y guiñando de una manera alarmante.

-Señorita Majestad, creo que ya en otras ocasiones he dicho cosas sorprendentemente extrañas. Pero ahora sí que Gene Stewart ha hecho una buena. Escúcheme. Los mejicanos de nuestra ladería han ido prosperando, y se multiplican como la mala hierba. Tienen padre nuevo, el curita de El Cajón, el padre Marcos. Bueno, nadie halló nada que objetar a eso, excepto Gene. Y Gene... se desató, bufando v bramando como un toro furioso. Me colmó de gozo ver que no se le había olvidado eso de ponerse furibundo. Luego avanza camino de la iglesia. Nels y yo le seguimos, pensando que acaso le hubiese acometido un ataque de locura o algo así. Desde que dejó de beber que no ha vuelto a ser el mismo. Bueno, dimos con él cuando salía de la iglesia, y... no creo nunca tener mayor sorpresa... Gene está loco..., pero de una clase de locura que nos dejó paralizados. Pasó ante nosotros como un relámpago, y... nosotros detrás aunque sin poder alcanzarle. Le oímos reír con la risa más rara que he oído en in¡ vida. Hubiérase dicho que acababan de hacerle rey de la pampa. Me recordó a aquel sujeto que tiraron al mar metido en un saco y consiguió libertarse ganando a nado una isla llena de tesoros y gritando al poner en ella los pies: « ¡El mundo es mío! » Bueno. Cuando volvimos a su alojamiento ya se había ido. No regresó en todo el día. Frankie Slake, que tiene la lengua muy larga, dijo que en opinión suya, Gene Stewart se había vuelto loco por falta de alcohol y que ya podía contarse con los muertos. Nels estaba muy preocupado y yo más que él.

.Esta mañana fui al alojamiento de Nels. Allí estaban algunos de los muchachos haciendo conjeturas sobre Gene cuando, real como la vida, Gene aparece a la vuelta de la esquina. Pero no era el mismo Gene. Estaba blanco y sus ojos le refulgían como ascuas. En los labios asomaba su antigua sonrisa burlona y despreocupada y... algo más que me era incomprensible. Frankie Slade va y hace una observación... no mucho más mordaz que otras de las muchas que ha venido haciendo últimamente... y Gene salta de su silla, le sacude una somanta de primera y lo arrastra por la pieza. Frankie no se sintió tan vapuleado como atónito. «Gene -díjole-, ¿qué diablos te sucede?» Y Gene le contestó muy finamente : «Frankie, estando solos quizá seas soportable, pero tu conversación ofende a un caballero.»

»Después de eso nadie volvió a dirigirse a Gene sin acompañar sus palabras de una sonrisa. Señorita Majestad, el comprender a qué se debe ese súbito cambio de Stewart es superior a mis facultades. Primero pensé si tal vez le habría convertido el padre Marcos. Palabra

que lo creí. Mas comprendí que no es sino Gene Stewart que ha resucitado... El Gene Stewart de antes... corregido y aumentado. Y eso es lo único que me interesa. Recuerdo haberle dicho a usted en cierta ocasión que Stewart era el último de los cowboys. Tal vez debería decir que es el último de los cowboys a mi gusto. De ahí en adelante irá usted apreciando lo que quiero significar, señorita Majestad.

También era superior a las facultades de Magdalena el explicarse las extravagancias de Stewart, y, teniendo, en cuenta la exuberante fantasía del viejo ganadero, no concedió desmedida importancia a sus predicciones. Adivinaba la causa de la irritación de Stewart por la presencia del padre Marcos. Aún admitiendo que era una circunstancia bastante rara en un cowboy el convertirse a las creencias religiosas, lo juzgaba posible, y sabía que el fervor religioso se traducía a menudo en excesos de sentimiento o de acción. En el caso de Stewart era más que probable que su verdadero modo de ser había sido exagerado. Esto no obstante, Magdalena tenía un curioso deseo, que no quería reconocer ni aun para sus adentros, de ver al cowboy y sacar sus propias deducciones.

La oportunidad tardó dos semanas en presentarse. Stewart había tomado posesión de su cargo de capataz, y sus actividades eran incesantes. Estaba ausente la mayor parte del tiempo, recorriendo las pampas hasta la frontera mejicana. Cuando regresó, Stillwell le envió a buscar.

Era al atardecer de un día de mediados de abril. Alfredo y Florencia estaban con Magdalena en el porche. Vieron al cowboy entregar su caballo a uno de los mozos mejicanos de los corrales y avanzar, luego con cansado paso, sacudiendo el polvo de sus manoplas. Al quitarse el amplio sombrero para saludar a las mujeres, cayó, formando regueros, la arena gris que lo cubría.

Magdalena vio ante sí al hombre cuya fisonomía recordaba, pero con un aspecto singularmente distinto. Su cutis era atezado; su mirada penetrante, sombría y serena; su porte erguido. Parecía preocupado, mas su aspecto no revelaba el menor embarazo.

-¡Bravo, Gene! ¡Me alegro de verte! -exclamó Stillwell-. ¿De dónde vienes

-Del cañón de Guadalupe.

Stillwell silbó entre dientes.

-¿De tan lejos? ¿Seguiste las huellas de los caballos hasta allí?

-Desde el rancho de don Carlos hasta allende la divisoria mejicana. Nick Steele vino conmigo. Nick es el rastreador más hábil de la banda. La pista que seguimos nos condujo a lo largo de los valles del pie de los cerros. De momento creímos que quien la hizo estaba buscando agua, pero pasaron dos ranchos sin hacer aguada. En Seaton's Wash excavaron buscándola. Allí se reunieron con una reata de burros hateros procedentes del portel de las montañas. Los burros iban sobrecargados. Luego, caballos y rucios emprendieron la dirección del Sur hacia el antiguo camino de los emigrantes de California. Seguimos su rastro atravesando el cañón de Guadalupe, y cruzamos la frontera.

Librodot

De regreso nos detuvimos en el rancho de Slaughter, donde está acampado el destacamento de caballería americano. Allí hallamos a unos guardabosques de los que custodian los vedados del Peloncillo. Si éstos saben algo, se lo callan. Y tomamos el camino de regreso.

-¡Bravo! Supongo que... ¿ya sabes lo que querías saber? -inquirió Stillwell.

-Supongo -replicó Stewart.

-Pues... desembucha -dijo hoscamente el otro-. No es posible tener a la señorita Hammond a oscuras por más tiempo. Puedes darle a ella tu informe.

El cowboy posó su sombría mirada en Magdalena, imperturbable y sosegado.

-En los abertales veníamos perdiendo algunas cabeza, eran aballadas nocturnas de los vaqueros. Algunas de esas reses son conducidas a través del valle; otras escalando los cerros. Si mis noticias son ciertas, no se lleva ganado al Sur; por lo tanto esas incursiones no son más que una añagaza para despistar a los cowboys. Don Carlos es un mejicano rebelde. Hace algunos años estableció aquí su rancho, simulando dedicarse a la cría de ganado. Durante todo ese tiempo lo que ha hecho ha sido pasar armas y municiones de contrabando a Méjico. Era partidario de Madero contra Díaz. Ahora va contra aquél. porque tanto él como los rebeldes en general, creen que Madero ha dejado incumplidas sus promesas. Es inminente otra revolución, y cuantas armas se precisan proceden de los Estados Unidos y salvan de modo clandestino la frontera. Esos burros de que ha hablado iban atiborrados de género de contrabando.

-Eso es incumbencia de la caballería americana -dijo Alfredo- Para evitarlo patrullan por la divisoria.

-En aquella salvaje comarca no conseguirán nunca acabar con el contrabando de armas-replicó Stewart.

-¿Cuál es mi... mi deber? ¿Qué relación tiene conmigo lo que ocurre? -preguntó Magdalena. un tanto turbada.

-Pues, en... mi opinión, señorita Majestad, no tiene nada que ver con usted -intervino Stillwell-. Es cuenta de Stewart y mía. Mas quería que usted lo supiese. Pudiera ser que mis órdenes acarreasen... complicaciones.

-.Sus órdenes?

-Pienso enviar a Stewart a... expulsar a don Carlos y a sus vaqueros a la pampa. Tienen que marcharse. Don Carlos está infringiendo las leyes de los Estados Unidos, en nuestra propiedad y con nuestros caballos. ¿Cuento con su autorización, señorita Hammond?

-Desde luego, Stillwell. Usted sabe mejor que yo lo que procede en ese caso. ¿Qué opinas, Alfredo?

-Traerá quebraderos de cabeza; pero... hay que hacerlo -replicó Alfredo- El mes que viene te llega un grupo de amistades del Este. Para entonces necesitamos que la pampa sea nuestra exclusivamente. Pero, oiga, Stillwell, si desaloja a esos vaqueros, ¿no será lo más probable que se queden por los cerros? Es mala chusma.

Stillwell no parecía completamente tranquilo. Paseaba por el porche, con ominoso fruncimiento de cejas.

-Gene, tú que tienes más estudiada que yo esta cuestión -dijo al fin-, ¿qué dices?

-Habrá que echarles por la fuerza. Don Carlos tiene mucha trastienda, pero sus vaqueros son malos actores. Es como lo digo. El otro día, Nels me dijo: «Gene hasta hace poco llevaba años sin cargar con el revólver; pero ahora... me siento muy a gusto con él cuando encuentro a cualquiera de esos mejicanos desconocidos.» Don Carlos está continuamente recibiendo y enviando vaqueros de acá para allá, Stillwell. Son guerrilleros ni más ni menos, y cada día están más alborotados. En los últimos tiempos ha habido algunas refriegas que han acabado a tiros. Un ranchero llamado White, que vive en la parte arribeña del valle, resultó mal herido. El que ocurra algo que soliviante a nuestros muchachos es sólo cuestión de tiempo. Ya conoces a Nels, a Monty y a Nick.

-Ya lo creo que los conozco. Y eso que no has citado al más cascarrabias de la pandilla -dijo Stillwell, mirando significativamente a Stewart.

Magdalena adivinó la señal y un ligero escalofrío la estremeció, como si de los cerros hubiese llegado una ráfaga de aire glacial.

-Stewart, veo que lleva usted armas - dijo, señalando la negra culata de un revólver que rebasaba la pistolera pendiente del biricú sobre las chaparreras de cuero.

-Sí señora.

-¿Por qué? -inquirió.

-Pues... si se fija, notará que no es un objeto de adorno y además... pesa bastante -replicó.

La referencia no escapó a Magdalena. El arma no era ornamento. La mirada serena, profunda, sosegada del cowboy le causó un vago sentimiento de alarma. Lo que pudo antaño parecerle audaz temeridad se trocaba ahora en fría potencia espiritual. Su instinto y su razón la obligaba a reconocer el fondo de acerada fibra de la naturaleza de aquel hombre. Teniéndole a sus órdenes, podía ejercitar su derecho de poner el veto a lo que tan ostensiblemente se proponía. Pero Magdalena creyóse incapaz de hacerlo. Experimentaba una curiosa sensación de juventud y de flaqueza, y los cinco meses de entrenamiento a las costumbres del Oeste parecían no contar. Se le presentaba ahora un problema que envolvía vidas humanas, y la importancia que para ella pudiera tener una vida y su significado espiritual, no entraba para nada en los pensamientos de su cowboy. Una extraña idea cruzó su mente. ¿Concedería ella, acaso, desmedido valor a toda existencia humana? Refrenó su imaginación confusa, casi asustada de sí misma. Y luego intuyó que su poder sobre aquellos hombres primitivos, su facultad de conmoverles o de hacer que obrasen a su antojo era infinitamente superior a todas las órdenes y a toda autoridad, por severa que fuese, de una mujer.

-Stewart, no acabo de comprender cuál pueda ser la posible

Librodot

conducta de Nels y de sus compañeros. Sea usted franco conmigo. ¿Quiere acaso dar a entender que Nels dispararía a la menor provocación?

-Señorita Hammond, por lo que a Nels respecta, el valerse de su revólver es hoy día cuestión de lo que tarde en encontrarse con los vaqueros de don Carlos. Asombra la paciencia que ha tenido con ellos, sobre todo si se considera la de mejicanos que ha quitado ya de en medio.

- ¡Que ha quitado de en medio ! Stewart, ¡usted no habla en serio!

-Absolutamente. Nels ha visto épocas muy serias en Arizona. Es tan amante de la tranquilidad como cualquiera, pero unos cuantos años de inacción no bastan para borrar las huellas que en él dejaron los primeros tiempos, y en cuanto a Nick Steele y Monty son sencillamente jaques, siempre dispuestos a armar camorra.

-¿Y usted, Stewart? La observación de Stillwell no pasó inadvertida para mí - dijo Magdalena impulsada por su curiosidad.

Stewart no contestó. Quedóse mirándola en respetuoso silencio. La perspicacia de la joven supo leer lo que ocultaba su aspecto indiferente, capaz de desconcertar a cualquiera. ¿Era fruto de su imaginación o había realmente en su mirada un tenue destello burlón e inescrutable? Fuese como fuese, las facciones del cowboy parecían talladas en granito.

-Stewart -dijo Magdalena, lentamente, he llegado a tomar verdadero cariño a mi rancho, y tengo también en grande aprecio a mis... a mis cowboys. Sería horrible que matasen a alguien, y más horrible aún que alguno de ellos fuera la víctima.

-Señorita Hammond, ha conseguido usted trastornar considerablemente la comarca, mas no conseguirá nunca cambiar a sus hombres. Tal y como están las cosas, el menor disturbio bastará para desencadenarles. Y la revolución mejicana tiene forzosamente que traer tiempos duros y violentos en los parajes más agrestes de la frontera. Nosotros estamos en ese caso. Y por su parte los muchachos empiezan a calentarse de cascos.

-Sea. Tendré que aceptar lo inevitable, ya que me hallo en una época de agitación y algunos de mis cowboys no pueden contenerse por más tiempo. En cuanto a usted, Stewart, fuese lo que fuese en otra época, ahora ha cambiado. -Y le sonrió, prosiguiendo con voz singularmente dulce-: Stillwell alude con frecuencia a usted, denominándole el último de los cowboys a su gusto. Tengo una vaga idea del género de vida que ha llevado. Tal vez eso mismo le capacita para acaudillar a tan turbulentos muchachos. No soy yo quien puede decidir lo que procede en las actuales circunstancias. Mis cowboys corren un riesgo, mi propiedad y mi vida aun quizá se ven amenazadas. Quiero poner mi confianza en usted, ya que Stillwell, cree, y yo con él, que usted es el hombre que la situación requiere. No le daré orden alguna, pero, ¿sería mucho pedir si le rogara que procure ser un cowboy a mi gusto?

Magdalena recordó la primitiva brutalidad y vergüenza de Stewart, y

pudo apreciar la extensión del cambio experimentado por él ante el contraste que ofrecía su inmutable y atento rostro.

-Señorita Hammond, ¿qué clase de cowboy es... ése? -preguntó.

-Exactamente no podría decírselo. Es... la clase a la que usted podría pertenecer. Lo que sí sé es que en el conflicto en puerta quisiera que sus actos fuesen hijos de su razón, no de sus pasiones. Un hombre no tiene derecho a sacrificar una vida humana salvo en defensa propia o en la de los que de él dependen. Lo que Stillwell y usted han insinuado me llena de aprensión respecto a Nels y Nick Steele y Monty. ¿No se les puede refrenar? Quisiera tener la seguridad de que no se echarán al campo en busca de los vaqueros de don Carlos. Quisiera evitar toda innecesaria violencia. Y, sin embargo, quisiera saber también, cuando lleguen mis invitados, que están a cubierto de todo peligro y de toda alarma, y aun de toda molestia. ¿Puedo descansar completamente en usted, Stewart? ¿Puedo confiar que dominará a esos turbulentos cowboys, custodiando a la par mi propiedad y la de Alfredo, protegiéndonos..., protegiéndome, hasta que esta revolución haya terminado? Desde que adquirí el rancho no he tenido ni un solo día de angustia. No es que pretenda eludir mis compromisos; es simplemente que me gusta ser feliz. ¿Puedo depositar en usted tamaña confianza?

-Así lo espero, señorita Hammond -replicó Stewart.

Fue una respuesta inmediata, mas no por eso menos imbuida de la conciencia de su responsabilidad. Esperó un momento, y, viendo que ni Stillwell ni Magdalena añadían palabra, saludó y se alejó por el sendero, haciendo repiquetear sus largas espuelas sobre la grava.

-¡Bueno! ¡Bueno! -comentó Stillwell-. ¡No le ha encargado usted nada, señorita Majestad!

-Fue un alarde de astucia femenina, Stillwell -dijo Alfredo-. Cuando éramos pequeños, mi hermana tenía una especial habilidad para conseguir siempre lo que quería. Un par de sonrisas..., algunas palabritas melosas..., algún pensamiento profundo... y ya era suyo lo que anhelaba.

-¡Al, qué reputación me estás dando! -protestó Magdalena-. Os aseguro que hablé a Stewart con absoluta sinceridad. No acabo de comprender por qué, pero tengo plena confianza en él. Parece de acero. Además me asusta un poco la perspectiva de conflictos con los vaqueros. Stillwell y tú habéis influido en mí de tal modo que considero a Stewart inapreciable. Y creí que lo más acertado era reconocer mi total desvalimiento y apelar a él en demanda de apoyo.

-Majestad, cualquiera que fuese la causa que te impulsó, fue una idea genialmente diplomática -replicó su hermano-. Stewart tiene buen fondo. Estaba al borde del abismo, y luchando como los buenos parece que ha conseguido rehabilitarse. Confiar en él, darle una responsabilidad, es el mejor modo de robustecer el dominio de sí mismo. Luego, con esa nota sentimental de que sea « tu clase de cowboys y de que te proteja... si no haces de Gene Stewart una especie de caballero andante... no sé lo que son cowboys. Pero,

Librodot

recuerda, Majestad, que Gene es un compuesto de tigre y de rayos desencadenados, y no te imagines que ha dejado de protegerte si de pronto te ves metida en un jollín.

-Yo os diré lo que hará Gene Stewart -dijo Florencia-. Conozco a los cowboys como nadie. Cuando era una criatura ya me montaban en sus caballos. Gene Stewart será de la clase de cowboys que tu hermana le dijo que podría ser, sea la que sea. Tal vez ni ella sepa cuál es, ni nosotros lo sospechamos, pero él lo sabe.

-¡Bravo, Florencia! ¡Has dado en el blanco! -replicó el veterano ganadero.- ¡Y no me causaría mayor alborozo si se tratase de mi propio hijo!

X

Al día siguiente, muy temprano, Gene Stewart, con un pelotón de cowboys, salió con rumbo al rancho de don Carlos. Al transcurrir el día sin tener noticias suyas, Stillwell pareció experimentar creciente descargo, y al anochecer dijo a Magdalena que en su opinión ya no había motivo de inquietud.

-Aunque -prosiguió- es en verdad sorprendente. Me he estado devanando los sesos pensando cómo se las habrá compuesto para ajorar a don Carlos. Gene halla siempre modo de hacer las cosas.

Al otro día, Stillwell y Alfredo decidieron ir a caballo a la hacienda de don Carlos, llevando consigo a Magdalena y a Florencia y deteniéndose al regreso en el rancho de Alfredo. Emprendieron la marcha aprovechando la frescura del amanecer, y a las tres horas de cabalgar, cuando el sol comenzaba a resplandecer, entraron en un bosquecillo de mezquites que rodeaba corrales y graneros, varios edificios bajos y cuadrados y una inmensa y destartalada estructura, en su mayor parte de adobe y casi toda en ruinas. Sólo en un punto una nota de verdura quebraba la monotonía rojiza de paredes y terrenos; y evidentemente era aquel punto, que indicaba la situación del manantial, al que debía su valor y fama la pampa de don Carlos. Daba acceso a la vivienda un anchuroso patio, desnudo, de suelo de piedra y tierra firmemente apisonada, con varios ataderos y abrevaderos frente a un largo porche. Algunos polvorientos y cansinos caballos, con las cabezas gachas, las bridas colgando y los flancos cubiertos de sudor, atestiguaban una reciente carrera.

-¡Por los cuernos del diablo, Al! ¡Si ése no es el jamelgo de Pat Hawe... me lo como crudo! - exclamó Stillwell.

-¿Qué se le ha perdido a Pat aquí? -gruñó Alfredo.

No había nadie a la vista; pero Magdalena oyó fuertes voces procedentes del interior de la casa. Stillwell desmontó, dirigiéndose hacia la puerta. Alfredo saltó de su caballo, ayudó a Florencia y a Magdalena a echar pie a tierra, y, aconsejándoles que descansasen y

aguardasen en el porche, se unió a Stillwell.

-Aborrezco estas haciendas mejicanas -dijo Florencia, haciendo un mohín-. ¡Son tan misteriosas y tan laberínticas! ¡Ya verás! Empezarán a comparecer cetrinos pelones de ojos de botón de bota, como si saliesen de las entrañas de la tierra. En cada ventana y en cada puerta, hasta en las rendijas, habrá un rostro asomándose.

-Parece un inmenso granero impregnado de olor a tabaco -replicó Magdalena-. Confieso que no me entusiasma esta parte de mis adquisiciones, Florencia. ¿No es el de don Carlos ese caballo negro que hay en el corral?

-¡Vaya! Por consiguiente, ese tipo está todavía aquí. ¡Ojalá no nos hubiésemos apresurado tanto en venir! ¡Hola! Lo que se oye no es tranquilizador.

Del pasillo llegaba el tintineo de espuelas, recio pisar de botas y voces confusas. Magdalena distinguió la viva entonación de Alfredo cuando se encolerizaba: «¡Entonces, nos volveremos a casa! », decía; y la respuesta inmediata: a ¡No! » Magdalena reconoció la voz de Stewart e incorporóse vivamente: «Pues aquí no quiero que estén», prosiguió Alfredo.

-Fuera o dentro, han de estar con nosotros -replicó vivamente Gene.

-Escucha, Al -exclamó Stillwell con voz retumbante-, ya que nos hemos metido aquí con las muchachas, deja que Stewart se encargue del asunto.

Un tropel de hombres salió en confusión al porche. Stewart, sombrío y cejijunto, iba a su cabeza. Nels le seguía de cerca, y la rápida mirada de Magdalena observó en el cowboy un cambio indescriptible. El sonriente y expresivo don Carlos venía detrás, con un individuo delgado, de facciones enjutas, con un broquel de plata en la solapa. Era, sin duda, Pat Hawe. En segundo término, detrás de Stillwell y Alfredo, iba Nick Steele destacando la cabeza y los hombros ente un grupo de vaqueros y cowboys.

-Señorita Hammond, deploro que esté aquí -dijo Stewart bruscamente-. Esto es un estúpido enredo. He insistido en que usted y Florencia permanezcan junto a nosotros. Más tarde me explicaré. Si no quiere taparse los oídos... le ruego que no se escandalice al oír palabras gruesas.

Y volviéndose a los que le seguían:

-Nick, tú y Booly, id a donde están Monty y los muchachos. Sacad las cajas. ¡Todas! ¡Vivo!

Stillwell y Alfredo se disgregaron del grupo, tomando posiciones delante de Magdalena y Florencia. Pat Hawe se apoyó contra un poste, mirando insolentemente a las muchachas. Don Carlos se adelantó. Su planta atrajo las inquietas pero fascinadas pupilas de Magdalena. Vestía calzón corto, ajustado, de terciopelo, con un amplio jaretón en la costura externa adornado con botones de plata. Ceñía su cintura una faja, y sobre ésta un cinturón con pistolera ribeteada con una franja, de la que asomaba la culata de concha de un revólver. Un chaleco ricamente recamado recubría en parte una blusa de seda,

Librodot

dejando empero ver el corbatín del mismo material que llevaba al cuello. Su atezado rostro mostraba tendones como cuerdas, bajo la superficie. Sus ojos vivos, prominentes, refulgían con insólito brillo. Magdalena pensó que aquel semblante era una máscara gallarda y audaz en la que únicamente la mirada revelaba la perversa naturaleza del hombre.

Hizo una profunda reverencia con efectista y sinuosa gracia. Su sonrisa descubrió la blanquísima dentadura, acrecentó el brillo de sus ojos. Lentamente, extendió implorantes manos.

-¡Señoritas, les pido mil perdones! -dijo. ¡Qué extraño fue para Magdalena oír hablar inglés con acento dulzón y plañidero!-. La tradicional hospitalidad de don Carlos se perdió con su casa.

-Stewart se adelantó y, apartando a un lado al mejicano, dijo:

-¡Haced sitio! ¡Paso franco!

El grupo retrocedió con mucho alarde de pisadas. Por el corredor aparecieron los cowboys tambaleándose bajo el peso de las cajas que traían, y que colocaron en hileras en el suelo del porche.

-Ahora, Hawe, prosigamos con nuestro asunto -dijo Stewart-. ¿Ves esas cajas?

-Veo aquí bastantes otras muchas cosas -replicó significativamente Hawe.

-Bien. ¿Abrirás esas cajas para comprobar lo que yo diga?

-¡No! -replicó Hawe-. No es de mi incumbencia el registrar unos bienes particulares llegados aquí por caminos legales y ajustándose a las disposiciones vigentes.

-¿Y te consideras un sheriff? -exclamó despectivamente Stewart.

-¡No tardarás mucho tiempo en convencerte de ello! -replicó hoscamente Hawe.

-Yo las abriré. ¡Eh! ¡Uno de vosotros! ¡Haced saltar la tapa a esas cajas! -ordenó Stewart-. No, tú no, Monty. Tú abre el ojo entre tanto. Deja que Booly maneje el hacha. ¡Vivo! ¡Vivo!

Monty Price salió de entre los demás, situándose en medio del porche. Su forma de ceder el puesto a Booly y de afrontar a los vaqueros no revelaba amistad ni confianza.

-Stewart, procedes muy desacertadamente haciendo abrir esas cajas. Esto es ilegal-protestó Hawe, intentando aún evitarlo.

Stewart le rechazó de un empellón. Don Carlos, que había quedado estupefacto ante la aparición de las cajas, recobró su actividad de palabra y ademanes. Stewart le repelió igualmente. La excitación del mejicano se acrecentó; gesticulaba locamente, gritaba en apasionado español... Mas cuando alzaron las tapas y quitaron el embalaje interior, mantúvose rígido y en silencio. Magdalena se incorporó por detrás de Stillwell, viendo que las cajas estaban llenas de municiones y rifles.

-¡Ea, Hawe! ¿Qué te decía yo? -preguntó Stillwell-. Vine a tomar posesión de este rancho. Hallé esas cajas ocultas en un aposento desocupado. Sospeché al punto de qué se trataba. ¡Contrabando!

-Bueno, y ¿aunque lo fuera? No veo que haya motivo para armar

Librodot

todo el jollín que has armado. Stewart, acabaré creyendo que tu nuevo cargo se te ha subido a la cabeza y que querías dar un golpe de efecto delante de...

-¡Hawe, cuidado con lo qué dices! -interrumpió Stewart-. ¡Recuerda que ya en otra ocasión te tuve que cerrar el pico!... Ahora, estoy consultando un caso con un representante de la ley. ¿Quieres hacerte cargo de ese género de contrabando?

-¡Hospa! ¡No lo tomas tú poco a pecho! -replicó Hawe, con un asombro palpablemente fingido-. ¿Qué es lo que te propones?

Mascullando una imprecación, Stewart atravesó en pocas zancadas el porche, abriéndose de brazos ante Stillwell, como indicando la dificultad de lograr un arbitraje sincero y razonable; lanzó a Magdalena una mirada elocuente que revelaba su sentimiento por no poder solventar la situación en forma que fuese de su agrado. Y al volverse, hallóse cara a cara con Nels, que había salido a su encuentro de entre el gentío.

Magdalena dedujo graves complicaciones del acerado relámpago con que la mirada de Nels comunicó algo a Stewart. Fuese lo que fuese, esta mirada bastó para calmar la impaciencia del cowboy. Un ademán casi imperceptible atrajo a Monty Price a su lado. En los tres pasos que dio para acercarse había un aire de reprimida ferocidad. Nels y Monty se alinearon detrás de Stewart. Fue una acción deliberada, inequívocamente formidable, aun para Magdalena. El semblante de Pat Hawe adquirió una expresión terrible; sus pupilas despedían un rojizo fulgor. Don Carlos mostró un rostro pálido y una extrema nervosidad. Los cowboys se separaron de los vaqueros y de los barbudos y broncíneos jinetes que formaban el séquito de Hawe.

-Me propongo lo siguiente -dijo luego Stewart, hablando lentamente y con acento cáustico-. ¡Eso es contrabando de guerra! ¿Lo oyes, Hawe? Armas y municiones destinadas a los rebeldes de allende la divisoria. Te requiero para que como representante de la ley confisques ese material y arrestes al contrabandista..., a don Carlos.

Las palabras de Stewart provocaron una revuelta entre don Carlos y sus secuaces, los cuales se apiñaron alrededor del sheriff. Fue una babel de chillonas voces mejicanas y violentos ademanes de puños cetrinos y crispados. El grupo que apoyaba a don Carlos aumentó con la afluencia de vaqueros armados, mozos de cuadra descalzos, polvorientos pastores y mejicanos envueltos en sus ponchos, que surgieron, como por ensalmo, de puertas y ventanas. Era un abigarrado conjunto. Los garbosos, flamantes y exornados vaqueros ofrecían chocante contraste con los semidesnudos y descalzos mozos y los astrosos rabadanes. Los agudos gritos de don Carlos apaciguaron un tanto los ánimos. Después pudo oírse al mejicano interpelando a Hawe en una híbrida mezcolanza de inglés y español. Denegaba, confesaba, voceaba, con rápida y vehemente expresión. En su arrebato agitaba la negra cabellera; crispaba los puños y pateaba contra el suelo; ponía en blanco los brillantes ojos; contorsionaba los labios en cien formas diversas, y, como un lobo acorralado, enseñaba

los blancos dientes.

Magdalena creyó comprender que don Carlos negaba todo conocimiento de la existencia de aquellas cajas de contrabando, así como de su contenido verdadero, de su destino y, finalmente, de cuanto podía negarse, salvo de que estaban a la vista, como acusadores testigos de la complicidad de alguien en la violación de leyes internacionales. Y si apasionada fue su negativa de todo esto, su denuncia contra Stewart lo fue cien veces más.

-El señor Stewart mató a mi vaquero... -vociferó, afónico y cubierto de sudor, al concluir su acusación -. ¡A él debe arrestarse! ¡El señor Stewart es un mal hombre! ¡Él mató a mi vaquero! ...

-¿Lo oyes? -gritó Hawe-. Don Carlos te atribuye aquel lance del otoño pasado.

El clamoreo fue indescriptible. Hawe, sacudiendo los puños frente al rostro de Stewart, gritaba roncamente. Un ágil y jóven vaquero, rápido como un indio, se escurrió por debajo del levantado brazo del sheriff. Cualquiera que fuese su intención, no tuvo tiempo de llevarla a efecto. Stewart se abalanzó a él, y de un puñetazo lo lanzó afuera del porche. Al caer, su puñal se desprendió de entre sus dedos y rodó por el suelo. El sujeto quedóse inmóvil, sin conocimiento. Con la misma abrupta violencia, Stewart lanzó del porche a Hawe y luego a don Carlos, que, menos entrenado, se desplomó como una masa. El resto de la chusma retrocedió ante la furiosa acometida del cowboy hasta quedar todos en el patio.

Cesó el característico ruido de pies en movimiento; el tintineo de espuelas y la algarabía de Nels y Monty, reforzados ahora por Nick Steele, eran como sombras de Stewart, a juzgar por lo mucho que de cerca le seguían. Gene los apartó con un ademán y salió al patio. Su arrojo era absoluto; pero lo que más llamó la atención de Magdalena fue su magnífico desdén. Evidentemente, conocía la clase de hombres con quien trataba. La joven pensó que era natural, viendo el aspecto de Gene, que retrocediesen atemorizados, como incluso Hawe y sus hoscos satélites lo hacían.

Don Carlos logró incorporarse para hacer frente a Stewart. El postrado vaquero se movió gimoteando, sin levantarse.

-No me venga con su endiablado lenguaje -dijo el cowboy-. Puede y sabe hablar americano y lo entiende perfectamente. Si trata de oponer resistencia, acabaremos con usted y con sus vaqueros en menos que canta un gallo. Ha de abandonar este rancho. Puede llevarse los caballos que hay en el segundo corral y sus arreos y fardería. También hallará allí provisiones. Ensillen y... andando. Don Carlos, le trato a usted mucho mejor de lo que se merece. Cuanto ha dicho de esas cajas de municiones y armas es una sarta de mentiras. Está usted infringiendo las leyes de mi país, y para mayor audacia, en una propiedad confiada a mi custodia. Si tolerase que ese contrabando prosiguiera, acabaría yo por verme complicado en ello. Por lo tanto, abandone esta pampa. Si no lo hace, antes de seis horas estará aquí la caballería americana, y puede usted tener la certeza de que se

Librodot

llevarán lo que hayan dejado de ustedes mis cowboys.

Don Carlos procedió como si a más de ser un excelente actor se sintiese descargado por la lenidad de Stewart. O tal vez la saludable referencia a las tropas americanas tuvo la virtud de amilanarle completamente.

-¡Sí, señor! ¡Gracias, señor! -exclamó; y, dando media vuelta, llamó a su gente. Ésta se atropelló tras él, mientras el caído vaquero se incorporaba con la ayuda de Stewart y, tambaleándose, atravesaba el patio. Un momento después habían marchado, dejando atrás a Hawe y sus compañeros.

El sheriff masticaba furiosamente un trozo de tabaco, farfullando imprecaciones contra «esos malditos pelones sin agallas». Miró a Stewart con expresión contemplativa.

-¡Bravo! Ya que pareces tan dispuesto a proceder a tu antojo, supongo que también intentarás echarme a mí de la pampa.

-Si alguna vez se me ocurre hacerlo, Pat, te tendrán que sacar de ella. No podrás salir por tu pie -replicó Stewart-. De momento me limito a rogaros cortésmente a ti y a tus delegados que os vayáis.

-Así lo haremos. Pero uno de estos días volveré, y entonces será para sacarte de aquí amanillado.

-Escucha, Hawe, si tanta es tu animadversión, ¿quieres venir conmigo ahí fuera al corral, a zanjarlo de una vez?

-Yo no peleo con hombres que están fuera de la ley, excepto cuando tengo que practicar detenciones. ¡Soy una autoridad!

-¡Autoridad! ¡Lo que eres es un baldón para la comarca! Si alguna vez consiguieras amanillarme, es probable que me llevases luego en despoblado para soltarme un tiro y decir que habías obrado en legítima defensa. No sería la primera vez que has recurrido a semejantes estratagemas, Pat Hawe.

-¡Ja! ¡Ja! -rió despectivamente el sheriff.

El largo brazo de Stewart cruzó como un relámpago los aires, cayendo sobre el hombro de Pat y haciéndole girar como una peonza.

-Te vas a marchar, Pat, pero antes, o pones tus cartas sobre la mesa o sales de aquí a hombros de los tuyos -dijo Stewart-. Tú la tienes tomada conmigo. Sea. Pero de hombre a hombre, habla claro y aprovecha la ocasión para demostrar que no eres el cobarde rastrero por quien siempre te he tenido. ¡Boca arriba las cartas!

El semblante de Pat Hawe adquirió tonalidades de un púrpura negruzco.

-¡Y tanto que la he tomado contigo! -gritó roncamente-. Al fin y al cabo, ¿quién eres? Un rufián que en su vida tuvo un dólar o un empleo decente hasta que le caíste en gracia a esa mujer, a esa Hammond...

No le dejó terminar la frase. Una sonora bofetada de Stewart tumbóle casi de espaldas. La violencia del golpe le echó tan en seco hacia atrás la cabeza, que el sombrero voló por los aires. Al bajarse para recogerlo, el brazo y el cuerpo todo del sheriff temblaban de tan mal contenida ira.

Monty Price dio un salto, lanzando un ahogado y extraño grito.

Stewart se envaró, inclinándose ligeramente hacia de!ante.

-Si necesitas emplear su nombre, di «señorita Hammond» -advirtió Stewart, con un acento en apariencia plácido, pero en el que vibraba una sorda amenaza.

Hawe batalló unos instantes con su avasalladora furia, logrando dominarse hasta cierto punto.

-He dicho que eres un rufián, un jaque baratero, más encanallado que muchos de los salteadores que hemos tenido por esta divisoria -repitió Hawe deliberadamente. Parecía dirigirse a Stewart, pero sus pupilas se clavaban en Monty Price-. Sé que fuiste tú quien le dio lo suyo a aquel vaquero el otoño pasado, y en cuanto haya reunido mis pruebas, vendré a buscarte.

-Conforme, Hawe. Llámame lo que quieras y ven a buscarme cuando te parezca -replicó Stewart-. Pero... mal te las compondrás conmigo. Ya te has enemistado con Nels y con Monty; no tardarás en hacer lo propio con todos los cowboys y rancheros de la comarca. Si esto no te sirve de aviso... Escúchame. Sabías el contenido de esas cajas. Sabías que don Carlos ha estado haciendo contrabando de armas y de municiones en la divisoria. Sabías que es uña y carne con los rebeldes. Has venido simulando no saber nada, porque te convenía. Pero conste que ahora estás advertido. Nada más. Arrea, y cuanto menos veamos tu apuesta fisonomía, más simpática la encontraremos.

Murmurando y lanzando imprecaciones y denuestos, Hawe montó a caballo. Sus compañeros le imitaron. Era evidente que el sherif f contendía con algo más que con su cólera y su temor. Debía sentir irrefrenables impulsos de abrumar a Stewart con nuevas acusaciones y amenazas, pero su misma ira le hacía enmudecer. Espoleó ferozmente a su montura, y mientras ésta saltaba y resoplaba, se volvió en la silla, sacudiendo el cerrado puño. Sus secuaces se pusieron a la cabeza, saliendo a galope, hasta desaparecer todos por el portillo.

Cuando, entrado el día, Magdalena y Florencia, acompañadas de Stillwell y Alfredo, abandonaron el rancho de don Carlos, era ya más que hora para la joven. El interior de la vivienda mejicana resultaba tan ingrato e incómodo

como su exterior. Los pasillos eran oscuros, los aposentos inmensos, destartalados y húmedos y por doquier reinaba un ambiente de silencio, disimulo y misterioso que respondía exactamente al carácter que Florencia había atribuído al lunar.

En cambio, la alquería del rancho de Alfredo, donde la partida se detuvo a pasar la noche, resultaba pintorescamente situada, reducida y simpática, con una sencillez de campamento en su organización, que encantó a Magdalena.

Las largas cabalgadas del día y sus excitantes eventos habían fatigado a la muchacha, y mientras Florencia y los dos hombres aprontaban la cena, descansó. Mientras cenaban, Stewart expresó su

Librodot

satisfacción por verse libre de los vaqueros, y con su habitual optimismo dio por sentado que no volverían a saber de ellos. Por su parte, Alfredo se inclinaba también a considerar como favorables los resultados de la jornada.

Sin embargo, a Magdalena no le pasó por alto la actitud inusitadamente quieta y pensativa de Florencia, y sentíase intrigada. Recordó que Stewart había manifestado deseos de acompañarles, o cuando menos de enviar algunos cowboys en calidad de escolta, proposiciones que Alfredo había acogido riendo, y que se negó a aceptar.

Después de la cena, Hammond monopolizó la conversación, describiendo lo que proyectaba llevar a cabo para mejorar las condiciones de la alquería antes de su enlace con Florencia.

Y a temprana hora se retiraron todos a descansar. Unos violentos golpes en la pared despertaron a Magdalena de su profundo sueño; oyó a Florencia gritar en respuesta a una apremiante llamada

-¡Levántate! ¡Échate cualquier cosa encima y sal! -Era la voz de Alfredo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Florencia, , saltando de la cama

-¡Alfredo! ¿Pasa algo de extraordinario? –añadió Magdalena, incorporándose.

La habitación estaba en tinieblas; pero un tenue resplandor parecía determinar la posición de la ventana.

-¡Oh! ¡Nada de particular! -replicó Alfredo-. Salvo que el rancho de don Carlos se está disolviendo en humo.

-¡Fuego! -gritó vivamente Florencia.

-Eso te parecerá cuando lo veas. ¡Daos prisa! Majestad, ya no te será preciso derribar aquel montón de adobe, como te proponías. Después de este incendio no quedará piedra sobre piedra.

-¡Me alegro! -dijo Magdalena-. Una saludable llamarada purificará la atmósfera y me ahorrará gastos y trabajos. ¡Uf! Ese embrujado rancho me atacaba los nervios. Florencia, me parece que te has apropiado parte de mi traje de montar. ¿No tiene luces Alfredo en esta habitación?

Riendo, Florencia ayudó a vestirse a Magdalena. Luego bajaron precipitadamente la escalera y, tropezando contra las sillas al atravesar el comedor, salieron al porche.

Hacia el Oeste, casi en la línea del horizonte, divisaron llamas rojizas y columnas de humo que el viento dispersaba.

Stillwell apareció, profundamente perturbado.

-¡Ah! Estoy esperando de un momento a otro oír la explosión de todas aquellas municiones -dijo- Había en cantidad para levantar en vilo el rancho entero.

-¿No crees que fue lo primero que sacaron los cowboys, Bill? -replicó ansiosamente Alfredo.

-Supongo que sí, mas... de todas formas, me preocupa. Acaso les faltó tiempo. ¡Figúrale que esa pólvora estalla cuando los muchachos van a buscarla o la están sacando! No tardaremos en saberlo. Si

Librodot

pronto no oímos ningún estruendo, será señal de que han tenido tiempo de llevarla a lugar seguro.

Los minutos siguientes transcurrieron en un silencio preñado de penosa ansiedad. Florencia se asió fuertemente del brazo de Magdalena. Ésta experimentaba una opresión en la garganta, y su corazón latía con desordenada rapidez. Por fin vino a calmar su estado Stillwell, anunciando que ya no debía temerse peligro alguno de explosión.

-¡Podéis descansar siempre en Gene Stewart! -añadió.

La noche estaba en parte encapotada, mostrando las nubes algunos desgarrones por entre los que asomaba a intervalos la luna. El viento tenía una inusitada violencia. La intensidad del incendio parecía disminuir. Era como si un inmenso brasero hubiese quedado cubierto con alguna tapa que dejase pasar por diversos resquicios, separados entre sí, llamaradas aisladas. Éstas surgían vívidas, encrespándose con el viento, hasta amortiguarse y desaparecer. La escena, pues, cambiaba de continuo, con alternativas de claridad y negrura. Luego llegó un momento en el que las tinieblas abarcaron un mayor espacio entre los puntos de luz hasta extinguirlos. La noche cubrió la escena con su manto. Por entre las nubes, la luna dejó ver un amarillo segmento. Aparentemente el fuego se había consumido. Mas de pronto, un punto luminoso apareció donde antes todo era oscuridad. Fue creciendo, alargándose, moviéndose como si tuviera vida. Saltaba, variando su tono desde el blanco al rojo. Luego, a sus alrededores, estallaron, una tras otra, diversas llamaradas hasta formar una inmensa columna de fuego, cuya altura aumentaba sin cesar. Enormes masas de humo, amarillo, negro, blanco, teñido con el color del fuego, ascendieron hacia el cielo, llevadas por el viento.

-Bien, ya me puedo despedir de las dos mil toneladas de alfalfa con que contaba-remarcó Stillwell.

-¡Oh! ¿Ese nuevo incremento del incendio es debido al pienso seco? -preguntó Magdalena-. No deploro el rancho, mas es una verdadera conciencia perder tamaña cantidad de excelente forraje para las bestias.

-Pues perdido está sin remedio. Vea como el fuego va extinguiéndose tan rápidamente como empezó. ¡Ojalá no se hayan expuesto los muchachos para salvar una silla o una manta! Monty, por ejemplo, es temerario cuando se trata de afrontar un fuego. Es como el caballo que acaban de sacar de un establo ardiendo; sale tan enloquecido, que si le dejaran se volvería a meter en él.

-¡Ea! ¡Ya se acaba! Opino que podemos volvernos a la cama. No son más que las tres.

-¿Cómo debió iniciarse? -preguntó Alfredo-. Sería algún cigarillo, sin duda.

Stillwell soltó la carcajada.

-Al, eres más inocente que un cachorro. Me permito dudar de ese cigarrillo, como no añadas que procedía de los labios de un vaquero y que no cayó entre la paja por casualidad.

-¡Vaya, Bill! ¿No pretenderás decir que fue don Carlos quien pegó fuego al rancho? -exclamó Alfredo, con mezcla de sorpresa y de cólera.

El viejo ganadero volvió a soltar el trapo.

-Aunque te parezca mentira, querido amigo, eso mismo es lo que pretende decir el viejo Bill, que va chochea.

-¡Qué duda cabe de que fue don Carlos! -intervino Florencia, con animación-. Vivirás caen años aquí, Al, y no te convencerás nunca de que, los pelones son traicioneros. Ya sabía yo que Gene Stewart sospechaba una mala treta. Por eso me montó a mí en el negro caballo de don Carlos. Quiere quedarse con ese caballo, y temió que si lo dejaba allí, el mejicano se lo robase o le pegase un tiro, Y tú, Stillwell, tú... eres tan simple como Al. Nunca desconfías de nadie hasta que ya es tarde. Desde que Stewart echó a los vaqueros de la pampa no has hecho sino cantar, sin que se te ocurriese pensar un rato.

-¡Vaya, Flo! No es menester que me insultes así, sólo porque tenga espíritu cristiano -replicó Stillwell, muy agraviado-. Bastantes calamidades he visto en mi vida para que tenga que preocuparme de otras más. Lamento que se haya quemado el pienso; pero... tal vez los muchachos han conseguido salvar los animales. Y en cuanto al vetusto caserón de adobe, lleno de agujeros y pasadizos secretos..., si a la señorita Majestad no le duele..., me alegro que se haya quemado. Ea, acostémonos otra vez. Alguien vendrá de allá por la mañana que nos cuente lo ocurrido.

Magdalena despertó temprano, aunque no tanto como los demás, que ya la esperaban para desayunarse cuando entró en el comedor. Stillwell no estaba de buen humor. Los profundos surcos de la preocupación hendían su amplia frente y de continuo consultaba su reloj, gruñendo porque los cowboys tardaban tanto en acudir con noticias. Engulló su desayuno, y mientras Magdalena y los demás consumían el suyo con más calma, él paseó arriba y abajo por el porche. Magdalena notó que Alfredo iba contagiándose de su nerviosa inquietud, hasta que al fin se levantó de la mesa y se reunió con Stillwell.

-Irán de un salto al rancho de don Carlos, y dejarán que volvamos a casa solas -observó Florencia.

-¿Tienes inconveniente? - preguntó Magdalena.

-No; no me importa. Tenemos los dos caballos más veloces de la comarca. Me gustaría sacarle a ese diablo negro cuanto pueda dar de sí... No; no me importa; aunque, la verdad, no me seduce una situación de la que Gene Stewart opina que...

Florencia empezó su discurso inconexamente y lo terminó con evasivas. Aunque sentía un verdadero desasosiego, Magdalena juzgó prudente no insistir. Stillwell entró haciendo retemblar el suelo con sus pisadas, seguido de Alfredo, que iba armado de un catalejo.

-No hay ni un jaco a la vista -dijo el primero-. Algo anormal ocurre en el rancho de don Carlos. Señorita Majestad, sería preferible que Florencia y usted emprendiesen el regreso a casa. Telefonearemos a los muchachos avisando su llegada.

Desde la puerta, Alfredo escrutaba el horizonte con su anteojo.

-Bill, veo algo que corre, caballos o reses...; no puedo precisarlo. Mejor será que vayamos a ver qué pasa...

Ambos salieron precipitadamente, y mientras ensillaban y traían los caballos de Florencia y Magdalena, éstas recogieron el servicio del desayuno, calzándose luego espuelas, sombreros y manoplas.

-¿Estáis listas? -gritó Alfredo-. ¡Flo! ¡Ese caballo mejicano es un príncipe!

Las dos muchachas salieron a tiempo de devolver a Stillwell su saludo de despedida. Alfredo hizo el simulacro de prestarles una ayuda que siempre rehusaban, y luego, montando a su vez, exclamó

-Supongo que todo irá bien -dijo algo dubitativamente-. Pero... no vayáis hacia el rancho de don Carlos. De aquí a casa, sólo median escasas millas.

-¡Claro que todo irá bien! - replicó Florencia-. Tú eres quien ha de abrir el ojo, yendo a meterte... en Dios sabe qué avispero...

Alfredo se despidió y salió a galope.

-¡Y si Bill se hubiese olvidado de telefonear! -dijo Florencia-. Tanto él como Alfredo están aturdidos.

La joven echó pie a tierra y penetró en la vivienda. Dejó la puerta abierta. Magdalena, que experimentaba cierta dificultad para contener a Majesty, notó que Florencia permanecía excesivo tiempo adentro. A poco ésta salió, seria de rostro y con los labios apretados.

-No he podido conseguir comunicación -dijo-. Nadie contesta. Lo he intentado una docena de veces...

-¡Cómo es eso, Florencia! -El aspecto de la joven causó a Magdalena peor efecto que sus palabras.

-Han debido de cortar el hilo -dijo aquélla. Sus pupilas se volvieron hacia Alfredo, que estaba ya muy distante, fuera del alcance de su voz-. La cosa no me gusta ni pizca. Ha llegado el momento de «meditar», como diría Bill.

Reflexionó un instante y volvió a entrar en la vivienda, para reaparecer con el catalejo que Alfredo había utilizado. Con su ayuda exploró el valle, particularmente en dirección al rancho de Magdalena, oculto a la vista por las ondulaciones de las poco elevadas colinas próximas.

-En todo caso, nadie puede vernos salir de aquí en esa dirección -musitó-. Los cerrillos están cubiertos de mezquite, lo cual nos proporcionará resguardo bastante para ver sin peligro lo que tenemos delante.

-¡Florencia!... ¿Qué..., qué supones? -preguntó nerviosamente Magdalena.

-No lo sé. Con los mejicanos no se puede estar nunca seguro. ¡Ojalá no se hubiesen ido Bill y Alfredo ! Aunque, bien pensado, de poco nos servirían en caso de una persecución, porque los dejaríamos atrás en seguida. Además, echarían mano de los revólveres. En el fondo prefiero que corra de nuestra cuenta el ganar el rancho. No sería prudente seguir a Alfredo. Sabemos que allí ocurre algo... Por lo tanto, lo

que procede es tomar el portante hacia casa. Andando. Tú, pégate a mí como una lapa.

Un tupido matorral de mezquites cubría la cima de la primera loma. Florencia tomó la delantera, avanzando cautelosamente, y en cuanto pudo ver allende su cumbre, se valió del catalejo. Luego continuó adelante. Magdalena, siguiéndole de cerca, vio la ladera del monte hasta una amplia y herbosa hondonada, y más allá otras lomas, cubiertas de espesos cactos y mezquites. Florencia se mostraba cauta, vacilante, aunque sin perder tiempo. Su silencio no presagiaba nada bueno. La inquietud de Magdalena marterializó el peligro en forma de ocultos vaqueros al acecho.

Al ascender la tercera loma, que Magdalena recordaba que era el último trozo accidentado entre el punto donde se hallaban y el rancho, Florencia avanzó aún con mayor prudencia. Antes de llegar a la cumbre echó pie a tierra anudando la brida a un arbusto, y, haciendo un ademán a Magdalena de que esperase, se escabulló por entre los mezquites, hasta perderse de vista. Magdalena esperó, escuchando y vigilando ansiosamente; pero no consiguió oír nada que pudiese alarmarla. El sol comenzaba a tomar fuerza; la brisa matutina agitaba el escaso follaje de los mezquites; el vivo tono carmesí de los cactos atrajo las miradas de Magdalena; un pajarraco de largo cola y acerado pico pasó tan cerca de ella que pudo haberlo alcanzado con su látigo. Mas su conciencia de todo cuanto veía era vaga. Su atención se concentraba en observar a Florencia, y en escuchar cualquier sonido. Súbitamente vio a Majesty aguzar las orejas. Luego, Florencia apareció en el recodo del sendero, extrañamente pálida.

-¡Chiss...! -murmuró levantando la mano. Acercóse al caballo negro y lo acarició, evidentemente para calmar la inquietud que manifestaba -Ya la bailamos -prosiguió-. Al otro lado hay una cuadrilla de vaqueros ocultos entre los mezquites. Aún no nos han visto ni oído. Será preferible correr el riesgo de seguir adelante, tomar por un atajo y ganar el rancho antes que ellos. ¡Magdalena ¡Estás blanca como un papel! ¡Ahora no te desmayes!

-No me desmayaré, pero... me asustas, Florencia... ¿Hay peligro...? ¿Qué haremos?

-Hay peligro, Magdalena, no quiero engañarte -dijo Florencia en voz baja-. Las cosas se presentan tal cual Stewart había previsto. ¡Oh, debimos...! Al debía haberle hecho caso. Voy creyendo..., voy creyendo que Gene sabía...

-¿Sabía qué?

-No hace ahora al caso. Escucha. No me atrevo a retroceder. Seguiremos adelante. Tengo una idea para frustrar los planes de ese simio de don Carlos. Apéate, Magdalena... ¡Pronto!

Magdalena echó pie a tierra.

-Dame tu sweater blanco. ¡Quítatelo!... ¡Y el sombrero! ... ¡Aprisa, Magdalena! ...

-¿Qué pretendes, Florencia? -gritó la joven.

- ¡Habla bajo! - murmuró la otra. Sus ojos grises relampagueaban.

Librodot

Se había quitado la chaqueta y el sombrero, tendiéndoselos a Magdalena-. Ea, toma eso. Dame los tuyos y monta en el negro. Yo montaré Majesty. ¡Aprisa, Magdalena! ¡No hay tiempo que perder!

-Pero..., pero..., ¿qué es lo que quieres?... ¡Ah!... ¿Quieres que los vaqueros te confundan conmigo?

-Lo has adivinado.

-No consentiré que hagas semejante cosa -replicó Magdalena.

Entonces el semblante de Florencia transformóse, adquiriendo la dureza y severidad típicas del cowboy. Magdalena había tenido ocasión de observar aquella expresión en Stewart cuando guardaba silencio, y en Stillwell siempre. Era un semblante de hierro y de fuego..., de obstinada e indomable voluntad. Incluso la rápida acción de Florencia obligando a Magdalena a cambiar de atavío no careció de violencia.

-Si Stewart no me lo hubiese dicho, también se me habría ocurrido -dijo hablando casi tan de prisa como accionaba-. Don Carlos te persigue... a ti, a Magdalena Hammond. No emboscaría a sus hombres por nadie más. En la actualidad no acecha a cowboys. Quiere tenerte en su poder por alguna razón. Así lo creía Gene, y ahora veo que estaba en lo cierto. En fin, dentro de cinco minutos lo pondremos en claro. Tú monta el negro y yo montaré a Majesty. Pasaremos a través de la espesura hasta que podamos salir a campo raso. Tú, dirígete directamente al rancho. Yo me encaminaré al valle donde Gene aseguró que están los cowboys con la manada. Los vaqueros me confundirán contigo. Todos ellos conocen estas características prendas blancas que tú usas. Me darán caza, pero no conseguirán acercarse. Tú también tienes un caballo raudo. Te puede llevar a casa, dejando a la zaga a cualquier vaquero, aunque... no te perseguirá nadie. Todo estriba en eso. Confía en mí, Magdalena. Si fuese únicamente idea mía..., mas recuerdo lo que apuntó Stewart, y ese cowboy sabe lo que se dice. En fin, éste es el mejor y más seguro modo de chasquear a don Carlos.

Magdalena se vio obligada más que persuadida a acceder. Montó el negro y recogió sus bridas. Un momento después guiaba su caballo siguiendo las huellas de Majesty. Florencia se desvió en ángulo recto del camino, abriéndose lentamente paso a través de los mezquites, eligiendo de preferencia los trechos arenosos y los claros bajo los árboles, y poniendo especial cuidado en evitar la trisca del ramaje. Con frecuencia deteníase a escuchar.

Aquel rodeo de media milla llevó a la muchacha a un punto desde el que podía ver el campo abierto, con el edificio del rancho a pocas millas y el ganado esparcido por el valle. Magdalena no había perdido su coraje, mas el espectáculo de aquellos parajes familiares alivió notablemente la opresión de su pecho. El agudo relincho de su caballo hizo engallar las cabezas al suyo y a Majesty. Florencia apresuró el paso al descender la vertiente. Magdalena alcanzó pronto las lindes del matorral, y luego el terreno llano cubierto de hierba grisácea.

Florencia esperó en el sitio donde la arboleda terminaba. Al

Librodot

acercarse Magdalena la miró rápidamente.

-¡Ya no falta sino la carrera! Y eso... será fácil. ¡A galope, y no pierdas los estribos, ni física ni moralmente!

Cuando Florencia le recogió al fogoso ruano la brida, al tiempo que lanzaba a su oreja un alarido, Magdalena creyó sentirse súbitamente laxa y desvalida. El fornido caballo respondió con alacridad a la acción, y ello le recordó a Bonita con su cabello suelto, en la memorable noche de su huída. El cabello de Florencia flameaba como una masa de oro bajo los rayos del sol, y sin embargo, Magdalena lo vio con el mismo escalofrío con que viera el de la salvaje mejicana. Después unos roncos gritos despertaron sus sentidos, y, espoleando al negro, salió al abertal.

El caballo ansiaba correr y tenía facultades para ello. Magdalena aflojó las riendas, dejándolas caer sobre el cuello. Su movimiento era extraño para la joven; pero a la sazón lo único que exigía de él era celeridad. Magdalena poseía bastantes conocimientos hípicos para comprender que el animal se sentía libre y con escasa carga. En algunos momentos pretendió indicarle, tirando de la brida, la dirección que quería seguir; mas el negro se mantenía en línea recta, atravesando los macizos de mezquites y saltando las quebradas y los aluviones. Las desigualdades del terreno no presentaban visiblemente ningún obstáculo a su carrera. Para Magdalena, el azote del viento y el volar del suelo bajo las patas del caballo eran completamente distintos a los de otras veces. Huía de algo... sin saber a punto fijo de qué. Pero recordaba a Florencia, y anhelaba mirar hacia atrás; sin embargo, no se atrevía a hacerlo por temor al peligro desconocido que la joven había mencionado.

Magdalena escuchó, intentado distinguir el pateo de cascos en su persecución, e involuntariamente volvió la cabeza. En la milla o más de terreno que mediaba entre ella y el último collado no se veía ni un caballo, ni a un hombre, in a ser viviente alguno. Rápidamente miró al otro lado, hacia la vertiente del valle.

El espectáculo de Florencia montada sobre Majesty y galopando en zigzag ante una tropa de vaqueros la hizo palidecer y asirse al pomo de su silla para sostenerse. El extraño paso del ruano no era el que en tales trances habíanle atribuído como prodigioso. ¿iría quizá desbocado? Magdalena vio a uno de los vaqueros acercarse, volteando el lazo por encima de la cabeza; pero sin juzgarse a distancia propicia para echarlo. Otro de ellos se adelantó, cruzando por delante del primero. Mientras Magdalena lanzaba un grito de anhelosa expectación, el ruano desvióse para hurtar la acometida. Por la mente de Magdalena cruzó como un relámpago la idea de que Florencia guiaba al ruano como lo hubiese hecho una muchacha del Este, desatinada por el terror de la persecución. Magdaleno convencióse de que realmente era así, cuando, al mirar de nuevo, vio que, no obstante lo irregular y extraño de su marcha, el caballo iba ganando lenta pero seguramente el valle.

Magdalena había perdido la cabeza hasta el punto de olvidarse de

Librodot

su propia montura y de la naturaleza del terreno que tenía delante. Cuando volvió a contemplar a Florencia toda incertidumbre la abandonó. Habían ya desaparecido los extraños aspectos de la carrera entre la joven y los vaqueros. Majesty había tomado su bellísimo y prodigioso galope tendido, dando cuanto podía, con la cabeza casi horizontal v directamente enfilaba al valle. Entre él y los demás caballos que le perseguían se acentuaba cada vez más la distancia. Los iba dejando atrás; Florencia estaba en efecto «galopando en alas del viento», como Stewart había dicho en cierta ocasión, para expresar su idea de lo que era una carrera sobre el ruano.

Las pupilas de Magdalena se nublaron y no fue del todo a causa del viento. Se restregó los ojos para mejor ver a Florencia. ¡Qué audacia y qué intrepidez! Aquel género de entereza..., aquel espléndido desprendimiento en favor de una hermana más débil..., era 'lo que el Oeste inculcaba a sus mujeres.

Cuando volvió a mirar atrás, Florencia llevaba notable delantera a sus perseguidores y se perdía de vista detrás de un otero. Tranquila ya por su suerte, la joven preocupóse de su situación y de las posibilidades que le esperaban al llegar al rancho. Recordó el fracaso de los intentos para comunicar telefónicamente con los cowboys. Cierto que alguna vez el viento había derrumbado palos o roto los hilos; mas tenía poca fe en que ahora fuese ésta la causa. Siguió su camino, conteniendo al negro a medida que se acercaba al rancho.

Fue tal vez afortunado para ella, pensó, que la ascensión de la ladera hiciese aminorar el paso al negro, haciéndolo así más manejable. En cuanto desmontó, empero, el animal dio un brinco y se alejó al trote. Llegado al borde de la pendiente, de cara a los corrales, se detuvo, engalló la cabeza y aguzó las orejas. Luego lanzó un prolongado relincho y salió al galope siguiendo la vereda.

Magdalena, prevenida por este aviso, trató de fortificarse contra la nueva e inesperada situación; mas al atisbar una desconocida banda de jinetes que avanzaba rápidamente por una hondonada situada al pie de los cerros, los antiguos temores atenazaron como una garra su corazón y precipitadamente echó a correr, entrando en la vivienda.

XI

Magdalena aherrojó la puerta, y, abalanzándose a la cocina, ordenó a la despavorida servidumbre que asegurasen todas las puertas de la casa. Luego fue corriendo a sus habitaciones. Tardó contados segundos en cerrar las recias contraventanas y pasar las barras, y, sin embargo, cuando efectuaba la operación en el aposento que le servía de despacho, el tableteo de cascos parecía ya retronar frente a la casa. Confusamente, vislumbró una caterva de salvajes y peludos jinetes. Jamás había visto vaqueros que se pareciesen a aquellos hombres.

Librodot

Los vaqueros tenían gracia y estilo; gustaban de adornarse con profusión de abalorios y franjas; enjaezaban sus monturas con plateados arreos. Los caballistas que invadían la avenida eran toscos, enjutos, salvajes. Eran guerrilleros; una de aquellas cuadrillas de merodeadores que desde hacía ya tiempo venían esquilmando la divisoria, al amparo de la revolución. Una segunda ojeada convenció a Magdalena de que no la componían únicamente mejicanos.

La presencia de forajidos en aquella banda hizo ver a la joven en qué estribaba su verdadero peligro. Recordó lo dicho por Stillwell de las recientes incursiones de forajidos en la cuenca del Río Grande. Aquellas bandas volantes actuando al amparo de la exaltación que la revolución creaba, aparecía acá y acullá, en parajes remotos, desapareciendo tan rápidamente como habían venido. Generalmente su objetivo era la presa de armas y dinero, mas robaban cuanto les apetecía, y algunas mujeres indefensas habían sido brutalmente tratadas.

Magdalena, recogiendo apresuradamente los valores y la considerable suma de dinero que guardaba en su escritorio, echó a correr, cerrando y aherrojando la puerta. Cruzó el patio hasta el ala fronteriza del edificio, y, volviendo a entrar, siguió un largo pasillo, examinando cuál de sus muchas habitaciones vacías sería más apropiada para esconderse. Antes de llegar a una decisión se halló frente a la última. En aquel momento, un redoble de golpes contra una puerta o ventana en la dirección de la cocina y los agudos chillidos de la servidumbre femenina acrecentaron su alarma.

Entró en el último aposento del pasillo. La puerta carecía de aldaba o cerradura, pero la pieza era la habitación más segura de la casa o cuando menos aquella en la que se requería más tiempo para hallar a alguien escondido. Depositó sus valores en un rincón, cubriéndolos con un poco de heno, y luego, internándose entre dos pilas de balas, acurrucóse en una especie de madriguera.

Al cesar en sus movimientos, Magdalena se dio cuenta de que estaba temblando de pies a cabeza y se hallaba casi sin aliento. Sentíase la piel tirante y yerta, y sobre su pecho parecía pesar una losa de plomo. La insólita sequedad de su boca la impulsaba a deglutir con desmesurada frecuencia, y las circunstancias aguzaban extraordinariamente sus facultades auditivas. De lejanas partes del edificio llegábanle ruidos apagados. En los intervalos de silencio oía la trisca y el correteo de los ratones entre la paja. Uno de ellos saltó sobre su cabeza.

Escuchó, esperando, con una ansia no exenta de temor, oír el tableteo que anunciase la llegada de sus cowboys. Habría lucha, correría la sangre, habría heridos..., muertos tal vez. La idea de cualquier clase de violencia la estremecía... Tal vez los guerrilleros huirían a tiempo de evitar un encuentro con sus hombres. Lo deseaba, rogando al cielo que así fuese. Por su mente desfilaban las historias que había oído de Nels, de Monty, de Nick Steele, y experimentaba una sensación que la dejaba conturbada y tría. Pensó

Librodot

luego en el cejijunto y fiero Stewart. Un estremecimiento ahuyentó la sensación de náusea, y su nerviosidad fue en aumento.

La tensión de la espera intensificaba sus emociones. Parecía no ocurrir nada y, sin embargo, a su juicio llevaba horas allí agazapada. ¿Habrían alcanzado a Majesty alguno de aquellos caballos mejicanos? Lo dudaba; comprendía que era imposible, mas... la incertidumbre era una verdadera tortura.

Súbitamente un portazo en el pasillo la conmovió. Algunos de los guerrilleros debían haber entrado en el ala este del edificio. Oyó una babel de discordantes voces, ruido de pasos y tintinear de espuelas ; luego, más portazos y el saqueo de habitaciones.

Magdalena perdió la fe en -la eficacia de su escondrijo. Además, no quería correr el albur de que aquellos rufianes la hallasen en aquel oscuro aposento. ¡Era preciso salir a la luz del día! Apresuradamente se incorporó, y se fue hacia la ventana. Esta era más bien una puerta, pues se trataba de una amplia abertura que cerraban dos hojas de madera con bisagras. El pasador de hierro cedió fácilmente y una de las puertas quedó fija, en tanto que la otra se entreabría algunas pulgadas. Miró afuera hacia un verde declive cubierto de flores y con macizos de salvias y matorrales. En su reducido campo visual no aparecían ni hombres ni caballos. Le pareció que estaría .más a salvo ocultándose allí, entre 'los arbustos, que en la vivienda. Y con la rápida decisión experimentó una reacción moral que vino a ahuyentar su flaqueza.

Intentó abrir la puerta, pero no lo conseguía. Estaba probablemente descentrada, y por su. parte inferior se atrancaba contra el suelo. Forcejeó con toda energía, mas en vano. Deteniéndose para tomar aliento, ardorosas las manos, y doloridas por el esfuerzo, oyó cómo estrechaban el cerco los invasores de su hogar. El miedo, la cólera y la impotencia contendían en su pecho, pugnando por alcanzar preponderancia y sumirla en la desesperación. Estaba sola y no debía confiar más que en sí -misma. Y mientras, ponía hasta el último adarme de sus energías al servicio de sus músculos para abrir aquella puerta y oía las recias y hoscas voces hombrunas y el inconfundible ruido de una precipitada búsqueda, comprendió súbitamente que a quien buscaban era a ella. Estaba convencida de ello, y no le extrañaba, aunque preguntábase sien realidad era Magdalena Hammond y si era posible, que unos hombres brutales fuesen capaces de agraviarla o inferirle un daño físico. El recio y pesado ruido de pisadas en el aposento contiguo infundió a la joven la energía que presta el terror. Con manos y hombros empujó la puerta, logrando que cediese lo bastante para dejar paso a su cuerpo. Luego, subióse en el alféizar y se deslizó por la abertura. Afuera no vio a nadie. De un salto se dejó caer, corriendo luego velozmente por entre los matorrales. Mas su cobijo era muy precario. Fuese de un macizo a otro, pensando, aunque tarde, que había obrado muy a la ligera. La posición del matorral más bien la acercaba que la alejaba del frente de la casa, donde habían caballos y grupos de excitados sujetos. Con el

Librodot

corazón a punto de estallarle, Magdalena se agazapó cuanto pudo.

Un estridente alarido, al que siguió una precipitada carrera de los guerrilleros en busca de sus monturas, hizo renacer la esperanza en su pecho. Habían visto a los cowboys y emprendían la fuga. Los rápidos pasos que se oían en el porche demostraban que los salteadores huían de la casa. A poca distancia de Magdalena pasaron varios jinetes a galope. Uno de ellos la vio, volviéndose en su silla y gritando desaforadamente. El miedo de Magdalena se trocó en pánico. Dándose escasa cuenta de lo que hacía, echó a correr, alejándose de la casa. El terror paralizaba sus movimientos ; experimentaba una sensación de invalidez similar a la que varias veces había sentido al soñar que la perseguían. Corceles y jinetes, vociferando sin cesar, pasaban como relámpagos junto a la espesura. Detrás de ella oía igualmente el atronador galope de otros caballos. Quiso apartarse, mas el estruendo se fue aproximando, hasta que sonó junto a ella.

Magdalena, cerrando los ojos y bamboleándose, estaba a punto de desplomarse bajo las mismas patas de los corceles, cuando una ruda y poderosa mano le asió por la cintura fuerte y reciamente, levantándola en alto. Al chocar contra el pecho del caballo sintió un violento golpe, y luego la dolorosa dislocación de un brazo, al tirar de ella su captor. Lo agudo del dolor nubló su vista y embotó sus sentidos.

Mas no perdió el conocimiento hasta el punto de no darse cuenta de que se la llevaban rápidamente. Esta noción fue la única que pudo conservar durante largo tiempo. Después, al ir recobrando sus facultades, el paso del caballo va no era violento. De pronto no pudo determinar su posición. Al parecer, hallábase boca abajo; luego vio que estaba de cara al suelo, de lo que dedujo que debían haberla colocado atravesada sobre una silla, con la cabeza colgando. No podía mover las manos, ni precisar dónde las tenía. Notaba el contacto de cuero flexible; vio una alta y mejicana bota de montar, con un enorme espolique de plata, el humeante flanco y las patas de un caballo, y una vereda polvorienta y angosta. Luego... una nube de un rojo oscuro veló sus pupilas, y una especie de vahído adormeció las sensaciones de movimiento y de dolor.

Después de interminables horas, alguien la levantó del caballo y la dejó en el suelo, donde, gradualmente, a medida que la sangre fue refluyendo de su cabeza, aclaróse su vista y pudo llegar a una más exacta apreciación de las circunstancias.

Hallábase en el claro de un bosquecillo de pinabetes cuyas sombras indicaban lo muy avanzado de la tarde. Percibió el acre olor a leña quemada, y cerca oyó a los caballos paciendo la alta hierba. Un rumor de voces la hizo volver la cabeza. Alrededor de una hoguera hallábase sentado un grupo de hombres devorando como lobos. El aspecto de sus captores hizo cerrar los ojos a Magdalena; mas la fascinación, el terror que sobre ella ejercían fue tan fuerte que los abrió de nuevo. Eran en su mayor parte mejicanos cenceños, de barbas ralas, de tez cobriza, escuálidos y famélicos. Fuesen lo que fuesen, tenían hambre

Librodot

y sufrían miseria. Algunos gastaban bufandas, todos carecían de chaqueta. Los menos ceñían cananas con escasos cartuchos. Unos pocos iban armados de revólver, y eran éstos de diversas formas. Magdalena no pudo ver ni fardería, ni mantas, y sí sólo algunos útiles de cocina, abollados y ennegrecidos. Sus pupilas se clavaron en unos individuos a los que supuso blancos; pero esto lo dedujo más por sus rasgos fisonómicos que por el colorido de su tez. Recordó haber visto antaño a una partida de bandidos nómadas en el Sahara, y halló notable semejanza con ellos en aquella abigarrada cuadrilla de forajidos.

La atención de éstos se repartía entre la satisfacción de su voraz apetito y la vigilancia del bosque. Magdalena pensó que esperaban a alguien, y, ciertamente, si se trataba de una patrulla que hubiera salido en su persecución no demostraban la menor ansiedad. De su conversación no le fue posible comprender más que alguna que otra palabra. Finalmente, sin embargo, el nombre de don Carlos despertó en ella no sólo su curiosidad sino también la conciencia del riesgo que corría, y otra vez el terror de su espíritu.

Una exclamación en voz baja de uno de los guerrilleros, acompañada de un expresivo ademán, motivó que toda la banda concentrase sus miradas en una dirección opuesta. Oían algo. Luego vieron a alguien. Las mugrientas manos buscaron sus armas y luego adoptaron todos una actitud de alerta. Magdalena podía ver cómo se comportaban unos individuos acorralados en el momento de ser descubiertos y el espectáculo era terrible. Cerró los ojos conturbada por lo que vio, temerosa del momento en que entrasen en acción las armas.

Algunos imprecaciones en voz baja... un breve período de silencio seguido de murmullos, y luego, una voz vibrante que exclamaba: «¡El Capitán!»

Una violenta sacudida estremeció a Magdalena, y sus párpados se entreabrieron. Instantáneamente asoció el nombre «El Capitán» con Stewart, experimentando una sensación de inexplicable pesar. No podía tratarse ya de persecución o de rescate, sino de muerte. Aquellos hombres matarían a Stewart. Mas... seguramente no habría venido solo. Los enjutos cetrinos rostros, tensos e inmóviles, le indicaron hacia donde debía mirar. Oyó el lento y rítmico paso de un caballo, y pronto, por entre la especie de nave que formaban !os árboles divisó la forma de un hombre con los brazos rígidamente en alto. Reconoció en el caballo a Majesty, y entonces supo que el jinete era Stewart. Cuando toda duda se hizo imposible la invadió una sofocante sensación de contento, temor y sorpresa.

Varios guerrilleros se adelantaron, revólver en mano. Stewart siguió avanzando con las suyas en alto hasta llegar junto a la hoguera del campamento. Uno de los forajidos, evidentemente el cabecilla, apartó con un gesto a los suyos y se acercó a Stewart saludándole. En la salutación Magdalena pudo distinguir una mezcla de asombro, placer y respeto, aunque le fue imposible entender las palabras. En aquel

Librodot

trance Stewart parecía tan tranquilo, tan despreocupado como si estuviese desmontando al pie de la escalinata del rancho, mas al cambiar de posición pudo ver que su rostro aparecía blanco como el papel. Estrechó la mano al guerrillero, y su brillante mirada erró de uno a otro de sus secuaces, y recorrió el claro hasta que se hubo posado sobre Magdalena. No hizo el más leve movimiento, y, sin embargo, fue como si una poderosa descarga eléctrica le hubiese conmocionado. La joven intentó sonreír para darle a entender que estaba viva e indemne, mas la intensidad de su mirada, la enorme potencialidad de su reprimida energía comunicándole el riesgo inminente en que ambos se hallaban, heló la sonrisa en sus labios.

Encarándose con el cabecilla habló rápidamente en aquella jerga mejicana que la joven hallaba siempre tan difícil de comprender. El jefe contestó, extendiendo las manos abiertas, una de las cuales señaló a Magdalena en el suelo. Stewart se llevó al sujeto aparte murmurando algunas palabras a su oído. El guerrillero hizo ademanes de sorpresa y aquiescencia. Stewart reanudó su rápido discurso, finalizado el cual su interlocutor interpeló a los de su banda. Magdalena pudo entender las palabras «don Carlos» y «pesos». De entre los forajidos salió un murmullo de protesta que su jefe acalló ferozmente. Magdalena creyó adivinar que el cabecilla accedía a su rescate y que el resto de la banda señalaba un precio.

Stewart se acercó a ella, llevando de la brida al ruano. Majesty se encabritó y resopló al ver a su dueña postrada en el suelo. El cowboy se arrodilló, brida en mano.

-Tiene usted novedad? - le preguntó.

-Creo que no - contestó Magdalena con una sonrisa que fue un fracaso-. Me han atado por los pies.

Una oleada de sangre sumergió la palidez de su rostro, y sus ojos relampaguearon. Magdalena sintió sus manos, como pinzas de acero, aflojar las ligaduras de sus tobillos. Sin pronunciar palabra la puso en pie, montándola luego sobre Majesty. Magdalena se bamboleó en la silla, teniendo que afianzarse con una mano en la perilla y con la otra en el hombro de Stewart.

-¡No desfallezca! -dijo éste.

Le vio mirar furtivamente en todas direcciones de la selva, y sorprendióla ver que los guerrilleros se alejaban.

Relacionando ambos detalles, Magdalena dedujo que ni Stewart ni los otros tenían interés en encontrarse con alguien que evidentemente estaba próximo a llegar al claro. Stewart condujo al ruano hacia la derecha, avanzando junto a Magdalena, a quien sostenía en la silla. La joven estaba tan débil y aturdida que apenas pudo al principio conservar por sí sola el equilibrio. Luego, va disipada la sensación de vértigo, trató de valerse de sí misma, pero su desfallecimiento, unido al dolor de su dislocado brazo, hacía ardua la tarea.

Stewart habíase desviado del camino -si como tal podía considerarse el holladero que seguían -y procuraba no salir de las partes más densas del bosque. El sol iba hacia el ocaso y sus rayos de

Librodot

oro pasaban con pronunciado sesgo entre los abetos. Los cascos de Majesty no hacían el menor ruido en el blando suelo, y Stewart caminaba sin despegar los labios. Éste no cesó en su vigilancia ni disminuyó la marcha de su paso hasta haber cubierto cuando menos dos millas. Luego adoptó un rumbo definido, sin atisbar lo más mínimo a través de los árboles. El suelo de la selva fue haciéndose irregular, con pequeñas hondonadas, de vertientes pronunciadas y anchas. Luego, a un terreno liso sucedió otro árido y roqueño. El caballo resoplaba, engallando la cabeza. Un chapoteo de agua rompió el silencio. La hondonada se abría junto a otra mayor, atravesada por un arroyuelo que se deslizaba murmurando entre las piedras. Majesty lanzó otro bufido y se detuvo bajando la cabeza.

-¡Tiene sed! -dijo Magdalena-. Yo también tengo, y estoy muy cansada.

Stewart la levantó en vilo de la silla v al separarse sus manos la joven notó algo húmedo y caliente. Un hilo de sangre caía por su brazo hasta la palma de la mano.

-¡Estoy..., estoy sangrando! -dijo con cierto temblor en la voz-. ¡Ah! ¡Ahora recuerdo! ¡Me lastimaron el brazo!

Extendió el lacerado miembro, y la vista de la sangre acrecentó su desfallecimiento. Los dedos de Stewart actuaron firmes v acertados. Rápidamente, desgarró la manga. El antebrazo presentaba rasguños, acaso, cortaduras. Stewart lavó las heridas.

-¡No es nada, Stewart! Mas estoy algo nerviosa. Creo que es la primera vez que veo mi propia sangre.

Sin contestar, Stewart hizo tiras del pañuelo de Magdalena y le vendó el brazo. Sus diestros ademanes y su silencio dieron a la joven una idea de cómo afrontaría emergencias de mayor gravedad. Se sintió segura. Y precisamente por ello fue mayor su asombro cuando, al levantar la cabeza el cowboy, lo vio pálido, demudado. Stewart permanecía ante ella plegando su bufanda húmeda de sangre, sin cuidarse de lavarla para quitarle las manchas.

-¡Señorita Hammond! -dijo con voz ronca-. ¡Fue una mano de hombre..., unas uñas de bandido lo que laceró su brazo!... Sé quién lo hizo. Podía haberle matado, mas... entonces, acaso no me habrían otorgado su libertad. ¿Me comprende? ¡No me atreví!

Magdalena miró a Stewart, más sorprendida de su discurso que de la intensa emoción que revelaba.

-¡Por amor de Dios! -exclamó. Luego hizo una pausa, a falta de palabras.

Stewart se excusaba ante ella por no haber dado muerte a un hombre que había osado poner sus audaces manos sobre su persona. Sentíase avergonzado y torturábale la idea de que ella no comprendiera la razón de que no hubiese matado a tal sujeto. El acento de su voz evidenciaba el desprecio que sentía por sí mismo al no haber sido capaz de libertarla y vengarla a su vez.

-Stewart, lo comprendo perfectamente. En esta ocasión ha sido usted mi clase de cowboy, y se lo agradezco.

Mas no lo comprendía tanto como daba a entender. Había oído demasiadas historias acerca de la fría indiferencia de aquel hombre ante e! peligro o la muerte. Le había parecido siempre de granito. ¿Cómo era, pues, que unas gotas de sangre hacían palidecer su rostro y temblar sus manos? ¿Qué había en su naturaleza que le impulsara a aquella apasionada justificación de no haber matado al guerrillero? La respuesta a la primera pregunta era: porque la amaba. La respuesta a la segunda estaba fuera de su alcance. Pero el secreto de ello residía en la misma fuerza de que nacía su amor..., una intensidad de sentimientos que parecía característica de aquellos hijos del Oeste, sencillos, elementales, solitarios. Súbitamente comprendió Magdalena la grandeza que podía alcanzar e! amor de un hombre como Stewart. La idea se le apareció con toda su singular potencia. Cuantos admiradores la habían cortejado en el Este, dotados de atributos que los hacía iguales a ella a los ojos del mundo, carecían de lo más esencial, de lo que una vida solitaria y ruda confería a Stewart. La Naturaleza restablecía así el justo equilibrio. Algo profundo y confuso, una voz desconocida, llamaba a Magdalena perturbándola. Y como no era voz que hablase a su inteligencia, cerró deliberadamente los oídos de su cálida y palpitante vida, y decidió no escucharla jamás.

-¿Es prudente descansar un rato? -preguntó-. ¡Estoy tan cansada...! Tal vez me rehaga si puedo descansar

-Ahora ya no hay peligro -replicó él-. El caballo se encontrará también mejor. Lo dejé agotado... ¡Todo cuesta arriba!

-¿Dónde estamos?

-En las montañas, a más de diez millas de la alquería. Por aquí arranca un portel que nos permitirá llegar a casa a media noche. Deben de estar muy inquietos.

-¿Qué ha ocurrido?

-Nada de particular, fuera de lo de usted. Eso es lo... más lamentable. Florencia nos halló en la vertiente, de regreso del incendio. Estábamos extenuados; pero llegamos al rancho antes de que esa gente cometiera algún desmán. Nos costó gran trabajo dar con el paradero de usted. Nick descubrió la huella de sus tacones bajo la ventana, y entonces dedujimos lo demás. Tuve que pelearme con los muchachos. Si les hubiera dejado venir no hubiéramos conseguido libertarla sin efusión de sangre, que era lo menos indicado. Bill se ciñó lo menos doce revólveres. Estaba loco. Tuve que lacear a Monty. Literalmente. Le dejé atado a un poste en el porche. Nels y Nick me prometieron quedarse con él y aguantarle hasta por la mañana. Fue todo lo que pude hacer. Afortunadamente, di pronto con la cuadrilla. Había calculado bien. Conocía a su cabecilla. En Méjico es un bandido. Para él constituye una profesión como otra cualquiera. Luchó por Madero, y yo estuve con él buena parte del tiempo. Podrá ser un granuja, pero es un hombre.

-¿Cómo consiguió usted mi rescate?

-Ofreciéndoles dinero. Es lo que principalmente ansían los rebeldes; necesitan fondos. Son un hatajo de infelices famélicos.

Librodot

-Me pareció comprender que ofrecía usted una compensación. ¿Cuánto?

-Dos mil dólares mejicanos. Di mi palabra, y tendré que llevarles el dinero. Les dije el sitio y la fecha en que debemos encontrarnos.

-Desde luego; me alegro de tener a mano la suma -Magdalena se echó a reír-. ¡Qué ocurrencia más extraña! Me gustaría saber lo que diría mi padre si lo supiese, Stewart; temo que hallase la tasación de mi persona demasiado crecida. Dígame, ¿fue el cabecilla quien pidió el dinero?

-No. El dinero es para sus secuaces.

-¿Qué le dijo usted? Vi que le hablaba al oído. Stewart bajó la cabeza eludiendo su directa mirada.

-Fuimos compañeros de armas frente a Juárez. Un día lo saqué de un atolladero. Tuve que recordárselo, y... y le dije algo... algo que... pensé...

-Stewart, por su forma de mirar hacia donde yo estaba, aseguraría que le habló usted de mí.

Su acompañante no contestó a la insinuación y Magdalena creyó prudente no insistir.

-También oí varias veces nombrar a don Carlos, y eso me interesa. ¿Qué tienen que ver don Carlos y sus vaqueros en este asunto?

-Ese rufián tiene la culpa de cuanto ocurre -replicó acerbamente Stewart-. Prendió fuego al rancho v a los corrales para evitar que entrásemos en posesión de ellos y también con la idea de alejar del nuestro a .os muchachos. Era una maquinación bien urdida. Yo dejé ordenado que se quedase alguien con ustedes, pero Stillwell y Al son dos atolondrados y las dejaron solas. Y entonces aprovecharon la oportunidad los guerrilleros.

-¿Cuál era su idea..., su maquinación..., como usted la califica?

-¡Apoderarse de usted! -dijo llanamente.

-¡De mí! ¿No pretenderá usted decir, Stewart, que mi... captura obedeció a algo más que a una simple casualidad?

-Lo pretendo. Stillwell y su hermano opinan que los guerrilleros necesitaban dinero y armas, y que se apoderaron de usted porque acertó a ponerse a su alcance.

-Y, ¿no es ése su punto de vista?

-No. Ni el de Steele ni el de Nels. Y nosotros conocemos a don Carlos y a los mejicanos. No tiene más que recordar cómo salieron en persecución de Flo, tomándola por usted.

-Entonces, ¿qué supone?

-Prefiero no decirlo.

-Mas... Stewart quisiera saberlo. Si es algo que me atañe es natural que lo sepa -protestó Magdalena-. ¿Qué motivos pueden tener Nick y Nels para sospechar de don Carlos, atribuyéndole la intención de raptarme?

-Probablemente ninguno que pareciese verosímil a sus ojos. Mas en cierta ocasión oí decir a Nels que había visto al mejicano mirándola, y que si volvía a sorprenderle en tal ocupación le dejaría tieso de un

Librodot

tiro.

-¡Stewart, eso es perfectamente absurdo! ¡Matar a un hombre porque mira a una mujer! ¡Estamos en un país civilizado!

-Tal vez sería absurdo en un país civilizadlo. La civilización tiene muchas cosas incomprensibles para mí.

-¿Cuáles, por ejemplo?

-Entre otras, no puedo tragar la tolerancia que muestran algunos hombres ante el trato que otros dan a las mujeres.

-Stewart, encuentro insólito que hable usted así, usted, que la noche de mi llegada...

Se interrumpió, deplorando haber hablado. La vergüenza de Stewart era penosa de ver. Súbitamente levantó la cabeza, y ella se sintió abrasada por el fuego de sus pupilas.

-Supongamos que estuviese borracho. Supongamos que hubiera hallado... una muchacha cualquiera. Supongamos que en realidad la hubiese obligado a casarse conmigo. ¿Cree usted que habría renunciado a la bebida, que me hubiera portado bien con ella?

-Stewart, a serle franca, no sé qué pensar de usted -replicó Magdalena.

Siguió un corto silencio. Magdalena vio los postreros rayos del sol poniente iluminar un lejano risco. Stewart embridó de nuevo al caballo y arregló la silla.

-Desgaritaba. Respecto a don Carlos le diré francamente, no lo que piensan Nels y Steele, sino lo que pienso yo. El mejicano proyectaba apoderarse de usted para sus particulares designios, como si se hubiese tratado de la hija de algún peón esclavizado de Sonora. Acaso sus propósitos eran aún más innobles que lo que mi amigo el rebelde me dijo. Acaso abrigaba la esperanza de que salieran en su persecución las tropas americanas. Los rebeldes están haciendo cuanto pueden por soliviantar a América, y verían con gusto que interviniera. Fuese como fuese, don Carlos abriga perversas intenciones y las ha abrigado desde que la vio a usted por primera vez. Eso es todo.

-Stewart, nos ha prestado usted a mí y a los míos un servicio que jamás podremos pagarle.

-He prestado el servicio, mas le ruego que no me hable de pago. Una cosa hay que quisiera que supiese y que no sé cómo decir. Acaso la sugiere el concepto que me consta tiene usted de mí y lo que imagino pensarían sus amistades si conocieran esto. No lo dicta ni el orgullo ni la vanidad. Es lo siguiente: Una mujer como usted no debía haber venido jamás a esta tierra dejada de la mano de Dios, como no fuese con el propósito de olvidarse de sí misma. Mas, puesto que ha venido, puesto que esos... bandidos hicieron lo que hicieron con usted, quiero que sepa que toda su fortuna, toda su posición e influencia, todo el poder que su nombre sugiere, hubieran sido inútiles para librarla del infierno de esta noche. Sólo hombres como Nick Steele o Nels o yo podíamos conseguirlo.

Magdalena Hammond comprendió la enorme fuerza niveladora del

Librodot

argumento. No obstante la diferencia que pudiese existir entre ella y Stewart, o la imaginaria diferencia que falsos conceptos de clase y de cultura establecieran, era lo cierto que allí, en aquella montañosa selva, no era ella sino una mujer y él sencillamente un hombre. Un hombre era lo que ella necesitaba, y si en estas circunstancias hubiese cabido consultar su inclinación, habría designado seguramente al que acababa de pronunciar ante ella aquellas palabras -amargas y sinceras. El hecho merecía tenerse en cuenta.

-Deberíamos ponernos en camino - dijo él, acercando el caballo a un peñasco- ¡Venga!

La voluntad de Magdalena era muy superior a sus fuerzas. Por vez primera tuvo que reconocer que estaba herida, aunque, salvo cuando movía el hombro, el dolor no era intenso. Ya a caballo, desplomóse sobre la silla. El camino era accidentado; cada paso del animal la atormentaba; y el declive del terreno la echaba a su pesar hacia delante, sobre la perilla de la silla. Más tarde, al hacerse más pedregosa la cuesta y mayor su incomodidad, olvidóse de todo, excepto de que estaba sufriendo.

-¡Aquí está el portel! -anunció por fin Stewart.

Poco después Magdalena se bamboleó, y hubiese caído de su silla a no sostenerla el cowboy, a quien oyó que mascullaba imprecaciones.

-¡No puede ser! -dijo-. Pase usted la pierna por encima de la perilla... No, ésa no...; la otra... Así.

Luego, montó a su vez, se acomodó detrás de ella y, alzándola y cambiándola de posición, la sujetó con el brazo izquierdo, en forma tal que quedó atravesada en la silla y sobre sus rodillas, con la cabeza apoyada en su hombro.

El caballo alargó el paso y Magdalena fue gradualmente perdiendo toda noción de molestia y de dolor al poder relajar sus músculos. Luego cedió por completo a su laxitud, yaciendo inerte, reconocida a su gran alivio. El rítmico balanceo, similar al de una hamaca, le causaba un agradable vértigo. Su mente actuaba como en sueños, recapacitando las lentas y suaves impresiones que sus sentidos le iban transmitiendo.

En el Oeste el rojizo resplandor se desvanecía. Magdalena veía los cerros, con sus crestas que el crepúsculo teñía de gris y con sus negras hondonadas. Cedros y pinos bordeaban el portel, sin rastro alguno de abetos. A intervalos asomaban ante ella inmensos peñascos parduscos. El cielo era de un claro azul de acero. Una tenue estrella titilaba. Y más cerca, veía el rostro de Stewart, otra vez sombrío e impasible, con los inescrutables ojos fijos en el camino.

Stewart la sujetaba con su brazo, como una banda de hierro, que, sin embargo, era flexible y cedía a la moción del caballo. Ora percibía el contacto de sus huesos fuertes y poderosos, ora la suave elasticidad de su musculatura. La llevaba con la misma facilidad con que habría llevado a un niño. La aspereza de su camisa de franela rozaba su mejilla; debajo notaba la húmeda bufanda que había utilizado para lavar su brazo, y, más profundo, el regular latido de su corazón. Su

oreja percibía los recios y vibrantes golpes, que eran como la trepidación de un potente tente motor en una gran caverna. Su cabeza no había descansado jamás sobre el pecho de un hombre, y el contacto no le era grato, aunque experimentaba algo más que una simple sensación física. El hecho era para ella misterioso y fascinador, y algo, que era natural, hacíale pensar en la vida. Un fresco vientecillo, procedente de las alturas, encrespó su revuelta cabellera cuyas hebras vio enmarañarse en el rostro de Stewart, ante sus ojos, y contra sus labios. No podía alcanzarlas con la mano libre para reducirlas a la obediencia, y cuando cerró los ojos sintió que revoloteaban contra las mejillas del cowboy.

Entre el cúmulo de sensaciones percibió el olor a polvo y un tenue y selvático aroma del aire. En los matorrales colindantes al portel el viento suspiraba entre las hojas. El ladrido de un coyote rasgó el silencio, y luego, de muy lejos, les llegó un prolongado lamento. El herrado casco de Majesty vibró chocando contra una piedra.

Aquellos detalles sirvieron a Magdalena para dar caracteres de verosimilitud a la jornada. De otro modo, habríale parecido un sueño, y aun así era difícil de creer. De nuevo preguntóse si la mujer que tanto comenzaba a pensar y sentir era realmente Magdalena Hammond. Allí, jugando con ella del mismo modo que el viento jugaba con su cabello en el rostro de Stewart, estaba la aventura, tal vez la muerte, desde luego la vida. No podía rendirse a la evidencia de los acontecimientos del día. ¿Quién de entre los suyos, familia, amigos, lo hubiera creído? ¿Podía ella misma explicárselo? ¡Imposible pensar que aquel solapado mejicano pudiera valerse de ella para favorecer los intereses de una revolución condenada al fracaso? Rememoraba los siniestros semblantes de los famélicos rebeldes, y maravillábase de su bendita suerte al escapar de entre sus garras. Estaba en salvo, y su salvación tenía ahora un significado para ella. La llegada de Stewart al claro, el valor con que afrontó a aquellos forajidos se le antojaba tan real como el brazo de hierro que la ceñía. ¿Fue un instinto lo que la impulsó a salvar a aquel hombre cuando yacía enfermo y desvalido en la casucha de Chiricahua? Al ayudarle había puesto en movimiento fuerzas a cuya acción debía el haber salvado su propia vida o tal vez algo de más valor para ella que la vida. Así por lo menos lo creía.

Momentos después, Magdalena abrió los ojos y vio que había oscurecido. El firmamento, de un azul oscuro y aterciopelado aparecía constelado de blancas estrellas. El viento continuaba jugueteando con su cabellera, y a través de las doradas hebras vio el perfil de Stewart recortarse audaz y nítido contra el cielo. Luego, al ceder su espíritu a la fatiga física, la situación volvió a aparecerle irreal y salvaje. Una profunda languidez se apoderó de ella, envolviéndola como un manto. Sintió como si marchase a la deriva. Y con la vaga conciencia de un sordo latido en su oído, de algo intangible, dulce y extraño, como el sonido lejano de una campana, quedóse dormida con la cabeza apoyada en el pecho de Stewart.

Librodot

XII

Tres días bastaron a Magdalena a su vuelta al rancho, para que desapareciese hasta el último vestigio de incomodidad física que pudiese recordarle sus arriesgadas experiencias. El hecho la sorprendió, aunque no tanto como el advertir, a las pocas semanas, que el recuerdo mismo de la aventura se había desvanecido casi por completo. A no haber sido por la persistente aunque recatada vigilancia de sus cowboys habría casi olvidado a don Carlos y a los guerrilleros. Magdalena convencióse del espléndido temple físico que la vida rural había desarrollado en ella ; convencióse también de que había llegado a asimilar algo del característico menosprecio del Oeste por los peligros.

Una ruda jornada, un día de polvo y de sol, una aventura con bandidos... habrían tenido antaño para ella extraordinaria importancia. Ahora eran incidentes que armonizaban con el resto de su transformada vida.

No había día que no aportase alguna novedad interesante. Stillwell, que no cesaba de lamentar su abandono la mañana de la captura de Magdalena, parecía más un ansioso padre que un fiel intendente. No estaba nunca tranquilo acerca de la joven si no la sabía en el rancho o en sus cercanías bajo la inmediata custodia de Stewart o de Nels o de Nick Steele. Naturalmente, confiaba más en el primero que en los demás.

-Señorita Majestad, es sorprendente lo que ocurre con Gene -dijo, entrando en el despacho de la joven.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó.

-¡Pues que se ha vuelto a marchar a las montañas!

-¿Otra vez? No lo sabía. Le di el dinero para los guerrilleros, y probablemente habrá ido a llevárselo.

-No. Se lo llevó a los dos días de su vuelta. Luego, al cabo de una semana, marchó otra vez con algo de fardería. Ahora ha escapado de nuevo, y Nels, que andaba por el portel de abajo, dice que le vio reunirse con alguien que se parecía al padre Marcos. Bueno, me fuí a la iglesia, y el padre Marcos no estaba. ¿Qué opina usted de eso, señorita Majestad?

-Acaso se vuelva creyente -dijo riendo la joven-. ¿No lo pronosticó usted?

Stillwell dio varios bufidos y enjugóse el rubicundo rostro.

-Si le hubiese usted oído apostrofando a Monty esta mañana, no diría eso. Últimamente, Monty y Nels han dado mucha guerra a Gene. Ambos se muestran resentidos y belicosos desde que don Carlos hizo con usted... lo que hizo. El mejor día se desbocarán y entonces habrá dos toros salvajes más en la pampa. Tengo un montón de preocupaciones.

-Deje que haga Stewart sus misteriosas excursiones a la montaña. Voy a darle noticias que aumentarán sus quebraderos de cabeza, Stillwell. He recibido carta del Este. Mi hermana, con un grupo de amistades, viene a visitarme. Son gente del gran mundo y uno de ellos es un lord inglés.

-¡Bravo, señorita Majestad! ¡Nos alegraremos mucho de verles, siempre que no se la lleven a usted consigo!

-No es probable- replicó pensativa Magdalena-. Aunque algún día tendré que decidirme a ir. Le leeré algunos extractos de mi correspondencia.

Magdalena tomó la carta de su hermana, con una extraña sensación de cuán fácilmente un pliego de papel y un monograma podían evocar la brillante vida a que había renunciado. Pasó la vista por las páginas, cubiertas de correctísima caligrafía. La misiva de Elena era a trechos brillante, alegre e indolente, como su propio carácter, si bien Magdalena adivinó en ella más curiosidad que sincero anhelo de ver a sus hermanos. Mucho de cuanto escribía era una entusiástica anticipación de lo que proyectaba divertirse con los tímidos cowboys. Elena escribía muy raramente, y no leía nunca nada, ni siquiera las más populares novelas del día. Su ignorancia del Oeste era tan absoluta como la del inglés que esperaba matar búfalos y contender con indios. Además, contenía la epístola una encubierta nota satírica que desagradó y soliviantó a Magdalena. Evidentemente, Elena se regodeaba de antemano con la idea de una nueva sensación.

Cuando terminó de leer en voz alta algunos párrafos al viejo ganadero, éste lanzó un bufido de disgusto.

-¿Es su hermana la que ha escrito eso? -preguntó.

-Sí.

-Pues... con perdón sea dicho, señorita Majestad, pero no se parece a usted. ¿Piensa acaso que por acá somos los hombres salvajes de Borneo?

-Al parecer, sí. Voy creyendo que tendrán una regular sorpresa. Ahora bien, Stillwell, usted no es tonto y se hace cargo de la situación. Quiero que mis huéspedes disfruten durante su estancia aquí, mas en modo alguno que sea a expensas nuestras o de nuestros sentimientos. Elena vendrá con un grupo de gente alegre, siempre a la zaga de lo inusitado, de lo excitante. Procuraremos que no tengan una decepción. Ponga usted a los muchachos al corriente, dígales lo que pueden esperar y la forma en que han de comportarse. Yo le ayudaré. Quisiera que cuando estén francos de servicio se vistan de gala y se porten lo más elegantemente posible. No pondré reparos a cuanto hagan, ni a las tretas a que recurran para defenderse, ni a las jugarretas que puedan tramar, siempre y cuando no ofendan a nadie, ni rebasen los límites de la cortesía y de la amabilidad. Quiero que desempeñen sus papeles naturalmente, con toda seriedad, como si fuese su género de vida corriente. Mis invitados quieren divertirse. Aprontemos diversiones para ellos. ¿Qué opina usted?

Stillwell se puso en pie, iluminado el cariancho rostro por la célebre

Librodot

sonrisa.

-¡Pues opino que es la más sorprendente idea que he oído en mi vida!

-Me alegro de que la apruebe -prosiguió Magdalena-. Después de hablar con los muchachos vuelva a verme. Y... ahora que lo he apuntado... comienzo a sentir un cierto recelo... Usted sabe lo que es el humorismo de los cowboys. Acaso...

-No se vuelva usted atrás -interrumpió Stillwell. Éste parecía afable y tranquilo, mas su apresuramiento en convencer a Magdalena le delataba-. Deje usted a los muchachos por mi cuenta. ¿Acaso no le tienen a usted más respeto que los mejicanos a la Virgen María? No harán nada que pueda desagradarle, señorita Majestad. Serán sencillamente... inmensos. Batirán el record de la gracia.

-Así lo creo -replicó Magdalena. Abrigaba aún dudas acerca de lo acertado de su plan, mas el entusiasmo del viejo ganadero era irresistiblemente contagioso-. Sea. Demos el asunto por resuelto. Mis huéspedes llegarán el nueve de mayo. Entre tanto, pongamos el rancho «de Su Majestad» en condiciones de hacer frente a la invasión.

Al atardecer del nueve de mayo y una media hora escasa después de recibir Magdalena un mensaje telefónico de Linck Stevens anunciando la llegada de los invitados a El Cajón, Florencia la llamó al porche. Stillwell estaba allí, con el rostro materialmente cubierto de arrugas por efecto de su maravillosa sonrisa y con sus ojos de águila clavados en el distante valle. A lo lejos, a unas veinte millas, elevábase una sutil ráfaga de polvo blanco en el camino.

-¡Mira! -gritó excitada Florencia.

-¿Qué es? -preguntó Magdalena.

-Linck Stevens y el auto.

-¡Oh, no! ¡Si apenas hace unos minutos me telefoneó diciendo que acababan de llegar!

-Mira con los gemelos -insistió Florencia.

Una ojeada a Stillwell le demostró que el ladino estaba rebosando contento. Recordó una conversación que había tenido con Stevens pocos días antes.

«-Linck, supongo que el coche está en buen orden -habíale dicho.

»-Tan entrenado como el mejor caballo de carreras.

»-La carretera del valle es perfecta -había proseguido ella-. Ni en Francia he visto caminos mejor cuidados. No hay vallas, ni peñascos, ni vehículos. Una carretera ideal en pleno desierto.

»-Sí; y que es solitaria -había contestado Stevens, brillándole algo la mirada- y segura, señorita Hammond.

»-A mi hermana solía gustarle ir aprisa. Si no recuerdo mal, cuantos vienen con ella padecen igualmente la manía de la velocidad. Es un achaque muy común entre los neoyorquinos. Espero, Stevens, que no les dará usted ocasión de pensar que nos hemos contaminado en exceso de la lentitud y languidez del Oeste y de su perpetuo mañana.

»Linck la miró perplejo, y su broncíneo semblante, grave de

Librodot

ordinario, pareció resplandecer.

»-Con su permiso, señorita Hammond. Emplea usted palabras que Linck Stevens no puede cazar ni a lazo. ¿Quiere decir que, con tal de que conduzca con cuidado y prudencia, puedo dejar el polvo atrás y llegar aquí en menos tiempo que el mañana de un mejicano?»

Magdalena había asentido sonriendo, y ahora, al contemplar aquella ráfaga polvorienta se lo reprochó. Tenía confianza en Stevens; era el conductor más hábil, más osado y de nervios más acerados que había conocido. Si hubiese ido ella en el coche, no habría experimentado ansiedad. Pero, pensando en lo que Stevens podía hacer con cuarenta millas de perfecta carretera y el desierto por delante... Magdalena sintió una punzada de remordimiento.

-¡Oh, Stillwell! -exclamó-. ¡Me parece que voy a desdecirme de mi sorprendente idea! ¿Cómo pudo ocurrírseme?

-¿No desea su hermana ver la verdad? ¿No dijo que todos ellos lo desean? Pues opino que va deben haber empezado a abrir los ojos.

Las frases del ganadero acallaron las inquietudes de Magdalena. Aun sin poder explicarlo en palabras sabía exactamente lo que experimentaba. Era un anhelo de ver fisonomías cuyo recuerdo conservaba vivo en la memoria, de oír las alegres risas y ocurrentes frases de sus antiguas amistades, de recibir de primera mano las noticias y murmuraciones de su viejo mundo. Mas, eso aparte, las cartas de su hermana y los mensajes de sus acompañantes habían excitado su amor propio. En cierto modo, los esperados huéspedes eran hostiles, puesto que se mostraban despectivos y curiosos respecto de aquel Oeste que se había adueñado de ella. Imaginaba lo que creían hallar en un rancho. Y, de creer a Stillwell, verían la «verdad». Esta certidumbre venía oportunamente a contrarrestar un sentimiento de Magdalena muy parecido al descontento.

Se preguntaba con cierta melancolía, si su hermana o sus amistades llegarían a ver el Oeste tal y como ella lo veía. Tal vez fuera exigir demasiado. Resolvió hacer cuanto en su mano estuviera por darles las impresiones que sus sentidos ansiaban, y mostrarles a la vez, la dulzura, la belleza, la pura salubridad y la fortaleza de la vida en el Sudoeste.

-¡Bueno, como diría Nels, por nada del mundo quisiera ir en ese automóvil! -observó Stillwell.

-¿Por qué? ¿Va aprisa, Stevens?

-¡Santo Dios! ¡Aprisa! Señorita Majestad, desde que cayó el último rayo no ha habido en la comarca nada que anduviera tan aprisa. Linck debe de estar en sus glorias. Me parece ver a ese ceñudo diablo cojitranco agazapado sobre el volante como si fuese el cuello de un caballo.

-Le recomendé que procurase evitar el calor y el polvo -dijo Magdalena.

-¡Ja! ¡Ja! -exclamó ruidosamente Stillwell-. Bueno; me voy. Me gustaría presenciar la llegada de Stevens, pero quiero estar con los muchachos en los alojamientos. Será digna de ver la cara de Nels y de

Librodot

Monty cuando Linck pase volando.

-Ojalá Alfredo hubiese podido ir a recibirles-dijo Magdalena.

Su hermano había alegado que tenía precisión de embarcar una punta de ganado para California; pero Magdalena sospechaba que aprovechó la oportunidad para ausentarse del rancho.

-Siento que no pudiera quedarse -replicó Florencia-. Pero ahora Al no piensa más que en el negocio, y le va muy bien. Tal vez sea preferible.

-Desde luego. Hablaba mi orgullo. Me gustaría que todos, familia, amigos viesen en qué clase de hombre se ha convertido Alfredo. En fin..., Link Stevens corre como el viento. El coche llegará aquí antes de que nos ciemos cuenta. Florencia, no nos quedan más que unos minutos para vestirnos. Pero antes quiero encargar múltiples, variados y exageradamente fríos refrescos para los invitados.

No había transcurrido aún media hora, y Magdalena reapareció en el porche donde ya la esperaba Florencia.

-¡Oh! ¡Estás divina! -exclamó ésta, impulsivamente, contemplándola con franca admiración-. ¡Y cuán distinta!...

Magdalena sonrió con cierta tristeza. Tal vez al ponerse aquel exquisito vestido blanco, habíase puesto también algo que cuadraba a su porte. No podía resistir la tentación de presentarse lo mejor posible ante aquellos hipercríticos amigos. La melancólica sonrisa pertenecía a los tiempos pasados. Sabía que lo que la sociedad dio en llamar su belleza habíase triplicado desde que por última vez pisó un salón. No llevaba joyas, mas en la cintura habíase prendido dos rosas carmesíes. Contra el blanco fondo del vestido, estas rosas representaban la vida, el fuego y el resplandor del desierto.

-¡Linck enfila el antiguo camino de Rodeo! -anunció Florencia-. Y ¡cómo manda el coche!

Para Florencia, como para la mayoría de los cowboys, el coche no se conducía, sino que se mandaba como un caballo.

En el valle, un punto blanco y una larga nube de polvo determinaban su posición. Linck estaba enfilando al rancho. Magdalena lo vio aumentar por momentos de tamaño, y su placentera emoción fue gradualmente acrecentándose. El rápido, tableteo de los cascos le hizo volver la cabeza.

Stewart montaba su negro. Habíase ausentado con una importante misión que le llevó a la divisoria internacional. Su presencia en el rancho mucho antes de lo que se esperaba fue particularmente grata a Magdalena, pues significaba que había llevado a buen fin su cometido. Una vez más la absoluta confianza que podía tenerse en él impresionó a la joven. Era un hombre de acción. El caballo se detuvo sin el acostumbrado pateo en la grava, y el polvoriento jinete echó pie a tierra, con aire muy cansado. Ambos, caballo y jinete, mostraban el calor y el polvo de incontables millas de jornada.

Magdalena se adelantó a la escalinata del porche, y Stewart, sacando un fajo de papeles de la cantina, se volvió hacia ella.

-Es usted el mejor de los correos, Stewart -dijo-. Estoy muy

Librodot

complacida.

Una catarata de polvo cavó de su sombrero al quitárselo para saludarla. Su atezado rostro pareció subir de color al levantar los cansados hombros.

-He aquí los informes, señorita Hammond -replicó.

Viéndola engalanada para recibir a sus amistades del Este detuvo su avance con un violento ademán que recordó a Magdalena el que hiciera la noche de su primer encuentro, al descubrir su identidad. No fue temor, ni azoramiento, ni cortedad. El gesto fue momentáneo. Sin embargo, como había sido con pausa, Magdalena recibió la impresión de una recia potencia de autodominio. Un hombre herido por una bala podría experimentar una sacudida muscular como la que convulsionó a Stewart. En aquel momento, su perspicaz mirada al escrutar el polvoriento rostro, se encontró con la suya, franca y libre. Ella la sostuvo aunque un vivo calor subió a sus mejillas. Magdalena se ruborizaba muy raras veces, y ahora, consciente de su inesperado rubor, un vivo carmín tiñó su tez. Esto la irritaba por incomprensible. Tomó los papeles de manos de Stewart, dándole las gracias. Él se inclinó, llevándose al caballo por la vereda hacia los corrales.

-Cuando Stewart tiene ese aspecto es que ha hecho una larga jornada-dijo Florencia-. Pero cuando su caballo se halla en semejante estado es que ha corrido más que el viento.

Magdalena contempló a ambos alejarse con aire cansio por el sendero. ¿Qué era lo que la dejaba pensativa? Principalmente algo nuevo, súbito e inexplicable que impulsaba a su espíritu a un rápido análisis. En este caso lo que había impresionado a Magdalena fue la mirada de Stewart. Clavada en ella esta mirada había perdido su sombrío fuego, su inescrutable misterio, embelleciéndose. No era una mirada de admiración, ni de sorpresa, ni de amor. Magdalena estaba familiarizada con las tres. No había sido tampoco de pasión, porque en ella no hubiera habido entonces belleza. La joven reflexionó, y finalmente dedujo que Stewart había expresado con los ojos una extraña alegría de orgullo. Era una expresión que jamás había hallado en hombre alguno. Probablemente por eso le había extrañado, haciéndola enrojecer. Cuanto más vivía entre aquellos hombres, más la sorprendían, y particularmente Stewart. ¡Qué incomprensible era! ¿Por qué había de experimentar orgullo al verla?

Una exclamación de Florencia hizo que Magdalena fijara de nuevo su atención en el automóvil. Éste se hallaba algunas millas distante, en el declive, emprendiendo el largo y gradual ascenso. Dos amarillentos remolinos de polvo parecían elevarse detrás del coche para juntarse con la columna que se alzaba en el valle.

-Me gustaría saber qué impresión se siente yendo a milla por minuto -dijo Magdalena -. Tendré que decirle a Linck que me lleve un día. ¡Oh! ¡Mira cómo se acerca!

El gigantesco auto parecía un diablo blanco, y a no ser por la polvareda hubiera dado la sensación de volar por los aires. Su movimiento de avance era absolutamente regular, siguiendo la

Librodot

carretera como si anduviese sobre rieles, y su velocidad, asombrosa. De su interior emergían largos velos grises que flameaban al viento. Una vibración, al principio lejana, se fue haciendo más perceptible, hasta convertirse en un rugido. El coche cruzó como una flecha el cuadro de alfalfa, ante los alojamientos, desde donde los cowboys saludaron clamorosamente. Los caballos y burros en los corrales comenzaron a piafar, resoplando y emprendiendo veloz carrera, espantados. Al llegar a la base del prolongado declive, Linck redujo su marcha a la mitad, y aun así el coche siguió rugiendo, levantando columnas de polvo, hasta que se detuvo vibrante y rechinando en el patio, frente al porche.

Magdalena vislumbró una desmelenada y grisácea masa de humanidad en su interior. Eran siete ocupantes a más de Stevens, y por un instante dieron la impresión de que volvían en sí, agitándose y lanzando exclamaciones bajo sus velos, envolturas y guardapolvos.

Linck se apeó y, quitándose las gafas y el casco, miró plácidamente su reloj.

-Hora y cuarto, señorita Hammond -dijo-. Son sesenta y tres millas por la carretera del valle, y como usted sabe hay un par de malas pendientes. Opino que, considerando su deseo de que fuese «despacio y con cuidado, no hemos perdido el tiempo.

Del montón humano salieron apagadas exclamaciones hombrunas y plañideros gemidos femeniles.

Magdalena bajó la escalinata del porche. Las voces de unos y otras se alzaron unánimes en un alegre clamoreo que tanto tenía de loanza como de salutación.

-¡Majestad!

Elena Hammond tenía tres años menos que Magdalena y era una muchacha esbelta y muy agraciada.

No se parecía a su hermana, salvo en la blancura y fineza del cutis, siendo de un tipo más moreno, con ojos garzos y cabello castaño. Cuando, ya en la estancia a que la condujo Magdalena, hubo recobrado alientos, empezó a charlar.

-Majestad, aquí me tienes; pero poco me figuraba recibir esa sorpresa al bajar del tren... No dijiste nunca que poseyeses un coche. Me figuraba que estabas en el Oeste... entre diligencias y cosas así. ¡Y qué coche! ¡Y qué carretera! ¡Y qué hombre más terrible ese conductor tuyo de los pantalones de cuero! ¿De dónde lo has sacado?

-Es un cowboy. Quedó inútil a consecuencia de una caída de caballo, y le hice aprender a llevar el coche. Sabe conducir, ¿eh?

-¿Conducir? ¡Santo Dios! Excepto Castleton, todos nos hemos llevado un susto de muerte. A ese glacial inglés no le asusta nada. Todavía estoy aturdida. ¿Sabes, Majestad, que cuando vi el coche tuve una alegría? Luego tu cowboy salió a nuestro encuentro en el andén. ¡Qué tipo tan particular! Llevaba un pistolón colgando del cinto. Me puse nerviosa sólo de verle. Cuando nos acomodó en el automóvil con las maletas, me instaló en el asiento contiguo al suyo, sin más ambages. Hice la locura de decirle que quería ir aprisa y, ¿qué dirás

Librodot

que me contestó? Pues mirándome con aire pensativo y reposado, dijo lentamente

«Señorita, creo que hallará lo que desea.» No supe determinar si era un cándido o un imprudente. Luego nos interpeló a todos: Harán bien ponerse los velos y guardapolvos. De aquí al rancho la jornada es larga, polvorienta y pesada, y la señorita Hammond me recomendó que fuese prudente.» Nos pidió los resguardos del equipaje, entregándoselos a un individuo que guiaba un enorme carromato con un tiro de cuatro caballos. Puso el motor en marcha y se abrazó al volante, hundiéndose en su asiento. Luego un chasquido, un brinco..., una especie de relámpago a nuestro alrededor, y el destartalado pueblecillo quedó abandonado en el mapa. Dios sabe dónde, detrás de nosotros. Los primeros cinco minutos fueron encantadores. Luego el viento empezó a mortificarme. El estruendo del coche y del aire me llenaba los oídos. No podía ver sino el camino que tenía delante, y ¡qué camino! ¡En mi vida he visto cosa semejante! Millas y millas en línea recta, sin un poste, sin un árbol... El coche parecía tragarse la distancia..., yo estaba fascinada y horrorizada... íbamos tan de prisa que ni podía tomar aliento. El aire penetraba por todo mi cuerpo, y a cada instante estuve temiendo de hallarme desnuda... Luego no vi más que una pared con una línea blanca en medio. Tenía los ojos empañados, el rostro ardiendo, los oídos llenos de millares de chillones diablillos. Cuando se detuvo el coche ya no podía más. Miré y miré, y cuando empecé a darme cuenta de lo que veía... apareciste tú...

-Creí que te gustaba ir aprisa, Elena -dijo riendo la hermana.

-Me gustaba. Pero te aseguro que no sabía lo que era correr ni había visto nunca una carretera, ni creí que existiese un conductor como el tuyo.

-Tal vez no sea ésta la única sorpresa que te reserve el salvaje y encrespado Oeste.

Las pupilas de Elena mostraron un fraternal recuerdo de posibilidades.

-Has empezado bien -dijo- Estoy sencillamente atónita. Esperaba hallarte envejecida y desaliñada, Majestad..., y eres la mujer más bonita que he visto. Estás espléndida, fuerte... y tu cutis parece de un blanco dorado. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué cambio has sufrido? Este hermoso aposento..., esas magníficas rosas ahí fuera..., la fresca y sombreada placidez de esta maravillosa casa... Te conozco, Majestad, y, aunque no hayas dicho nada en tus cartas, sé que aquí te has creado un hogar. Ésa es la mayor sorpresa de todas. Ea; confiésalo. Reconozco que siempre he sido egoísta y que para ti he valido muy poco como hermana; pero si eres feliz... me alegro en el alma. En casa no lo eras. Cuéntame de ti y de Alfredo. Luego te daré todos los mensajes y noticias del Este.

Fue para Magdalena un verdadero placer el oír de labios de sus huéspedes toda clase de admirados elogios de su casa, sintiendo un sincero y caluroso interés por la que prometía ser una deliciosa y

Librodot

memorable visita.

Castleton fue el único entre ellos que no mostró ningún asombro. La saludó tan sobriamente como la última vez que la viera en Londres. Magdalena, muy a su sorpresa, notó que al volverle a ver experimentaba cierta satisfacción. Descubrió que aquel imperturbable inglés le era grato. Evidentemente la capacidad de Magdalena para simpatizar con la gente debía haberse acrecentado mucho. Su antiguo afecto infantil por su hermana renació en ella y también su interés por aquellos casi olvidados amigos y su cálida consideración por su ex compañera de colegio, Edita Wayne.

El grupo de compañeros de Elena era más reducido de lo que su hermana supusiera. Elena había puesto especial cuidado en seleccionar un grapo de buenos amigos, conocidos todos de Magdalena. Edita Wayne era una morena patricia, seria, de voz dulce y maneras amables, a pesar de ciertas amargas experiencias que la habían desengañado del mundo. La señora Carrollton Beck, sencilla dama de animado carácter, actuaba de rodrigón de toda la partida. Constituía el cuarto y último elemento del continente femenino Dorotea Coombs -Dot, como todos la llamaban-, muchacha de atrayente belleza rubia.

Castleton era de pequeña estatura, y tenía un cutis sonrosado, con un pequeño bigote muy rubio y pesados párpados, siempre caídos sobre las pupilas, que le daban un aire melancólico. Su atavío, de un exagerado estilo inglés, atraía la atención sobre su exigua estatura. Era sumamente atildado y desdeñoso. Roberto Weede, por el contrario, era un joven de aspecto bastante robusto, notable únicamente por su buen humor. Añadiendo a los individuos ya citados Boyd Haryey. pálido y apuesto sujeto, con la despreocupada sonrisa del hombre para quien la vida fue siempre fácil y placentera, queda completada la descripción de los recién llegados.

La cena fue un feliz acontecimiento, especialmente para las mejicanas que la servían y que no pudieron menos de notar su éxito. Las alegres voces y las risas, la conversación amablemente superficial, la correcta afabilidad de una clase que sólo vivía para gustar de las cosas y hacer que el tiempo pasara agradablemente para los demás... todo transportó a Magdalena al pasado. No tenía ella interés en volver a él, mas comprendió que había obrado acertadamente al no distanciarse por completo de su mundo y de sus amigos.

Cuando se reunieron en el porche, el calor había disminuido notablemente, y el rojizo disco solar se ocultaba tras el desierto. Una ausencia de comentarios, un creciente silencio, atestiguó la impresión que en los visitantes causaba aquel maravilloso ocaso. Mientras desaparecía el último segmento detrás de las borrosas Sierras Madres, y el dorado resplandor empezaba a brillar más intensamente, Elena rompió el silencio con una exclamación

-¡No le falta al cuadro más que un poco de vida! ¡Ah! ¡Un caballo sube por la colina! ¡Ved! ¡Ya está en la cumbre! ¡Y lleva jinete!

Antes de mirar, Magdalena conocía ya la identidad del que

cabalgaba por la mesa. Mas hasta aquel momento no se dio cuenta de lo arraigada que estaba su costumbre de atisbar a aquellas horas la planicie en busca de él. Éste fue siguiendo el borde de la mesa hasta llegar a un punto en que jinete y montura se recortaron vivamente contra el cíelo.

-¿Qué hace allí? ¿Quién es -preguntó la curiosa Elena.

-Es Stewart, mi... mí brazo derecho de aquí -replicó Magdalena- Cuando está en el rancho, va a diario allá al llegar el crepúsculo. Tengo entendido que disfruta con la excursión y el panorama; pero, además, su objetivo es echar una ojeada al ganado del valle.

-¿Es un cowboy? -preguntó Elena.

-¡Ya lo creo! -contestó riendo su hermana-. Stíllwell se cuidará de hacértelo saber en cuanto te coja por su cuenta para charlar un rato.

Tuyo que explicar quién era Stillwell y su opinión acerca de Stewart, y, puesto que hablaba de ellos, añadió algunos detalles complementarios de la fama de este último.

-¡«El Capitán»! ¡Qué interesante! -musitó Elena¿Cómo es de tipo?

-Soberbio.

Florencia le tendió los gemelos, invitándole a mirar.

-¡Oh, mil gracias! -dijo-. ¡Ya! ¡Ya le veo! En efecto, es soberbio. ¡Qué caballo más estupendo! ¡Parecen tallados en la roca viva!

-Déjame mirar a mí - dijo ávidamente Dorotea Coombs.

Elena pasó sus gemelos.

-Puedes mirar, Dot, pero nada más. Es mío. Yo le vi antes.

Los femeninos huéspedes de Magdalena sostuvieron reñido y vocinglero combate por la posesión de los gemelos, negándose tres de ellos a reconocer los pretendidos derechos de Elena. Magdalena reía, contemplando la taciturna figura de Stewart y su negro contorno recortándose contra el cielo. A su mente acudió una idea que ya otras veces se le había ocurrido. ¿En qué debía pensar Stewart mientras estaba allí en la soledad de la mesa, de cara al desierto y al tenebroso Oeste? Algún día pensaba preguntárselo. Poco después, el cowboy dio media vuelta a su caballo y, emprendiendo el descenso, se hundió en las sombras que invadían la altiplanicie.

-Majestad, ¿tienes en proyecto algo divertido, algo excitante para nosotros? -preguntó Elena. Ésta se mostraba inquieta, nerviosa, y parecía costarle trabajo estarse quieta un momento.

-Cuando hayáis terminado lo verás - replicó Magdalena.

-¿De qué se trata? ¡Veamos! -inquirieron Elena, Dot y la señora Beck al unísono. Edita Wayne sonreía intrigada.

-Sin contar cabalgadas, ascensiones y golf, que son precisos para entrenaros en las excursiones a Arizona, quiero que veáis el desierto y el Cañón de Aravaipa. Tendremos que ir a caballo, porteándonos nuestro equipo. Si aluno de vosotros sobrevive a estas jornadas v quiere más, le llevaremos a las montañas. Agradecería infinito que cada uno de los presentes me dijera su particular inclinación.

-Yo te diré las de todos -replicó prontamente Elena-. Dot será aquí la misma que en el Este. Anhela bajar púdicamente los ojos

Librodot

contemplando su mano -que, entre paréntesis, estará aprisionada por otra recia y hombruna- y escuchar de labios del propietario de ésta poéticos discursos con sus pupilas por tema. Si los cowboys no hacen así el amor, la visita de Dot será un fracaso. En cuanto a Elsie Beck su único afán es vengarse de nosotros por haberla arrastrado a estos andurriales. Pide a la Providencia que nos acaezca algo horrible. No sé lo que Edita puede tener en la mollera, pero desde luego garantizo que no es nada divertido. Bobby se contentará con estar cerca de Elsie; Boyd querrá lo que ha querido siempre... la única cosa que no pueda alcanzar. Castleton tiene el horripilante y sanguinario propósito de matar « algo ».

-Declaro ante todos que además quiero acampar al raso y montar a caballo -protestó Castleton.

-En cuanto a mí... -prosigpió Elena-. ¡Oh! ¡Si yo supiese lo que quiero! ... Quiero estar al aire libre, en los grandes espacios, sentir el beso del sol y del viento, dar algo de color a mi blanca piel... Quiero carne, y sangre... y vida. Estoy hastiada. Después de esto... no sé exactamente. Trataré de evitar que Dot secuestre a todos los cowboys para agregarlos a su séquito.

- ¡Qué diversidad de gustos! -exclamó Magdalena.

-Sobre todo, Majestad, lo que deseamos es que ocurra algo -concluyó Elena, con apasionado acento.

-Querida, es más que probable que veáis cumplidos vuestros deseos -replicó sosegadamente Magdalena-. Edita, Elena ha picado mi curiosidad al citarte. ¿Cuál es tu especial anhelo?

-Majestad..., estar contigo una temporada -replicóle su antigua amiga.

En esta melancólica respuesta, que acompañó una elocuente y sombría mirada, Magdalena supo distinguir la simpatía, la comprensión de Edita y acaso una revelación de su propio espíritu inquieto. Esto la entristeció. ¡Cuántas mujeres habrá que ansíen romper los barrotes de sus jaulas y carezcan de valor para hacerlo!

XIII

En la constante excitación de los siguientes días hubiera nido difícil precisar quién experimentó mayor regocijo del paso del tiempo, si los huéspedes de Magdalena, o sus cowboys o ella misma. Considerando la monotonía de la ,,ida de los muchachos, la joven se inclinaba a creer que a ellos correspondía la mayor fruición. Sin embargo, Stillwell y Stewart habían hallado la situación algo fastidiosa. Las faenas del rancho tenían que seguir su curso y algunas de ellas estaban deplorablemente retrasadas. Stillwell era tan incapaz de resistirse a las damas como de presenciar las extravagancias y extraordinarias arlequinadas de los cowboys. Gracias únicamente a Stewart, la cria de ganado prosiguió sin serios quebrantos. Del alba al crepúsculo estaba

a caballo, obligando a los indolentes mejicanos, contratados para dejar en mayor libertad a los cowboys, a trabajar como no habían trabajado nunca.

Una mañana de junio, Magdalena y sus amistades charlaban en el porche cuando Stillwell apareció por la vereda de los corrales. Hacía días que no cambiaba impresiones con la joven, omisión tan inusitada como digna de mencionarse.

-Aquí llega Bill... algo amoscado -dijo riendo Florencia.

En efecto, el aspecto de Stillwell anunciaba tormenta al acercarse al porche; pero las salutaciones de los amigos de Magdalena, especialmente de Elena y Dorotea, contribuyeron mucho a despejar su semblante y a hacer que reapareciese la famosa sonrisa.

-Señorita Majestad, tiene usted ante los ojos a un triste y desmoralizado ganadero -dijo -. Y necesito una gran ayuda.

-¿Qué calamidad nos amenaza? - preguntó Magdalena sonriendo.

-Pues, que es verdaderamente extraño lo que les ocurre a los cowboys. Yo renuncio a entenderlos. Diríase que se hallan en plenas vacaciones. ¿Qué opina usted de eso? Hemos cambiado los turnos, hemos reducido las horas, hemos rebajado de servicio a éste y a aquél, alquilando peones, hemos hecho, en fin, cuanto podíamos hacer. Y así y todo esa idea de las vacaciones ha ido arraigando. Cuando Stewart se cerró a la banda, los muchachos comenzaron a enfermar. En los años que llevo de ganadero no había oído tantos padecimientos. Es digno de verse lo perniquebrados, tullidos y decrépitos que se sienten la mayoría de ellos. ¡Pensar que un cowboy me ha venido a pedir un día de asueto porque tiene un panadizo en un dedo! Ahí está Booly... Yo he visto a ese cowboy rodar por una barrancada con el caballo encima, y después levantarse tan fresco. Ahora tiene una ampolla en el talón, una ampolla causada por el roce de la bota... Y dice que si no descansa le sobrevendrá una gangrena. ¿Y Jim Slade? Se acaba de dar cuenta de que padece una afección que, según dice, se llama gandulitis espinal o algo así. ¿Y Frank Slade? Juró y perjuró que tenia la escarlatina, sospecho que porque tenía la cara tostada por el sol, y cuando le anuncié que la escarlatina era un mal contagioso y tendríamos que llevarlo al hospital, me respondió que no era eso lo que tenía, pero que estaba muy malo y necesitaba tranquilidad y distracción. ¡Hasta Nels siente ascos de trabajar estos días! Si no fuese por Stewart que ha puesto mejicanos con el ganado, no sé lo que sería de mí.

-Pero ¿a qué viene tanta enfermedad y tanta holgazanería? - preguntó Magdalena.

-Pues... la verdad es que todos y cada uno de los cowboys de esta pampa, menos Stewart, creen que su único deber consiste en consagrarse a las señoras.

-¡Muy bien pensado! -exclamó Dorotea Coombs, entre una risa general.

-Entonces, ¿a Stewart no le gusta contribuir a nuestro divertimiento? -preguntó Elena, con curiosidad.

-Señorita Elena, Stewart es distinto de los demás cowboys -replicó Stillwell-. Y eso que antes hacía como ellos. Pocos habrá habido más jaraneros que Gene. Ahora ha cambiado. Es capataz del rancho y tal vez a eso haya que atribuir el cambio. Pesa sobre él toda la responsabilidad del negocio, y le falta tiempo para distraerles a ustedes.

-Supongo que debemos darlo por perdido para nosotros -dijo Edita Wayne, con su habitual seriedad-. Yo le admiro.

-No debe usted apurarse tanto por lo que al fin y al cabo es una galantería de los muchachos, Stillwell, aunque ocasione una perturbación temporal en las faenas del rancho -dijo Magdalena.

-Señorita Majestad, eso no es ni la mitad, ni la cuarta parte, ni una sombra de lo que me está perturbando -contestó acerbamente el veterano.

-Desahóguese, Stillwell, dígalo todo.

-Pues... los cowboys, siempre exceptuando a Gene, han perdido la chaveta, se han vuelto locos por ese juego de golf.

Una explosión de risas acogió el solemne aserto de Stillwell.

-¡Oh! Stillwell, eso será una broma, ¿verdad? -replicó Magdalena.

-Que me muera ahora mismo si no hablo en serio -declaró el ganadero-. Es un caso sorprendente. Pregúnteselo a Flo. Ella se lo dirá. Conoce a los cowboys y sabe que cuando la emprenden con algo, no lo sueltan hasta tenerlo más dominado que a su caballo.

Florencia, tomada como testimonio y con todas las miradas fijas en ella, replicó modestamente que Stillwell había relatado el caso con excesiva moderación.

-Los cowboys juegan como trabajan y como pelean -añadió-, poniendo en ello toda el alma. Son simplemente niños grandes.

-Tienes razón -asintió Magdalena-. Me alegro mucho de que les guste el golf. ¡Andan tan faltos de distracciones!

-Bueno, pero... algo habrá que hacer si es que pensamos seguir criando reses en el rancho de «Su Majestad» -replicó Stillwell, con aire a la vez resuelto y resignado.

Magdalena recordó que, no obstante su manifiesta sencillez, el veterano era tan marrullero como cualquiera de sus cowboys y que cuando de algún bromazo se trataba no había quien le ganase. Supuso que su exagerada lamentación acerca del súbito apasionamiento de los cowboys por el juego del golf, se relacionaba con otras señaladas historias recientemente salidas de sus labios. Habían ocurrido en los últimos tiempos cosas extrañas y resultaba imposible determinar si eran meros accidentes, simples coincidencias o designios profundos y hábilmente combinados por los joviales cowboys. Lo cierto es que reinaba una gran alegría y que aquéllos se habían divertido en grande a expensas de sus huéspedes y en particular de Castleton. Magdalena no sabía, pues, qué pensar de las últimas manifestaciones de Stillwell, aunque, por la fuerza de la costumbre, simpatizaba con él y costábale dudar de su sinceridad.

-Hagamos un poco de historia -prosiguió Stillwell-. ¿Recuerda usted cuánto afán pusieron los muchachos en el arreglo de la meseta para el

Librodot

campo de golf? Aunque no he visto ningún otro, apuesto cualquier cosa a que el nuestro es de los mejores que existen. Los muchachos tenían mucha curiosidad por saber en qué consistía el juego; ya recordará su interés por verles jugar a su hermana y a usted. Bueno, en cuanto ustedes lo dejaban, empezaban ellos a practicarlo. Monty Price actuaba de caudillo. Viejo soy, señorita Majestad, y acostumbrado a las excentricidades de los cowboys, mas cuando oí a ese requemado paticojo matabueyes de Montana declarar que no había juego alguno que fuese demasiado difícil para él y que el golf se ajustaba perfectamente a su talla... por poco si pierdo el sentido. ¡Y lo decía más serio que un predicador! ¡Y se pasaba el día practicándolo! Cuando Stewart le confió el cuidado del campo y de la caseta y de todos esos palitroques tan raros, Monty se creyó en la gloria. En el fondo, le escuece el saber que ya no vale gran cosa como cowboy, y se alegró de tener un empleo que no le diera la sensación de que le conservaban por lástima. Bueno, pues Monty practicó y leyó libros de los que tienen en la caseta y convenció a los demás de que hiciesen lo propio. No le debió costar gran trabajo. Jugaban al amanecer y por las noches a la luz de la luna. Al principio, Monty era el maestro y los muchachos así lo aceptaron, pero pronto Frankie Slade creyó saber tanto como él y tuvo que entendérselas con Monty. Bueno, Monty le dejó malparado. Luego, uno tras otro, los demás muchachos desafiaron a Monty y a todos los ganó. Después empezaron a jugar por parejas, y durante algún tiempo marchó a las mil maravillas. Pero los cowboys no están satisfechos si no ganan siempre, sea a lo que sea. Monty y Linck, los dos tullidos, acumularon fuerzas y resolvieron zurrar a cuantos se presentasen... Ambos se salieron con la suya, y ahí está el enredo. Los otros intentaron pacientemente ganar a aquel par de patas rancas y no lo consiguieron. Si Monty y Linck tuviesen las dos piernas sanas como todo el mundo, es probable que no hubiese ocurrido nada, pero... no hay cowboy que se trague la píldora de dejarse ganar por un par de lisiados. Si les oyese usted en los alojamientos... tanto al uno como al otro se les ha subido el golf a la cabeza y se dan una importancia que tira de espaldas. En cuanto Monty empieza a usar las palabras que ha aprendido en esos libros, los demás se quedan como quien ve visiones, y naturalmente, cada partida, apenas comenzada, acaba en una trapatiesta. Para bien de este rancho, y dejando a un lado la posibilidad de una batalla campal, Monty y Link tienen que verse derrotados. Hasta que no se consiga eso, no tendremos paz ni sosiego.

Los huéspedes de Magdalena hallaron la situación en extremo divertida; en cuanto a ella, el relato de Stillwell causóle cierta inquietud, aunque no pudo reprimir su regocijo.

-¿Qué puedo yo hacer en semejante trance?

-No lo sé. He venido a pedir consejo. El caso es que ese juego ha dado al traste con la laboriosidad de mis cowboys y que el rancheadero está mano sobre mano. Parecerá ridículo, mas los cowboys son tan extravagantes como los novillos. Lo que sí sé es que

Librodot

hay que quitarles los humos a Monty y a Link. Con una sola vez bastará y podremos reanudar en paz nuestras tareas.

-Escuche, Stillwell - dijo Magdalena -. Combinaremos una partida entre Monty y Link contra un equipo de sus mejores jugadores. Castleton, que es un experto en el juego, arbitrará. Mi hermana, mis amigas y yo turnaremos oficiando de caddies para los de ese equipo. Esto será justo, teniendo presente que son los más flojos. Los caddies podrán aconsejar, y tal vez con eso baste para la derrota de Monty.

-¡Magnífica idea! -declaró Stillwell, resueltamente-. ¿Cuándo puede celebrarse el match?

-Pues... hoy mismo...; esta tarde. Iremos todos a caballo al campo.

La idea fue entusiásticamente acogida por los invitados de Magdalena, llegando en su divertimiento a formar dos bandos e incluso apostar por el de su preferencia. Además, la franca exposición del caso hecha por Stillwell les había mostrado otra faceta del singular carácter del cowboy americano. Magdalena se regodeó al ver la seriedad con que habían tomado la historia urdida por el veterano ganadero, y experimentaba una cierta expectación que le hacía temer y desear a la vez los incidentes de aquella tarde.

Junio se presentaba caluroso, e incluso, durante las horas de sol, un tanto bochornoso, lo cual había inculcado en los insaciables huéspedes la costumbre de hacer la siesta, tradicional entre los habitantes del Oeste. Todos, después de la comida, se echaron en la cama.

El familiar pateo de Majesty sobre la grava del patio despertó a Magdalena. Luego oyó los demás caballos. Cuando salió de su aposento halló a sus amigos reunidos en atavío de golf y con un humor a la altura de su atavío. Castleton, en particular, lucía una chaqueta para cuya descripción adecuada faltarían palabras. Magdalena experimentó cierta desazón pensando en el efecto que tan esplendorosa prenda causaría a Monty, Nels y Nick.

-¡Oh, Majestad! -gritó Elena al ver a su hermana disponiéndose a montar-. ¡No hagas que la bestia se arrodille! ¡Monta al vuelo!... Todos deseamos verte. ¡Es tan estupendo!

-Pero... aun así necesito que se arrodille -dijo Magdalena-. Si no me es imposible llegar al estribo. ¡Es tan alto!

Tuvo Magdalena que ceder a las reiteradas instancias de sus amigos, y, cuando todos, menos Florencia, estuvieron a caballo, hizo que Majesty doblase la rodilla. Situándose a su izquierda, de espaldas, se asió firmemente a la perilla de la silla con una mano y a la melena y las bridas con la otra. Pasando luego la punta del pie en el estribo, dio una voz para animar a Majesty. El animal se incorporó de un brinco y ella fue a caer en la silla.

-¡Si queréis ver cómo debe hacerse, mirad a Florencia! -dijo. La muchacha, con su traje de montar y entre caballos, estaba en su elemento. Era admirable la facilidad y la gracia con que ejecutó la típica suerte de montar al vuelo propia del cowboy. Luego se puso a la cabeza de la expedición para cruzar la vertiente y ascender a la mesa.

Librodot

Magdalena no veía jamás grupo alguno de sus cowboys sin buscar entre ellos casi inconscientemente a Stewart. Aquella tarde, como de costumbre, no estaba presente. Esta vez, sin embargo, causóle a Magdalena una cierta contrariedad y enojo. Realmente, había sido poco atento con sus huéspedes, y él era a quien, de entre todos los cowboys, más interés tenían en conocer. Elena, en particular, le había pedido que asistiese al match. Pero Stewart estaba con la manada. Magdalena pensó en su fidelidad, avergonzándose del momentáneo relapso en su antiguo hábito imperativo de anhelar cosas sin atender a razones.

El recuerdo de Stewart se le fue inmediatamente de la memoria al atisbar al grupo de cowboys congregados en el campo. Eran dieciséis, sin contar a Stillwell, y había igual número de magníficos caballos, relucientes y limpios, paciendo bajo la vigilancia de peones mejicanos. Se habían puesto sus mejores galas y, a los ojos de Magdalena cuando menos, parecían muy diferentes de lo que por lo general se presentaban. Para sus huéspedes, empero, eran reales y naturales; y aparecían, sin embargo, tan pintorescos que podían haber pasado por cowboys de guardarropía. Su indumento estaba constituído por sombreros con hebilla de plata y cintilla de crin trenzada, pañolillos al cuello de seda multicolor, chalecos recamados con franjas, chaparreras tarareadas, pistolones colgando de los amplios biricúes y retumbantes espuelas de plata.

Magdalena y su gente se vieron al punto rodeados de los muchachos, y sólo difícilmente lograron reprimir una sonrisa. Si a ella le parecían extraños, ¡qué no parecerían a sus huéspedes!

-¡Bravo! ¡Bravo! Ya están ustedes aquí ¿eh? -vociferó Stillwell, sujetando a Majesty por la brida-. Apearse todos... Estamos orgullosos de verles... Y, señorita Majestad, permítame que me excuse en nombre de los muchachos por ir armados... Ya sabemos que no es cortés... pero... ¡órdenes de Stewart!

-¿Órdenes de Stewart? -repitió Magdalena. Sus amigos enmudecieron.

-Opino que no quiere correr el albur de que los merodeadores cojan desprevenidos a los muchachos. Y sabernos que anda operando una banda procedente de las Guadalupes. Esto es todo. No tiene ninguna importancia. Es... una sencilla precaución.

Magdalena y varios de los presentes expresaron su conformidad, pero Elena mostróse nerviosa y decepcionada.

-¡Oh! ¡Quiero que pase algo! - gritó.

Dieciséis pares de sagaces pupilas de cowboys se clavaron en su lindo y petulante rostro. Magdalena adivinó que su anhelo no tardaría mucho en verse satisfecho.

-Y yo también -corroboró Dot Coombs-. Sería perfectamente ideal correr una aventura de veras.

-¡Bravo! Sospecho que no se irán ustedes a sus casas descontentas -dijo Stillwell, con su extraña sonrisa-. Como intendente de este rancho me creería desacreditado para siempre si no lograse satisfacer

sus deseos. Un poco de paciencia. Y ahora, señoras, el asunto que nos interesa podrá parecerles trivial o poco divertido, mas para nosotros es de la mayor importancia. Paseen la vista por el campo. r Ven a dos simulacros de seres humanos, pirueteando como un par de broncos trabados? Pues están ustedes mirando a Monty Price y a Link Stevens que de repente han descubierto que no pueden alternar con sus viejos camaradas. Están entrenándose para la partida, y no quieren que mis muchachos vean cómo manejan los palos.

-¿Ha elegido usted ya su equipo? -preguntó Magdalena.

Stillwell se enjugó el rubicundo rostro con un inmenso pañuelo, aparentando considerable confusión y perplejidad.

-Tengo dieciséis y los dieciséis quieren jugar -replicó-. Hacer una selección no será fácil ni saludable. Ahí están Nels y Nick; ya han declarado alegremente que si ellos no juegan, no juega nadie. Nick no ha tocado un palo en su vida, y Nels, lo único que pretende es hallar oportunidad de darle un tanto en la sesera a Monty con alguno de esos palitos.

La selección, en tales condiciones, presentó no pocas dificultades, teniéndose que recurrir a un procedimiento eliminatorio que consistía en lanzar de un solo golpe a mayor distancia las pequeñas pelotas de golf.

En las pruebas, Ambrosio, el marido de la francesita, demostró relativa habilidad, siendo uno de los escogidos por Stillwell. Los demás resultaron tan deficientes y tan igualmente inútiles que el buen ganadero no sabía a qué santo encomendarse, hasta que finalmente se decidió por Ed Linton, que si carecía de aptitud estaba cuando menos dotado de singular potencia muscular.

Los amigos de Magdalena se divirtieron en grande con la perspectiva del match, pero, salvo Dorotea y Castleton, todos rechazaron una participación activa en el mismo. En consecuencia, Magdalena designó al inglés para que arbitrase el juego, Dorotea como caddie de Ed Linton y ella misma de Ambrosio. Stillwell, sonriendo como nunca, anunció a su equipo la decisión, en tanto que Monty y Link se iban acercando.

Los dos eran diminutos, zambos, cojos de un pie, y en general poco atrayentes de aspecto. Link, el más joven, no tenía las señales que el paso de los años había estampado en Monty, que le doblaba la edad. Como Stillwell decía, el semblante de Monty recordaba el ladrillo recocido. Monty no concedía importancia al calor, vistiendo siempre chaparreras de piel de carnero con la lana hacia afuera, lo que le hacía parecer más ancho que alto. Link sentía predilección por el cuero, y desde que Magdalena le confirió la dignidad de conductor de su coche, daba rienda suelta a su afición, cubriéndose de cuero de pies a cabeza. Nunca llevaba armas; en cambio, Monty ostentaba una inmensa pistolera con su ominoso contenido. Link fumaba un cigarrillo y miraba con despreocupada insolencia. Monty era moreno de rostro, fachendoso de porte y tenía cierto aire de jefe de tribu bárbara.

-Ese Monty me pone carne de gallina -dijo Elena, en voz baja-. Señor Stillwell, ¿es verdaderamente tan malo como dicen? ¿Ha matado a alguien?

-Ya lo creo. Casi tantos como Nels - replicó Stillwell regocijado.

-¡Oh! ¿Y ese simpático señor Nels es también un desperado? ¡No lo hubiera dicho nunca! ¡Tan amable y tan a la vieja usanza como parece! ¡Y con una voz tan dulce!

-Señorita Elena, Nels es un ejemplo vivo de la duplicidad humana. ¡No se deje usted engañar por su voz! Es tan de cuidado como una serpiente de cascabel.

Monty y Link llegaban a la sazón al punto de partida, y Stillwell salió a su encuentro. Los demás cowboys se abalanzaron, rodeando al terceto. Magdalena oyó la voz de Stillwell, quien al parecer explicaba que, durante la partida, su equipo disfrutaría de la ventaja de algunos consejos técnicos. Súbitamente, del centro del grupo salió una especie de rugido airado que se extinguió con no menos prontitud. Luego siguieron excitadas voces y después apareció Monty, desasiéndose de quienes pretendían retenerle, y avanzando a grandes zancadas hacia ella.

Jamás se había visto a Monty Price dirigir la palabra a mujer alguna, salvo que le interpelasen directamente, y aun así sus respuestas eran hoscas y su azoramiento extremo. En aquella solemne ocasión, empero, pareció que se proponía protestar o apelar ante Magdalena, porque su emoción era manifiesta. Magdalena conocía muy poco a Monty. Le tenía un cierto respeto por no decir temor, y consideró indispensable recordar que de entre todos los turbulentos muchachos de su rancho, era éste a quien más debía tratarse como a un niño grande.

Monty se quitó el sombrero, cosa que no había hecho jamás, y el ligero instante que permaneció destocado bastó para mostrar su absoluta calvicie. Era una de las huellas dejadas en él por aquel terrible incendio de la pradera de Montana con el que había batallado para salvar la vida a una criatura. Magdalena no lo olvidaba, y le bastó el recuerdo para predisponerlo en su favor, aunque, leal con Stillwell, resolvió dejar el sentimentalismo a un lado y apelar al ingenio.

-Señorita..., señorita Hammond -comenzó tartajeando Monty-. Empiezo por saludarles con admiración a usted y a sus amigos. Link y yo nos sentimos muy orgullosos de jugar ante tan distinguida concurrencia. Pero Bill dice que usted va a hacer de caddie de su equipo, aconsejándoles cuando sea menester, y yo quiero preguntar a ustedes con todo respeto, ¿es esto justo?

-Monty, ustedes lo han de decir -replicó Magdalena-. Fue una idea mía. Si tienen el menor inconveniente, nos retiraremos. Eso me pareció justo, porque, según tengo entendido, ustedes dominan el juego y el equipo contrario no podría ni soñar en vencerles. Además, usted fue quien enseñó a Link. En .mi opinión sería una prueba de deportividad por su parte el aceptar el handicap.

Librodot

-¡Ah! ¡Es un hamdicap! ¿Y por qué no empezó Bill por ahí? En cuanto ése tropieza con una palabra que es de cajón para nosotros, los jugadores, le dan mareos. Señorita Majestad, lo ha puesto usted muy en claro, y permítame que le diga que ha hecho bien en no dudar de mi deportividad. Link y yo somos así desde que nacimos, y gustosos aceptamos el handicap. Sin ese handicap, Link y yo no sentiríamos estímulo para sacar a relucir nuestro mejor juego. Y con mil gracias a usted y a sus amigos, quiero añadir que si el equipo de Bill no consiguió nunca vencernos... ahora con ustedes presenciando la partida... ¡Buena les espera!

Por fin empezó el juego. De momento, Magdalena y Dorotea intentaron dirigir los esfuerzos de sus respectivos jugadores. Mas el único visible efecto de cuanto hacían y decían era que jugasen peor. Al tercer hoyo iban ya muy atrasados y lamentablemente hechos «un lío». Entre el efecto deslumbrador de la chaqueta de Castleton -que Monty le había pedido prestada-, las vociferaciones de Stillwell animándoles como solía animar a sus caballos en las carreras y el bien intencionado clamoreo de los cowboys espectadores, sin contar la confusión dimanante de la presencia de las damas, Ambrosio y Ed Linton convirtieron el juego en una extraña parodia que acabó siendo ridícula.

-¡Oye, Link! -exclamó Monty con voz retumbante a través del campo-. ¡Nuestros estimados rivales están jugando a la tala!

Magdalena y Dorotea abandonaron su oficio cuando la partida se trocó en desmoralizada derrota, sentándose con los demás a contemplar el espectáculo. Sólo Dios sabe cómo Ambrosio y Ed Linton consiguieron adelantarse hasta llegar a pisar los talones a Monty Y a Link.

Castleton parecía no tan sólo excitado, sino considerablemente desconcertado.

-¡Por Júpiter! ¡Ésa sí que es buena! -dijo acercándose-. ¡Nunca vi golf semejante! Presento mi dimisión de árbitro.

Sólo tras muy reiterados ruegos accedió a revelar la causa.

-Fue por lo siguiente. Estaban todos reunidos allá, atisbándose los unos a los otros. La pelota de Monty Price cayó en una tronera, y él la sacó afuera para mejorar su posición. ¡Por Júpiter! Todos ellos han venido haciendo lo propio; pero entonces se había enconado la cosa. Stillwell y los suyos vieron a Monty mover la pelota, y después de armar un escándalo, recurrieron a mí. Puse la cosa en su punto, enseñándoles el reglamento. Monte reconoció su falta. Sin embargo, cuando se trató de colocar la píldora en su posición primitiva, en la tronera... surgió una nueva complicación. Monty dispuso la pelota en la forma para él más conveniente y luego clavó en mí sus pupilas con amenazadora expresión.

» «Duque» -dijo. Quiera Dios que no se le ocurra al maldito cowboy llamarme siempre así-. »Duque», es posible que esta partida no sea tan importante como la política internacional u otras cosas semejantes, pero de ella depende no poca tranquilidad y bastante

Librodot

salud. ¿Entiende. Hace un rato que nuestros contrarios han prescindido de toda decencia deportiva. Calculo que la partida depende de mi próxima jugada. Estoy colocando mi pelota en posición tan igual a la que antes« ocupaba como cabe hacerlo a simple vista. Usted, como yo, observó en dónde estaba antes. Usted es el árbitro y le considero una persona honorable. Además, nunca he visto a nadie dudar de mi palabra sin que luego lo deplorase. Por lo mismo, yo le preguntó : ¿no estaba mi pelota casi exactamente aquí?

»El sanguinario desperado sonrió alegremente al decírmelo, dejando caer la mano derecha sobre la culata de su revólver. ¡Por Júpiter! Tal como digo. Y tuve que soltar una formidable mentira.

Castleton había repetido la escena, reproduciendo hasta el tono de voz de Monty, pero era obvio que no se daba en absoluto cuenta de que el cowboy le había estado embaucando. Magdalena y sus amigos lo adivinaron, y no habiendo razón que aconsejase reserva, dieron rienda suelta a su regocijo.

XIV

Recobraron su compostura para prestar de nuevo atención al juego. El final sobrevino con espectacular rapidez. Un estridente alarido hendió los aires y todos los cowboys se volvieron en la dirección de que procedía.

Un caballo negro acababa de franquear el cantil de la meseta y avanzaba al galope. Su jinete dio una voz de mando a los cowboys, quienes, al oírle, abandonaron el campo, precipitándose hacia donde estaban sus caballos.

-Es Stewart. Algo inesperado ocurre -dijo alarmada Magdalena.

Castleton se la quedó mirando. Los otros hombres prorrumpieron en exclamaciones de desasosiego. Las mujeres atisbaron con ansiosa expresión a su amiga.

El negro, acortando la distancia, avanzaba hacia ellos apresuradamente.

-¡Oh! ¡Cómo galopa ese animal! -gritó Elena-. ¡Y... cómo monta su jinete!

No era solamente Elena quien manifestaba su admiración. Su hermana dividía sus emociones entre una creciente alarma por el peligro que podía amenazarles y el estremecimiento que le causaba el ver a Stewart en violenta acción. Sus actos tenían siempre un significado, pera mucho más si eran violentos. Por un momento acordóse de Stillwell v de lo que éste le dijo acerca de chanzas y enredos y burlas para distraer a sus huéspedes, pero pronto desechó esa idea. Stewart podría prestarse a una broma más o menos pesada, pero estimaba demasiado su caballo para lanzarlo a una carrera tan desenfrenada sin un motivo imperioso. Esto sólo bastó para avivar la

Librodot

curiosidad y alarma de Magdalena. Y su alarma trocóse en verdadero terror, no tanto por sí misma como por sus invitados. ¿Qué peligro podía amenazarles? Salvo los guerrilleros, no se le ocurría ninguno.

Cualquiera que fuese, Stewart sabría afrontarlo y conjurarlo. Y al acercarse éste, dejando ver la resuelta expresión de su semblante y el fulgor de su mirada, Magdalena experimentó una extraña sensación de seguridad.

El nervudo negro estaba tan próximo a Magdalena y sus amigos, que cuando Stewart le refrenó, el polvo y la grava que sus cascos levantaban, saltaron a sus rostros.

-¡Oh! ¡Stewart! ¿Qué ocurre? -gritó Magdalena.

-Perdóneme si la he sobresaltado, señorita Hammond -replicó-, pero el tiempo apremia. En terrenos del rancho, probablemente en alguna cabaña abandonada, se oculta una cuadrilla de bandidos. Han detenido y saqueado un tren en Agua Prieta. Pat Hawe va al frente de la fuerza pública que les persigue y, como usted sabe, Pat no nos profesa ninguna simpatía. Mucho temo que resultara tan desagradable para usted y sus huéspedes el encontrarse con la fuerza pública como con los bandidos.

-Estoy de acuerdo -dijo Magdalena, considerablemente aliviada-. Regresaremos a la alquería en seguida.

De momento no medió entre ambos ninguna palabra más, y por su parte los invitados guardaron también silencio. Acaso la actitud de Stewart y su apariencia desmentían la calma de sus palabras. Sus penetrantes ojos escudriñaban los confines de la meseta y sus facciones parecían, por lo recias y lo adustas, esculpidas en bronce.

Monty y Nick llegaron al galope, aballando varios caballos por las bridas. Nels les seguía con Majesty que se encabritaba. Magdalena observó que los demás cowboys habían desaparecido.

Una sola palabra de Stewart bastó para apaciguar al ruano. Los demás, empero, continuaron dando muestras de inquietud, resistiéndose a permanecer parados. Los hombres montaron sin dificultad, así como Magdalena y Florencia, pero Edita Wayne y la señora Beck, nerviosas y poco diestras, requirieron ayuda.

-Perdone, pero tengo prisa -dijo fríamente Stewart,

obligando con férreo brazo al caballo de Dorotea a doblar las rodillas. La muchacha, joven y ágil, cayó a horcajadas en la silla, mas cuando el cowboy soltó el animal, éste empezó a corvetear dando saltos de carnero. Dorotea lanzó agudos chillidos al verse por los aires, y Stewart, casi tan rápido como el caballo, se abalanzó, cogiéndola en sus brazos. La prontitud de su acción la libró de un serio percance. A no llegar a tiempo habría caído de cabeza. Manejándola como si fuese una criatura, Stewart la colocó en posición normal, dejándola de pie en el suelo. Dorotea no pensaba sino en el espectáculo que ofrecía, dedicándose a reparar el desorden de su traje de montar. Aunque la ocasión no era nada propicia, Magdalena sintió irresistibles deseos de soltar la carcajada. Además, era imposible perder la serenidad viendo la enérgica actitud de Stewart. Habiendo

Librodot

saltado sobre el refractario caballo de Dorotea, fue maravillosa su forma de reducirlo a la obediencia. Fue quizá cruel, mas lo fue por necesidad. Cuando devolvió la montura a la joven ésta pudo cabalgar sin peligro ninguno. Entre tanto, Nels y Nick habían puesto a Elena en su silla.

-Tomaremos el portel flanqueando -dijo concisamente Stewart, poniéndose al frente de la comitiva, que cerraron los otros cowboys.

La distancia que les separaba del cantil de la meseta era corta, y cuando Magdalena vio el abrupto y empinado sendero sembrado de guijos y de cantos rodados, sintió un punto de compasión hacia sus huéspedes.

-¡Parece un caminito de cuidado! -observó Castleton.

Las mujeres se miraron en silencio.

Stewart detuvo su caballo en la profunda cisura de donde arrancaba el portel.

-¡Muchachos, pie a tierra y caminad despacio! –dijo desmontando-. Flo, sígueles tú, y ustedes, señoras, aflojen las bridas y aguántense a caballo como puedan. Inclínense sobre la perilla. Parece mal camino, pero los caballos están acostumbrados.

Elena seguía de cerca a Florencia; detrás, iba la señora Beck y luego Edita Wayne. El caballo de Dorotea dio una espantada.

-¡No..., no tendría tanto miedo... si se comportase mejor! -dijo ella.

Dorotea empezó a hostigarle para que tomase el sendero , consiguiendo sino que se le fuese a la empinada. Stewart lo asió Por la brida, obligándole a humillar la cabeza.

-Ponga el pie en mi estribo -dijo-. No podemos perder tiempo.

La puso sobre su caballo e inició el descenso.

-Adelante, señorita Hammond. Yo tendré que tirar de este penco hasta el llano. Ganaremos tiempo.

Magdalena se consagró de lleno a la tarea de manejar su propia montura. El holladero era poco firme. Desintegrada por la acción del tiempo y de los elementos, la vereda parecía desmoronarse bajo las patas de los caballos. Alzábanse nubes de polvo; los pedruscos y lascas emprendían veloz carrera; y las púas de los cactos desgarraban las vestiduras de los jinetes y los flancos de las bestias. La señora Beck lanzó una carcajada cuya aguda nota revelaba su histerismo. Dorotea dejó escapar unos plañideros lamentos. A causa del polvo, Magdalena no podía, la mitad del tiempo, distinguir a los que iban a la cabeza. Era un polvo seco que la hacía toser. Los caballos resoplaban. Oyó cerca de ella a Stewart, cuyo caballo desencadenaba pequeñas avalanchas que lastimaban a Majesty en las cuartillas. Por fin, al disminuir la polvareda, se fue esclareciendo el aire, y Magdalena vio que los demás estaban ya en terreno llano, el cual no tardaron también en alcanzar Stewart y ella.

Hubo una nueva demora motivada por el cambio de caballos de Dorotea y Stewart. El que, dadas las circunstancias, el cowboy perdiese un tiempo de que tan avaro se había mostrado, extrañó y preocupó a Magdalena. En realidad, la actitud serena y alerta de los

Librodot

cowboys, distaba mucho de ser tranquilizadora. Al reanudar la marcha pudo notar que Nels y Nick se habían situado a considerable distancia a la vanguardia. Monty guardaba las espaldas al grupo, manteniéndose bastante distanciado de ellos y Stewart les acompañaba. Magdalena oyó a Boyd Harvey preguntar a Stewart si unos hechos como el que había mencionado y que motivaba la jornada eran allí corrientes. El cowboy replicó que a excepción de algunos casos raros de bandolerismo, análogos a los que podían acaecer en cualquier sector apartado del país, hacía varios años que en los confines de la divisoria reinaba paz y tranquilidad. La revolución mejicana había hecho renacer el desenfrenado espíritu de tiempos pasados, con su secuela de incursiones, atracos y, naturalmente, uso y abuso de armas. Magdalena pensó que lo cierto del caso era que regresaban a la alquería escoltados por una guardia armada.

Cuando llegaron a la entrada de la meseta que daba enfrente del edificio del rancho y del valle, Magdalena distinguió una columna de polvo o de humo que se elevaba de una de las chozas que formaban el barrio mejicano. La débil claridad le impidió distinguir exactamente qué era. Stewart marcó un paso rápido en dirección a la casa, y minutos después estaban en el patio dispuestos a echar pie a tierra.

Stillwell salió a recibirles alegremente. Demasiado alegre a juicio de Magdalena. Igualmente notó que buen número de cowboys armados pasaban llevando sus caballos de la brida.

-¡Bravo! ¡Han tenido ustedes una excursión accidentada! -dijo Stillwell, dirigiéndose a todos-. Y a mi modo de ver, sin necesidad. Pat Hawe cree tener acorralados en el rancho a algunos forajidos. Aunque así fuese, carece en absoluto de importancia. Pero Stewart es tan particular que no quiere que ustedes se encuentren con esos pillos.

Múltiples y férvidas fueron las muestras de satisfacción de los huéspedes femeniles de Magdalena al echar pie a tierra y verse en la vivienda. La joven se rezagó para conferenciar con su intendente y con Stewart.

-Stillwell, la verdad, ¿qué pasa?-dijo concisamente.

El ganadero dio un respingo; luego se echó a reír, evidentemente complacido de su sagacidad.

-Pues, señorita Majestad, que tarde o temprano, aunque no sé en dónde, habrá una colisión, y Stewart quería que estuviesen ustedes aquí antes de que ocurra. Dice que el valle está plagado de vaqueros, guerrilleros, bandidos y Dios sabe qué otras alimañas por el estilo.

Salió del porche, haciendo repiquetear sus enormes espuelas y encaminándose hacia el grupo de hombres a la expectativa.

Stewart permaneció en su atenta y habitual actitud, erguido, silencioso, con la mano descansando sobre la perilla.

Stewart, es usted desmedidamente... celoso de mis intereses -dijo ella, deseando expresar su gratitud, y a falta de palabras con que hacerlo-. No sé lo que pasaría si no le tuviese aquí. ¿Hay peligro?

-No estoy seguro, mas prefiero pecar de prudente.

Librodot

Ella titubeó. Sin saber por qué, no le era tan fácil como antaño hablar con él.

-¿Puedo saber qué órdenes especiales tenían Nick, Nels y Monty? -preguntó.

-¿Quién dice que las tuvieran?

-Oí a Stillwell afirmarlo así.

-Si usted insiste se lo diré, pero, ¿a santo de qué preocuparse de lo que tal vez no acontezca?

-Insisto, Stewart.

-Mis órdenes fueron que cuando menos uno de ellos estuviese de guardia cerca de usted, día y noche... permaneciendo siempre al alcance de su voz.

-Me lo figuraba. Mas, ¿por qué Nels o Monty o Nick? Esto parece sobrecargarles innecesariamente de trabajo. ¿Por qué poner a nadie de guardia junto a mí? ¿No tiene usted confianza en ningún otro de mis cowboys?

-Confío en su honradez, mas no en su aptitud.

-¿Aptitud? ¿Para qué?

-Para servirse de sus armas.

-i Stewart!

-Señorita Hammond, está usted tan distraída obsequiando a sus huéspedes que olvida todo lo demás. Por mi parte lo celebro. ¡Ojalá no me hubiera interrogado!

-¿Qué es lo que olvido?

-A don Carlos y sus guerrilleros.

-Le aseguro que no. ¿Supone usted aún, Stewart, que don Carlos intentó apoderarse de mí..., que lo intentará de nuevo?

-No lo supongo. Estoy cierto.

-¿Y a sus demás tareas ha añadido usted la de compartir las guardias con estos tres cowboys?

-Sí.

-¿Esto ha venido ocurriendo sin mi conocimiento?

-Sí.

-¿Desde cuándo?

-Desde que la saqué a usted de las montañas, el mes pasado.

-Y ¿cuánto ha de durar?

-Es difícil de decir. Desde luego hasta que la revolución termine.

Meditó un instante, mirando hacia el Oeste, cuya vacía inmensidad íbase llenando de una rojiza neblina. Tenía implícita confianza en Stewart, y la amenaza que sobre ella pesaba caía cómo una sombra sobre su felicidad presente.

-¿Qué debo hacer? -preguntó.

-En mi opinión, aconsejar que sus amigos salgan inmediatamente para el Este e irse usted con ellos, hasta que termine esta lucha de guerrillas.

-¡Stewart! Sería un terrible disgusto para ellos y para mí.

Stewart no supo qué contestar a esto.

-Será la primera vez que no sigo su consejo desde que me he

Librodot

acostumbrado a descansar tan en absoluto en usted -prosiguió Magdalena- ¿No podría sugerir alguna otra solución? Mis amigos lo están pasando admirablemente. Elena se pone cada día mejor. ¡Oh, lamentaría en el alma verles marchar antes de lo que se habían propuesto!

-Tal vez cabría llevarles a las montañas y acampar allí una temporada -dijo él, después- Sé de un lugar salvaje entre los riscos. La ascensión es difícil, pero vale la pena. Es el lugar más bello que conozco. Hay agua abundante y reina allí una exquisita temperatura. Además, pronto hará aquí demasiado calor para ir de excursión.

-Sea usted franco, Stewart ; lo que quiere es ocultarme entre riscos y nubes-replicó riendo Magdalena.

-Sería algo así. No creo indispensable que sus amigos lo sepan. Posiblemente, dentro de algunas semanas se calmará esta efervescencia de la divisoria.

-¿Dice usted que la ascensión es penosa?

-Sí. Caso de que se decidan, sus amistades sabrán lo que es escalar montañas.

-conforme. Elena especialmente suspira porque pase algo, y todos ellos andan locos en busca de aventuras.

-Tendrán lo que desean. Malos senderos, cañones que atravesar, ascensiones penosas, vendavales, turbonadas, rayos y truenos, pumas y gatos salvajes.

-Sea, pues. Estoy resuelta. ¿Supongo, Stewart, que se pondrá usted al frente de la expedición? Yo no creó que...

Escuche, Stewart, ¿no puede ser más explícito..., decirme por qué cree o cómo sabe que mi libertad personal está amenazada?

-Sí. Pero... no me pregunte cómo lo he sabido. Si no hubiese militado en un grupo rebelde no me habría enterado nunca.

-Si no hubiese usted pertenecido a un grupo rebelde, ¿dónde estaría Magdalena Hammond a estas horas? -preguntó ella.

Stewart no contestó.

-Stewart -prosiguió ella con caluroso impulso-, en cierta ocasión habló usted de una deuda que tenía conmigo... -Y observando que su atezado rostro palidecía, se interrumpió, prosiguiendo luego-: Ya está pagada.

-No, no -protestó con voz ronca.

-Sí. Quiero que así lo considere.

-No. No se lo podré pagar nunca. Magdalena le tendió la mano.

-Le repito que está pagada.

Súbitamente Stewart retrocedió como apartándose de la extendida y blanca mano que parecía fascinarle.

-Por el honor de tocar su mano sería capaz de matar a un hombre... Mas... en los términos que usted propone, me niego a estrechársela.

Su inesperado apasionamiento la desconcertó.

-Stewart, no ha habido hasta hoy hombre alguno que se negase a estrechar mi mano por cualquier causa que fuera. Es... es muy poco lisonjero para mí -añadió, intentando sonreír-. ¿Qué motivos tiene?

Librodot

¿Piensa acaso que la ofrezco de señora a criado..., de ranchera a cowboy?

-No.

-Entonces, ¿por qué? Su deuda está cancelada. ¿Por qué no refrendarlo, como entre hombres, con un apretón de manos?

-No quiero. Eso es todo.

-Cualquiera que sea la causa de su negativa, es usted poco amable -replicó-. Sin embargo, tal vez algún día pueda ofrecérsela de nuevo. Buenas noches.

Stewart devolvió el saludo y dio media vuelta. Magdalena quedóse contemplando cómo se alejaba por la vereda, con la mano sobre el cuello del caballo negro.

Luego, quiso descansar un rato antes de cambiar de traje para cenar, y rendida por las emociones del día y la excitación, se quedó dormida. Cuando despertó había anochecido. Extrañada por la ausencia de su doncella mejicana tocó el timbre. Su llamada no obtuvo ninguna respuesta. La casa parecía insólitamente silenciosa. Era un silencio hosco, opresivo, que a poco vino a romper el ruido de pasos en el porche. Magdalena reconoció por ellos a Stillwell, aunque tratándose de éste, pareciéronle ligeros en demasía. Después le oyó llamar cautelosamente a la puerta de su despacho. El aire de misterio de su voz se avenía con el de sus pasos. Con un presentimiento de inminentes disturbios atravesó los aposentos, hallándole en el umbral de su despacho.

-¡Stillwell! -exclamó.

-¿Hay alguien con usted? -preguntó en voz baja.

-No.

-Haga el favor de venir al porche -añadió.

Ya afuera, pudo vislumbrar su semblante. Su grave rostro, más pálido de lo que jamás lo había visto, la impulsó a tender hacia él una mano en ademán de súplica. Stillwell se la cogió, reteniéndolas entre las suyas.

-Señorita Majestad, siento extraordinariamente tener que darle noticias desagradables. -Hablaba en voz muy baja, mirando a su alrededor recelosamente y con aire de misterio -. Si hubiese usted oído a Stewart hace un rato comprendería cuánto nos repugna tener que decirle todo esto. Pero... es inevitable. Nos hallamos en un aprieto. Si sus huéspedes no se llevan el susto mayor de sus vidas, será gracias a la sangre fría de usted y a como cumpla las instrucciones de Stewart.

-Puede usted contar conmigo, Stillwell -replicó Magdalena con aire de firmeza aunque temblando.

-¡Bravo! Lo que tenemos que afrontar es lo siguiente: la cuadrilla de bandoleros que Pat Hawe perseguía... se ha refugiado en esta casa.

-¡En esta casa! -repitió Magdalena, horrorizada.

-Señorita Majestad, vergüenza me da el decirlo, pero es la sorprendente verdad. Stewart... Stewart echa chispas de ira al pensar que eso haya podido ocurrir. Si yo no hubiese llevado a los muchachos al campo de golf y si Stewart no nos hubiese seguido a la

Librodot

meseta... no habría pasado nada. Es culpa mía. He tenido demasiadas faldas a mi alrededor... Gene me ha puesto como nuevo..., me ha echado un escándalo terrible. Mas ahora lo importante es afrontarlo... y ver cómo salimos de ello.

-Pero... ¿quiere usted realmente decir que una cuadrilla de facinerosos acorralados, de bandidos... se ha refugiado en alguna parte de mi casa? -preguntó Magdalena.

-Es de veras. Y me parece sorprendente que no advirtiese usted que algo anormal ocurría, al ver que su servidumbre se las ha guillado.

-¡Se han ido! ¡Ah! He aquí por qué mi doncella... Ya me extrañó no ver las luces encendidas. ¿A dónde han ido los criados?

-Al barrio mejicano, medio muertos de miedo. Ahora, atienda. Cuando Stewart se separó de usted hace cosa de una hora, vino a reunirse con nosotros, que tratábamos de disuadir a Pat Hawe de entrar a mano armada en la vivienda, para capturar a los bandidos. La llegada de Stewart alteró la situación. Si antes Pat estaba insoportable, al ver a Gene... fue el colmo. Stewart es para Hawe lo que un trapo rojo para un toro. Cuando el sheriff prendió fuego a esa cabaña de adobe, Stewart le reprendió, llenándole de improperios. Pat Hawe llevaba seis delegados con él, y por lo visto la caza de bandidos es para ellos una especie de fiesta. Hubo una gran marimorena y por un momento temí que la cosa tuviera mal fin. Afortunadamente, Gene no perdió la serenidad, logrando contener a los muchachos. Después Pat y sus seis acólitos continuaron sus pesquisas, pero esas pesquisas, señorita Majestad, acabaron siendo una farsa. Es posible que Pat hubiera logrado engatusarnos a los muchachos y a mí, pero cuando Gene apareció en escena..., bueno, o Pat hizo más tonterías que nunca o a nosotros nos quitaron las anteojeras. Pat Hawe no se afanaba mucho por buscar a los bandidos. En realidad lo único que parecía buscar era una cuestión con Stewart. Por último, cuando sus secuaces se encaminaron hacia nuestro almacén donde tenemos las municiones, abastos, licores y demás, Gene les dio el alto y ordenó a Pat Hawe que abandonase el rancho. Entonces fue cuando Hawe y Stewart chocaron, y cuando se descubrió la verdad de lo que ocurría. Había, .en efecto, una cuadrilla de bandoleros escondida en alguna parte y Pat Hawe los persiguió en un principio tenaz y resueltamente, pero de pronto, prodújose en él un extraño cambio.

La conducta de Stewart investigando sus movimientos y no quitándole ojo de encima, le aturrulló primero y le endureció después, acaso porque tenía algo que ocultar. Pat Hawe sacó a relucir la ley. Volvió a hacer alusión a sus antiguos resentimientos y rencores contra Stewart, acusándole otro vez del asesinato del pelón. Stewart consiguió ponerle en ridículo, demostrando que tenía miedo a los bandidos y que por razones bastante turbias, había renunciado a seguirles la pista. Naturalmente, se armó una trifulca que, a no ser por Nels, habría degenerado en batalla campal. Cuando mayor era el alboroto y en el momento en que Gene iba echando a Pat y a su gente fuera del lugar, uno de los delegados del sheriff perdió la cabeza y

Librodot

empuñó el revólver. Nels hizo lo propio y le dejó manco. Entonces Monty, para no ser menos, sacó dos revólveres, y durante un par de segundos o así, la cosa se puso muy negra. Pero a los cazadores de bandidos se les arrugó el ombligo y... tomaron el portante.

Stillwell hizo una pausa en su narración, durante la cual había retenido en las suyas la mano de Magdalena como si así creyese reconfortarla.

-Luego que Pat y los suyos se hubieron marchado -prosiguió-, celebramos un conciliábulo. Interrogamos a un mozalbete de los que trabajan en los corrales; había visto como cosa de una docena de individuos -no quiso afirmar que fuesen mejicanos- atravesando los matorrales hacia la parte trasera de la vivienda. Eso fue mientras Stewart iba a la mesa. Ese mozalbete dice haber observado también cómo huía precipitadamente la servidumbre cerro abajo hacia el poblado. Y he aquí cómo Gene explica lo sucedido: En la línea férrea los merodeadores hicieron alguna de las suyas y Pat Hawe salió en su persecución, rastreándolos hasta el rancho. Siguió acosando a la cuadrilla con todas las de la ley, y de repente se acabó el carbón. Según Stewart, esto no indica que Pat les cobrase miedo, sino que descubrió indicios o tuvo sospechas de que entre aquellos facinerosos había individuos a los que no convenía apresar. ¿Sabes? Gene, más vivo que una ardilla, expuso entonces su plan. Iría a ver al padre Marcos, solicitando su cooperación para sonsacar cuanto fuera posible a sus servidores mejicanos de usted. Yo, vendría con toda celeridad a poner en su conocimiento cuando ocurre y a... darle instrucciones, señorita Majestad. ¿No lo encuentra sorprendente? Bueno. Usted tiene que congregar en la cocina a todas sus amistades, alegando, con gran alarde de calma, que, vista la deserción de la servidumbre, será un regocijado entretenimiento para ellos el prepararse la cena. La cocina es el local más seguro de la casa. Mientras usted va dándoles gato por liebre y convirtiendo la necesidad en una diversión, yo apostare cowboys en el largo pasillo y en el punto en que la cocina se junta con el cuerpo de la casa. Es casi seguro que los bandidos crean que nadie sabe dónde están escondidos. Según Stewart, se han refugiado en el cuarto de la alfalfa, y en cuanto llegue la noche se escurrirán al amparo de las tinieblas. No hay ni que decir que con los muchachos y yo de guardia pueden ustedes acostarse con toda tranquilidad. Mañana despertaremos a sus huéspedes a punta de día para emprender la marcha a las montañas. Prevéngales usted que antes de acostarse tendrán que preparar sus equipos. Dígales que puesto que la servidumbre ha hecho la del humo, lo mejor será seguir a los cowboys y acampar al raso, y nada más. A poco que la suerte nos favorezca no sabrán nunca que han estado sobre un volcán.

-Stillwell, ¿aconseja usted esa excursión a las montañas? -replicó Magdalena.

-Dadas las circunstancias y considerándolo todo... opino que sí, señorita Majestad. He perdido mucho tiempo explicándole la situación. ¿Está usted segura de no perder la cabeza?

-Sí -contestó Magdalena, con un denuedo que la sorprendió a ella misma.

-Ponga al corriente a Florencia. Será de una enorme ayuda para usted. Voy a buscar a los muchachos.

En vez de volver a su aposento, Magdalena salió, atravesando su despacho. Era casi de noche. Le pareció ver una sombra más oscura que las sombras circundantes moverse con sinuosa cautela; y se dispuso a cumplir con no escaso azoramiento la parte que en el plan le había sido asignada. Sus pisadas eran absolutamente silenciosas. Abriendo la puerta de la cocina penetró en ella, encendiendo todas las luces. Al volver a salir, se cercioró de que, agazapada contra la pared, había una masa oscura, inmóvil. Más, desconfiaba de su imaginación. Fue precisa toda su audacia para encender con indiferente naturalidad la luz del pasillo. Luego, pasando por sus habitaciones, salió al patio.

Riendo y bromeando, sus huéspedes entraron de lleno en el espíritu de la aventura. Magdalena se congratuló de lo perfecto de su simulación al ver que había convencido incluso a Florencia. Alegremente se precipitaron todos a la cocina. Magdalena, rezagándose en el umbral, echó al soslayo una rápida ojeada al inmenso zaguán, sin ver más que la negrura de su espacio. Súbitamente, de uno de los lados a corta distancia, asomó un pálido rostro destacando en la uniforme oscuridad. Con la misma rapidez volvió a desaparecer, no sin que diera tiempo a que Magdalena vislumbrara dos brillantes ojos, y reconociera por ellos a don Carlos.

Sin dar muestra de precipitación o alarma, cerró la puerta y, lenta y silenciosamente, hizo correr su pesado cerrojo. Luego, la fría sorpresa, cuya intensidad casi paralizó sus movimientos, se convirtió en cólera. ¿Cómo osaba aquel mejicano penetrar en su casa? ¿Qué fin se proponía? ¿Formaba acaso parte de la cuadrilla de bandidos que Still-well suponía ocultos en ella? Su creciente indignación y su cólera habrían acabado por traicionarla, a no salir en aquel momento Florencia que, habiendo visto cómo aherrojaba la puerta, y adivinando algo anormal, acercábase a ella con interrogante expresión. Magdalena pudo reprimirse a tiempo. Encomendando a cada uno de sus huéspedes un menester, se llevó a Florencia a la despensa, desahogándose de su secreto en voz baja y en breves palabras. Por todo comentario la joven señaló hacia la ventana abierta, por la que se veía pasar en aquel momento una hilera de cautelosos cowboys. Magdalena sintió que la cólera y el temor la abandonaban, no experimentando sino una viva excitación.

Cuando el momento lo requería Magdalena sabia aparentar buen humor, y así entonces inició el abandono temporal de su gravedad, llamando a Castleton al repostero. Y he aquí que, mientras le distraía con algún fútil pretexto, imprimió las huellas de sus enharinadas manos en las espaldas de la negra chaqueta de su amigo. Inocentemente, Castleton volvió a la cocina, siendo acogida su presencia con estruendosas carcajadas. La inesperada chanza de su

Librodot

anfitrión animó a los reunidos, y armóse en seguida un ruidoso bullicio. Todos querían prestar su ayuda. La miscelánea de platos tan confusamente preparados, constituyó una rara minuta, que supo alcanzar, empero, general aprobación. Magdalena misma, no obstante la espada de Damocles que la amenazaba, se divirtió de lo lindo.

Era ya muy tarde cuando, levantándose de la mesa, recomendó a sus huéspedes que se retirasen a sus habitaciones, aprontasen sus trajes de montar e hiciesen un hato con lo que juzgasen imprescindible para la larga y aventurada excursión que había de constituir el clou de sus aventuras del Oeste, procurando luego conciliar por breves horas el sueño hasta que los cowboys les llamasen para emprender la marcha.

Inmediatamente después, Magdalena fue a su aposento. Estaba reuniendo su equipo y ajuar campestre, cuando vino a interrumpirle una llamada a su puerta. Pensó que no fuese Florencia deseosa de ayudarla, mas advirtió que la llamada había sido en la puerta que daba al porche.

-¿Quién es?-preguntó.

-Stewart -fue la respuesta.

Abrió la puerta, apareciendo el cowboy bajo el umbral. Detrás de Stewart, indistintos en la oscuridad, estaban varios cowboys.

-¿Puedo hablar con usted un momento? -preguntó.

-Ciertamente. -Vaciló un instante, invitóle a entrar y cerró la puerta-. ¿Va... va todo como usted quería?

-No. Esos bandidos se mantienen demasiado a cubierto. Deben haberse dado cuenta de que estamos alerta. Quería decirle que he hablado con sus criados. No ha sido más que un poco de miedo. Mañana, en cuanto Bill se deshaga de esa cuadrilla, volverán ; no se preocupe usted ni de ellos ni de sus bienes.

-¿Tiene usted idea de quién se halla oculto en la casa?

-En un principio me dio que pensar. Pat Hawe obraba de muy sospechoso modo. Supuse que debió tener noticias de que estaba persiguiendo a unos forajidos que resultaban ser sus antiguos compinches, los guerrilleros contrabandistas. Mas, luego de hablar con la servidumbre y al ver una recua escondida en los mezquites, allende el lago... he cambiado de opinión. Ahora creo que una de esas cuadrillas de cobardes vagabundos que suelen merodear por la frontera ha tomado refugio en esta casa, más por accidente que con propósito deliberado. Les dejaremos huir... sin necesidad de disparar un tiro. Si no creyese estar en lo cierto, mi preocupación sería mucho mayor, porque supondría un estado de cosas muy distinto.

-Pues se equivoca usted, Stewart - dijo ella.

Stewart dio un respingo, aunque su respuesta se hizo esperar. La expresión de su mirada cambió por completo. Luego dijo:

-¿Por qué?

-He visto a uno de esos bandidos y... le he reconocido perfectamente.

De una zancada Stewart se puso a su lado.

Librodot

-¿Quién era? -preguntó.

-Don Carlos.

Stewart masculló denuestos en voz baja y profunda, añadiendo luego

-¿Está usted segura?

-Absolutamente. Vi su figura por dos veces en el zaguán y su semblante ante la luz. Sus ojos inconfundibles.

-¿Sabe él que usted le vio?

-No me atrevería a asegurarlo, pero creo que sí. ¡Oh, debió de darse cuenta! Yo estaba en plena claridad. Había traspuesto ya el umbral y volví a salir adrede. Vi que asomó su rostro a la vuelta de una esquina y desapareció en seguida.

Magdalena tuvo la impresión de que Stewart experimentaba un repentino cambio. Vio, tan bien como sintió, la violencia de la ira que le transformaba.

-¡Llame a sus amigos! ... ¡Reúnalos todos aquí! -ordenó Stewart concisamente, dirigiéndose hacia la puerta.

-¡Espere, Stewart!

Él se volvió. Su lívido semblante, sus chispeantes ojos, su apariencia toda, de definido y terrible significado, influían en ella extrañamente, haciéndola flaquear.

-¿Qué va usted a hacer? -preguntó.

-No le interesa. Reúna usted aquí a sus amistades. Atranque las ventanas y aherroje las puertas. Estarán ustedes a seguro.

-¡Stewart! Dígame lo que piensa hacer.

-No quiero decírselo -replicó, dando media vuelta de nuevo.

-Pues yo quiero saberlo- insistió ella. Y le retuvo, poniéndole una mano sobre el brazo. Entonces, al tocarlo, sintió el estremecimiento que le sacudía-. ¡Oh! ¡Ya lo sé! ¡Se propone usted pelear!

-Aunque así fuera, señorita Hammond, ¿no cree que ya va siendo hora? -preguntó. Era evidente que dominaba la violencia de su pasión en gracia a la premura del momento. En su pregunta había un dejo de cansancio, de dignidad, de reproche-. La sola presencia de ese mejicano aquí debería bastar para probarle la naturaleza del caso. Esos vaqueros, esos guerrilleros, se dan cuenta de que usted ha prohibido a sus hombres toda resistencia. Don Carlos es un cobarde rastrero, y sin embargo, no ha vacilado en ocultarse en su propia casa. Sabe que usted no permitirá que sus cowboys castiguen como se merece su osadía. Robara, incendiara, se apoderara de usted. Si se le presenta ocasión no retrocederá ante un crimen. Esos hombres esgrimen el puñal entre las sombras. Por eso preguntó: ¿No cree usted que ya va siendo hora de poner coto a sus desmanes?

-Stewart, como no sea en legítima defensa, le prohibo pelear. Se lo prohíbo.

-Lo que proyecto hacer es en legítima defensa. ¿No he intentado demostrarle a usted que atravesamos un período de turbulencia en este sector de la divisoria? ¿Tendré que repetirle que don Carlos es uña y carne con los revolucionarios? Los rebeldes no saben ya qué

hacer para involucrar en el conflicto a los Estados Unidos. Usted es figura prominente. Don Carlos se apoderaría de usted. Una vez en sus manos ¡poco le costaría salvar la frontera! Y ¿qué ocurriría? ¿A dónde repercutiría su acción? Entre las tropas que custodian la frontera. En Nueva York. En Washington. ¡Sería exactamente lo que los rebeldes están deseando..., la intervención de América! En otras palabras... ¡la guerra!

-¡Oh! ¡Usted exagera! -gritó Magdalena.

-Tal vez. Mas empiezo a ver claro el juego de don Carlos, y... señorita Hammond..., yo... Para mí es terrible pensar lo que sufriría usted si consiguiese llevársela allende la divisoria. Sé lo que son esas gentes... He vivido entre ellos, entre los peones... los esclavos.

-Stewart..., no deje usted que don Carlos se apodere de mí-replicó Magdalena, con encantadora sinceridad.

Le vio estremecerse, vio el convulsivo movimiento de su garganta que deglutía con dificultad, levó una férrea determinación en su semblante.

-No. Por eso quiero acabar con él.

-Recuerde que le prohibo buscar deliberadamente un choque.

-Entonces tendré que buscarlo sin su permiso -replicó con característica brevedad, iniciando de nuevo la marcha.

Cuando esta vez Magdalena le retuvo por el brazo, continuó asida a él, aun después de haberle detenido.

-No - dijo autoritariamente.

Y él se desasió, dando un paso hacia atrás.

-¡Hágame el favor de esperar! -díjole ella suplicante. Pero él continuó su marcha-. ¡Stewart!

Corrió hasta alcanzarle, le interceptó el paso, y situóse frente a él, de espaldas a la puerta. Stewart alargó un brazo con intención de apartarla, mas vaciló, dejándolo caer. Demudado, trémulo, agitados los músculos del rostro por un irrefrenable espasmo, quedóse parado ante ella.

-Es por su bien -exclamó Stewart.

-Si es por mi bien, haga lo que yo le pido.

-Esos guerrilleros acabaran acuchillando a alguien. Prenderán fuego a la casa; la secuestraran a usted. Harán algo irreparable si no les atajamos.

-Prefiero correr todos esos albures -insistió ella.

-¡Pero si son riesgos terribles que no debe usted correr! -exclamó con vehemencia-. ¡Sé mejor que usted lo que conviene! Stillwell esta de acuerdo conmigo. ¡Déjeme en libertad, señorita Hammond! Voy a ponerme al frente de los muchachos y saldré en persecución de esos guerrilleros.

-¡No!

-¡Santo Dios! -exclamó Stewart-. ¿Por qué no me deja ir? ¡No hay otra solución! Deploro tener que sobresaltarla a usted y a sus huéspedes, mas ¿por qué no poner fin a las importunidades de don Carlos? ¿Teme usted acaso que una refriega dejase mal recuerdo de

su visita a sus amigos?

-No, no es eso.

-Entonces, ¿es la idea de una pequeña escaramuza con esos mejicanos?

-No.

-¿Le repugna pensar que puedan mancillarse los suelos de esta casa con un poco de sangre?

-No.

-Entonces, ¿qué motivos tiene para impedirme hacer lo que juzgo indispensable?

-Stewart... Yo... -balbuceó con creciente agitación-, yo... estoy asustada... confusa... Todo esto es... es demasiado para mí. No es que sea cobarde... Si llegase la ocasión de tener que luchar, vería que no lo soy. Pero... sus procedimientos me parecen... temerarios... y ese pasillo tan oscuro... que los guerrilleros harán fuego parapetados tras las puertas entreabiertas. Es usted tan intrépido..., tan osado..., que se pondría en el puesto de mayor peligro... ¿Es eso necesario? Supongo... me parece... no sé exactamente por qué... pero ése es mi modo de pensar. Y... creo que más que nada es porque temo... que pudieran herirle...

-¿Teme usted... que pudieran herirme? -repitió como un eco, asombrado, arrebolándose la mate blancura de su tez.

-Sí.

La sencilla palabra con cuanto podía o no significar, le ablandó como por encanto, dulcificándole, haciéndole afable, tímido, ahogándole bajo un torrente de emociones.

Magdalena creyó haberle persuadido..., haberle impuesto su voluntad. Mas otro de sus imprevistos y raros impulsos vino a desengañarla. La apartó firmemente para poder pasar; y Magdalena, viendo que no titubearía en apartarla del sitio, dejó libre la puerta. Al llegar al umbral, Stewart se volvió hacia ella. Su rostro estaba demudado, mas la llamarada que ardía en sus pupilas era una prueba manifiesta de que a todos sus otros sentimientos se había impuesto su implacable ferocidad de cowboy.

-Echaré a don Carlos y a su cuadrilla de esta casa -declaró-. Creo poder prometerle hacerlo sin lucha. Mas... si la lucha se impone... lucharemos.

XV

Al marchar por una puerta Stewart, Florencia llamó a la otra; y Magdalena, perdida buena parte de su habitual serenidad, acogió con visible alegría a la imperturbable muchacha. Fue bastante su presencia para restablecer su ecuanimidad. Dióse cuenta de la viva curiosidad de la joven y, luego, de su deliberado y amable cambio de

Librodot

actitud. Florencia podía estar para sus adentros consumida de curiosidad por saber nuevos detalles de los ocultos bandidos; de los planes de los cowboys para la captura; del motivo de la evidente excitación que Magdalena pugnaba por reprimir, mas en vez de acosarla a preguntas, llevó la conversación hacia el importante problema del equipo pa ra la inminente jornada. Durante más de una hora discu- tieron la conveniencia o la necesidad de tal o cual artículo. seleccionaron los más indispensables, y luego los empaquetaron en los hatos de Magdalena.

Esto hecho, resolvieron descansar un rato-ya vestidas con los trajes de montar-, si no para conciliar el sueño, cuando menos para relajar los músculos hasta que llegase la hora de la partida. Magdalena apagó la luz y, atisbando por entre las persianas, vio imprecisas formas de centinela en la oscuridad. Cuando se tendió en su lecho oyó apagados pasos en la vereda. Aquella adhesión a su persona la dejó henchida de gratitud, aunque el hecho de que fuera necesaria proclamaba la inminencia de aquel horrible algo que desde la vehemente exhortación de Stewart presentía inevitable.

Magdalena no creyó posible dormir; sin embargo, sus ojos se cerraron y le pareció que sólo habían transcurrido brevísimos instantes cuando Florencia la llamó. Al salir afuera con la joven reinaba una oscuridad precursora del amanecer y podía distinguir las siluetas de los enjaezados caballos que sus cowboys sujetaban.

En los preparativos de marcha adivinábase cierta precipitación y misterio. Elena, que se acercó a su hermana andando de puntillas como los demás invitados, murmuró que aquello parecía una evasión, y lo insólito del caso la encantaba. Los restantes se sentían divertidos. Para Magdalena era, en realidad, una evasión.

La oscuridad no le permitía apreciar la cuantía de la escolta que acompañaba a los expedicionarios Oyó murmullos, el piafar de caballos, el tintineo de barbadas y bocados, y conoció al punto a Majesty cuando Stewart se acercó llevándoselo de la brida para que montase. Luego se dejó oír el ruido de suaves pisadas y el hipido de los perros. Fríos hocicos buscaron la caricia de las manos de Magdalena, la cual distinguía en la oscuridad las grises y erizadas formas de su jauría de zorreros rusos.

El que Stewart hubiese decidido agregarlos a la partida, evidenciaba una vez más su solícito interés por cuanto pudiera complacerla. Magdalena gozaba, en efecto, teniendo a sus perros alrededor cuando cabalgaba.

Stewart condujo a Majesty al frente de una hilera de caballos montados por sus jinetes.

-Opino que estamos a punto -dijo-. Pasaré lista. -Dicho esto, recorrió la fila, y a su regreso Magdalena le oyó decir repetidas veces -: Cada cual ha de procurar mantenerse lo más cerca posible del caballo que tenga delante y no hacer el menor ruido hasta que amanezca.

Luego un resoplido y el piafar del negro indicaron que Stewart había montado a su vez.

Librodot

La joven recogió la brida y Majesty echó a andar. Los únicos ruidos eran el crujido de la grava, algún metálico chasquido acompañado de chispas al chocar un casco contra los guijos del camino, el resoplido de los inquietos corceles y después el rítmico clip-clop de las herraduras en terreno duro. No obstante ser muy corta la distancia que les separaba, Magdalena apenas podía vislumbrar a Stewart y a su montura recortados en gris ante ella... A veces alguno de los enormes perrazos daba un brinco hasta ella, hipando alegremente. En la atmósfera parecía extenderse una tupida faja de negrura que se iba esclareciendo por su parte superior hasta convertirse en una niebla gris, a través de la que brillaban algunas pálidas estrellas. Bien considerado, era una insólita forma de abandonar el rancho. Magdalena, siempre atenta aun a los incidentes vulgares, sintióse reaccionar con extrema viveza ante las impresiones externas... el lento paso de los caballos, el aire fresco y húmedo y la adusta silueta de Stewart ante ella. La obligada cautela, el forzoso silencio... acababan de prestar al caso cuanto precisaba para que fuese excitante.

Majesty entró en una barranca cuyo arenoso y precario holladero hizo que la joven renunciase de momento a sus divagaciones para concentrar la atención en su montura. No era fácil en la oscuridad mantenerse a la distancia prescrita por Stewart, aun siendo el camino llano; la dificultad subía de punto cuando, como entonces, era escabroso. Magdalena hubo de estar continuamente alerta para conseguirlo. A poco entraron en un terreno arenisco en el que los caballos se hundían hasta las cuartillas. Las tinieblas iban gradualmente trocándose en un gris uniforme. Por fin salieron del aluvión, v de nuevo los cascos de Majesty vibraron al chocar con las piedras. Comenzaron a ascender. La figura de Stewart se hizo más precisa ante Magdalena. Inclinándose, quiso, sin conseguirlo, ver el sendero. Se admiraba de que Stewart pudiera hallarlo con tanto acierto en la oscuridad. Debía estar dotado de una vista de lince. Mirando por encima del hombro, Magdalena no podía distinguir, aun teniéndolo muy cerca, el caballo que le seguía.

Mientras Majesty continuaba ascendiendo, la joven presenció la transformación de la oscuridad, que se hizo opaca primero, más liviana después, hasta desvanecerse del todo y revelar las grotescas formas de las yucas y los ocotes. Estaba a punto de romper el alba. Magdalena, que creía dar cara al Este, vio con sorpresa que el cielo no se esclarecía. De repente Stewart y su caballo aparecieron con toda nitidez ante ella. Los característicos cactos, rocas y matorrales de los cerros se hicieron perceptibles. El portel que seguían, muy en desuso, zigzagueaba y describía mil vueltas y revueltas. Mirando atrás vio la compacta figura de Monty Price agazapado en su silla con el rostro oculto por amplio sombrero. Detrás, venía Dorotea Coombs, y luego la gallarda forma de Nick Steele. Magdalena y los miembros de la partida cabalgaban entre una escolta de cowboys.

Clareó por completo el día, y Magdalena vio el portel que iba desarrollándose por entre los cerros, pasando a través de quebradas

Librodot

poco profundas, llenas de pedruscos y matojos acamados por las avenidas en cada recodo. La joven esperaba encontrarse con algún curso de agua o con la recua de hateros, pero pasó el tiempo, dejando atrás millas y más millas de empinado sendero, sin encontrar agua ni animales. La expectación de Magdalena se trocó en deseo, y sintió apetito.

Por fin, el caballo de Stewart chapoteó en un cilanco, más allá del cual veíanse trechos húmedos en la arena y otros charcos más pequeños en embalses naturales roquizos. El cowboy siguió adelante. Eran las ocho en el reloj de Magdalena, cuando al enfilar una amplia hondonada, vio caballos paciendo la escueta hierba, a cuyo alrededor varios cowboys y dos mujeres mejicanas se afanaban.

Desde lo alto, Magdalena pasó revista a su séquito mientras desfilaban ante ella. Sus invitados parecían de excelente humor, hablando todos a la vez.

-¡A desayunar! ¡Vivo! -gritó Stewart, sin más ceremonias.

-No es menester que me dé prisa -observó Elena-. Estoy sencillamente famélica. Este aire abre el apetito.

Magdalena observó que los demás no le iban muy a la zaga a su hermana. La indicación de premura no quitó al acto su carácter de jira campestre. Mientras los huéspedes de Magdalena comían, charlaban y reían, los cowboys cargaban caballos y burros, echando para sujetar los fardos el dianrond-hitch, procedimiento que despertó el interés de Castleton hasta el punto de ponerse en pie, yendo de un animal a otro, taza en mano.

-Ya había oído hablar del diamond-hitch -observó a uno de los cowboys-. ¡No es ninguna tontería!

En cuanto la recua estuvo pronta, Stewart le hizo emprender la marcha para asenderear. Las laderas estaban cubiertas de una tupida vegetación, entremezclada con peñascos y cactos. El sendero parecía ir subiendo sin cesar. No era ya cuestión de procurar comodidades a Magdalena y su gente. Toda comodidad quedaba descartada. Era cuestión de hacer posible la prosecución del viaje. Florencia llevaba pantalones de montar de pana y botas altas, evidenciando una vez más las ventajas del atavío masculino. Las amazonas de las demás, salieron considerablemente malparadas de sus encuentros con las agudas púas. Magdalena tuvo que estar continuamente sobre aviso, tanto para proteger en lo posible las patas de su caballo, sorteando pasajes espinosos y saliéndose a veces del camino, cuanto para guardarse de sí misma del peligro de las ramas bajas que azotaban su rostro. La ocupación le hizo perder la justa medida del tiempo; la recua seguía llevando la delantera, y detrás las distancias se espaciaban cada vez más entre los distintos miembros de la expedición. A mediodía, abandonaron los cerros para emprender el verdadero ascenso de la montaña. El sol caía sobre ellos con violencia. La escasa brisa no era suficiente para disipar el polvo que se cernía como un palio. La vista era muy restringida y el escaso panorama que divisaban monótono y unicolor; una desolada uniformidad de

graduales declives flanqueados de cañones rocosos.

En cierta ocasión Stewart, esperando a Magdalena, le dijo al acercarse

-Amenaza tormenta.

-Será un alivio. ¡Hace tanto calor y hay tanto polvo! -replicó ella.

-,Quiere usted que acampemos aquí?

-¿Aquí? ¡No! ¿Usted qué opina?

-Psch... Una buena tormenta con su acompañamiento de rayos y truenos siempre será algo nuevo para sus amigos. Lo más acertado será proseguir. Éste no es lugar a propósito para acampar. Si la lluvia no nos arrastrase ladera abajo, se nos llevaría el aire. Para hallar un buen emplazamiento tendremos que prolongar la jornada todo el día y aun así no respondo de encontrarlo. Vamos muy despacio. Si llueve... nos pondremos bajo la lluvia. Los equipos están debidamente resguardados y no nos quedará más remedio que mojarnos.

-Paciencia -replicó Magdalena sonriendo. Sabía lo que era una tormenta en aquellas latitudes, y sus huéspedes aún no lo habían experimentado -. Si llueve... que llueva.

Stewart prosiguió la marcha seguido de la joven. Ladera arriba, la recua de animales de carga iba progresando con notable ventaja de los burros sobre los caballos. Sus hatos se bamboleaban por la pendiente; oleadas de calor les envolvían confundidas con el polvo. El cielo era de un azul pálido como el del acero caldeado, excepto en los puntos en que masas de oscuras nubes asomaban por las crestas de las montañas. La atmósfera, bochornosa y pesada, hacía la respiración difícil. La partida se extendía a lo largo de la vertiente, diseminados sus componentes en grupos de a dos o tres, que permitían distinguir con facilidad a los más fatigados.

Media milla más arriba Magdalena pudo abarcar el horizonte sobre los cerros del Norte, Oeste y algo del Sur, y absorta en el vastísimo panorama de tierra abrasada por el sol, olvidóse del calor, del cansancio y de las incomodidades de sus huéspedes. Distinguía el valle gris y las negruzcas montañas, la amplia y rojiza embocadura del desierto y los vagos picachos, casi tan azules como el cielo que parecían tocar. Cuando los descoloridos y nudosos cedros interceptaron la vista se sintió contrariada.

Tras de una interrupción en la empinada cuesta, el sendero seguía un curso tortuoso a través de un enmarañado bosque de desmedrados árboles que incontables tormentas habían castigado. Hasta aquellas alturas llegaban los zarpazos del desierto. Las nubes, extendiéndose por el cielo y ocultando el sol aportaban un agradable cambio. Los hateros se detuvieron a descansar, v Stewart y Magdalena esperaron la llegada del resto de la comitiva. Durante el alto, el cowboy dio cuenta brevemente a la joven de que don Carlos y sus bandidos habían abandonado el rancho durante la noche. Los truenos retumbaban en lontananza, y un ligero vientecillo hacía temblar las hojas de los cedros. El ambiente era opresivo. Los caballos jadeaban.

-Será estupenda -dijo Stewart-. La primera tormenta es siempre la

Librodot

más intensa. Lo noto en el aire.

En efecto, el aire parecía sobrecargado de una fuerza que sólo esperaba el momento de poder desencadenarse. Una a una, las parejas fueron llegando al bosque de cedros, y el elemento femenil se pronunció elocuentemente en pro de un descanso que juzgaba bien ganado. Mas no debían esperar un reposo permanente hasta por la noche, y aun esto dependía de que hubiese llegado a los riscales. Los hateros continuaron avanzando, y Stewart se puso a su zaga. El foco de la tormenta concentróse en los altos picachos; el trueno dejóse oír con más frecuencia e intensidad; lentamente, la claridad diurna fue decreciendo al aumentar el área nubosa, la atmósfera se hizo más pesada, y una exasperante brisa se levantó soplando con irritadora intermitencia.

Una hora después, la caravana había llegado a una gran altitud y bordeaba el flanco de una gran loma desnuda que por largo tiempo les había ocultado los riscales. El último burro de la reata transpuso la cresta, perdiéndose de vista. Magdalena miró hacia atrás, divertida con el espectáculo de sus huéspedes que, fatigados, cambiaban de postura en sus sillas. Lejos, muy lejos, veíase el bosque de cedros y los cerros. Hacia el Oeste el cielo estaba todavía despejado, mostrando los rayos solares que salían por detrás de los invasores nubarrones.

Stewart alcanzó la cumbre de la loma, y, con un ademán, indicó a la joven algo que vio más allá. Fue un gesto expresivo, y Magdalena, que jamás había alcanzado alturas tan elevadas, comprendió su significado.

Majesty subió los últimos metros y, resoplando, se detuvo junto al negro de Stewart. Para la joven la escena fue como si el mundo entero hubiese cambiado. Aquélla era la cumbre de una montaña cuya ladera aparecía como una tenebrosa sima estriada de rocas, salpicada de matorrales, interceptada por múltiples cañones. Al Este, allende la sima, veíanse redundas cumbres montañosas. A la derecha v hacia arriba, divisábanse gigantescos tramos de acantilados, laderías y corroídas vertientes, que conducían a los riscales bordeados de abetos y de pinos, con sus agujas sombrías y desnudas, destacándose en el tempestuoso cielo. Alrededor de los picachos se amontonaban los negros nubarrones, ocultando a los más altos. Una fulgurante descarga eléctrica surcó el espacio, y el trueno retumbó luego con el fragor de tina avalancha.

El ingente mundo de amontonados peñascos, bajo los densos y sombríos nubarrones, presentaba un tétrico y emocionante espectáculo, de una belleza sublime y majestuosa. El implacable desierto había salido al encuentro de las magnéticas altitudes donde el calor, el viento, los hielos, el rayo y las aguas batallaban en eterna contienda. Y ante su formidable empuje, aquel atormentado mundo de ásperos peñascos se desmoronaba, fraccionándose, desmenuzándose, hasta caer en ruinas.

Magdalena miró a Stewart. Él había olvidado su presencia, inmutable como los peñascos que le rodeaban, erguido en la silla,

Librodot

sombrío de rostro, aquilina la mirada, mentalmente inhibido como un indio, acechando, atisbando. El verle así, y adivinar la extraña afinidad entre el alma de aquel hombre vuelto a su estado primitivo y el ambiente salvaje en que se había formado, ayudó poderosamente a Magdalena Hammond en su anhelo de comprender su naturaleza.

Un metálico chasquido de herrados cascos detrás de ella, rompió el encanto. Monty había llegado a la cima.

-¡Gene! Ni Moisés en persona podría predecir todo lo que va a pasar dentro de un minuto - observó el cowboy.

Dorotea apareció a su vez, mirando a lo lejos.

-¡Oh! ¿Verdad que es magnífico? -exclamó-. Aunque preferiría que no lloviese. Nos mojaremos todos.

Stewart se puso nuevamente al frente de la expedición, continuando el ascenso, siguiendo la gradual elevación, que tendía hacia el Sur, a las agujas rojizas. Pronto estuvieron en terreno llano, y Magdalena, algunos metros detrás de Gene, miró con preocupado interés a sus amigos. Empezaban la verdadera ascensión, el verdadero trabajo, y una tormenta inminente iba a abatirse sobre ellos.

La escarpa que Stewart había emprendido constituía un soberbio monumento a los mutilados riscos superiores. Era un declive expuesto al Sur y por consiguiente semiárido, cubierto de yucas y de ciertos arbustos que Magdalena supuso eran manzanillos.

El holladero parecía desmoronarse bajo las patas de Majesty. Los trechos de terreno sólido eran infranqueables debido a la masa de espinosos arbustos o a las acumulaciones de roca desmenuzada. La vertiente estaba surcada de incontables galachos.

El cielo estaba ensombreciéndose; las nubes parecieron agitarse súbitamente, amontonándose, formando grupos compactos y ocultando a la vista los riscales. El aire se movía pesadamente y parecía impregnado de un vaho sulfuroso, y las exhalaciones eléctricas comenzaron a centellear. Al cesar el ruido de los truenos oíase el lejano de los vientos.

Al amparo de un saliente, Stewart aguardó a Magdalena. Los cowboys habíanse detenido también con los hateros. Majesty parecía muy afectado por los relámpagos. Magdalena tenía que acariciarle continuamente el cuello, hablándole a media voz. Los cansinos burros humillaban las cabezotas; las mujeres mejicanas se cubrían con sus mantos. Stewart desató el impermeable del arzón de la silla de Magdalena y ayudó a la joven a ponérselo. Luego se puso el suyo. Los demás cowboys le imitaron. Poco después Magdalena vio a Dorotea y a Monty doblar la esquina del acantilado. ¡Con tal de que el resto de la partida no se rezagase ! ...

De entre las nubes surgió una centella de un blanco azulado, que fue seguida inmediatamente de un trueno cuyo estampido pareció conmover la tierra hasta sus cimientos, retumbando como si saltase de nube en nube y de picacho en picacho y decreciendo poco a poco en intensidad hasta reducirse a un sordo rugido. Magdalena percibía la electricidad de que las crines de Majesty estaban saturadas, y ello

Librodot

parecía causar un cierto hormigueo en sus nervios. La atmósfera tenía un aspecto siniestro y fúlgido. Las poderosas nubes iban envolviendo cada vez más las espiras y agujas de la montaña. El momento de desencadenarse la tormenta, con el extraño mugir del viento, llevaba aparejada una emoción que conmovía a Magdalena hasta lo más profundo de su ser. Era grandioso sentirse libre, llena de salud, en plena naturaleza, bajo la sombra de las montañas y de las nubes, afrontando el viento y la lluvia y la tormenta.

-¿Tiene usted miedo? -preguntóle la muchacha.

-Sí -contestó él sencillamente.

Luego un rayo rasgó las nubes, y mientras el horrísono estampido de un trueno se extinguía a lo lejos, Magdalena reflexionaba, sorprendida, sobre la respuesta de Stewart. Un alzo inexplicable en el rostro del cowboy la había impulsado a formular lo que juzgaba una necia pregunta. Y la respuesta había sido inesperada. Ella gozaba con una tormenta. ¿Por qué había de temerla él... él, con quien parecía imposible asociar la palabra miedo?

-¡Qué raro! ¿No se ha encontrado usted con algunas tormentas?

Una sonrisa, que duró lo que un relámpago, iluminó el broncíneo rostro.

-En centenares de ellas. De día, con la vacada de estampida. De noche, solo en las sierras, con los pinos viniéndose a tierra a mi alrededor y los peñascos saltando destrozados por el rayo..., en plena inundación..., en el desierto.

-Entonces, ¿no son solamente los relámpagos? -insistió ella.

-No; es toda la tormenta.

Magdalena sintió que de entonces en adelante pondría menos fe en lo que imaginaba ser su amor por los elementos. ¡Qué poco sabía ella! Si aquel hombre de nervios de acero temía las tormentas, algo en ellas justificaba su temor.

Súbitamente, mientras el suelo temblaba bajo las patas de su caballo y el cielo entero se ennegrecía surcado por flameantes ráfagas y entre el aullido formidable del viento desencadenado estallaban los horribles estampidos del trueno, comprendió cuán insignificante era su conocimiento y experiencia de las prepotentes fuerzas naturales. Con aquella dualidad de carácter de que se daba plena cuenta, sintióse humilde, sumisa, reverente y temerosa, sin por ello dejar de regodearse en la grandiosidad de los riscales y de los cañones, en la estupenda lucha de los elementos, en el caótico contraste de sonidos y en las maravillosas lanzas de albo fuego.

Con inaudita violencia y ensordecedor estruendo llegó la lluvia. Fue una turbonada, una sólida capa de agua que lo envolvió todo. Magdalena permaneció largo rato inmóvil, sobre su caballo, aguantando el diluvio con la cabeza baja. Cuando la catarata aminoró su fuerza y oyó la voz de Stewart invitándola a seguir, levantó la cabeza y vio que reanudaba la marcha. Echó una ojeada a Dorotea y desvió al punto la vista. La muchacha, que se había resistido a adoptar un tocado capaz de aguantar las inclemencias del tiempo, así

como a ponerse uno de aquellos «horribles y pegajosos impermeables amarillos», presentaba un lamentable y chorreante aspecto. Magdalena no se atrevió a mirar a las demás. Le bastaba con oír sus lamentos. Así reanudó la marcha, siguiendo a Stewart.

La lluvia caía con monótona regularidad. Había pasado la furia de la tormenta, y disminuído en volumen el fragor del trueno. La atmósfera, prodigiosamente clara, había refrescado. Magdalena empezó a sentir una desagradable impresión de frío y humedad. Stewart llevaba un paso más rápido que antes. Observó que Monty iba pegado a los cuartos traseros de Majesty, como apremiándole. Habían perdido mucho tiempo, y el lugar donde proyectaban hacer alto estaba aún muy distante. Los perros comenzaron a remolonear, rezagándose, doloridas las patas. Las agudas y cortantes lascas del camino eran crueles para ellos. Al aumentar su cansancio, Magdalena fue reparando menos en cuanto la rodeaba. El portel era cada vez más empinado y escabroso..., ascensión penosa para jadeantes caballos. La lluvia, menos intensa, se hizo más fría, y a intervalos las ráfagas de un viento glacial azotaban su rostro. Su montura trepaba y trepaba, y los matojos y las prominentes aristas roqueñas desgarraban a cada paso sus húmedas vestiduras. Comenzaba a oscurecer. Se acercaba la noche. Majesty, avanzando lentamente con grandes resoplidos, hacía crujir la húmeda silla. Un movimiento más suave dióle a entender a Magdalena que estaba en terreno llano. Alzando la vista divisó los riscales y las agujas como inmensos tubos de órgano, oscuros en su base y claros hacia sus cúspides. Había cesado la lluvia, pero las ramas de los abetos y de los enebros eran como brazos chorreantes que se tendían hacia ella. Por entre una escotadura de los riscos,

Magdalena vislumbró momentáneamente el Oeste. A través de las negruzcas nubes refulgían los rojizos rayos del poniente sol.

Stewart puso su caballo al trote corto, y Magdalena dejó que Majesty siguiera a su gusto la vereda. Las sombras se acentuaron y los riscos adquirieron un aspecto tétrico y espectral. Un viento frío gemía en las ramas de los árboles. Varios coyotes venteando a los perros les seguían ladrando y aullando en la oscuridad, pero los cansinos animales parecían no darse cuenta de su presencia.

Al caer sobre ellos la noche, Magdalena pudo advertir que a los abetos había sucedido un bosque de pinos. Súbitamente un punto luminoso perforó las negruras, parpadeando y titilando como una estrella solitaria en un cielo de ébano. Lo perdió de vista..., lo volvió a ver... La luz había aumentado de tamaño. Troncos de árbol interceptaron su campo visual. La luz era una fogata. Oyó una canción de cowboys v el salvaje coro de una manada de coyotes. Las gotas de agua que se desprendían de las ramas de los árboles rutilaban a la luz de la hoguera. La talluda figura de Stewart, con el sombrero echado a la cara, se recortaba de vez en cuando contra el creciente círculo luminoso. Y a favor de esa luz le vio Magdalena cada vez que volvía la cabeza, sin duda para cerciorarse de que ella estaba cerca.

XVI

Grande fue la satisfacción de Magdalena al poderse apear de su caballo junto a un crepitante fuego, a cuyo arrimo humeantes ollas y pucheros les esperaban. Excepto los hombros, que habían estado protegidos por el impermeable, el resto de su persona se hallaba empapado en agua. Las mejicanas acudieron presurosas en su ayuda instándola a cambiarse de ropa en una de las tiendas contiguas; pero la joven prefirió de momento calentar sus entumecidas extremidades, y presenciar la llegada de sus amigos.

Dorotea se dejó caer de su silla en los brazos de varios expectantes cowboys. Apenas podía dar un paso. Su aspecto no tenía en aquel momento nada de elegante. Un empapado e informe sombrero ocultaba a medias su rostro. Por debajo de su ala lanzaba un plañidero lamento:

-¡Oh!... ¡Qué... horripilante... excursión! -La señora Beck estaba en peor situación. Tuvieron que bajarla en vilo de su caballo.

- ¡Estoy entumecida! ¡Estoy hecha una ruina! Bobby... ¡procúreme usted un sillón de ruedas! - No obstante la solícita buena voluntad de Bobby, no hubo medio de hallar el sillón de ruedas. Florencia desmontó fácilmente, y a no ser por su masa de cabello mojado y en desorden, habría podido pasar por un bello cowboy. Edita Wayne había soportado la tensión física mejor que Dorotea; pero, en cambio, debido a la poca alzada de su montura, los cactos y matojos habíanla azotado bárbaramente. Su amazona estaba hecha una lástima y llena de jirones. Elena conservaba un resto de estilo y de dignidad, junto con algunas, aunque escasas, fuerzas. Mas su rostro aparecía blanco, con los ojos desmedidamente abiertos, y al andar cojeaba. - ¡Majestad! -exclamó-, ¿qué te has propuesto? ¿Acabar de una vez con nosotros o hacer que añorásemos el Este? -De entre todos, Christine, la linda francesita, esposa de Ambrosio, era quien más había sufrido durante la larga cabalgata. No estaba acostumbrada a los caballos. Su marido tuyo que llevarla en brazos a la tienda. Florencia persuadió a Magdalena de que abandonase el fuego, v cuando entraron a reunirse con los demás Dorotea se lamentaba porque no podía quitarse las mojadas botas; la señora Beck lloraba y se esforzaba en explicar a una mejicana el modo de desabrochar su ensuciado vestido, y en general aquello era un pandemonium.

-¡Ropa de abrigo! ... ¡Bebidas calientes y cena!... ¡Mantas!-ordenó Stewart, concisa y vivamente.

Después, y con Florencia ayudando a las mejicanas, no tardaron mucho Magdalena y la sección femenina de la partida en sentirse confortadas, excepto por lo que respecta al cansancio y quebrantamiento de huesos, que tan sólo el descanso y el sueño podían aliviar.

Librodot

Ni la fatiga, ni los dolores, ni el hecho insólito de verse apretados como sardinas bajo una tienda de lona, ni los aullidos de los coyotes, fueron obstáculo para que los huéspedes de Magdalena se tendiesen con hondos suspiros de contento, sumiéndose uno tras otro en profundo sopor. Magdalena cuchicheó un momento con Florencia, riéndose con ella de algún sucedido, y luego la temblorosa luz del recinto se fue nublando y sus ojos se cerraron. La oscuridad..., la extrañeza de la vida de campamento..., las apagadas voces hombrunas..., el piafar de caballos..., la serenata de los coyotes..., la sensación de calor y de inefable reposo..., y todo se desvaneció.

Cuando Magdalena abrió los ojos, la sombra de las ramas agitadas por el viento se proyectaba en la lona, sobre su cabeza. Fuera de los vibrantes golpes de un hacha, no oyó ningún otro ruido del exterior. Lento y regular murmullo de respiraciones atestiguaba el profundo sueño de sus compañeros. Observó que Florencia no estaba entre ellos. Levantándose, Magdalena asomó la cabeza por entre los faldones de la tienda.

Una escena de exquisita belleza sorprendió y atrajo su mirada. Vio un espacio llano, cubierto de verde hierba, tachonado de flores y salpicado de macizos de gráciles abetos y pinos que se extendían hasta soberbios riscos, de un tinte sonrosado y dorado bajo el sol matutino. Ansiosa de salir a disfrutar de aquel bello e ilimitado panorama, buscó su hato, lo halló en un rincón, y se vistió de prisa y en silencio.

Sus favoritos, Russ y Tartar, dormían ante la puerta donde alguien los había apersogado. Ella los despertó y puso en libertad, pensando que debió ser Stewart quien los encadenó tan cerca de ella. A poca distancia veíase también un camastro de cowboy envuelto en una lona impermeable.

El fresco aire con una fragancia de pino y abeto y un indefinible aroma, dulce y tónico, impulsaba a Magdalena a erguirse y a respirar lenta y profundamente. Era como beber un mágico elixir. Lo notaba en la aceleración del curso de su sangre. Volviéndose para mirar en otra dirección, más allá de la tienda, vio restos del campamento improvisado la víspera, y más lejos, un bosque de bellísimos pinos del que procedía el metálico sonido del hacha. Extendiendo su mirada abarcó un maravilloso parque, circundado no sólo de altísimos riscos, sino también de otros de más reducidas proporciones, algunos de ellos destacando sus picos por encima del verde oscuro de los macizos de árboles. El sol matutino, oculto aún detrás de las elevaciones del Este, lanzaba sus rosados rayos por entre las rocas y a través de las copas de los pinos.

Magdalena, con los perros al lado, se dirigió a la arboleda más próxima. El suelo, mullido y suave, estaba cubierto de agujas de pino. Luego vio lo que un macizo de árboles había ocultado a su vista, la parte más pintoresca de aquel parque natural. Los cowboys habían escogido un sitio donde gozasen de sol por la mañana y de sombra por la tarde. Habíanse levantado ya varias tiendas con sus mosquiteros;

Librodot

veíase un gran cobertizo hecho de ramas de pino; algunos cowboys se afanaban alrededor de diferentes hogueras; las pilas de provisiones estaban cubiertas con unas lonas, y los camastros aparecían enrollados al pie de los árboles. El claro era una especie de ondulante prado, con algunos árboles aislados allá y acullá, y otros formando círculos. Paulatinamente, el terreno iba empinándose a través de mesetas herbosas hasta las inmensas torres pétreas de quinientos pies de altura, tras de las que se alzaban otros riscos. De un hontanar fresco y musgoso nacía un claro y parlero manantial, cuyas márgenes ornaban millares de flores silvestres. En el prado, la hierba, que se mecía a impulsos de la brisa, les llegaba a los caballos a la altura de la rodilla.

Florencia espió a Magdalena bajo los árboles y se acercó corriendo. Parecía una muchachita, rebosando vida y color y alegría. Llevaba blusa de franela, falda de pana y mocasines, y el cabello recogido bajo una banda, a la usanza india.

-Castleton salió hace horas con la escopeta -dijo-, y Gene ha marchado en su busca. Los demás aún duermen. En este ambiente supongo que dormirán como lirones.

Luego, mostrando su sentido práctico, Florencia preguntó a Magdalena ciertos detalles acerca de la instalación del campamento que ni Stewart ni ella misma habrían tenido en cuenta sin su sugerencia.

Antes de que los invitados despertasen, dejaron listo el campamento. Magdalena y Florencia disponían de una tienda bajo los pinos, mas se propusieron no utilizarla a no obligarles a ello la inclemencia del tiempo. Extendieron hin encerado en el suelo, hicieron sobre él su lecho, y decidieron dormir al raso bajo la luz de las estrellas. Luego, llevando consigo a los perros, salieron a explorar. El parque resultó ser, con gran sorpresa de Magdalena, no un reducido claro entre los riscos, sino una considerable planicie que se extendía más allá del límite que ellos habían calculado recorrer. En realidad era una serie de parques, de pequeños valles rodeados de .grises picachos. Al avanzar el día, el encanto del lugar se fue adueñando de Magdalena; aun a las doce, con el sol batiendo de plano sobre ellos, la atmósfera estaba más bien confortablemente caldeada que calurosa. Era la clase de temperatura que se disfruta en primavera. Y el aire fino, sutil, enrarecido, la afectaba extrañamente. Inspiraba profundas bocanadas hasta sentirse el cerebro despejado, ligero, como si su cuerpo careciese de substantividad y pudiera verse llevado por el viento como un vilano. Súbitamente, la invadió un irresistible sopor, una extraña languidez, y, tendiéndose debajo de un pino con la cabeza apoyada en Florencia, quedóse profundamente dormida. Cuando abrió los ojos las sombras de los riscos se alargaban hacia el Oeste, y por entre ellos pasaba un raudal de luz de un rojo dorado. Era el sol que perdía su fuego. Estaba muy entrada la tarde. Magdalena se incorporó. Florencia leía perezosamente. Las dos sirvientas mejicanas se entregaban a sus quehaceres en el rincón

Librodot

donde estaba instalado el inmenso fogón de piedras. No había nadie a la vista.

Al ser interrogada, Florencia notificó a Magdalena que no se había producido, por fortuna, ningún incidente en el campamento. Castleton había regresado sano y salvo y dormía al lado de sus compañeros. Poco después un coro de alegres voces atrajo la atención de Magdalena, quien, volviendo la cabeza, percibió a Elena renqueando con Dorotea, y a la señora Beck v a Edita sosteniéndose mutuamente. Todos estaban descansados, aunque tullidos, y mostrábanse entusiasmados con el sitio, y presas de voraz apetito, como el de un oso recién salido de su invernada. Magdalena les acompañó a dar la vuelta al campamento, a través de los árboles v de los musgosos recovecos, poblados de pinos bajo los riscos.

Cenaron sentados en el suelo, como los indios, v si no hubo manifestaciones de alegría durante la colación, fue por hallarse demasiado ocupados en satisfacer su apetito.

Más tarde Stewart les llevó a una especie de desfiladero en un extremo del parque, subiendo por una empinada pendiente que iba sorteando los riscos, hasta llegar a un herboso promontorio que daba al Oeste..., vasta extensión de rojiza tierra cubierta de lomas, hendeduras y oteros, extendiéndose, al parecer, hasta los confines del mundo. Castleton dijo que era una vista «muy bonita»; Dorotea exteriorizó su lánguido y habitual entusiasmo; Elena se mostró extasiada de placer y de admiración; la señora Beck apeló a Bobby, tanteando su opinión antes de declarar la suya; y Edita Wayne, como Magdalena y Florencia, permaneció en silencio, Boyd murmuró una cortés loanza; era el tipo de hombre que regula su entusiasmo por las cosas por el de los demás.

Magdalena contempló la lenta transformación del mutable Oeste, con su calina de polvo del desierto que oscurecía las montañas y las nubes y el sol. Estuvo contemplándolo hasta que se fatigaron sus pupilas, y su cerebro perdió la noción de lo que estaba contemplando. Cuando sus ojos se posaron en la talluda figura de Stewart, inmóvil en el cantil, su mente recobró su actividad. Como siempre, Stewart estaba algo apartado de los demás, y en este momento mostrábase distanciado y abstraído. Era una figura sombría y recia, en armonía perfecta con el selvático promontorio.

Magdalena experimentó una extraña y mortificante sorpresa al descubrir a Elena y a Dorotea atisbando a Stewart con peculiar interés. También Edita parecía darse cuenta del espléndido aspecto del cowboy. Pero cuando, sonriendo, Edita murmuró a su oído: « ¡Da gusto mirar a un hombre así! », Magdalena experimentó una nueva sorpresa, aunque acompañada esta vez de un vago placer más bien que de desagrado. Elena y Dorotea eran flirteadoras, la primera de una manera deliberada y práctica, la segunda de una manera inconsciente y natural. De vez en cuando Magdalena pensó que no sería muy a menudo-, Edita Wayne admiraba a un hombre con toda sinceridad. Poco faltó para que Magdalena revelase sus sentimientos;

Librodot

logró sustraerse a este deseo merced a su creencia de que consideraba a Stewart interesante, no como hombre, sino como elemento integrante de aquel Oeste que se iba adueñando de ella. Y aferrada a esta idea no se preguntó por qué le mortificaban la coquetería de Elena o el lánguido interés de Dorotea, ni por qué le complacían la elocuente sonrisa y las palabras de Edita. Mas llegó, empero, a pensar, no sin cierto desdén, que tanto la una como la otra se prestarían gustosas a un flirteo con aquel cowboy, a quien una vez de regreso al Este olvidarían tan en absoluto como si jamás hubiese existido. Con una curiosa vivacidad de sentimiento que pudiera haberse calificado de anhelo, se preguntó también cómo acogería el aludido cowboy sus avances. Era obvio que éste estaba en una situación de manifiesta desventaja, y que si por un insólito accidente lograba escapar indemne de los bellísimos ojos de Dorotea, le sería imposible resistir a la sutil y fascinadora personalidad de la imperiosa Elena.

Volvieron al campamento al caer de la tarde, y alegremente se acomodaron en torno a la hoguera. Mas los invitados de Magdalena no tardaron en ceder de nuevo al persistente e irresistible deseo de dormir.

La joven marchó a poco con Florencia a su yacija bajo los pinos. Russ se echó a uno de sus lados y Tartar al otro. La fresca brisa nocturna soplaba en torno de ella, acariciándole el rostro, agitando su cabello. No tenía fuerza bastante para producir rumor alguno entre las ramas, pero sí para agitar con sedeño crujido la talluda hierba. Los coyotes reanudaron su tétrico aullido. Russ engalló la cabeza, ladrando ante su audacia.

Echada de cara al cielo, parecióle a Magdalena que jamás conseguiría dormirse bajo aquellos maravillosos astros blancos, que titilando, parpadeando por entre la trama de ramaje y agujas de los pinos, daban la impresión de estar muy próximos... Desvió la vista hacia el claro, donde una gran extensión de firmamento rutilaba bajo la luz de millares de estrellas, que cuanto más miraba mayores le parecían y más numerosas.

Estaba convencida de que había logrado sentir una verdadera atracción por todas las cosas físicas que provocaban en su espíritu una sensación de belleza, misterio o potencia; pero más que cosa alguna la atraían aquellas estrellas occidentales, sin duda por un presentimiento de la influencia que habrían de ejercer en su destino.

Las características dominantes durante los primeros días de campamento fueron para los huéspedes de Magdalena descansar y dormir. Dorotea Cooms pasó veinticuatro horas en un sueño, y fue tanta la dificultad que experimentaron para despertarla que llegó a alarmarles. Elena se quedaba dormida comiendo o hablando. Los hombres se mostraban más visiblemente afectados por el aire de la montaña que las mujeres. Castleton fue el único que se resistía

a sucumbir a la extraña modorra, gracias a la magnífica ocasión que tenía de barzonear con una escopeta al hombro.

Librodot

El período de languidez desapareció luego, y los días sucesivos fueron todo vida y movimiento. Sin embargo la señora Beck y Bobby Boyd no tomaron parte en nada especialmente fatigoso. Edita Wayne gustaba .también de preferencia pasear por la arboleda o sentarse en el herboso promontorio. En cambio, Dorotea y Elena manifestaron su deseo de explorar los riscos y carones, y cuando no conseguían hacerse acompañar por los demás, marchaban solas con los cowboys que les servían de guía.

Necesariamente, Magdalena y sus huéspedes tuvieron que convivir con los cowboys, y la partida llegó a constituir algo así como una gran familia. Sus amigos no tan sólo se adaptaron admirablemente a la situación, sino que mostraron sentirse a gusto con ella. En cuanto a los cowboys, observó Magdalena que, exceptuando cierta inclinación a la galantería y al boato, así como a estar siempre al acecho de las posibilidades de divertimiento o de excitación, no diferían en mucho de su habitual modo de ser. Si un proceso de nivelación se producía, era por parte de sus amigos, los cuales descendían un poco de su rango para ponerse a la altura de los hijos del Oeste. Aunque cualquier clase de individuos tendería a la naturalidad en tales circunstancias y medio ambiente.

La situación tenía un doble interés para Magdalena. Si antes deseaba ya estudiar a sus cowboys, especialmente a Stewart, ahora, con el contraste que sus huéspedes ofrecían, sentíase alternativamente divertida, confusa, perpleja y entristecida, y a veces sutilmente contenta.

Monty Price, una vez hubo conseguido dominar su cortedad, fue causa constante de regocijo para Magdalena, y, a decir verdad, para todos. Inopinadamente, Monty había descubierto que tenía éxito entre las damas, y la revelación le exaltó a épicas alturas o hizo semblante de que era así. Dorotea había sido su perdición, aunque en justicia Magdalena la creía inocente. La muchacha hallaba a Monty horripilante, y, de consiguiente, aunque hubiese sido cien veces heroico salvando la vida de cien inocentes angelitos, no la habría interesado. Monty la seguía por doquier; haciéndole el efecto, según dijo Magdalena, ora de un perrillo faldero, ora de un monstruoso y fiero gorila.

Nels y Nick pisaban los talones a Elena, montando su guardia, tiesos como granaderos, y si por desgracia dejaba caer un guante faltaba poco para que vinieran a las manos por recogerlo.

En cierto modo, Castleton era el mejor elemento de la partida. Su absurda estatura y la tremenda desproporción entre sus aptitudes y lo que su apariencia autorizaba a pensar de él, le hacían simpático. Montaba, escalaba riscos, cazaba, andaba como el que más. Su afición a cooperar en las faenas del campamento era tan decidida, que ¡os cowboys no sabían cómo quitárselo de encima. Tenía insaciable afán por ejecutar cuanto ofreciese para él alguna novedad. Los muchachos le hacían innumerables jugarretas, délas que jamás supo darse cuenta. Era serio, lento de palabra y absolutamente

Librodot

imperturbable. Y si este último atributo podía pasar como una muestra de buen humor, había que decir que el suyo era inalterable. Poco a poco los cowboys le fueron comprendiendo y estimando, y cuando concedían su estimación a un hombre no era nunca a la ligera. Más de una vez había deplorado Magdalena el modo que tenían de tratar a Boyd Harvey. Con Castleton, en cambio, acabaron por sentirse muy amigos. Aunque ni el uno ni los otros diéronse cuenta de ello. De todos modos, era un hecho, y un hecho debido a que el inglés era todo un hombre en el único sentido en que los cowboys podían interpretar la palabra. Cuando tras incontables tentativas consiguió echar el diamond-hich a un hatero, los muchachos empezaron a respetarle. Para adueñarse de sus corazones. Castleton no precisaba más que adquirir la práctica necesaria para montar un bronco resabiado. Uno de los cowboys tenía un bronco al que llamaban Diablo. Día tras día, durante una semana entera, el Diablo arrastró al inglés por todo el parque, destrozando su ropa, baqueteándole de mala manera, coceándole cuando lo tenia en el suelo. Con sincera solicitud los cowboys intentaron persuadirle de que renunciase a su propósito; detalle ya de por sí digno de mención, porque el espectáculo de un lord inglés zarandeado por un bronco indómito era de aquellos que un hijo del Oeste habría venido de muy lejos para presenciarlo. Cada vez que el Diablo desarzonaba a Castleton los cowboys se retorcían de gozo. Pero el inglés no conocía el sentido de la palabra «fracaso», y llegó un día en que el Diablo no consiguió derribarle. Fue un insólito acontecimiento contemplar a los cowboys alinearse para estrechar la mano al impertérrito Castleton. Incluso Stewart, que había seguido de lejos la contienda, se acercó a él con una cálida y placentera sonrisa en su adusto rostro. Cuando el triunfador se retiró a la tienda, la conversación entre los muchachos fue muy característica y de un tono muy distinto al de su primitivo chungueo.

-¡Por Dios! -exclamó Price, que parecía el más sorprendido y satisfecho de todos-. Es el primer inglés de fuste que he conocido. A la vista es engañador, pero ahora me explico que Inglaterra domine el mundo entero. Echa una ojeada a ese bronco: se le han acabado las agallas. ¡Y pensar que ha sido dominado por un Duque inglés que no mide ni dos palmos ! Por si no os habéis enterado, muchachos, Monty Price os ya a decir una cosa. Castleton es un hombre, y me apuesto un millón de novillos contra una reata a que pronto manejará el revólver tan bien o mejor que Nels.

Con marcada complacencia reconoció Magdalena que su estimación por Castleton se acentuaba, gracias a los rasgos de su carácter que la convivencia con los cowboys ponía tan de manifiesto. Por otra parte, gustaba de los cowboys más que antes por alguna particular'. dad que su contacto con los del Este había puesto de relieve. Esto era especialmente verdad en el caso de Stewart. Se había equivocado de medio a medio al suponerle fácil víctima de los ojos de Dorotea o de los atractivos de Elena. Era amable, servicial, cortés y observador. Pero se mostraba insensible. No veía los encantos de Dorotea, ni sentía la

Librodot

fascinación de Elena. Y eso que los esfuerzos de ambas por cautivarle eran tan manifiestos que la señora Beck los censuraba; Edita sonreía maliciosamente. Bobby y Boyd se permitian picarescas observaciones. Todo lo cual hería en lo más vivo el orgullo de Elena y la vanidad de Dorotea. Cambiando de táctica se lanzaron a la franca y abierta conquista de Stewart, y así vino a acaecer que, inconscientemente, Magdalena concedió al cowboy un lugar en su espíritu que jamás había ocupado hombre alguno. En cuanto descubrió la razón de que Stewart se mostrase refractario a las zalamerías de sus amigas, apartó la asombrosa y perturbadora idea de su mente. Sin embargo, era humana y era mujer, y no podía sustraerse a una íntima sensación de complacencia ante el chasco de las dos coquetas.

Por otra parte una percepción más aguda, que suscitaba su creciente interés por Stewart, hízole descubrir algo más acerca del cowboy. Éste no era feliz : con frecuencia por la noche se pasaba largas horas paseándose arriba y abajo por la arboleda. Cuando Nels, Nick y Monty estaban en el campo, se ausentaba a menudo sin razón aparente. Su vigilancia de los porteles y senderos era continua, como si esperase ver comparecer por ellos a algún inoportuno visitante.

Era el único, entre todos los cowboys, que no tomaba parte en la conversación y en las bromas de costumbre en torno a la hoguera del campamento. Se le veía ensimismado, abstraído, con los ojos siempre clavados en la lejanía. Causaba a Magdalena una extraña sensación tanto desvelo; y, recordando a don Carlos, se imaginaba que tanto ella como el resto de la partida le preocupaban hondamente.

Mas si la posible visita de una cuadrilla volante de guerrilleros le inquietaba, ¿cómo explicar sus ausencias del campamento? De súbito, por la inquisitiva mente de Magdalena cruzó como un relámpago el recuerdo de la mejicana Bonita, de quien no había vuelto a tener noticia alguna desde la noche en que, montada en el ruano de Stewart, desapareciera de El Cajón. El recuerdo engendró una idea. ¿Tenía Stewart algún rendez-vous en la montaña y se debían sus misteriosas ausencias a alguna entrevista con Bonita? Sus propios sentimientos le sorprendieron. Esta sorpresa debíase a la prontitud con que su mente desechó la idea y al hecho de que tal suposición hubiese bastado para cubrir su rostro de vergüenza. Luego, su antiguo modo de ser, tan distinto del actual, impulsivo y vehemente, se sobrepuso a ella, logrando dominar sus emociones.

En su nuevo modo de ser adivinó Magdalena una marcada tendencia a imponerse y a empuñar las riendas del poder en cualquier momento. Encontróse luchando lealmente y con denuedo en pro de lo que su inteligencia y buen sentido le decían no ser más que una romántica concepción del cowboy, y razonaba : si Stewart era el género de hombre que su femenil escepticismo quería suponer, no se hubiera mostrado tan insensible a las coquetas insinuaciones de Dorotea y de Elena. Antaño fue... no quiso recordar lo que había sido. Pero... estaba regenerado. Magdalena Hammond lo declaraba. Su altivez contendía con su instinto. Y su instinto de mujer leal, le decía

Librodot

que el cowboy era incapaz de semejante deshonor. Se reprochaba incluso el haberlo podido pensar.

Una tarde, sobre los riscos se abatió una nube que amenazaba tormenta. Ensombrecióse el declinante sol, y sobre el parque extendióse un velo de sombras. Magdalena experimentó un cierto desasosiego porque varios miembros de la expedición, incluyendo a Dorotea y Elena, que habían marchado a caballo con los cowboys al empezar la tarde, no estaban aún de regreso. Florencia procuró tranquilizarla, asegurando que aun en el caso de que no regresasen antes de desencadenarse la conflagración, no había el menor motivo de alarma. No obstante, Magdalena hizo llamar a Stewart, rogándole que fuese o enviase alguien al encuentro de la partida.

Media hora después la joven oyó el grato clip-clop de caballos en el portel. La vasta tienda estaba brillantemente alumbrada por varias linternas. Edita y Florencia la acompañaban. Afuera, la oscuridad era tan intensa que no permitía distinguir cosa alguna a dos pasos. El viento ululaba entre los árboles, y gruesas gotas de lluvia comenzaban a batir la lona.

Los caballos se detuvieron ante la puerta, y se oyó la confusión y rumor de voces y sonidos de un grupo que echa pie a tierra en la oscuridad. La señora Beck entró corriendo y sin aliento, radiante por haberle ganado la mano a la tormenta. Elena la siguió, y algo después Dorotea, con un intervalo más que suficiente para que fuese notada su llegada. En cuanto Magdalena vio sus chispeantes ojos, tuvo la certeza de que había ocurrido algo inusitado. Fuese lo que fuese, tal vez hubiese pasado sin comentario, de no haberse dado cuenta también Elena del insólito aspecto de Dorotea.

-¡Dios nos valga, Dot, qué guapa estás algunas veces -exclamó-, cuando consigues poner un poco de animación en los ojos y en la cara!

Dorotea hurtó el rostro a las miradas de los demás, y acaso fue pura casualidad la que hizo mirarse en un espejo que colgaba de la lona. Rápidamente se llevó la mano a la mejilla, para palparse un rojizo y amplio rasguño. Dorotea era en extremo cuidadosa de su aterciopelada y blanca tez. Y aquella señal desfiguraba su belleza.

-¡Hay que ver! -exclamó desolada-. ¡Qué cutis!

-¿Cómo te has hecho semejante cosa? -preguntó Elena, acercándose.

- ¡Me han besado! -declaró dramáticamente Dorotea.

-¿Qué? -preguntó Elena, entre generales carcajadas.

-Me han besado... Uno de esos cowboys sin modos ni vergüenza, me ha besado... y achuchado de mala manera... Estaba tan oscuro que no podía distinguir nada... Y la confusión de ruidos y voces me aturdía... Alguien quiso ayudarme a bajar del caballo..., se me enganchó el pie en el estribo y... ¡patatrás!..., me fuí de cabeza, cayendo en brazos de no sé quién. Entonces el grandísimo... bellaco, aprovechó la ocasión. Me estrujó como un oso, besándome de un modo terrible... Yo no

Librodot

podía mover ni un dedo... ¡Estoy furiosa!

Cuando se calmó la risa general, Dorotea volvió sus ojazos hacia Florencia.

-¿Es costumbre entre esos cowboys tomarse libertades semejantes con una muchacha desprevenida... y a oscuras?

-¡Naturalmente! -replicó Florencia, con franca sonrisa.

-Pero, ¿qué otra cosa podías esperar, Dot? -preguntó Elena-. ¿No estabas deseándolo?

-¡No!

-Pues... ¡cualquiera lo hubiera dicho al verte! ¡Es la primera vez que te pones furiosa por haber recibido un beso!

-No... no me habría importado tanto si... el bárbaro me hubiese desollado el carrillo. ¡Tenía unas mejillas como papel de estraza ! ¡ Y cuando quise apartarme estregó la mía!.. .

La confesión de la verdadera causa de enojo desternilló de risa a sus amigos.

-Dot, estoy de acuerdo contigo. Una cosa es recibir un beso y otra que le estropeen a una el cutis -replicó Elena-. ¿Quién fue el salvaje autor del atentado?

-¡No lo sé! -gritó Dorotea-. Si lo supiera... le... le...

Su mirada expresó la severidad del castigo que sus labios no acertaban a concretar.

-Di la verdad, Dorotea. ¿No tienes idea de quién fue? -insistió Elena.

-Creo..., supongo ¡que fue Stewart!

-¡Ay, Dorotea! Tu imaginación te engaña. Deploro echar por tierra el castillo de tus dorados sueños, pero Stewart no... fue... no pudo ser el ofensor... o el héroe.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Dorotea, arrebolándose.

-Porque hoy a las doce, antes de que emprendiésemos la marcha, Stewart estaba afeitado, mondo y lirondo como un huevo. Recuerdo perfectamente lo lisa y suave que me pareció de aspecto su piel.

-¿Ah, sí? Pues ya que tan buena memoria tienes y tan observadora eres, quizá puedas decirme cuál de ellos iba hoy sin afeitar.

-Es una sencilla cuestión eliminatoria - replicó alegremente Elena-. No fue Nick, ni Nels, ni Frankie. Con nosotros no venía más que otro cowboy con unas barbas negras y tan recias que se asemejaban a los cactos del camino.

-¡Ya me lo temía yo! -gimió Dorotea-. Ya sabía que tarde o temprano había de hacerlo... ¡Ha sido ese horripilante demonio de Monty Price!

Lugar favorito de Magdalena en sus ratos de ocio era una especie de umbrío hornacho, en los riscos que miraban al Este. Desde allí la vista era por completo distinta de la que se gozaba desde el Oeste. No era roja, blanca y fulgurante, ni tan cambiante que fatigase la atención. Hacia el Este el panorama era de montañas y valles en los que no faltaban trechos áridos; al lado de las verdes extensiones de nos y abetos y el sosegado gris de los picachos. Recios y rugosos eran los rasgos de aquella montañosa región, mas estaban cerca, no

inconmensurablemente lejanos e inalcanzables como el desierto. Allí, a la sombra plácida de la tarde, solían acudir Magdalena y Edita para tenderse bajo un árbol de ramas muy bajas. Hablaban poco, dejándose vencer por el extraño conjuro de la montañosa soledad y del crepúsculo. En el valle divisábase una bruma calina; sobre los picachos los blancos jirones de nubes parecían estacionarse inmóviles; un águila surcaba el firmamento; el silencio era la total carencia de sonido peculiar de las grandes alturas, y el suave céfiro llevaba en su hálito el fragante incienso de los pinos.

Una de las tardes, empero, Edita pareció dispuesta a conversar.

-Majestad, pronto tendré que volver al Este. No puedo permanecer aquí indefinidamente. ¿Vendrás conmigo?

-Tal vez -replicó ensimismada Magdalena-. Ya lo he pensado. Tarde o temprano tendré que ir a casa. Pero este verano mis padres se van a Europa.

-Escucha, Majestad, ¿tienes intención de pasarte el resto de tu vida en este desierto? -preguntó directamente Edita.

Magdalena guardó silencio.

-¡Oh! ¡Es magnífico! No creas que pretendo denigrarlo, querida -prosiguió Edita- Este viaje ha sido para mí una revelación. Cuando llegué no quise decirte que estaba enferma, Majestad. Hoy me encuentro restablecida. ¡Y tan restablecida! Elena está en igual caso. Al llegar aquí parecía una sombra, y ahora, ya lo yes, está curtida por el sol, fuerte y más bella que nunca. Aunque sólo fuese por el generoso donativo de salud amaría e! Oeste. Pero... he llegado a amarle por otras causas..., espirituales algunas de ellas. Te he estudiado a fondo, Majestad. He visto y he sentido lo que esta vida ha hecho de ti. Cuando llegué, me maravilló tu energía, tu entereza, tu sereno contento, y quedé aturdida, perpleja, sin adivinar la causa de tu cambio. Hoy lo sé. Estabas hastiada del ocio, de la vida inútil, de la sociedad..., hastiada de los horribles ruidos y hedores y contactos, imposibles de rehuir hoy día en una ciudad. Yo también lo estoy, y podría citarte no pocas mujeres de nuestra esfera que sufren de igual modo. Tú has hecho lo que muchas de nosotras anhelamos hacer, pero que no tenemos bastante valor para ello. Lo has abandonado todo. No soy tan ciega que no vea el espléndido cambio que has aportado a tu vida. Aun sin decírmelo tu hermano, habría descubierto por mí misma todo el bien que has prodigado entre los mejicanos y ganaderos de tus pampas. Además, tienes algo que hacer. En gran parte, es ése el secreto de tu dicha, ¿verdad? Dime algo de lo que esto representa para ti.

-Indudablemente el trabajo contribuye mucho a la felicidad individual- asintió Magdalena- Nadie puede ser feliz si no trabaja. En cuanto a lo demás y por lo que a mí se refiere... poco puedo decirte. No he intentado nunca condensarlo en palabras. Reconozco con franqueza que a no haber dispuesto de capital suficiente no habría hallado aquí tal contentamiento. No lo tomes como una censura contra el Oeste; pero de haber carecido de medios no habría podido

Librodot

adquirir mi rancho y sostenerlo. Stillwell me asegura que, si bien hay haciendas mayores que la mía, no sabe de ninguna comparable a ésta. Luego, el negocio cubre casi todos mis gastos. ¡Figúrate! En vez de derrochar mi renta, la estoy ahorrando. Supongo..., creo que realizo algo útil. He contribuido a mejorar un poco la mísera condición de los mejicanos..., a aliviar en algo las penalidades de un puñado de cowboys. Por lo demás, mi vida se desliza como un sueño. Claro que el rancho, y las pampas son reales, como mis cowboys son típicos. Si te dijese lo que siento respecto a ellos, equivaldría a decir cómo juzga Magdalena Hammond el Oeste. Ellos pertenecen realmente al Oeste. La extraña soy yo, como extraño es lo que por ellos siento. Por eso te aconsejo, Edita, que te atengas a tus propias impresiones.

-Pero, Majestad, ¡si son mis impresiones las que han cambiado! Al principio no me gustaban ni el viento, ni el polvo, ni el sol, ni los interminables abertales, y ahora me encantan. Donde antes no veía sino terribles yermos de terreno estéril veo ahora belleza y algo noble y digno. Tus cowboys me parecían sucios, rudos, ordinarios, salvajes... todo cuanto de primitivo puede hallarse en un hombre. Me repugnaba su simple presencia. Los suponía crueles, duros, ávidos únicamente de francachelas con los de su clase; pero me engañaba. He cambiado. La suciedad era polvo. Y el polvo del desierto es limpio. Siguen siendo rudos y vocingleros y ordinarios y salvajes ante mis ojos, pero con una diferencia : que son naturales. Son... como unos niños. Monty Price es un aristócrata de la naturaleza. Lo difícil era descubrirlo. Su repulsiva figura, sus acciones, sus palabras son simples máscaras con las que encubre su verdadero modo de ser. Nels es una joya, un hombre sencillo, afable, sosegado, digno del amor de una mujer. ¡Cuánto significaría para él verse amado! ¡Una vez me dijo que la única mujer que le había querido era su madre, y la perdió a los diez años! Todos merecen que se les ame... especialmente hombres como Nels. En cierto modo su historial de gun-man no me impresiona. No puedo creer que haya matado a nadie. Luego, ahí tienes a tu capataz, Stewart. Es un cowboy que trabaja y vive como los demás; pero posee educación y gran parte de los atributos que reputamos privativos de un caballero. Stewart es un extraño sujeto, como éste es ¡in extraño país. Es... todo un hombre, Majestad, y le admiro. Así, ya ves cómo mis impresiones se van desarrollando a compás de mi estancia aquí.

-Edita, me alegro en el alma de oírte hablar así -replicó calurosamente Magdalena.

-Me gusta el país, y me gustan sus hombres-prosiguió Edita-. Una de las razones de que quiera marchar pronto es porque ya estoy ahora bastante a disgusto en mi casa, aun sin haberme apasionado por el Oeste. Pero acabaría apasionándome, y no podría vivir fuera de aquí. Esto me lleva a lo que pensaba decir. Admitiendo la belleza, el encanto, la salubridad y las ventajas de este maravilloso país, no es éste, sin embargo, un lugar para ti, Magdalena Hammond. Considera tu posición, tu fortuna, tu apellido, tu familia. Tendrás que casarte. Vendrán hijos. No puedes renunciar a todo eso por una quijotesca

Librodot

vida en el desierto.

-Edita, estoy cierta de que aquí pasaré el resto de mi vida.

-¡Oh, Majestad! ¡Me encocora predicar en esta forma, pero... prometí a tu madre tener una conversación contigo! ... Y la verdad es que odio..., aborrezco cuanto te estoy diciendo. Envidio tu valor y sensatez. Sé que te has negado a casarte con Boyd Harvey. Lo he leído en su rostro. Creo que harás lo mismo con Castleton... ¿Con quién te casarás? ¿Qué oportunidad puede haber aquí para una persona como tú? ¿Qué harás?

-¡Quién sabe! -replicó Magdalena, con una sonrisa algo impregnada de tristeza.

A las pocas horas de esta conversación con Edita, Boyd Harvey, sentado al lado de Magdalena en el herboso promontorio que daba al Oeste, insistía una vez más en su afable galanteo. De pronto la joven se volvió hacia él, diciendo

-¡Boyd! Si me casara con usted, ¿se sentiría dispuesto a... pasar gustosamente el resto de su vida aquí en el Oeste?

-¡Majestad! -exclamó. La sorpresa se reflejaba en su voz, habitualmente tan bien modulada, como se reflejaba en su guapo semblante, de ordinario tan indiferente. La pregunta le había sobresaltado. Ella le vio mirar hacia los grises acantilados, por encima de las áridas laderas y de las lomas cubiertas de cedros, hacia los cerros cubiertos de cactos, y al ceñudo y trágico desierto. A la sazón, sus rojizos velos de neblina polvorienta, su ilimitada desolación de tierra convulsa y baldía eran un siniestro espectáculo-. No-replicó, con un punto de rubor en las mejillas.

Magdalena no añadió una palabra, ni él despegó los labios. Había evitado el tener que rechazarle, y estaba casi cierta de que no volvería a insistir. Esta convicción causábale a la vez alivio y pesar. Un pretendiente humillado no es por lo general un buen amigo.

Era imposible no apreciar a Boyd Haryey. Esta idea, juntamente con los motivos que la obligaban a rechazarle, hizo que concentrase su nunca satisfecha mente en el sujeto. Le miró y pensó en él.

Era apuesto, joven, rico, de buena familia, amable, culto...; poseía, en fin, todas las cualidades propias de un caballero de su clase. Si tenía vicios, Magdalena no había oído nunca hablar de ellos. Sabía que no tenía ninguna inclinación por la bebida ni por el juego, y que era considerado como persona muy deseable y elegible entre las casaderas. Magdalena admitía todo esto.

Luego pensó en cosas que se debían tal vez exclusivamente a sus propias y extrañas ideas. La piel de Boyd Harvey no tomaba el curtido del sol y de los vientos de! Oeste. Sus manos eran más blancas que las suyas, y más suaves. Eran manos próceres, y Magdalena recordó el especial cuidado con que las atendía. Ello era la prueba de su ociosidad. Su figura era talluda, elegante, graciosa, sin la menor traza de rudeza. En los deportes no había ido más allá del yachting. Aborrecía cuanto implicara esfuerzo o actividad. Montaba poco, no

Librodot

gustaba del automovilismo sino con moderación, repartía su tiempo entre las playas de moda americanas y europeas. No daba un paso si podía evitarlo, y no tenía más ambición que la de pasar los días lo más agradablemente posible. Su tuviera hijos serían la copia exacta de su padre, con la única diferencia de representar un paso más hacia la inevitable extinción de su raza.

Magdalena volvió al campamento en un estado de ánimo propicio para un vivo y acentuado contraste. Y ocurrió -fatalmente, quizás-que la primera persona en quien sus ojos toparon fuese Stewart. Éste acababa de llegar, y al verla se acercó a explicarle que procedía del rancho a donde fue a recoger correspondencia urgente, por la que ella había manifestado ansiedad.

-¡Ida y vuelta en un día! -exclamó Magdalena.

-Sí -replicó-. No es cosa del otro jueves.

-Por qué no envió usted a cualquiera de los muchachos, dejando que hiciese la usual jornada de dos días?

-Estaba usted inquieta por lo que pudiese contener su correo -contestó, brevemente, entregándole el fajo de cartas. Luego se inclinó para examinar las cuartillas de su caballo.

Estaban en pleno verano, pensó Magdalena, y en el portel abajeño el calor y el polvo eran seguramente sofocantes. Stewart había hecho el viaje de ida y vuelta en menos de doce horas. Excepto su fornido negro o Majesty no había en el equipo un caballo capaz de soportar la caminata; y su montura mostraba las señales de la dura jornada. Estaba cubierta de polvo que el sudor había convertido en fango, y su cansancio y cojera eran evidentes.

Por el aspecto de Stewart, Magdalena dedujo que debió ahorrar al caballo el peso de su persona durante no pocas millas de la penosa ascensión. Su calzado era una prueba de ello. Su áspera camisa de franela empapada de sudor, estaba adherida al cuerpo, poniendo de relieve el menor movimiento de los poderosos músculos de los hombros y los brazos. Su rostro, salvo las sienes y la frente que aparecían de un rojo vivo, estaba negro. Al terminar el examen de la lastimada cuartilla, desensilló. El animal sacudióse y echó a andar en dirección al abrevadero. Stewart le dejó saciar algo su sed, apartándolo luego a viva fuerza con férreos brazos. El gesto impresionó a Magdalena, dándole una extraordinaria sensación de la potencia muscular del hombre. Las muñecas al aire, las manos fuertes, capaces, recias, que acariciaban al caballo estaban llenas de durezas y uno de sus dedos aparecía vendado. Eran manos en las que había tanta suavidad y afecto por el animal como fuerza para impedir que bebiera con exceso en un momento inoportuno.

Stewart era una amalgama de fuego, fuerza y energía. Estos atributos parecían inseparables de su persona. Su presencia tenía algo de impelente y vital. No obstante su agotamiento por la ruda jornada, sorprendió a Magdalena con su potente juventud y su inusitada vitalidad, y su promesa de realizaciones futuras, de heroicos hechos, tanto físicos como morales. En él veía la incólume robustez de

Librodot

sus antepasados. La vida en él adquiría una maravillosa significación. El polvo, el fango, el sudor, las desgarradas ropas, la mano vendada, el músculo y el nervio.., habrían merecido la aprobación de los paladines de antaño y de las mujeres de hogaño cuyas pupilas derramaban suave luz sobre los rudos y ensangrentados campeones del trabajo.

Magdalena Hammond comparó el hombre del Este con el del Oeste, y la comparación fue el último adiós a sus antiguos ideales.

XVII

Durante las noches frescas y estrelladas los camperos instalábanse alrededor de la llameante hoguera narrando historias sensacionales en armonía con los altos picachos y la salvaje soledad.

Como cuentista, Monty Price alcanzó insospechado renombre. Era un fertilísimo embustero, mas sus arrobados oyentes no lo hubieran descubierto nunca a no traicionarle, impulsados por la envidia, sus camaradas. La verdad de sus notables ficciones no había llegado a Castleton, sin duda por la obtusa comprensión del inglés. Había, además, otro detalle, mucho más extraño y tan divertido como éste. Dorotea Coombs sabía que Monty era embustero; pero la fascinaban de tal modo los brillantes ojos de basilisco que clavaba en ella, la impresionaban tanto sus historias de sangre y de muerte, que, no obstante lo que sabía, acababa creyéndolas.

Monty sentíase orgulloso de la facilidad que súbitamente se había revelado en él. Antiguamente era muy raro verle desplegar los labios en presencia de desconocidos. Desde que su supremacía en el golf reveló su talento, Monty desarrolló más de un rasgo singular y latente. Sentíase tan envanecido y tan finchado de su capacidad de mentir como si se tratase de virtud penosamente adquirida. Algunos cowboys le envidiaban porque atraía la atención y, al parecer, la admiración de las damas. Nels también sentía celos, no porque Monty se pintase a sí mismo como prodigioso gun-man, sino por su facilidad para narrar historias. Nels había sido en realidad el héroe de cien contiendas, pero jamás se le había oído mencionarlas. Los admirables ojos de Dorotea y la sonrisa de Elena turbaban su modestia. En cuanto Monty comenzaba a hablar, Nels refunfuñaba, sacudía su pipa contra un tronco, y hacía gestos de querer retirarse para no tener que escuchar... aunque siempre se quedaba hasta el final. No le habrían despegado de allí ni a tiros.

Una tarde, hacia el crepúsculo, Magdalena, al salir de su tienda, se encontró con Monty, que a todas luces estaba al atisbo. Con gran alarde de misteriosos guiños, ademanes y murmullos, se la llevó algo aparte.

-Señorita Hammond, voy a atreverme a pedirle un favor -dijo.

Magdalena concedió su aquiescencia, con una sonrisa.

-Esta noche, durante la velada, cuando todos hayan desembuchado ya sus cuentos y se produzca un rato de calma, quisiera que usted, así, como si no le diera importancia, me dijese: «Monty, ya que por lo visto ha corrido más aventuras que todos esos vaqueros juntos, cuéntenos la más terrible de cuantas recuerda.» ¿Quiere usted hacerlo, señorita Hammond? Pero... que parezca sincero...

-Desde luego, Monty. Así lo haré -accedió Magdalena.

Su atezado y macilento rostro no tenía más animación ni color que los de un pedazo de roca volcánica, al que se asemejaba. Magdalena comprendió lo monstruoso que a Dorotea debía parecerle aquel requemado y disforme semblante, lo absurdo que a una mujer de refinada sensibilidad había de resultar aquel hombrecillo. Ella misma experimentaba cierta dificultad en mirarle cara a cara, mas sabía ver detrás de la careta, y en las pupilas de Monty vio chispear al malicioso diablejo de su sano espíritu chancero.

Fiel a su palabra, Magdalena aprovechó durante la velada un instante oportuno, cuando la conversación decaía y sólo el prolongado aullido de los coyotes quebraba el silencio. Volviéndose hacia el cowboy

-Monty -dijo, haciendo una pausa para causar mejor efecto- Monty, por lo visto ha tenido usted más aventuras que todos los cowboys juntos. ¿Por qué no nos refiere la aventura más terrible de su vida?

Monty pareció sobresaltarse ante aquella pregunta que hizo converger en él todas las miradas. Tuvo un ademán suplicante.

-Señorita Hammond, agradeciéndole con toda modestia el cumplido, tendré que negarme... -replicó Monty con evidente zozobra- Es... es demasiado desgarrador para corazones tan bondadosos y tiernos como los de ustedes...

-¡Venga! ¡Venga! ¡Que lo cuente! -gritaron todos, menos los cowboys. Nels comenzó a asentir, sacudiendo la cabeza como si él también comprendiese lo impresionable de la naturaleza humana. Dorotea cruzó los brazos, sujetándose las rodillas, escalofriada de antemano. Monty había clavado en ella su hipnótica mirada. Castleton dejó de fumar y se afianzó el monóculo, disponiéndose a no perder palabra.

Monty cambió de asentadero, situándose de forma que las llamas de la hoguera iluminasen su rostro. Parecía sumido en una profunda y melancólica meditación.

-Ahora, por más que lo intento... casi no puedo determinar cuál ha sido mi más _pavorosa aventura -dijo pensativo.

Nels exhaló una inmensa bocanada de humo, como si quisiera ocultarse a la vista de los demás. Monty reflexionó, y cuando se hubo disipado la humareda, interpeló a su camarada

-Escucha, viejo. Tú y yo hemos pasado lo nuestro en el Panhandle... hace más de treinta años...

-Debió de ser con mi padre, Monty... -interrumpió rudamente Nels-. Yo no soy tan viejo.

-Quizá haga menos tiempo... En todo caso, Nels, recordarás a aquellos tres ladrones de caballos que ahorqué de un abeto... v la bellísima rubia que conseguí rescatar de las garras de una cuadrilla de facinerosos que habían degollado a su padre, al viejo Bill Warren, el trampero... A tu juicio, ¿cuál de los dos casos fue más horroroso?

-Monty..., tengo una memoria que da grima -replicó el inconmovible Nels.

-¡Cuéntenos usted lo de la rubia! -gritaron al menos tres de las damas.

Dorotea, que ya había pasado una horrible noche de pesadillas a causa de una historia por el estilo, miró suplicante al cowboy para que le evitase una repetición.

-Vaya por la rubia -dijo Monty, retrepándose en su asiento-, aunque no juzgue su historia por la más horrible de las dos y vaya eso a despertar en mi pecho tiernos recuerdos que creí dormidos para siempre.

Hizo una pausa, durante la cual se dejó oír un seco y violento repiqueteo. Este ruido procedía de Nels que vaciaba su pipa contra el tronco..., evidente señal de descontento del envidioso cowboy.

-Fue allá en el Panhandle, hacia el sector Oeste de los cazaderos comanches. Bandas de pieles rojas y de forajidos se ocultaban en los desecados álveos de la región, acosando sin cuartel a las manadas de búfalos que por allí invernaban. Entonces, yo era un mozo y, ahora que lo pienso, un desperado. Aunque la culata de mi revólver tenía ya diecisiete muescas -cada muesca representa un hombre muerto cara a cara -, tan sólo de una de ellas me avergonzaba. Era la correspondiente a un estafetero a quien tuve que dar en la cabeza de un modo opuesto a las reglas profesionales por negarse a entregarme... un pequeño paquete certificado que llevaba. Mi reputación era tal, que al presentarme en algún salón de bebidas... todo el mundo me sonreía y me invitaba.

»Bien. Entré en un lugar llamado Taylor's Bend, y hallábame pacíficamente junto al bar cuando llegaron tres cowboys, los cuales no me reconocieron por estar de espaldas, y empezaron a sentirse retozones. Ni dejé de beber, ni siquiera me volví; pero cuando acabé de disparar por debajo del brazo, el encargado tuvo que acercarse a la serrería mecánica vecina y pedir un saco de serrín para tapar lo que quedaba de los tres mata-vacas, luego de habérselos llevado. En aquellos tiempos yo era muy tosco de modales y solía cercenar orejas, narices, manos, con las balas. Más adelante me limité a quitar cuanto antes a mi hombre de en medio, como Wild Bill.

»Aquella noche, llegaron al pueblo rumores de que una banda de asesinos había degollado al viejo Bill Warren, y se habían llevado a su hija. Congregué a unos cuantos buenos gun-men y salimos a galope por el álveo del río hasta llegar a la cabaña de troncos donde los bandidos hallábanse reunidos.

»Caímos sobre ellos audazmente y haciendo considerable estruendo. La cuadrilla empezó a soltar plomo desde la cabaña y nosotros nos

Librodot

pusimos a cubierto. La batalla duró toda la noche. Por la mañana no quedaban más que dos de los míos, y éstos mal heridos. Combatimos durante todo el día sin comer ni beber, salvo un poco de whisky que yo llevaba, y al caer la noche... yo era el único enemigo de los sitiados.

»Sintiéndome bastante malparado, hice una tregua y bajé al río a lavarme la sangre de las heridas, vendármelas

beber un poco. Mientras estaba en estas ocupaciones, veo comparecer a uno de los facinerosos con un cubo. En lugar de agua se llevó plomo, y cuando estaba a punto le expirar me confesó que otra cuadrilla de desperados se encaminaba hacia la cabaña, adonde llegarían al día siguiente, y que si mi plan era rescatar a la chica, tendría que darme prisa. En la choza quedaban cinco.

»Volví a la espesura, en donde había dejado a mi caballo, tomé dos revólveres más, otro biricú y una cava de municiones. Si no me engaño, también cogí cigarrillos. Luego enfilé la cabaña. La noche era magnifica, la luna brillaba esplendorosa. Me pregunté si la hija de Mill seria tan guapa como decían. Alrededor de la casuca la hierba a talluda, por lo que, arrastrándome, pude ir hasta la puerta sin despertar sospechas. Ya allí, medité. La vivienda no tenia más que aquella abertura y dentro las tinieblas tan completas.

»Rápidamente, abrí, escurriéndome al interior. Todo salió a pedir de boca. Me oyeron, pero no tuvieron tiempo de verme a la escasa claridad de la entrada. Ni que decir tiene que mediaron algunos disparos, mas los pude eludir cambié de posición.

»Señoras y caballeros, en aquel recinto se desarrolló un verdadero duelo. Casi siempre me hallaba en sitio distinto al que dirigían su fuego. Con admirable paciencia fui esperando hasta que alguno de aquellos condenados se pusiese nervioso y avanzase en mi busca. Al clarear el día, allí estaban los cinco, tiesos en el suelo, como cinco espumaderas. Hallé a la muchacha. ¿Guapa? ¡Bellísima! Juntas bajamos al río y ella me lavó las heridas. Durante la noche había aumentado la colección en una media docena más, y el espectáculo de sus ojos arrasados de lágrimas, sus manecitas tintas con mi sangre, provocó una trémula congoja en mi corazón. Observé que a ella le ocurría lo mismo... ¿para qué decir más?

De regreso del río, acababa de montar mi caballo con la muchacha a grupas, cuando dimos de manos a boca con la cuadrilla de bandoleros cuya llegada me había anunciado el difunto. Por la situación desventajosa en que me cogían tuve que contentarme con tumbar solamente a los cinco con la carga que mi revólver me permitía y emprender la fuga. Tras de mi echó a correr toda la banda, persiguiéndome durante varias millas y obligándome, al salvar una loma, a meterme entre una manada de búfalos. Antes de que pudiese remediarlo, las bestias salieron de estampida, con nosotros en medio. Los feroces animales nos rodeaban. Comprendí que corríamos algún peligro. Pero la muchacha puso toda la confianza en mi. Me di cuenta cíe ello por la forma en que me abrazaba, chillando. ¡Estaba enamorada de mi! Al poco rato me era ya difícil sostener en pie a mi

caballo. Mi vista no abarcaba sino una masa de polvorientas jibas negras y peludas. Una inmensa nube de asfixiante polvo nos envolvía. El estruendo de los desenfrenados cascos era horrísono. Mi caballo empezó a flaquear, tambaleándose... arrastrándome... hasta hacerme caer, sin soltar a la muchacha, sobre los lomos de los búfalos.

»Señoras, no negaré que entonces Monty Price sintió miedo. ¡Por primera vez en su vida! Pero el confiado semblante de la bellísima doncella, apoyada contra mi pecho, abrazándome y lanzando terribles alaridos, hizo remontar mi espíritu como una cometa. Empecé a saltar de búfalo en búfalo... Debí recorrer a lo menos una milla de jorobas antes de ver terreno raso, y entonces, fue cuando realicé las mayores hazañas de mi vida. Calzaba mis grandes espuelas, y valiéndome de ellas aguijoneaba al búfalo sobre el que de momento cabalgábamos hasta llegar cerca de otro..., al que cambiaba de un salto. Así conseguí llegar al final de la manada, me apeé de mi última montura y rescaté a la joven.

» Si mi memoria no me engaña, el paseo hasta llegar al poblado donde ella vivía fue conmovedor. Mas... ella no supo serme fiel y se casó con otro. Fui demasiado caballero. No los maté. Pero la infame perfidia me abrasó el pecho. Las mujeres son extrañas. Desde entonces... no dejo de admirarme al ver que una muchacha que ha abrazado y besado a un hombre puede casarse con otro..., aunque posteriores experiencias me han enseñado que es así.

Los cowboys prorrumpieron en formidables carcajadas.

Elena, la señora Beck y Edita les hicieron coro con lágrimas en los ojos; Magdalena no halló medio de contenerse. Dorotea, ciñéndose las rodillas, estaba horrorizada, no tanto por la sanguinaria historia como por la inequívoca alusión del cotvboy a ella y a la inconstancia femenil. La imperturbabilidad de Castleton parecía por primera vez alterada, aunque no por regocijo. En efecto, cuando advirtió la algazara general la juzgó improcedente.

-¡Por Júpiter! -exclamó-. ¡Ustedes los americanos son extraordinarios! No veo qué pueda tener de cómica la aventura del señor Price. Cuando dice usted que sintió miedo por primera vez en su vida, señor Price, comprendo lo que eso significa. Sé lo que es, porque yo también me he encontrado en una situación semejante.

-Duque, jamás lo hubiera creído de usted -replicó Monty-. Y experimento no poca curiosidad por saber cómo fue.

Magdalena y sus amigos no se atrevieron a desplegar los labios por temor a romper el conjuro que había dado al traste con la habitual modesta reticencia del inglés. Había explorado el Brasil, guerreado en África del Sur contra los boers, recorrido la India v África en excursiones cinegéticas..., aventuras todas de las que jamás hablaba. En la ocasión presente, empero, dando la narración de Monty como cierta, y excitado por el carácter homérico de ella, tal vez quebrantaría su reserva. Los cowboys casi se hincaron de rodillas, suplicantes. En sus palabras adivinábase una reprimida ansiedad, que era algo más que el mero deseo de oír una historia de labios de un lord. Magdalena

Librodot

comprendió que los muchachos habían descubierto de pronto que Castleton no era el obtuso y crédulo sujeto de quien tanto habían abusado; que, desempeñando a la perfección un papel, se divertía a su costa; y por ultimo que se proponía narrar una historia, una patraña que dejase en mantillas las de Monty. La impaciente expectación de Nels denotaba el gozo con que acogería cuanto viniese a empequeñecer a su rival, y la lenta extinción de la sonrisa de Monty, el gradual encogimiento de su altivo porte, la perplejidad con que miraba a Castleton... eran una prueba de su temor.

-He afrontado la acometida de tigres y elefantes en la India, de rinocerontes y leones en África -empezó Castleton con rápida y fluida palabra, muy distinta de su habitual rezongó-; pero tan sólo una vez he sentido miedo. Si se es pusilánime no recomiendo la caza de esos animales. La aventura a que me refiero acaeció en Uganda, en el África Occidental Inglesa. íbamos en safari y nos hallábamos en un distrito indígena infestado de leones antropófagos. No estará de más advertir que el antropófago es un animal muy distinto del león ordinario. Son siempre fieras ya maduras, por lo general viejas. Se hacen antropófagos por necesidad o por accidente. Cuando envejecen, las dificultades con que tropiezan para alimentarse son enormes. Acosados por el hambre, acechan el paso de algún indígena, y, una vez han probado la sangre humana, ya no quieren de otra. Se vuelven temerarios y terribles en sus acometidas.

»Los habitantes del poblado en cuyas cercanías acampamos vivían en perpetuo terror por las depredaciones de dos o más antropófagos. La noche de nuestra llegada un león saltó el seto que constituía una especie de estacada, hizo presa en un indígena que se hallaba sentado con otros en torno a una hoguera, y desapareció por donde había venido, llevándose entre los colmillos al infortunado, que lanzaba gritos desgarradores. Determiné acabar con aquellas alimañas y con tal objeto establecí un campo permanente en el lugar. De día enviaba a mis porteadores para que estuviesen al acecho entre los matorrales y rocas del valle, y por la noche montaba yo la guardia. Los leones nos visitaron todas las noches, pero yo no conseguí ver a ninguno. Observé que cuando rugían por los alrededores del campamento no era tan de temer su acometida como cuando guardaban silencio. Y era en efecto asombrosa la cautela con que solían rastrear a su víctima. Se deslizaban a través de una maleza tan tupida que, al parecer, ni un conejo hubiera podido atravesarla, y lo hacían sin levantar el menor ruido. Luego, cuando juzgaban llegado el momento oportuno se abalanzaban sobre su presa con terrible violencia y formidables rugidos. No les arredraba el fuego, arrasaban las chozas, llegando incluso a arrebatar de las ramas de los árboles a los infelices en ellas refugiados. Era imposible predecir con certeza de dónde nos vendría su acometida.

»A los diez o doce días de semejante existencia, las largas vigilias me dejaron exhausto, y una noche, cansado de esperar, me rindió el sueño. Mi escopetero estaba solo en la tienda conmigo. Un fantástico

rugido me despertó, luego un terrible grito desgarró mis oídos. Dormía siempre con el rifle en la mano e intenté incorporarme, mas me fue imposible por tener el león encima de mí. Permanecí inmóvil. Los gritos de mi escopetero me dieron a entender que el felino se había apoderado de él. Quise intentar lo posible por salvarle, pero juzgué lo más prudente no hacer movimiento alguno mientras estuviese debajo del león. De pronto, la fiera cambió de postura y sentí los pies del infortunado Luki arrastrándose sobre mí, en tanto que gritaba : «¡Sálvame, Bwana! » Por instinto me así a uno de sus tobillos. El león salió de la tienda, llevándome a rastras, cogido al pie de Luki. A la brillante luz de la luna pude ver que era un inmenso ejemplar de negra melena, y que tenía cogido a Luki por un hombro. El infeliz gritaba sin cesar. Antes de darse cuenta de la doble carga que llevaba, el león debió recorrer al menos cuarenta yardas. Entonces se detuvo y se volvió. ¡Por Júpiter! Tenía un aspecto diabólicamente feroz, con su maciza y enorme cabezota, sus ojos verdes y relampagueantes y sus formidables dientes clavados en el pobre Luki. Solté el pie y me acordé del rifle. Pero, como estaba tendido de costado, antes de intentar incorporarme hice un horrible descubrimiento. ¡No tenía arma alguna ! La mía debió resbalar debajo del brazo, y con el azoramiento natural al presentarse el león, había cogido la lanza de hierro de Luki, que siempre guardaba junto a sí. El sanguinario animal soltó al indígena, lanzando un rugido que hizo temblar la tierra. Entonces fue cuando tuve miedo. Durante unos momentos me quedé como paralizado. El león se aprestaba a acometerme, y de un salto hubiera podido alcanzarme. En tales circunstancias se piensan muchas cosas en poco tiempo. Sabía que echar a correr me hubiera sido fatal. Recordé lo extrañamente que reaccionan los leones en determinadas circunstancias. Una sombrilla había bastado para ahuyentar a uno; otro huyó despavorido al oír un trompetazo; un tercero emprendió precipitada fuga viendo venir hacia él a un indígena que huía de otro león que le acosaba... En consecuencia, me pregunté si sería posible amedrentar al que iba a abalanzarse sobre mí. Obrando a impulsos de mi idea le aguijoneé los cuartos traseros con la punta de mi lanza. Amigas, amigos míos, les juro por cuanto más respeto, que aquel león se encogió como un perro, puso el rabo entre piernas y se batió en ignominiosa retirada. Aprovechando mi ventaja, me puse en pie, dando grandes voces, y salí tras él, pinchándolo de nuevo. Lanzó un bufido indigno del rey de la selva. Insistí de nuevo con la punta de mi lanza y... desapareció al galope. Después vi que Luki no estaba herido de gravedad. Pero... nunca he olvidado aquellos momentos.

Cuando Castleton terminó su relato, reinó un elocuente silencio. Todas las miradas convergían en Monty, que aparecía anonadado, derrotado, caído fuera de su trono. Sin embargo, en sus ojos refulgía una llama de sincera admiración por Castleton.

-¡Duque! ¡Ha ganado usted! -dijo; y, bajando la cabeza, abandonó la tertulia con aires de emperador de puesto.

Los cowboys estallaron de gozo. El usualmente quieto y sosegado

Librodot

Nels vociferaba como un energúmeno y echábase de cabeza abajo y con los pies en alto. Los demás ejecutaban prodigiosas contorsiones. No les bastaba un mero vocerío para manifestar su alborozo por la que juzgaban humillante derrota del tirano Monty.

El inglés les contemplaba con divertida consternación. Sentíase desconcertado. Para Magdalena y sus amigos era obvio que Castleton se había atenido estrictamente a la verdad de los hechos. Pero nadie hubiese logrado nunca convencer a Nels y a sus camaradas de que Castleton no había mentido deliberadamente para «bajar los humos,, al digno sucesor de Ananías.

Experimentaban todos marcada repugnancia a abandonar la reunión de la hoguera. Los troncos, transformados en un vasto montón de ascuas de oro, despedían un calor propicio a la evocación del espíritu de los sueños. Al menguar las llamas, las sombras de los pinos iban invadiendo más y más el círculo de vacilante luz. Una fresca brisa reavivaba las brasas, levantaba copos de blanca ceniza, y gemía entre los árboles. Los agudos gritos de los coyotes se extinguían en lontananza, y el cielo era una prodigiosa bóveda azul oscuro tachonada de blancas estrellas.

-¡Qué noche tan perfecta! -dijo Magdalena-. Es la más a propósito para comprender el ensueño, el misterio, la maravilla del Sudoeste. Florencia. hace mucho tiempo que prometiste contarnos la historia de la perdida mina de los padres. Será para todos nosotros un deleite el poder comprender algo del influjo que esta tierra ejerció sobre los españoles que la descubrieron, y además tendrá ahora un especial interés, porque esta montaña oculta en algún ignoto rincón de sus entrañas los tesoros de esa perdida mina de los padres.

-En el siglo diecisiete -comenzó Florencia, con grave y lenta voz, tan adecuada a la naturaleza de la leyenda- a un pobre y joven padre de Nueva España, que estaba apacentando sus cabras en un cerro, se le apareció la Virgen. El padre se prosternó a sus plantas, y cuando osó alzar los ojos, la Virgen había desaparecido. Mas sobre la mata de pita contigua al lugar de la aparición, observó áureas cenizas de una maravillosa y desconocida substancia. Tomando como buen presagio el incidente, volvió a la cumbre del cerro. Debajo de la pita brotaban delicados tallos blancos, portadores de flores doradas que al mecerse con la brisa esparcían un polvillo de oro, sutil como cenizas pulverizadas, que volaba hacia el Norte. El padre Juan quedó perplejo, pero creyó que una gran fortuna les aguardaba a él y a su grey, y una y mil veces volvió al cerro esperando siempre que la Virgen se le apareciese de nuevo.

»Una mañana, al salir radiante el sol, miró a través del ventoso cerro hacia el prado cubierto de ondulante hierba y doradas flores del magüey y vio a la Virgen que con un ademán le saludaba. De nuevo cayó de hinojos; mas Ella le levantó, dándole luego algunas de aquellas milagrosas flores y ordenándole que abandonara su casa y su congregación y siguiera la ruta que le trazase el impalpable polvillo en su vuelo. Allí encontraría oro, oro puro, fortuna prodigiosa que aportar

a su mísero pueblo y para poder levantar una iglesia a la Virgen y una gran ciudad.

»El padre Juan tomó las flores y abandonó su hogar, prometiendo volver. Dirigióse hacia el Norte, a través del árido desierto v de los desconocidos puertos de las montañas, hasta llegar a una nueva comarca en la que unos bélicos y feroces indios pusieron en grave peligro su vida. Mas el padre Juan era afable y bondadoso y de verbo persuasivo; joven y de apuesto continente. Los indios pertenecían a la tribuna apache, y entre ellos instalóse como misionero. Supo de montañas en cuyas laderas había guijos del precioso metal; la mayoría, sin embargo, se mantuvo hostil a su persona y a su religión. A pesar de todo el padre Juan oraba y laboraba.

»Llegó un momento en que el anciano jefe apache, imaginándose que el padre abrigaba perversos designios acerca de su influencia sobre la tribu, quiso darle muerte, quemándole en la hoguera. La hija del jefe, bellísima doncella de ojos negros, amaba secretamente a Juan y creía en su misión. Intercediendo por su vida consiguió salvarle. Juan se enamoró de ella. Cierto día, la muchacha se fue hacia él, ceñida la negra cabellera con guirnaldas de doradas flores, de las que e! soplo del viento arrancaba un polvillo impalpable de oro. Juan le preguntó en dónde podía hallar otras semejantes, y la doncella díjole que en determinada ocasión irían juntos a la montaña a buscarlas. En efecto, llegado el momento le condujo a una cumbre desde la que se divisaban bellísimos valles, corpulentos árboles y cristalinas aguas. Allí, en la cima de una maravillosa ladera que parecía asomarse sobre el mundo, enseñó a Juan las flores, y Juan halló oro en tal abundancia que pensó perder el juicio. ¡Polvo de oro! ¡Pepitas de oro! ¡Guijos de oro! ¡Rocas de oro! ¡Era rico! ¡Rico como nunca pudo soñarlo! Recordó a la Virgen y sus palabras. Debía volver cerca de su grey, erigir la iglesia y la maravillosa ciudad que llevara su nombre.

»Pero... Juan no se decidía a partir. Siempre dejaba la marcha... para mañana. Amaba tan intensamente a la joven apache que no pudo resolverse a dejarla. Se odiaba a sí mismo por su infidelidad a la Virgen y a su gente. Era débil, falso, pecador... Mas le faltaban las fuerzas para irse de allí, y finalmente se entregó por completo al amor de la apache.

»El viejo jefe no tardó en descubrir los secretos amores de su hija, y poseído de una cólera feroz, se la llevó a las montañas y la quemó viva, esparciendo sus cenizas a los cuatro vientos. No mató al padre Juan. Era demasiado astuto, y acaso demasiado cruel, pues vio la intensidad de la pasión del enamorado. Además, varios de su tribu habían aprendido mucho de las enseñanzas del español.

»La desesperación del padre Juan no es para descrita. Perdió todo afán de vivir. Fue consumiéndose y agotándose. Mas antes de morir, congregó a los indios que habían colaboradora a la cremación de la doncella, y les suplicó que después de su muerte, quemasen su cuerpo y aventasen sus cenizas desde el mismo lugar en que lo fueron las de ella, a fin de que se reuniesen para siempre con las de su

Librodot

amada.

»Los indios prometiéronlo así, y cuando el padre Juan exhaló el último suspiro, incineraron su cadáver y, llevándose las cenizas a aquellas alturas, las esparcieron al viento, que las tomó en su seno, mezclándolas con las de la doncella india que le había amado.

»Pasaron los años. Otros padres cruzaron el desierto hasta el poblado apache, y oyeron contar la historia del padre Juan. Entre ellos había uno que en su juventud formó parte de la grey del muerto. Se propuso hallar donde murió, convencido de que en el mismo lugar hallaría el oro. Y de su jornada regresó con pepitas auríferas, con flores que desprendían un polvillo de oro y con una maravillosa historia. Trepando por las montañas había llegado a una magnífica ladera situada bajo los riscos. Aquella ladera estaba cuajada de áureas flores. Al tocarlas desprendíanse de ellas unas cenizas gualdas que revoloteaban por entre los peñascos. Allí el padre encontró polvo de oro, rocas de oro.

»Entonces, la comunidad entera se encaminó a la sierra. Mas el descubridor de la mina erró el camino. Buscaron y buscaron hasta que fueron envejeciendo y muriendo uno tras otro, sin conseguir hallar la portentosa ladera y las flores que indicaban donde murió el padre Juan y su mina.

»En los años sucesivos la historia fue transmitiéndose de padres a hijos, pero entre los muchos que salieron a la búsqueda de la perdida mina jamás hubo ni un mejicano ni un apache. Para éstos, los montañosos declives estaban frecuentados por el espíritu de la doncella india, infiel a su tribu y por siempre maldita. Para los mejicanos, las montañosas laderas albergaban el espíritu del padre perjuro, el cual lanzaba enormes peñascos sobre las cabezas de los aventureros que pretendían hallar su tumba y su maldito oro.

XVIII

La historia de Florencia provocó en los invitados de Magdalena un verdadero furor por la busca de tesoros; mas, luego de varias infructuosas tentativas y desvanecido el encanto de los primeros momentos, volvieron a sus antiguas y más reposadas costumbres. Agotados todos los recursos de la montaña, se consagraron a un continuo descanso, precursor, en opinión de Magdalena, de un próximo anhelo por las comodidades de la civilización. Todos se sentían hastiados de aquella vida rústica. El descontento de Elena se exteriorizó en la frase:

« ¡A pesar de todo, acabará por no pasar nada! »

Magdalena no esperaba sino su indicación para abandonar el campo ; y entre tanto, visto que ninguno de ellos aspiraba a nuevas aventuras, dio sus paseos sola o acompañada a veces por un cowboy,

y siempre con sus perros. Eran sus excursiones motivo de inagotable deleite, y ahora que los cowboys discurrían con ella sin reservas, su afición a las sencillas historias que solían narrar era mayor cada día. Cuanto más los conocía, más dudaba de la eficacia del aislamiento en la vida. Su camaradería con Nels y con la mayor parte de los cowboys era, en sus efectos, comparable a la de los recios pinos y de los riscos y del purísimo viento. Su humorismo, rasgo predominante para quien llegase a conocerles, impedía que Magdalena hallase molesta su rudeza. Eran soñadores, como son soñadores cuantos hombres llevan una existencia solitaria.

Los cowboys tenían secretos. Magdalena aprendió algunos. Se maravillaba de su extraña forma de disimular sus emociones, excepto las de risa o violencia, tan fácilmente provocables. Y ello era tanto más singular cuanto que se mostraban intensamente sensibles a ciertos pequeños detalles ante los que los hombres de mundo habrían permanecido ciegos. Magdalena acabó por creer que una existencia peligrosa y ruda en una región estéril v salvaje desarrollaba grandes principios en los hombres. Viviendo muy en contacto con la tierra, bajo los fríos y tétricos picachos, cerca del polvoriento desierto, los seres crecían como la naturaleza que les rodeaba - duros, feroces, terribles tal vez, pero grandes - grandes, con una fuerza elemental.

Cierto día, en que iba sola de paseo, hallóse de improviso en una casi imperceptible vereda que serpenteaba por entre los peñascos. Mediaba la tarde de verano, y alrededor de Magdalena las proyecciones de sombra de los riscos se destacaban sobre los trechos soleados. La quietud era absoluta. Siguió adelante, no sin darse cuenta de que tal vez se alejaba demasiado del campo; pero se arriesgaba a ello por estar bien segura del camino de regreso y sentirse atraída por los salvajes riscales, nuevos para ella. Finalmente, llegó a un banco cortado abruptamente ante un bellísimo claro, y allí se sentó a descansar antes de emprender la vuelta.

De pronto Russ, el más fino de olfato de los perros, levantó la cabeza gruñendo. Magdalena temió que hubiese venteado un puma o un gato montés. Le aquietó, mientras miraba detenidamente a su alrededor. A ambos lados velase una hilera irregular de enormes monolitos desprendidos de los riscos por la acción del tiempo. El pequeño claro era abierto y herboso, salpicado acá y acullá por algún pino o algún peñasco. Su portillo parecía avanzar entre una caótica diversidad de cañones y lomas. Mirando en aquella dirección, Magdalena vislumbró la cenceña y oscura figura de una mujer, avanzando cautelosamente entre los árboles. Su sorpresa por la inesperada presencia no estuvo exenta de temor, porque aquel sigiloso pasar de árbol en árbol tenía en sí un aire de misterio, cuando no de algo peor.

Finalmente fue a reunirse con la mujer un hombre de talluda estatura, portador de un envoltorio, que ella recogió. Avanzaron hasta el claro, y parecían hablar muy gravemente. Un instante después Magdalena reconoció a Stewart. Su asombro no fue mayor de lo que

Librodot

antes había sido. Mas en los momentos sucesivos apenas si pensó en ella... Limitóse simplemente a contemplar cómo la pareja se acercaba. Por su mente cruzó como un relámpago el recuerdo de su curiosidad por las extrañas ausencias de Stewart del campamento, y luego, al renacer sus antiguas dudas acerca del cowboy reconoció a la mujer. La pequeña y oscura cabeza, el atezado rostro, los enormes ojos - Magdalena veíalos ya clara y distintamente - pertenecían a la joven mejicana, a Bonita. Stewart se reunía allí con ella. Ése era el secreto de sus solitarias

jornadas, emprendidas desde que entró al servicio de Magdalena. Este recóndito claro era el lugar de su rendez-vous. Allí la tenía oculta.

Reposadamente, Magdalena sé puso en pie, y con un ademán llamó a los perros, tomando el sendero que conducía al campamento. A su primitiva sorpresa sucedió una sensación de pesadumbre, viendo que la regeneración de Stewart había sido incompleta. Luego, la pesadumbre dio paso a un insoportable recelo, pensando en que mientras ella consideraba al cowboy como una romántica figura, y soñaba complacida en su bienhechora influencia, él había sido sencillamente bajuno. La idea la mortificó. Stewart no había representado nada para ella pensó, mas se había sentido orgullosa de él. Trató de analizar los aspectos del caso, ser justa con él, cuando todas sus instintivas tendencias eran de arrojarle a él y cuanto con él se relacionase, de su pensamiento. Sus intentos de atenuar o justificar el hecho fracasaron lamentablemente ante su orgullo. Con un esfuerzo de voluntad apartó a Stewart de su mente.

No volvió a pensar en él hasta ya muy entrada la tarde, cuando al salir de su tienda para reunirse con sus huéspedes el cowboy le entretalló el paso.

-Señorita Hammond, he visto sus huellas en la vereda -comenzó diciendo ansiosamente, aunque su tono era natural y tranquilo-, y pienso... creo... tal vez ha formado usted un juicio...

-No quiero explicación alguna -interrumpió Magdalena.

Stewart se estremeció ligeramente. Su actitud tuvo algo de su antigua serena audacia. Al mirarla varió sutilmente.

¡Qué descaro, pensó Magdalena, presentarse a ella ante sus invitados con una explicación de su conducta! Súbitamente experimentó una íntima ráfaga de dolor, tan extraña, tan incomprensible, que la dejó aturdida. Luego la invadió una fría cólera, no hacia Stewart, sino hacia sí misma, por dejarse llevar de semejantes emociones. Aparentemente serena, glacial, con la altanera mirada fija en Stewart, sentíase consumida por la rabia y la vergüenza.

-No quiero que crea usted... -exclamó él, apasionadamente, mas se interrumpió y una oleada de sangre afluyó a su rostro.

-Lo que pueda usted hacer o creer, Stewart, no es de mi incumbencia.

-Señorita... señorita Hammond... ¿Cree usted, acaso...? -tartajeó el

Librodot

cowboy.

Al primitivo sonrojo sucedió una intensa palidez. Su expresión era suplicante, con un fondo de timidez que impresionó a Magdalena a pesar de su ira. En aquel momento había algo de ingenuo en Stewart. Éste dio un paso adelante con una mano extendida en un ademán que, dentro de su humildad, era digno.

-¡Pero...escuche! Dejemos aparte lo que... lo que usted pueda pensar de mí... Hay una razón para...

-No deseo saberla.

-Pues... debería usted -insistió.

-¡Stewart!

El cowboy sufrió otra pálida transformación. Se sobresaltó violentamente. Un acerado fulgor relampagueó en sus pupilas. Dio dos largos pasos, dominándola con su estatura.

-¡No se trata de mí! -exclamó airado-. ¿Quiere usted escucharme?

-No -replicó con glacial acento Magdalena. Y con un ademán de despedida verdaderamente terminante, le volvió la espalda, uniéndose luego a sus amigos.

Stewart quedóse absolutamente inmóvil. Después, con lento gesto fue alzando la mano en la que tenía el sombrero, hasta colocarla por encima de su cabeza. Con feroz violencia se encasquetó el sombrero, acercóse a su caballo y arrastróle hasta donde estaban sus arreos. De un solo movimiento le echó la silla encima, y con sus manos fuertes y nerviosas ajustó cincha, hebillas y correajes. Sus gestos eran rápidos, seguros, decisivos. Al recoger la brida que había dejado sobre unas matas, tropezó con un cowboy que hurtó torpemente el cuerpo para eludir el choque.

-¡Quítate de mi paso! -aulló.

Luego, con la misma frenética viveza, puso la brida al caballo.

-Quizá podrías esperar un poco, amigo-dijo Monty Price.

-Monty, ¿quieres que te estrelle los sesos? -replicó Stewart, con vibrante y metálica voz.

-Considerando su excelente calidad, prefería conservarlos -rezongó Monty -. Puedes estar seguro de que no pienso atravesarme en tu camino. Pero así y todo te digo... escucha.

Stewart levantó la cabeza. Todos escucharon. Y todos oyeron el rápido galope de un caballo. El sol se había puesto va, pero el parque aún no estaba oscuro. En el portel apareció Nels a caballo. Un instante después llegaba junto a ellos, deteniendo en seco a su tordo. De un salto desmontó ante Stewart.

Magdalena vio y descubrió algo anormal en la presencia del cowboy.

-¿Qué ocurre, Gene?-preguntó vivamente Nels.

-Me voy del campamento -replicó con voz gutural el otro. Su montura comenzaba a piafar, mientras Stewart recogía la brida y arreglaba el estribo para disponerse a montar.

Nels alargó un brazo, y dejó caer su mano sobre el hombro de Stewart.

-Mucho lo siento -dijo, lentamente-. ¿De modo que pensabas tomar

el portante?

-Y así voy a hacerlo. Suéltame, Nels.

-¿Será posible que te vayas?

-¡Suelta, condenación! -gritó Stewart, intentando desasirse.

-¿Qué pasa? -insistió Nels, alzando otra vez la mano.

-¡ No me toques!

Nels retrocedió al punto. Hasta entonces parecía no haberse dado cuenta de la lívida furia de su compañero. Éste hizo ademán de montar.

-No me obligues a olvidar nuestra amistad, Nels -dijo.

-Yo no la olvido -replicó el cowboy -. Y la prueba es que renuncio a mi empleo ahora mismo.

Su extraña salida contuvo a Stewart, quien bajó el pie que tenía en el estribo. Sus adustos semblantes se envararon, rígidos, inexpresivos, mientras se miraban intensamente.

La actitud de Nels sobresaltó a Magdalena, casi tanto como el proceder de Stewart. Bastante sagaz para notar el menor cambio en aquellos hombres, el que ahora experimentaban le resultaba incomprensible.

-¡Renuncias! -interrogó Stewart.

-¡Vaya! ¿Qué suponías que haría en circunstancias como la presente?

-Pero... escucha, Nels... no estoy dispuesto a tolerarte...

-Tú no eres ya mi jefe, ni dependo ya de la señorita Hammond. Soy mi propio amo y hago lo que quiero. ¿Sabe, señor?

Las palabras de Nels contradecían la expresión de su semblante.

-Me enviaste a dar un vistazo por los cerros, ¿no es así? - continuó.

-Así fue -replicó Stewart, con nueva vivacidad.

-Pues... tan acertado andabas en tus suposiciones y tus cálculos, tan opuestos a los míos, que me dan vértigos de tanto admirarte. Si no me hubieses enviado... opino que algo gordo hubiera acaecido. Así v todo, estamos frente a una situación de mil diablos.

Fue significativo el efecto que produjo el discurso en todos los cowboys. Stewart hizo un violento y feroz ademán, terrible y muy distinto de su anterior apasionamiento. Monty dio un brinco en el aire, en un gesto singular tan sugestivo de su sorpresa como de su salvaje acogida del peligro que les amenazaba. Nick Steele se acercó a Nels y a Stewart con zancadas de gigante. Los restantes se pusieron en pie sin decir palabra.

Magdalena y sus invitados, formando grupo, observaban la escena, incapaces de adivinar el alcance y significado de la extraña conversación.

-¡Chist, Nels! ¡No es preciso que se enteren! -exclamó roncamente Stewart, indicando con un ademán al grupo.

-Lo lamento, pero opino que tanto monta que lo sepan ahora como luego. Tal vez se cumpla el deseo de la señorita Elena de que pase algo. Te aseguro que yo...

-¡Déjate de rodeos! -rugió la estridente voz de Monty.

Esto produjo tanto o más efecto que todo lo dicho entonces. Acaso fue lo último que hacía falta para que aquellos hombres, obligados inusitadamente a servir de escolta de agraciadas mujeres, volviesen a su natural estado de hijos del desierto.

-Explícate -añadió Stewart.

-Don Carlos y sus guerrilleros están acampados en los porteles y pasos que aquí conducen. Los tienen todos bloqueados. Mañana nos habrán acorralado. Quizá su propósito sea sorprendemos. Don Carlos cuenta con numerosos peones y forajidos, todos bien armados. ¿Qué significa eso? Podéis interpretarlo a vuestro gusto. Posiblemente quiere hacer una visita de cumplido a las señoras. Quizá su cuadrilla pasa hambre, como de costumbre. Acaso le han echado el ojo a nuestros caballos y se proponen robarlos. Acaso sus intenciones son peores aún. Mi opinión es otra, aunque puede que me equivoque. Hace ya mucho tiempo que los mejicanos y yo dejamos de querernos. Ese canalla de don Carlos tiene malas intenciones. Esta revolución de tres al cuarto está pasando las de Caín. Los rebeldes ansían que Norteamérica intervenga. Serán capaces de todo con tal de conseguirlo. Estamos a diez millas de la divisoria. ¿Qué pasaría si esos guerrilleros se apoderasen de nuestra gente y cruzasen con ellos la frontera? Que la caballería de los Estados Unidos saldría al punto en su persecución, y... todos vosotros sabéis lo que semejante acción representaría. Es posible que sea eso lo que don Carlos busca. Es posible que no. Pronto lo sabremos. En todo caso, Stewart, cualquiera que sean los planes de don Carlos, tú eres el más apto para desbaratárselos. Y... si te coge en un momento en el que estés echando lumbre... mejor que mejor. Yo renuncio a mi empleo porque no quiero sentirme coartado por nadie. Hace ya rato que presentí que volveríamos por fin a los buenos tiempos de antaño... y ahora estaría amarrado a la promesa de no descalabrar a ningún mejicano.

XIX

Stewart se llevó a Nels, Monty y Nick Steele aparte, fuera del alcance del oído de los demás, entablando con ellos una animada conversación. Después llamaron a los demás cowboys. Todos, más o menos, tomaron parte en la conferencia, aunque predominaba la profunda voz de Stewart sobre la de los demás. Al cabo de un rato terminó el conciliábulo, y los cowboys se dispersaron.

-¡Vivo! -ordenó Stewart.

La escena sucesiva fue poco tranquilizadora para Magdalena y sus amigos, los cuales permanecieron donde estaban, esperando que alguien les dijese lo que debían hacer. Los cowboys parecían haberse

Librodot

olvidado de Magdalena. Algunos de ellos salieron corriendo hacia el bosque; otros se fueron a los claros, aballando a los caballos y burros de carga. Varios cowboys extendieron en el suelo las lonas embreadas y comenzaron a seleccionar y a empaquetar los enseres, con el propósito manifiesto de emprender en seguida la marcha. Nels salió a caballo portel abajo. Monty y Nick Steele se internaron en la arboleda con sus monturas. Stewart escaló un empinado hormazo entre dos escotaduras del acantilado, a espaldas del campamento.

Castleton se ofreció a ayudar a los farderos, y éstos le contestaron secamente que más estorbaría que otra cosa. Los amigos de Magdalena la acosaban a preguntas: ¿Había peligro? ¿Se acercaban los guerrilleros? ¿Emprenderían al punto el camino del rancho? ¿A qué se debía el súbito cambio sufrido por los cowboys? La joven contestaba a todos lo mejor que podía; mas sus respuestas no eran sino simples conjeturas; y algo suavizadas aún para acallar los temores de sus huéspedes.

Pronto reaparecieron los cowboys, montados a pelo y aballando ante sí las remontas y los rucios. Algunos de los caballos fueron segregados del grupo, sin duda con la idea de ocultarlos en alguna profunda caverna entre los riscales. La recua de burros y sus hatos avanzó hacia el portel, conducida por un cowboy. Nick Steele y Monty regresaron. Luego apareció Stewart por la escotadura de los acantilados.

Inmediatamente ordenó que se trasladase todo el bagaje de Magdalena y sus huéspedes a la cumbre de la escarpa. Fue una tarea estrenua que requirió el empleo de los lazos para izar hasta allá los efectos.

-Prepárense para ascender -dijo Stewart, dirigiéndose al grupo.

-¿A dónde? -preguntó Elena.

Y Stewart señaló la escarpadura, con un ademán que fue acogido con exclamaciones de espanto.

-Señor Stewart, ¿hay algún peligro? -preguntó Dorotea, con temblona voz.

Era la misma pregunta que Magdalena tenía a flor de labios, pero que no se atrevió a formular.

-No; no hay peligro -replicó Stewart-, mas estamos tomando las precauciones` que hemos estimado procedentes.

Dorotea expresó en voz baja su convicción de que Stewart no decía la verdad. Castleton hizo otra pregunta, y Harvey le imitó. La señora Beck, tímidamente, expuso una idea.

-¡Por favor, esténse quietos y hagan lo que se les dice! -exclamó Stewart secamente.

Cuando los últimos fardos estuvieron ya en la escarpa, Monty se acercó a Magdalena, sombrero en mano. Su semblante parecía el de siempre, y, sin embargo, era un Monty por completo distinto.

-Señorita Hammond, quisiera poner en su conocimiento que renuncio a mi empleo -dijo.

-¡Monty! ¿Qué significa...? ¿Qué pretenden Nels y usted...? ¡Ahora

que nos amenaza un peligro...!

-Nos vamos; nada más-replicó brevemente Monty. Estaba sombrío y rígido. No podía permanecer quieto. Sus miradas erraban sin cesar de un punto a otro.

Castleton se levantó de un salto del tronco sobre el que descansaba.

-Señor Price, ¿significa acaso todo ese revuelo que podemos vernos robados, agredidos o apresados por alguna cuadrilla de astrosos guerrilleros?

-Usted lo ha dicho.

Dorotea volvió su pálido rostro hacia Monty.

-Señor Price... ¿no nos... no nos abandonará usted ahora? El señor Nels y usted...

-¿Abandonarles? -preguntó Monty, perplejo.

-Sí; abandonarnos, dejarnos cuando más les necesitamos, cuando algo horrible nos amenaza.

Monty lanzó una breve y seca carcajada, mirando extrañamente a la joven.

-Yo y Nels tenemos miedo, y hemos decidido marchar cuando aún estamos a tiempo, señorita Dorotea. Hemos rodado tanto por el mundo, que nos repugna la idea de exponemos a ver señoras como ustedes arrastradas por el cabello.

Dorotea lanzó un pequeño grito. Castleton se desató montando en cólera.

-¡Por Dios, que usted y su famoso compañero son un buen par de cobardes! ¿Qué se ha hecho de aquella tan cacareada valentía?

El semblante de Monty expresó indecible sarcasmo.

-Duque, he visto en mi vida muchachos despabilados, pero usted se lleva la palma. Es maravilloso lo sagaz que es. Nos ha comprendido a Nels y a mí perfectamente. Le digo a usted, Duque, que si consigue escurrirse de que se lo lleven a Méjico y le cosan a un cacto tendrá una estupenda historia que contar a sus amiguitos de Londres. ¡Por Júpiter! Podrá jactarse de haber visto a dos veteranos gun-men correr como conejos despavoridos ante una cuadrilla de peones mejicanos. ¡Como hay infierno que sí! A no ser que mienta, como en aquella ocasión de! león y la lanza... Esa historia...

-¡Monty! ¡Cierra el pico! -conminó Stewart, acercándose. Y Price se alejó, mascullando imprecaciones.

Magdalena y Elena, ayudadas de Castleton, procuraron tranquilizar a Dorotea, lográndolo al fin, no sin alguna dificultad. Stewart pasó varias veces por su lado sin advertir su presencia, y Monty, que tan ridículamente ávido habíase mostrado de rendir a Dorotea las menores atenciones, ni la veía siquiera. En el caso de Monty, el hecho resultaba más que grosero. Magdalena no sabía cómo interpretarlo.

Stewart ordenó a los cowboys que fueran a situarse en el cantil de la escotadura de la escarpa, y sostuviesen las cuerdas anudadas. Luego, con muy poca ceremonia, empujó a las mujeres hacia la tosca gradería de piedras.

-Queremos esconderles a ustedes -dijo, al observar sus escrúpulos -

Librodot

. Si los guerrilleros se presentan, les diremos que están ya en camino del rancho, y si tenemos que pelear, ahí arriba estarán en salvo.

Elena avanzó resueltamente, dejando que Stewart le pasase por la cintura la gaza del lazo y se la ajustase. Luego con la mano dio la señal a los de arriba.

-Vaya usted andando -indicó a Elena.

Los demás vieron que en tal forma la ascensión resultaba fácil, rápida y segura. Los hombres la efectuaron sin asistencia de nadie. La señora Beck, como de costumbre, se dejó dominar por su histerismo y fue casi necesario llevarla en brazos. Stewart sujetó a Dorotea con un brazo mientras con el otro sujetábase al lazo. Ambrosio tuyo que llevar a Christine. Las mejicanas subieron por su pie, sin ayuda alguna. Edita Wayne y Magdalena fueron las últimas, y, una vez arriba, la joven vio una angosta ladería cubierta de arbustos y dominada por inmensos riscos. En la roca veíanse oquedades y negras grietas o cisuras que se adentraban en la montaña. Era un lugar áspero y salvaje. Subieron después a él las lonas y el ajuar de camas, las provisiones y el agua. Los cowboys improvisaron cómodas yacijas en varias de las oquedades o cuevas, aconsejando a Magdalena y a los demás que estuviesen todo lo quietos posible, no encendiesen luces y se acostasen vestidos, dispuestos a reanudar la jornada sobre la marcha.

No fue ciertamente un animado grupo el que los cowboys dejaron en la ladería. Castleton consiguió persuadir a sus compañeros de que tomasen alimento.

-¡Es sencillamente enorme! -murmuró Elena.

- ¡Es horroroso! -gimoteó Dorotea-. Y tienes la culpa tú, con tus deseos de que ocurriese algo.

-A mi entender, es una horrible jugarreta de esos cow-boys -opinó la señora Beck.

Magdalena aseguró a sus amigos que no eran víctimas de ninguna pesada broma, pero que, aun deplorando las incomodidades y la inquietud, no creía que hubiera motivo para alarmarse. Sentíase más inclinada a una evasiva amabilidad que a una sincera confesión, pues en el fondo estaba francamente desasosegada. El rápido cambio de actitud y de aspecto de sus cowboys había sido para ella un rudo golpe. Y la última impresión que conservaba de Stewart, cuyo semblante aparecía triste y desencajado por la preocupación, confirmaba sus presentimientos.

Las tinieblas les envolvieron con insólita rapidez; los coyotes elevaron su obsesionante y tétrico aullido; las estrellas fueron apareciendo en el firmamento; y el viento gemía a través de las copas de los pinos. Castleton parecía inquieto. Se paseaba de acá para allá en la estrecha plataforma roqueña donde sus compañeros, apiñados, permanecían sentados lamentando la situación, y finalmente se acercó al borde o cantil de la escarpa. Debajo los cowboys habían encendido una hoguera que proyectaba un haz de luz, parecido a un inmenso abanico resplandeciente. La exigua figura del inglés se

Librodot

recortaba neta contra el fondo de claridad. Curiosa y también inquieta, Magdalena se unió a él, mirando hacia la base de la escarpa.

La distancia era corta, y ocasionalmente podía oír palabras sueltas de la conversación de los cowboys. Éstos estaban preparando su cena con absoluta calma. La joven notó la ausencia de Stewart, y se lo hizo observar a Castleton. Silenciosamente éste señaló casi en línea recta hacia abajo, y allí, en la penumbra, estaba el cowboy, con los dos perros a sus pies.

Poco después, Nick Steele impuso silencio a sus compañeros con un ademán. Los cowboys inclinaron las cabezas, escuchando. Magdalena concentró todas sus facultades. Oyó a los perros hipar, y luego el lejano golpeteo de cascos de un caballo. Nick pronunció breves palabras y reanudó su yantar, y los demás parecieron no prestar ya ninguna atención. El martilleo de herraduras se fué acentuando, hasta que se oyó en la arboleda y luego en el círculo de luz. El jinete era Nels. Éste echó pie a tierra, y el sonido de su voz apenas llegó al oído de Magdalena.

-¡Gene, es Nels! Algo pasa -oyó decir a uno de los cowboys.

-Dile que venga aquí -replicó Stewart. Nels se encaminó hacia él.

-Escucha, Nels. Tengo plena confianza en los muchachos, pero así y todo es preferible que no se enteren de todo este enredo -dijo Stewart, al tener a Nels junto a sí-. ¿Hallaste a la muchacha?

Magdalena supuso que se refería a Bonita.

-No, pero he visto a... -el nombre escapó a los oídos de Magdalena - y está furioso. Iba con un guardabosque, y ambos me dijeron que Pat Hawe había conseguido dar con ella y llevársela detenida.

Stewart masculló por lo bajo terribles maldiciones.

-Me extraña que no se haya presentado en el campamento -dijo-. Tiene ojos en la cara para ver nuestro rastro.

-Psch..., Gene. Pat no ignora que estás aquí. Según el guardabosque, Pat sabe que los guerrilleros te acechan, y dice que si don Carlos no acaba contigo -como es su deseo - ocasión tendrá de enchiquerarte cuando bajes al llano.

-Se ha empeñado en apresarme.

-Y lo hará. La razón de que ese rubicundo coyote no te haya echado el guante es que te tiene miedo. Siempre te lo ha tenido. Además, Monty y yo le infundimos verdadero pánico.

-Bueno. Ya le llegará el turno a Pat. La cuestión ahora es: ¿cuándo enseñará la oreja el mejicano y qué haremos cuando la enseñe?

-Muchacho, no hay más que un modo de tratar a esos peones. Te lo he dicho mil veces. Nos tiene inquina. Se presentará sonriente y sociable, más remilgado y cicatero que una mujercilla. Pero... es traidor: es más temible que un indio, y sabemos positivamente que su cuadrilla ha estado operando entre estos cerros y Agua Prieta. No es una banda de hombres corajudos como los de nuestro tiempo. Son gente ruin de pies a cabeza. Han asesinado y saqueado sin compasión por la comarca desde Paso de San Luis hasta el cañón de Guadalupe. Al norte y al sur de Agua Prieta han pasado mujeres a cuchillo, si no

Librodot

han hecho con ellas algo peor. Quizá no lo sepan los Estados Unidos ni su caballería; pero nosotros, tú y yo y Monty y Nick, nosotros lo sabemos. Sabemos exactamente lo que vale esta rebelión. Es una guerra de guerrillas, y desde luego una mina para unos cuantos ladrones y descastados de poco fuste.

-¡Oh! Demasiado sé que tienes razón, Nels. ¡No te lo discuto! -replicó Stewart-. Si no fuese por la señorita Hammond y sus amigas, hasta disfrutaría viéndoos a Monty a ti haciendo frente a esa cuadrilla, y yo mismo tendría mucho gusto de habérmelas con don Carlos. Pero, ¡está la señorita Hammond! Nels, una mujer como ella no lograría nunca reponerse del susto que le causaría el espectáculo de un verdadero fogueo... Y paso aún por alto ciertos ejercicios que tú sabes con una cuerda. Esas mujeres del Este son diferentes. No es que menosprecie a las nuestras, las del Oeste; pero éstas lo llevan ya en la sangre... La señorita Hammond es... es...

-¡Claro que lo es! -interrumpió Nels-. Aunque tiene un rato largo más agallas de las que tú supones, Gene. No soy tan duro de mollera. Por nada del mundo quisiera que la señorita Hammond presenciase una trifulca, y menos aún que nos viese a Monty y a mí... en acción. Tanto él como yo estamos a tu lado, Gene... hasta cierto punto. Con tu permiso te diré que estás que bebes los vientos por la señorita Hammond, aunque, a mi juicio, exageras mucho en tu empeño de no herir sus sentimientos o de evitarle la vista de un poco de sangre. Estamos en un mal aprieto, y para salir de él quizá tengamos que acabar a tiros. ¿Sabe, señor? Pues, si llega el caso... tú verás cómo la señorita Hammond no cae de espaldas ni mucho menos; más aún, te apuesto un millón de pesos a que si te olvidas un poco de ella y te «metes en faena» como te he visto meterte algunas veces..., bueno, yo sé lo que pensará de ti. Este mundo no ha cambiado, Gene. Podrá haber mujeres de piel más blanca y de sentimientos más refinados y suaves que otras, pero todas son iguales cuando ven a un hombre. Gene..., te ha llegado la ocasión. Deja que don Carlos se presente. Acógele extremando la finura. Si él y su tropa vienen hambrientos... dales de comer. Incluso aguanta un poco sus impertinencias. Si su cuadrilla se apodera de algo..., haz la vista gorda. Dales a entender que las mujeres están ya en el rancho, y si dice que mientes..., o si se atreven a mirar a su alrededor buscándolas... trátale como trataste a Pat Hawe. Monty y yo te guardaremos la retirada, y si no sale bien la farsa, si don Carlos o su gente se atreven a pensar en que llevan armas... abriremos el fuego. Y aprovecho la ocasión para decir que si sus peones resisten un verdadero fogueo serán los primeros que he visto.

-En esa cuadrilla van algunos blancos, Nels -observó Gene.

-Lo sé. Monty y yo lo tendremos presente. Si quieren tomar parte en la fiesta tendrán que darse mucha prisa. -Conforme, Nels, y gracias-replicó Stewart. Nels se acercó de nuevo a la hoguera, y su interlocutor reanudó su solitaria guardia.

Magdalena se llevó a Castleton del borde de la escarpa.

Librodot

-¡Por Júpiter! ¡Qué extraños resultan los cowboys! -comentó él-. No son lo que ellos aparentan ser.

-Es cierto -asintió Magdalena-. Son incomprensibles. Vamos a decir a los demás que Nels y Monty no tienen la menor idea de abandonarnos. Dorotea, al menos, se tranquilizará cuando lo sepa.

En efecto, la muchacha se sintió menos alarmada. Los restantes comentaron la singular conducta de los cowboys. Más de una vez volvieron a apuntar la posibilidad de que fuesen víctimas de una ingeniosa bufonada. La idea fue ganando terreno con la general discusión, y Magdalena se abstuvo de desmentirla, viendo que tendía a mejorar el estado de ánimo de sus amigos. Castleton demostró no ser absolutamente obtuso, pues contribuyó a que arraigase la idea, haciendo coro a la joven.

Hasta muy tarde permanecieron sentados, hablando en voz baja. El incidente comenzaba a adquirir las proporciones de una aventura, tal como Elena lo deseara. Algunos de los excursionistas recobraron en parte su buen humor. Gradualmente se fue disgregando el grupo, y uno por uno se fueron a acostar. Elena confesó su incapacidad de dormir en un lugar poblado por murciélagos y «cosas que se arrastran». Sin embargo, Magdalena creyó poder asegurar que todos dormían, mientras ella continuaba con los ojos desmedidamente abiertos, fijos en la sombría masa roqueña y en el estrellado firmamento.

A fin de substraerse al recuerdo de Stewart y dominar la cólera que contra sí misma había provocado el cowboy, Magdalena procuró concentrar su mente en otras cosas. Pero la persistencia de aquella idea era constante y producíale cada vez en su pecho una angustia, una conmoción difícil de subyugar. Le era imposible coordinar sus pensamientos. De día había sido para ella más hacedero olvidar la inconcebible falsedad de Stewart luego de reconocida; mas por la noche, en aquel extraño silencio y aquellas densas sombras, con las estrellas llamándola con su continuo centelleo, con el gemido del viento entre los pinos, y el melancólico aullido de los coyotes en lontananza, se sentía incapaz de dominar sus ideas y sus emociones. El día era práctico, frío; la noche extraña y tensa. En la oscuridad se le antojaban reales ciertas fantasías que a la luz del sol habría desechado por absurdas. Contendía con una obsesionante idea. Había oído inadvertidamente la conversación de Nels y de Stewart: luego había escuchado, ansiosa de saber algunas noticias buenas o malas; y las oyó de ambas clases, logrando esclarecer algo de la complejidad de motivos que determinaban la conducta de Stewart. El cowboy quería evitarle el espectáculo de algo que pudiese ofenderla, disgustarla u horrorizarla. Sin embargo, ese Stewart, que mostraba sentimientos tan finos que aun a Boyd Haryey hubiesen podido servir de ejemplo, se reunía secretamente con la linda y disoluta Bonita. Como siempre, al llegar a este punto, la sensación de vergüenza, abrasadora como un torrente de fuego, oscurecía bruscamente la mente de Magdalena.

Era una sensación insoportable, sobre todo porque no podía

Librodot

vencerla ni explicársela. Pasaron las horas, y, por fin, al empezar a palidecer las estrellas, se quedó dormida.

Pronto la sacaron de su sueño. El nuevo día clareaba, brillante y frío. El sol aún no había traspuesto los riscos del Este. Ambrosio y varios de los cowboys traían cubos de agua del manantial, café caliente y galletas. La pequeña banda parecía no haber sufrido mucho con las incidencias de la noche. El frugal desayuno hubiera transcurrido incluso alegremente a no haber Ambrosio recordado la conveniencia de guardar silencio.

-Abajo están esperando visita -dijo.

Esta indicación y el modo sumario con que los cow-boys trasladaron a los excursionistas a una mayor altura entre los semidesmoronados bancos roqueños, causó una recrudescencia en su ansiedad.

Magdalena se negó a abandonar el parapeto de la escarpa desde donde podía dominarse el antiguo campamento. Viendo que el lugar, a más de su ventaja como atalaya, ofrecía adecuada protección, Ambrosio accedió, aunque colocando a la atemorizada Christine junto a Magdalena y quedándose él también a su lado.

-Ambrosio, ¿cree usted realmente que vendrán los guerrilleros -preguntó Magdalena.

-Sí. Lo sabemos. Nels llegó hace poco, diciendo que estaban en camino. Señorita Hammond, ¿puedo confiar en usted? ¿No dejará escapar ningún grito si abajo empiezan a pelear? Stewart me ordenó que la escondiese en forma que no pudiera ver lo que ocurra, y que si lo intentaba se lo impidiera.

-Prometo no hacer el menor ruido -replicó Magdalena.

Magdalena arregló su abrigo de manera que pudiese descansar, y sentóse allí, esperando los acontecimientos. Detrás de ellos se oyó ligero ruido de pasos. Era Elena, que iba seguida de un perplejo y conturbado cowboy. La joven se acercó a Magdalena, agachándose y diciendo:

-Estoy resuelta a ver lo que pasa, aunque perezca en la demanda! Si tú puedes soportarlo, yo también. -Estaba pálida y con los ojos desmedidamente abiertos. Ambrosio, juzgando inútiles las palabras, se dispuso heroica y resueltamente a llevarse a Elena. La cogió por un brazo.

Furiosa, relampagueantes los ojos, la joven dijo con sibilante murmullo

-¡Suélteme! ¡Majestad! ¿Qué pretende este idiota?

Magdalena se echó a reír. Conocía a su hermana y no le pasó inadvertido el murmullo en un trance en que Elena, de ordinario, habría hablado imperiosamente y recio. Magdalena le explicó la situación y sus exigencias.

-Tal vez eche a correr, pero no chillaré -aseguró Elena. Ambrosio tuvo que contentarse con eso y dejarla permanecer allí, aunque acomodándola en un lugar más adentrado que el que Magdalena ocupaba y donde corría menos peligro de ser vista. Severamente les

Librodot

recomendó silencio, y, luego de detenerse un segundo para tranquilizar a Christine, volvió junto a Magdalena. Al cabo de un momento murmuró

-¡Oigo caballos! ¡Los guerrilleros se acercan!

El apostadero de Magdalena estaba bien disimulado a la vista de los de abajo. Ella podía atisbar por una especie de parapeto, a través de las copas de los pinos que poblaban la vertiente, logrando dominar así todo el campamento y sus alrededores inmediatos, excepto los sectores algo apartados de la derecha y de la izquierda, por impedírselo el follaje. Al momento, el tableteo de herraduras aceleró los latidos de su corazón, e hízola mirar con más vivo interés a los agrupados cowboys.

Aunque sospechaba la línea de conducta que Stewart y los suyos adoptarían, quedóse pasmada ante la absoluta indiferencia que observó en ellos. Frank estaba o parecía dormido. Tres cowboys atendían perezosa y despreocupadamente a los quehaceres del campamento, cociendo galleta junto a la hoguera, vigilando las ollas, lavando tazas y potes. El ostentoso servicio de aluminio que se empleaba para Magdalena y sus amigos, había desaparecido con los demás trebejos y enseres de su campamento. Nick Steele, retrepado contra un árbol, fumaba plácidamente su pipa; otro cowboy acababa de reunir los caballos, con el fin de ensillarlos. Nels se mostraba muy atareado con un fardo. Stewart liaba un cigarrillo. Monty no tenía, por lo visto, ocupación de mayor urgencia que silbar, lo que hacía con más vigor que melodía. El conjunto era de despreocupada indiferencia.

El acompasado ruido de las herraduras de los caballos sonaba más recio aunque más lentamente. Uno de los cowboys señaló el portel, hacia donde varios de sus camaradas volvieron un momento las cabezas, reanudando luego sus ocupaciones.

A poco, un peludo y polvoriento jamelgo montado por un escuálido y andrajoso individuo, cetrino de color, apareció en el campamento y se detuvo. Le siguió otro y luego otro. Después apareció una hilera de caballos, con jinetes mejicanos, deteniéndose detrás del que parecía ser su caudillo.

Los cowboys levantaron los ojos, y los guerrilleros bajaron los suyos.

-¡Buenos días, señor! -dijo ceremoniosamente el cabecilla.

Aguzando el oído, Magdalena pudo oírle y reconocer la voz de don Carlos. Su cortés reverencia a Stewart fuéle también familiar. De no ser por ambos detalles jamás habría reconocido en aquel astroso y tosco mejicano al elegante y pulcro vaquero.

Stewart devolvió el saludo en español y, agitando una mano hacia la hoguera, añadió en inglés:

-Echen pie a tierra y coman.

Los guerrilleros aceptaron la invitación con alacridad. Se apiñaron en torno al fuego. En apariencia sus tipos concordaban con los de la cuadrilla que había secuestrado a Magdalena, si bien éstos eran más

Librodot

numerosos e iban mejor armados. Los de ahora, sin embargo, parecían igualmente famélicos y su aspecto era tan salvaje y miserable como el de aquéllos. Los cowboys no se mostraron en modo alguno cordiales con los visitantes, pero sí hospitalarios. Cumplían con la ley del desierto que les obligaba a dar, sin excepción, pan y agua a cualquier viajero, sea extraviado o perseguidor o perseguido.

-Son veintitrés -dijo Ambrosio en voz baja-, incluyendo a cuatro blancos. ¡Famosa pandilla!

-Parecen bien dispuestos -replicó Magdalena.

-Ahí abajo, das cosas no son lo que parecen -murmuró Ambrosio.

-Ambrosio, dígame..., explíqueme. Ésta es mi oportunidad... Ya que me ha dejado atisbar, déjeme saber... de qué se trata.

-Bien. Pero recuerde, señorita Hammond, que Gene me pondrá como nuevo si lo sabe. Escuche. Stewart está procurando lo más decentemente posible que esos pobres diablos sacien su hambre. En esta comarca no son más que tristes ladrones de becerros. Allende la divisoria podrán actuar de bandidos, algunos de ellos, y de pobre gente maleante de poco pelo los demás. Aquí, entre nosotros, eso de la revolución no cuela. Para creerles capaces de pelear tendría que verlos primero. Son una taifa de bandoleros, siempre dispuestos a robarle hasta las mantas o el tabaco al que se descuide. Gene cree que andan buscando a ustedes, o a las señoras, para secuestrarlas. Pero Gene... ¡Oh, últimamente expuso unas ideas muy descabelladas! Muchos de nosotros opinamos que esos guerrilleros no tratan más que de robar...

Fuese cual fuese el secreto motivo de don Carlos y su gente, ello no fue óbice para que se tragasen vorazmente una gran cantidad de alimentos. Cada individuo procuró engullir cuanto podía de un solo bocado. Charlaron como loros; algunos de ellos dieron muestras de alegría, manifestando incluso una cierta salvaje hilaridad. Luego, mientras cada uno liaba y encendía el inevitable cigarrillo de todo buen mejicano, produjose en ellos un sutil cambio. Fumaban y oteaban a su alrededor, hacia la arboleda, a los riscales, y a los sosegados cowboys, con aire de quien está esperando algo.

-¡Señor! -comenzó don Carlos, dirigiéndose a Stewart. Al hablar se quitó el sombrero para señalar con él el campamento.

Magdalena no podía descifrar sus palabras, mas su ademán indicaba una pregunta acerca del resto de la partida. La respuesta de Stewart y el gesto que la acompañó significaron que estaba camino del rancho. El cowboy reanudó su ocupación y el cabecilla continuó fumando en silencio. Su aspecto era ladino y pensativo. Su gente empezó a demostrar una gradual impaciencia, que revelaban el abandono de la primitiva languidez y la manera lenta de fumar sus cigarrillos. A poco un fornido sujeto de cráneo redondo y rostro rubicundo, lleno de costurones, se puso en pie y arrojó su cigarro. Era un americano.

-¡Eh, amigo! -gritó-. ¿No eres capaz de darnos un trago?

-Mis muchachos no llevan alcohol cuando campean -replicó Stewart, volviéndose de cara a los guerrilleros.

-¡Ah! ¡Ah! Ya me dijeron en Rodeo que eras el apóstol de la templanza -replicó el individuo-. Mucho

me repugna tener que beber agua, pero... ¡qué remedio queda!

Fue al hontanar y se agachó para beber. Súbitamente alargó un brazo y, sumergiéndolo en el agua, sacó un cesto. Con la precipitación de la partida, los cowboys se habían olvidado de recogerlo; el cesto contenía botellas de vino y licores destinados a los amigos de Magdalena. Y allí estaban para que se refrescasen. El guerrillero alzó su tapa, y luego se incorporó, lanzando una exclamación de alborozo.

Stewart hizo un casi imperceptible movimiento para abalanzarse a él; pero se contuvo, y con una rápida ojeada a Nels dijo al otro:

-Sin duda mi gente olvidó recogerlo; que aproveche.

Los compañeros del rebelde se apiñaron con gran algarabía en torno al afortunado descubridor del tesoro. Los preciados líquidos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, y su único defecto fue desencadenar un espíritu de franca temeridad. Los facciosos blancos comenzaron a rondar por el campo; algunos de los mejicanos les imitaron; otros quedaron a la expectativa, demostrando con su mal disimulada impaciencia la naturaleza de sus pensamientos.

Intrigó a Magdalena la conducta de Stewart y de sus camaradas. Al parecer no sentían ninguna inquietud ni siquiera un particular cuidado. Don Carlos, que les había estado observando a hurtadillas, escudriñaba ahora de un modo franco y descarado, mirando alternativamente a Stewart, a Nels y a Monty y luego a los demás cowboys. Mientras algunos de sus hombres barzoneaban, otros seguían pendientes de él, y su expectante actitud adquiría caracteres siniestros. El cabecilla parecía indeciso, mas en modo alguno confundido. Su semblante al mirar a Nels o a Monty presentaba los rasgos de un hombre al que falta resolución.

En su creciente excitación, Magdalena no había oído las palabras que Ambrosio le susurró al oído. Haciendo un esfuerzo apartó su mirada del espectáculo, cediendo su sitio al agazapado cowboy.

La calidad, la nota del murmullo de Ambrosio se había transformado en un ligero sonido sibilante.

-Si de repente le tapo los ojos con mis manos, no se enfade, señorita Hammond - decía -. Algo gordo se está preparando ahí abajo. Nunca he visto tan templado a Gene, y en él es peligrosa señal. ¡Fíjese! ¡Fíjese qué acordes van los muchachos! ¡Oh! Se muestran cachazudos como si fuera en ellos muy natural, pero yo sé que no lo es. Y ese zorro mejicano también lo sabe. Sus hombres tal vez no. Y si ellos se dan cuenta no tienen vista bastante para adivinar lo que significa. Pero ese don... está preocupado, y no es a Stewart a quien más vigila. Es a Nels y a Monty. ¡Bien puede hacerlo! ¡Vea! Nick y Frank se han asentado en aquel tronco con Booly. Nadie diría que van armados, pero fíjese cómo les cuelgan los chalecos. Una arma a cada lado. ¡Esos muchachos pueden sacar el revólver y parapetarse tras ese tronco más de prisa que el pensamiento! ¿Advierte usted cómo Nels y Monty y Gene se han situado entre los guerrilleros y el sendero que aquí conduce? Parece

Librodot

una casualidad, pero... no lo es. Mire a Nels y a Monty qué tranquilamente charlan sin hacer el menor caso de los rebeldes. Mas ya he visto cómo Nels y Monty miraban a Gene. Ahora... Gene es quien ha de dar el primer paso. Los otros le secundarán. Si Nels y Monty estuviesen solos, hace ya rato que habría mejicanos patas arriba en ese campamento, señorita Hammond. Ahora, acatan a Gene. Es evidente. Y ¡gran Dios, lo que disfruto viéndoles ! Ambos porteando sus dos 45, con las culatas sueltas. En esas cuatro armas hay 24 balas... y no son más que veintitrés guerrilleros. Si Nels y Monty empiezan a disparar a tan corto alcance... antes de que pueda usted decir ¡Jesús! habrá una recua de mejicanos por los suelos. ¡Hola! Stewart le ha dicho algo a don Carlos. ¿Qué será? Apuesto que ha sido algo encaminado a que reúna a toda su cuadrilla. ¡Vaya! Los peones no se han dado cuenta. En cambio esos guerrilleros blancos... parecen percatarse de algo... Lo que haya de pasar pasará de un momento a otro. ¡Ojalá estuviese yo entre ellos! Tal vez no lleguen a las manos... Stewart tiene empeño en evitarlo, y es maravilloso cómo se sale siempre con la suya... ¡Gran Dios, lo que me gustaría verle enzarzarse con ese finchado pelón! ¡Mire! Don Carlos no puede aguantar más. Esa extraña conducta de los cowboys es superior a su magín empapado en pulque. Si Gene no le abre pronto la cabeza empezará a sobreponerse a su pánico y aun plantará cara a Nels y a Monty, Pero... Gene aprovechará el momento preciso, y... me estoy poniendo nervioso. Necesito que pase algo. No he visto a Nels más que una vez metido en faena, y en aquella ocasión destrozó un brazo a un mejicano que intentaba encañonarle. Pero... ¡he oído hablar mucho de él! ¿Y Monty? Monty es el tipo clásico de gun-man. Ninguna de las historias, mejor dicho de las mentiras, que contó para distraer al inglés vale tanto como lo que en realidad ha hecho, y no entiendo como está tan pacífico y tan quieto. No es su costumbre, con esa chusma delante buscando camorra. ¡Oh!... ¡Ahora es lo bueno! ¡Me parece que no habrá lucha!

Habiendo interrumpido su desasosegada paseata, el cabecilla de los guerrilleros volvióse hacia Stewart con una actitud algo audaz y resuelta.

-¡Gracias, señor! -dijo-. ¡Adiós! -Se descubrió, trazando con el sombrero un arco en dirección al portel que conducía de la montaña al rancho, v al completar el ademán, una sonrisa burlona y taimada apareció en su atezado rostro.

Ambrosio murmuró tan por lo bajo que Magdalena apenas pudo oírle.

-Si el granuja marcha por allí encontrará nuestros caballos y descubrirá la jugarreta. ¡Oh! ¡Ya se ha dado cuenta ! Pero... apuesto a que no llega a poner los pies en el portel.

Stewart abandonó su indolente postura, y, sin prisa ni cautela, avanzó dos pasos hacia don Carlos.

-¡Vuélvase por donde ha venido! -dijo; y su voz tenía la vibración de una trompeta.

Ambrosio dio un codazo a Magdalena. Su murmullo se hizo apremiante y tenso.

-No pierda usted detalle. Gene ha envidado. Lo que haya de ocurrir ocurrirá con la rapidez de un relámpago. ¡Vea! ¡Y eso que ése dice que no entiende el americano! ¡Fíjese! ¡Está más amarillo que un limón! Tiene los ojos puestos en Nels y en Monty. ¡Bravo! ¡Da gusto verles tan reposados y tan tranquilos! Pero, ¡qué diferencia! Ambos se inclinan hacia delante..., lo que quiere decir que tienen los músculos tensos como reatas de cuero crudo. Están mirando con unos ojos que leen hasta dentro de la mollera. En este instante no media ni el grueso de una crin entre esos mejicanos y el infierno.

Don Carlos lanzó a Stewart una larga y maligna mirada. Luego echó atrás la cabeza, quitóse el sombrero, y su siniestra sonrisa descubrió la resplandeciente dentadura.

-¡Señor!... -comenzó a decir.

Con un soberbio brinco Stewart cavó sobre él. El grito del guerrillero se ahogó en su garganta. Una feroz lucha, demasiado rápida para poderse apreciar, sucedió al primer choque y luego recios y retumbantes golpes. Don Carlos cayó como una masa al suelo. Stewart dio un salto atrás. Luego, encorvándose con las manos en las culatas de los revólveres pendientes a ambos lados de la cintura apostrofó con voz de trueno a los guerrilleros. Sus movimientos habían tenido la rapidez de la pantera y su voz un acento tan terrible que heló la sangre en las venas de Magdalena, a la par que la amenaza de mortal violencia de su postura le hacía cerrar los ojos. Mas tuvo que volver a abrirlos. En aquel instante Monty y Nells se habían colocado junto a Stewart, inclinados ambos, con las manos en idéntica posición que su compañero. El penetrante alarido de Nels pareció mezclarse al rugido de cólera de Monty. Luego callaron, y el eco repitió entre los riscos su amenaza. El silencio de aquellos tres hombres recogidos como tigres a punto de caer sobre su presa era más terrible, más amenazante que los espeluznantes alaridos.

Los guerrilleros vacilaron y, dispersándose, corrieron hacia donde tenían los caballos. Don Carlos se levantó del suelo y se alejó tambaleándose para montar a caballo con ayuda de los suyos. Luego miró hacia atrás, el pálido y ensangrentado rostro descompuesto por diabólica expresión. La cuadrilla se puso en movimiento y un instante después había desaparecido.

-¡Ya me lo figuraba! -declaró Ambrosio-. ¡No he visto nunca a un peón capaz de afrontar un revólver! ¡Y eso que hubo momentos...! ¡Y Monty Price no llegó ni a sacar el suyo! No se consolará nunca de ello. Opino, señorita Hammond, que hemos estado de suerte evitando complicaciones. Como usted ha podido ver, Gene se salió con la suya. En menos de nada estaremos camino del rancho.

-¿Por qué? -susurró Magdalena, anhelante. Pasada la tensión del momento advirtió que estaba decaída y temblorosa.

-Porque los guerrilleros recobrarán su audacia y nos seguirán la pista o intentarán tomarnos la delantera para

Librodot

que cargamos en una emboscada -replicó Ambrosio-. Es su modo de proceder habitual. De no ser así, tres cowboys no podrían amedrentrar a toda una cuadrilla como ésa. Pero opino que corremos ahora mayor peligro que antes si no salimos pronto de estas montañas. ¡Vea! Gene nos está llamando. ¡Vamos! ¡Aprisa!

Elena no había salido de su apostadero y por consiguiente no pudo presenciar el último acto del pequeño drama. Así y todo parecía que su afán de aventuras había quedado más que satisfecho, a juzgar por la palidez de su semblante y el tono trémulo con que preguntó si los guerrilleros se habían marchado.

-No vi el final, pero aquellos terribles alaridos me bastaron.

Ambrosio hizo apresurar el paso a las tres mujeres por el abrupto declive de rocas del acantilado. En el campamento los cowboys ensillaban a toda prisa los caballos. Evidentemente los habían sacado todos de su escondrijo. Al momento, sin más precauciones que las que imponía al cuidado de sus propias vidas o la integridad de sus miembros, Magdalena, Christine y Elena bajaron, valiéndose de los lazos, hasta el llano. Cuando llegaron felizmente abajo, el resto de la expedición asomó por el cantil. Estaban de excelente humor, pareciendo considerar el hecho como un colosal bromazo.

Ambrosio puso a Christine a caballo y marchó por entre los pinos. Frankie Slade hizo lo propio con Elena. Stewart acercó a Magdalena su montura, la ayudó a montar y no pronunció más que una palabra. -¡Espere! -Luego, a medida que fueron llegando las mujeres hiciéronlas montar a caballo, emprendiendo la marcha escoltadas individualmente por cowboys. Se cruzaron escasas palabras. La premura parecía ser la idea dominante; apremiábase a los caballos, y en cuanto embocaron el portel obligáronles a tomar un trote largo. Uno de los cowboys aballaba cuatro hateros que conducían el equipaje de la comitiva. Castleton y sus compañeros montaron y salieron a galope para dar alcance al resto de la partida que les había tomado la delantera. Magdalena se quedó a retaguardia con Stewart, Nels y Monty.

-Se desviarán en la hondonada que empalma con el portel algunas millas más abajo-decía Nels, ajustando la cincha-. Esa hondonada va a parar a un cañón. Una vez en éste será cosa de que cada cual cuide de sí mismo, pero entiendo que nada iría peor que una galopada.

Nels sonrió alentadoramente a Magdalena, pero sin decir una palabra. Monty cogió la cantimplora de la joven y la llenó en el manantial, colgándola luego de la perilla de su silla. En las cantinas puso algunas galletas.

-No se olvide de tomar un bocado y un trago durante la jornada -dijo-. Y no se preocupe, señorita Majestad. Stewart irá con usted, y Nels y yo no andaremos muy lejos.

Su sombrío y hosco rostro no varió en su extraña intensidad, mas la joven pensó que nunca olvidaría la expresión de su mirada. Sola con aquellos hombres, ahora despojados de toda simulación, comprendió lo mucho que la fortuna la había favorecido y el peligro

Librodot

que aún pesaba en la balanza. Stewart montó en su negro, y picó espuelas silbando. Al oír el silbido. Majesty dio un brinco, y con un paso acelerado siguió al cowboy. Volviendo la cabeza la joven pudo ver a Nels ya a caballo y a Monty tendiéndole un rifle. Luego los pinos les ocultaron a su vista.

Ya en el sendero, Stewart puso su caballo al galope. Majesty cambió de paso, manteniéndose a corta distancia del negro. Stewart hizo una advertencia. Los álabes que se extendían de un lado a otro del portel amenazaban desarzonar a Magdalena. La veloz carrera a través de una senda tortuosa, llena de obstáculos, requería todo su cuidado. Asimismo su espíritu, siempre sensible a toda impresión y particularmente a la de peligro, comenzó a imponerse, subyugando el temor y la angustia que hasta entonces la había agobiado.

No tardó mucho Stewart en variar de ruta, torciendo en ángulo recto del sendero, y adentrándose en una hondonada, entre dos collados de escasa elevación. Magdalena observó unas-huellas en los trechos rasos. Stewart moderó el paso. Al hacerse más profunda, la hondonada se hacía más angosta, con un holladero pedregoso y lleno de troncos y matojos. Magdalena apeló a toda su habilidad para lograr mantenerse cerca de Stewart. No pensaba en él ni en su propia seguridad. Su único anhelo era hacer seguir a Majesty las huellas del negro, eludir las aceradas púas de los zarzales y evitar las traicioneras piedras sueltas del camino.

La brusca detención de Stewart y su caballo obligó a Magdalena a hacer también alto. Levantando la vista, vio que se hallaba en el fondo de un cañón que se abría hacia abajo, extendiendo sus grisáceas laderas cubiertas a trechos de verdor, hasta morir en un sombrío y denso pinar. La parda monotonía de los cerros ofrecía gran contraste con la parte abajeña del bosque, y en lontananza, rojizo y caliginoso, vislumbrábase el desierto. Aguzando su mirada, Magdalena vio a los hateros cruzar un abertal una milla más abajo, pareciéndole distinguir también a los perros. La penetrante mirada de Stewart escudriñaba las laderas, a lo largo de las riscosas escarpas. Luego, inició la bajada.

Si al pasar por allí los cowboys habían dejado rastro, Stewart no lo siguió. Fuese hacia la derecha, siguiendo en zigzag un intrincado camino a través del terreno más escabroso que Magdalena había recorrido en su vida. Marchaba entre cedros, buscaba paso entre enormes peñascos, dejaba que su caballo se deslizase a lo largo de inseguras llambrías, cruzaba cauta y lentamente resbaladizos hormazos. Magdalena le seguía, soportando una marcha que ponía a dura prueba su fortaleza y su coraje. Con un caballo corriente le habría sido imposible seguir de cerca a Stewart. El polvo y el calor, unidos a una ardorosa sensación de resecamiento de la garganta, hicieron pensar a la joven en la hora, quedando sorprendida al ver que el sol declinaba ya hacia el Oeste. Stewart no se detuvo ni un instante, ni volvió una sola vez la cabeza, ni despegó los labios. Limitábase a comprobar que Majesty continuaba detrás de él. Magdalena recordó

Librodot

los consejos de Monty acerca de que comiese y bebiese por el camino. Lo peor de esta ruda jornada fue al llegar al pie del cañón. Los cedros caídos, los matorrales y las estoras eran obstáculos fáciles de salvar comparados con las interminables millas de peñas sueltas y galayos. Los caballos resbalaban y tropezaban. Stewart procedía aquí con un extremado tiento. Por fin, el cañón desembocó en un bosque de pinos llano, mientras el sol se ocultaba en el Oeste.

Stewart aceleró el paso de su caballo. Al cabo de una milla, poco más o menos, de terreno llano, el nivel empezó nuevamente a resultar accidentado, con múltiples lomas y collados, formando gollizos. En algunos de ellos, más profundos, reinaba la más negra oscuridad. El aire fresco de la noche alivió considerablemente a Magdalena.

Stewart avanzaba con relativa lentitud. Los ladridos de los coyotes parecían sobresaltarle. En varias ocasiones se detuvo a escuchar. Y durante uno de esos intervalos rasgaron el silencio secos y metálicos disparos de rifles. Magdalena no pudo precisar si procedían de cerca o de lejos, si de la derecha o de la izquierda, pero era evidente que Stewart estaba confundido y alarmado. Desmontó, y cautelosamente avanzó unos cuantos pasos a pie para escuchar mejor. La joven creyó oír en lontananza un grito apagado. Este grito fue lanzado por un coyote; sin embargo era tan plañidero, tan humano, que Magdalena tembló. Stewart volvió a su lado. Empuñando las bridas de ambos caballos echó a andar, deteniéndose a cada diez o doce pasos para escuchar. Cambió su ruta varias veces, y la última se internó en un paraje áspero y abrupto, entretallado por roqueñas lomas. Las herraduras de los caballos retiñían al chocar contra las piedras. El sonido debía penetrar muy adentro de la selva. Esto contrariaba a Stewart, pues buscó un holladero más blando y silencioso. Las sombras se habían trocado en una completa oscuridad. Las estrellas refulgían. El viento empezó a soplar. Magdalena creyó que habían transcurrido muchas horas.

Nuevamente se detuvo Stewart. En la negrura, Magdalena vislumbró una cabaña de troncos, y más allá árboles oscuros en forma de pera, destacándose en: la línea del horizonte. Apenas si veía al cowboy no obstante estar apoyado en su caballo. No podía precisar si escuchaba o si debatía consigo mismo lo que procedía hacer. Poco después, Stewart se fue hacia la cabaña. La joven oyó el chasquido de una cerilla; luego vio su tenue luz. El albergue parecía abandonado. Probablemente era una de las incontables viviendas pertenecientes a exploradores y guardabosques que pasan la vida en las montañas. Stewart volvió a salir, pasando por detrás de los caballos y acercándose luego a Magdalena. Durante algunos instantes permaneció inmóvil como una estatua y escuchó. Ella le oyó murmurar: -Si hemos de salir precipitadamente, puedo montar a pelo-. Con estas palabras desensilló su caballo, llevándose a la cabaña la silla y la manta.

-¡Apéese! -dijo en voz baja, saliendo al umbral.

La ayudó a descender, guiándola luego al interior de la cabaña, donde encendió otra cerilla. Magdalena pudo entrever una tosca lar y

Librodot

varios troncos. La manta y la silla de Stewart yacían en el suelo, de tierra apisonada.

-Descanse un rato -dijo-. Yo voy a adentrarme en el bosque para escuchar. Estaré ausente unos minutos.

Magdalena tuvo que ir tanteando en la oscuridad para dar con la manta y la silla. Cuando se tendió sobre la primera fue con una grata sensación de alivio y de sosiego. Mientras su cuerpo descansaba, su mente recobró su habitual actividad, evocando sensaciones y recuerdos. Durante el día tuvo que atender al manejo de su caballo. Ahora, cuanto había acaecido, la noche, el silencio, la proximidad de Stewart y su extraña y hosca reserva, las posibles desventuras de sus amigos... todo se agolpó en su mente, absorbiendo su atención. Con una increíble rapidez mental revistó todos y cada uno de esos puntos. Creía, y estaba segura que Stewart también, que, gracias a la prontitud de su marcha al rancho, sus amistades se habían librado de los incidentes que retrasaron al cowboy. Esta convicción quitóle de encima el peso del terror que de nuevo comenzaba a adueñarse de ella. Por lo que respecta a sí misma no experimentaba miedo alguno. Mas no podía dormir, ni lo intentó.

Los cautelosos pasos de Stewart se dejaron oír fuera. Su figura apareció en el umbral. Al sentarse, Magdalena oyó el baque de un revólver que dejó al alcance de su mano, en el suelo; luego, idéntico ruido al dejar otro. Los sonidos la escalofriaron. Los amplios hombros de Stewart llenaban el hueco de la puerta ; su cabeza y su adusto perfil se destacaban netamente contra el cielo; el viento encrespaba su cabello. Volvió su oído hacia ese viento, y escuchó permaneciendo inmóvil durante un tiempo que a ella le parecieron horas.

El emocionante recuerdo de la aventura de aquel día, la indecible belleza de la noche, y una extraña, profundamente arraigada y dulcemente vaga conciencia de próxima ventura se disipaban en el fuego abrasador del oprobio de que, a sus ojos, se había cubierto Stewart. Y sin embargo, algo había cambiado en ella, pues lo que empezó siendo cólera contra sí misma se convertía en compasión por él. ¡Stewart era todo un hombre! Magdalena no podía sentir como antes; reconocía su deuda con él; pero no podía expresarle su gratitud, ni dirigirle siquiera, la palabra. Y el conflicto provocaba en ella una incomprensible amargura.

Cerrando los párpados procuró descansar, perdida toda noción de tiempo. Cuando la llamó Stewart, sus ojos se abrieron a la grisácea claridad del alba. Levantándose, saltó afuera. Los caballos relincharon. Un momento después estaba en la silla, dándose cuenta entonces de su cansancio y del entumecimiento de sus miembros. Stewart arrancó al trote largo, internándose en el pinar. Los caballos avanzaron incansablemente; el descenso fue haciéndose menos abrupto. Los árboles se dibujaban con precisión.

Cuando salieron de la arboleda el sol estaba ya sobre el horizonte; ante Magdalena los cerros se extendían interminables; y en su falda, de donde arrancaba el valle, divisó un manchón oscuro que reconoció

Librodot

al punto : era el rancho.

XX

Mediaba la mañana cuando Magdalena entró en la alquería. Sus invitados habían llegado a altas horas de la noche anterior, y faltábales únicamente su presencia y la certeza de que se hallaba sana y salva para considerar la última parte de la excursión campestre como una notable aventura. Asimismo acordaron considerarla como una obra maestra de superchería de los cowboys. El rezago de Magdalena no fue, según ellos, más que un ingenioso golpe de efecto final. La joven se guardó de desmentir esta impresión, del mismo modo que se abstuvo de declarar que había sido escoltada por un solo cowboy.

Sus huéspedes refirieron el arduo descenso al llano, libre de incidentes a excepción de uno que le prestó animación. Por el camino habían encontrado al sheriff Hawe y sus acólitos, que se hallaban bajo los efectos del alcohol y extraordinariamente enfurecidos por la evasión de la muchacha mejicana Bonita. Hawe habíase dirigido a las damas en términos muy groseros, y, según Ambrosio, habría llegado su audacia hasta crear dificultades a la comitiva con cualquier pretexto baladí, a no haberle impuesto silencio los cowboys.

Dos días tardaron los amigos de Magdalena en reponerse de los efectos de la cabalgada. El tercero lo dedicaron a iniciar con toda calma sus preparativos de marcha. Este período fue doblemente difícil para Magdalena. A su propia necesidad de reposo uníase la precisión de afrontar un conflicto moral imposible de rehuir o diferir por más tiempo. Su hermana y sus amigas insistían amable y tenazmente en sus ruegos porque les acompañase al Este. Por su parte, ella deseaba ir. La materialidad del viaje no la preocupaba. Era el cómo y cuándo y en qué circunstancias regresaría lo que motivaba su turbación. Antes de partir para el Este, quería determinar en su mente cuál sería su futura relación con el rancho y con el Oeste. Al llegar el momento, se dio cuenta de que el Oeste no se había adueñado aún totalmente de ella. Aquellas antiguas amistades habían estrechado lazos que ella creyó rotos y sólo estaban aflojados.

Ocurrió, sin embargo, que no tuvo necesidad de precipitar la marcha. Magdalena hubiera acogido gustosa cualquier excusa para diferirla; y he aquí que una carta de Alfredo vino a hacer su marcha imposible por el momento. Escribíale su hermano que su viaje a California resultaba de gran provecho, que a su regreso presentaría a Magdalena una proposición de una importante empresa de ganado, y, además, y particularmente, que a su llegada al rancho proyectaba llevar a cabo su enlace con Florencia, a cuyo efecto le acompañaría un pastor de Douglas.

Esto no obstante, Magdalena accedió a prometer a Eleu& y a sus amigos que iría pronto al Este, todo lo más tarde a fines de noviembre. Y con esta promesa sus amigos tuvieron que contentarse y despedirse de ella y del rancho. En el último instante la partida iba a verse amenazada con un serio percance. Todos a una los invitados de Magdalena levantaron los brazos en alto, a la usanza del Oeste, al ver aparecer a Link Stevens pilotando el automóvil blanco. Link protestó, cándida y solemnemente, que conduciría con moderación y prudencia, pero fue preciso que Magdalena saliese garante de las palabras de su conductor y les acompañase, para decidirles a subir al coche. En la estación las despedidas amenazaron con hacerse interminables, y la joven hubo de reiterar cien veces su promesa.

Las últimas palabras de Dorotea Coombs fueron:

-Saluda de mi parte a Monty Price. ¡Dile, que... que... me alegro de que me besase!

Las pupilas de Elena se animaron con una dulce, grave, aunque burlona luz, al decir:

-Majestad, cuando vengas lleva a Stewart contigo. Hará furor.

Magdalena acogió la frase con la misma alegre ligereza con que lo hicieron los demás; pero más tarde, mientras regresaba al rancho, recordó las palabras de Elena y sobre todo su acento, con una sensación de sobresalto. Cuanto se refiriese a Stewart, mención o recuerdo, la disgustaba.

-¿Qué quiso decir Elena? -musitó Magdalena. El brillo burlón de las pupilas de su hermana había sido sencillamente un irónico destello, un cínico relámpago hijo de su mundana experiencia, tan maliciosa y tolerante en su sabiduría. En la dulce gravedad de la mirada de Elena había habido algo más hondo, más sutil. Magdalena quería comprenderlo, adivinar en ello una nueva relación entre Elena y ella, algo noble y maternal, conducente a un mayor cariño. Mas la idea girando en torno a la extraña sugerencia de Stewart, nacía ya envenenada, y la desechó de su mente.

Camino de la alquería, al pasar junto al embalse inferior, vio a Stewart paseando sin rumbo por la orilla. Al darse cuenta de la proximidad del coche pareció salir de su ensimismamiento y desapareció rápidamente por entre el boscaje. No era la primera vez que Magdalena le veía evitar un posible encuentro con ella. Su acción la conturbó, a pesar de descargarla. No quería enfrentarse con él.

La enojó adivinar que Stillwell se proponía aducir algo en defensa del' cowboy. El viejo ganadero estaba evidentemente afligido. Intentó varias veces entablar conversación a propósito de Stewart. Ella lo había eludido hasta la última vez en que su insistencia le acarreó una fría y terminante negativa a escuchar palabra alguna más acerca del capataz. Stillwell había quedado anonadado.

Los días pasaban y Stewart continuaba en el rancho, mas ya sin su antigua devoción a la tarea. El verle deambular cabizbajo de un lado a otro no modificó el estado de ánimo de Magdalena. Esto la desazonaba, v precisamente por desazonarla se hizo más adusta.

Librodot

Además, no pudo dejar de oír fragmentos de conversaciones, de las que dedujo que Stewart estaba perdiendo el dominio de sí mismo y que pronto iría de nuevo por malos derroteros. La verificación de sus sospechas las convirtió en una creencia, v ésta trajo un agudo conflicto entre su generosidad y un sentimiento que no acertaba a calificar. No era una simple cuestión de justicia o de clemencia o de simpatía. Si una sola palabra suya hubiese podido impedir que sumiera Stewart su espléndida masculinidad en aquella brutal degradación cuyo espectáculo la hizo retroceder en Chiricahua, no la habría pronunciado. No podía reponerle ya en su primitiva estimación; en el fondo, no lo necesitaba para nada en el rancho. Una vez, considerando su conocimiento de los hombres, se sometió a sí misma a un interrogatorio encaminado a averiguar por qué no podía tolerar o condonar la transgresión de Stewart. Anhelaba no volver a hablar con él, ni verle ni pensar en él. En cierto modo, su interés por Stewart había acabado causándole un inexplicable desdén hacia sí misma.

Un telegrama de Douglas, heraldo de la llegada de Alfredo y del pastor, puso fin a las cavilaciones de Magdalena, obligándola a compartir la excitada impaciencia de Florencia Kingston. Los cowboys estaban tan anhelosos y parleros como colegialas. Se acordó celebrar la ceremonia nupcial en el inmenso hall de Magdalena, y el banquete en el fresco y sombreado patio.

Alfredo y su clérigo llegaron al rancho en el auto blanco. Parecían considerablemente baqueteados por el viento. El pastor venía sin resuello, casi ciego, y verdaderamente desgreñado. Alfredo, más avezado al viento y a la velocidad, no se extrañó de la aversión de Nels por el coche. El imperturbable Link se quitó gorra y anteojos y, consultando su reloj, dio su habitual informe a Magdalena, deplorando el hecho de que un trajinante y algunas reses descarriadas por el camino le hubieran obligado a marchar a razón de una triste milla por minuto.

Las disposiciones tomadas para la fiesta merecieron la entusiasta aprobación de Alfredo. Cuando oyó las explicaciones de Magdalena y de Florencia expresó su deseo de que los cowboys asistiesen a la ceremonia ; y después habló de California, adonde pensaba ir con su esposa en viaje de novios. Mostróse luego altamente interesado por saber algo acerca de los huéspedes de Magdalena y sus aventuras, y al hablar con su hermana dirigióle una penetrante mirada que la hizo estremecer.

-¡Ahora respiro! -dijo riendo-. Temí... En fin, por lo que veo, he perdido una buena ocasión de divertirme. Imagino todo lo que Monty y Nels debieron hacer con ese inglés. ¿De modo que fuisteis a los riscales? Es un lugar salvaje. No me extraña que los guerrilleros fuesen allá a acosaros. Los riscales eran punto de reunión de los apaches... Están a dos pasos de la divisoria, son casi inaccesibles, tienen agua y buen pasto... Me gustaría saber qué diría la caballería de los Estados Unidos si supieran que esos bandoleros habían atravesado la frontera en sus propias barbas. Bien es verdad que

Librodot

resulta prácticamente imposible patrullar por ciertos sectores de la línea. Lo que no es desierto es montaña o cañón y todo igualmente agreste y escabroso. Siento deciros que, según parece, esos guerrilleros traerán esta vez más complicaciones que nunca. Orozco, el cabecilla rebelde, ha fracasado en sus intentos de contener al ejército de Madero. Los federales ocupan Chiricahua y van repeliendo hacia el Norte a los rebeldes. Orozco ha fraccionado en guerrillas a su gente, extendiéndolas por el Norte y el Oeste, con idea de entablar en Sonora una guerra de guerrillas. De momento, no puedo predecir hasta qué punto podrá afectarnos aquí, pero... estamos demasiado cerca de la frontera para sentirnos tranquilos. Esos guerrilleros son halcones nocturnos; pueden atravesar la línea, caer sobre nosotros y volver a sus guaridas la misma noche. A mi juicio la contienda no se circunscribirá al norte de Méjico. Con el fracaso de la revolución, las guerrillas serán más numerosas, más audaces, y más hambrientas, y por desgracia, nuestra situación en este paraje, que es uno de los más aislados del Estado, favorecerá sus designios.

Al día siguiente se celebró el enlace de Florencia y Alfredo. La hermana de aquélla y varias amistades de El Cajón asistieron a la ceremonia, a más de Magdalena, Stillwell y sus hombres. Por expreso deseo de Alfredo, Stewart estuvo también presente. Magdalena se divertía viendo los esfuerzos de los cowboys para reprimir su excitación. Para ellos el evento era tan insólito como impresionante. Magdalena tuvo una mejor impresión de su temperamento, cuando, sobreponiéndose a su cortedad, se agruparon para besar a la novia. Jamás había visto Magdalena novia alguna besada con mayor diligencia y copiosidad ni que saliera del encuentro más desgreñada y satisfecha. Era, en efecto, una memorable ocasión. Alfredo Hammond no conservaba nada del «lánguido Este» ; hubiérase dicho que el Oeste era su cuna. Cuando Magdalena consiguió franquear la masa de cowboys para ofrecer su felicitación, su hermano le dio un abrazo de oso, besándola estruendosamente. El gesto pareció fascinar a los cowboys. Chispeantes y encendidos los ojos, con sonriente y pueril audacia, se precipitaron hacia ella. Por un instante, el corazón se le asomó a los labios. Parecían dispuestos a magullarla y besarla desenfadadamente. Monty Price, el exiguo rufián de dulces ojos y feroz semblante, iba a la cabeza; parecía un dragón animado de sentimiento. La instintiva repugnancia de Magdalena a sentir el contacto de manos o labios extraños luchaba contra un sincero y malicioso deseo de dejar a los cowboys en libertad de acción contra ella. Mas vio a Stewart rezagado detrás de la turba, y algo, tal vez su fiera y fría expresión de dolor, la sorprendió agostando en flor su proyecto de ser amable. Algún cambio, del que no se dio cuenta, debió experimentar su semblante, pues vio a Monty retroceder intimidado y a los demás apartarse abriendo paso para dejarla ir hacia el patio a la cabeza de la comitiva.

El banquete empezó con relativa quietud, divididos los cowboys entre su azoramiento y su apetito a cuya voracidad no se atrevían a

Librodot

dar rienda suelta. Sin embargo, los vinos de marca desataron sus lenguas, y cuando Stillwell se puso en pie para pronunciar el discurso que todos parecían esperar, fue acogido con ensordecedor vocerío.

El viejo ganadero era todo sonrisas. Su contento era tal que se le saltaban las lágrimas. Divagó elocuentemente hasta el momento de alzar la copa.

-Y ahora, muchachas y muchachos, bebamos por los novios, por su sincero y perdurable amor; por su dicha y su prosperidad; por su salud y larga vida. Bebamos por la unión del Este y del Oeste. No hay hombre alguno, si tiene sangre en las venas en lugar de horchata, que pueda resistir la atracción de una mujer del Oeste, de un buen caballo y del mejor don de Dios..., los abertales de nuestra bendita tierra. Por eso proclamamos a Alfredo Hammond como uno de los nuestros y le ofrecemos nuestra lealtad. Y, amigos, creo oportuno que brindemos por su hermana y, con ella, por nuestras esperanzas. ¡Bebamos por la dama a quien consideramos nuestra Majestad! Y finalmente, bebamos por el hombre de pelo en pecho y corazón esforzado que procedente del Oeste vendrá algún día con un raudo caballo y certero lazo a conquistarla y alcanzarla. ¡Bebamos, amigos!

Un sonoro golpeteo de herraduras y un alarido del exterior interrumpió a Stillwell y dejó suspendida su mano en alto.

En el patio reinó el silencio de una habitación desocupada.

Por las abiertas puertas y ventanas del aposento de Magdalena irrumpió el ruido de caballos violentamente refrenados, luego rudas voces de hombres y un gro femenil de dolor.

Rápidos pasos cruzaron el porche y entraron en la estancia de Magdalena. Nels apareció en el umbral. La joven recordó entonces con asombro que no le había visto en la mesa. Su semblante la perturbó.

-Stewart, afuera haces falta -dijo sin rodeos-. Monty, ven conmigo, y tú, Nick y... y Stillwell. Los demás podéis cerrar las puertas y quedaros dentro. -Nels desapareció.

Veloz como un gato, Monty salió con él. Magdalena oyó su paso ligero y suave atravesar su aposento en dirección al despacho. Había dejado allí sus armas. La joven se echó a temblar. Vio a Stewart ponerse sosegadamente en pie y, sin la menor alteración de su sombrío rostro, salir del patio, con Nick Steele detrás. Stillwell dejó caer la copa que tenía en la mano. Al romperse, y con ella el silencio, su famosa sonrisa se desvaneció, recuperando el rostro su habitual rigidez a la par que se acentuaba y oscurecía el tinte rojizo de la piel. Cerrando tras de sí la puerta, salió a su vez afuera.

Luego reinó una profunda quietud. El placer del momento había sufrido una ruda interrupción. Magdalena recorrió con la mirada la hilera de atezados semblantes, viendo como la expresión de alegría se trocaba en la vieja dureza de líneas familiar.

-¿Qué pasa? -preguntó torpemente Alfredo. El cambio de situación había sido demasiado rápido para él. De pronto, pareció despertar y darse completa cuenta de la interrupción.

-Voy a ver quién ha venido a aguamos la fiesta - dijo, saliendo tras

de los otros.

Antes de que los reunidos hubiesen podido desplegar los labios, regresó, encendido el rostro por la cólera.

-Es el sheriff de El Cajón -exclamó, despectivamente-. Pat Hawe, con algunos de sus delegados, pretende arrestar a Gene. Traen a esa infeliz mejicana atada a un caballo. ¡Maldito sea!

Magdalena se levantó reposadamente de la mesa, eludiendo a Florencia que intentaba retenerla, y se dirigió hacia la puerta. Los cowboys se pusieron en pie de un brinco. Alfredo le atajó el paso.

-Alfredo, déjame salir -dijo.

-No, opino que no -replicó-. No es cosa tuya.

-Quiero salir -insistió mirándole.

-¡Magdalena! Pero... ¿por qué?... Pareces... Querida, lo más probable es que haya un altercado... Probablemente acabará en pelea... No puedes hacer nada. No debes salir.

-Acaso yo pueda evitarlo -replicó.

Al abandonar el patio advirtió que Alfredo, con Florencia y los cowboys, se disponían a seguirla. Cuando desde su aposento salió al porche, oyó varias voces masculinas en airada discusión. El espectáculo de Bonita, cruel y despiadadamente atada sobre un caballo, pálida, desmelenada y con aire de sufrimiento, causó a Magdalena la misma impresión, el mismo escalofrío que la vista o el mero nombre de aquella muchacha le causaba siempre. En su pecho sintió una aguda punzada, aquel vivo tormento que tanto la avergonzaba. Mas, casi instantáneamente, cuando una segunda ojeada le hizo ver la agonía retratada en el semblante de Bonita, sus brazos magullados por la cuerda que se hundía en sus carnes, sus manos cubiertas de sangre, la compasión se sobrepuso en Magdalena a todo otro sentimiento. Compasión por la infortunada muchacha y, con ella, la indignación propia de toda mujer ante tan bárbaro tratamiento infligido a una de su sexo.

En el sujeto que llevaba de la brida al caballo en que iba Bonita, Magdalena reconoció al guerrillero que en el campamento de los riscales había descubierto el cesto de las botellas. Rubicundo de rostro, barbinegro, de aspecto repulsivo, a todas luces bajo la influencia del alcohol, tenía un aspecto tan feroz como un gorila y era no menos repugnante. A su lado había otros tres hombres, todos jinetes en cansinos caballos. A su frente, escuálido, de facciones agudas, ojuelos encarnados y barbilla en punta, iba el sheriff de El Cajón.

Magdalena titubeó un instante, deteniéndose luego en mitad del porche. Alfredo, Florencia y algunos cowboys la siguieron; el resto de su gente y los invitados se apiñaron en las puertas y ventanas; Stillwell vio a Magdalena, y, alzando los brazos, vociferó para hacerse oír. El gesto hizo callar a los gesticulantes y pendencieros intrusos.

-Vamos a ver, Pat Hawe, ¿qué te trae por aquí, tan desaforado como un becerro loco? - preguntó el veterano.

-No desgarites, Bill -replicó Hawe-. Demasiado sabes a lo que vengo.

Librodot

Bastante paciencia he tenido. Pero ahora estoy resuelto. Vengo a prender a un criminal.

El fornido ganadero experimentó una sacudida como si hubiese recibido un porrazo. Su semblante se congestionó.

-¿Qué criminal? -gritó roncamente.

El sheriff hizo restallar su látigo contra la bota, mientras se dibujaba en sus labios una sarcástica sonrisa. La situación era muy de su gusto.

-¡Psch!... Ya sabía que tenías en esta pampa un equipo de cuidado; pero ignoraba que hubiese más de un criminal entre ellos.

-¡Basta de palabras! ¿A cuál de mis cowboys buscas?

La actitud de Hawe cambió.

-A Gene Stewart - contestó secamente.

-¿Por qué motivo?

-Por el asesinato de un mejicano el otoño pasado.

-¿Aún estás con eso? Pat, has equivocado el camino. No puedes achacar esa muerte a Stewart. La cosa ha pasado ya a la historia; pero si te empeñas en que comparezca ante un jurado... aplaza tu arresto. Hoy aquí estamos celebrando una fiesta. Yo te llevaré a Gene a El Cajón.

-No. Entiendo que valdrá más que me lo lleve ahora que tengo oportunidad de hacerlo, antes de que se escabulla.

-Yo te doy mi palabra -atronó Stillwell.

-No tengo por qué aceptar la tuya ni la de nadie.

Stillwell temblaba de cólera, pero logró dominarse a costa de un gran esfuerzo.

-Escucha, Pat Hawe. Sé lo que es razonable. La justicia es la justicia. Pero en esta comarca siempre ha habido y sigue habiendo un modo sensato y seguro de hacer justicia. Tal vez se te ha olvidado. Cuando esa justicia descansa en un solo hombre, en una región salvaje, las flaquezas de ese hombre y su ilimitada autoridad pueden dar lugar a que se vea discutida, incluso por un viejo ganadero decente como yo. Voy a darte un consejo, Pat; por estas tierras no gozas de excesivas simpatías. Has querido gobernar demasiado a rajatabla. Algunos de tus actos han sido por demás sospechosos, y no olvides que te lo digo yo. Pero... eres el sheriff y respeto tu cargo. Lo respeto hasta cierto punto. Si no has perdido aún por completo la noción de las cosas, procura evitar las complicaciones que originaría una acción tuya destemplada y hoy fuera de lugar. ¿Entiendes?

-Stillwell, estás amenazando a un agente de la autoridad -replicó airadamente Hawe.

-¿Quieres hacer el favor de marcharte de aquí? -preguntó el ganadero, con mal reprimido enojo -. Yo garantizo la comparecencia de Stewart a El Cajón el día que tú señales.

-No; he venido a arrestarle y me lo llevare conmigo.

-¿De modo que ése es tu juego? -vociferó Stillwell-. ¡Bravo! Me alegro de verte tal y como eres, Pat. Ahora escucha, especie de coyote. Por lo visto te es igual el hacerte con más o menos enemigos.

Librodot

Demasiado sabes que no volverás a desempeñar cargo alguno en esta región. ¿Qué puede importarte? Es sorprendente lo resuelto que estás a perseguir y castigar al hombre que, mató a ese particular mejicano. Si no recuerdo mal, durante el pasado año murieron más de una docena a mano airada. ¿Por qué no te dedicas a buscar a sus asesinos? Yo te lo diré: tienes miedo. Te causa pavor acercarte a la divisoria, y tu odio hacia Stewart te impulsa a acosarle y a encerrarle en donde no ha estado nunca..., en la cárcel. Quieres vengarte así de sus amigos. ¡Bravo! ¡Escucha, coyote larguirucho y sarnoso! ¡Adelante! ¡Arréstale... si puedes!

Dando una prodigiosa zancada, Stillwell salió de! porche. Sus últimas palabras habían sido glaciales. Su ira pareció haberse transferido a Hawe. El sheriff comenzaba a farfullar, agitando un brazo en dirección del ganadero, cuando Stewart se adelantó

-¡Alto, muchachos! ¡Dejadme meter baza a mí también!

Al ver al cowboy, la mejicana pareció despertar súbitamente de su estupor. Forcejeó con sus ligaduras, como si intentase alzar las manos implorantes. Un tinte rosado animó su macilento rostro, y los enormes ojos relampaguearon.

-¡Señor Gene! -zollipó-. ¡Ayúdeme! ¡Estoy enferma! ¡Me han pegado! ¡Me han atado! ¡Desfallezco! ¡Oh, ayúdeme, señor Gene!

-¡Si no callas te amordazo! -dijo el individuo que sujetaba su caballo.

-¡Ponle un bozal si vuelve a ladrar, Sneed! -ordenó Hawe.

En el breve silencio que luego se produjo Magdalena percibió algo tenso y contenido. ¿Fue acaso un efecto de su propia excitación? Su rápida mirada apreció los semblantes de Nels, Monty y Nick, sombríos, alerta, glaciales. Le extrañó que Stewart no mirase a la mejicana. El cowboy estaba igualmente hosco, pero sosegado, sereno, con algo amenazador en su aspecto.

-Hawe, si me entrego sin ofrecer resistencia-dijo lentamente-, ¿desatarás las ligaduras de esa muchacha?

-No -replicó el sheriff-. Ya se me ha escapado una vez. Maniatada está y maniatada se queda.

-Bien está; démonos prisa -dijo Stewart-. Ya has molestado bastante. Vamos a los corrales a buscar mi caballo.

-¡Para! -aulló Hawe, viendo dar media vuelta a Stewart-. ¡No tan vivo! ¿Quién manda aquí? Conmigo no te valen esos desplantes estilo «El Capitán». Tu irás en uno de mis hateros, y amanillado.

-¿Quieres ponerme las esposas? -preguntó Stewart; con súbito arrebato.

-¿Que si lo quiero? ¡Ja! ¡Ja! No, Stewart..., es simplemente lo que hago con los ladrones de caballos, los bandoleros mejicanos, asesinos y gentuza así. ¡Tú, Sneed, pie a tierra, y amanilla a este hombre!

El guerrillero llamado Sneed saltó del caballo y empezó a escudriñar en las cantinas de su silla.

-Como verás, Bill -prosiguió Hawe-, para este particular asunto juramenté un nuevo delegado. Sneed tiene una práctica especial. Fue

Librodot

él quien me acorraló a esta gata mejicana.

Stillwell no oía siquiera al sheriff; miraba a Stewart con indecible sorpresa.

-¡Gene! ¿Vas a tolerar esos hierros? -dijo suplicante.

-¡Sí! -replicó el cowboy-. Bill, viejo amigo, aquí soy un advenedizo. No hay razón para que la señorita Hammond y su hermano y Florencia sufran mayores perjuicios por mi causa. Ya les he amargado un día feliz... Cuanto antes me vaya, mejor.

-Podría ocurrir que tuvieses en demasiada consideración los delicados sentimientos de la señorita Hammond. -En el veterano ranchero no se advertía rastro alguno de su habitual afable cortesía. Su aspecto era duro como el granito-. ¿Y los míos? Yo quisiera saber si permitirás que ese rastrero coyote, esa miserable reliquia de los antiguos tiempos de los sheriffs borrachos y camorristas de la frontera, te ponga los hierros y te lleve a la cárcel atado como una res.

-Sí -replicó serenamente Stewart.

-¡Por Dios!... ¡Tú, Gene Stewart!... ¿Qué te ha ocurrido? ¡Por todos los santos!, Gene..., vete adentro y déjame solventar este asunto. Mañana puedes coger tu negro y presentarte a las autoridades como cumple a un caballero.

-No. Iré ahora mismo. Gracias, Bill, gracias por el apoyo que tanto tú como los muchachos me ofrecéis. Pero... ¡de prisa, Hawe... antes de que me arrepienta!

Al terminar la frase su voz se quebró, revelando el prodigioso dominio que había ejercido sobre sus pasiones. Doblegando la cabeza, calló como si súbitamente hubiese perdido la energía.

Magdalena vio en él un reflejo del Stewart avergonzado y vencido de los primeros días. El vago tumulto de su pecho se transformó en consciente furia..., en una apasionada repudiación de la pasividad de Stewart. No porque le deseara rebelde, sino porque le era insoportable verle pisotear su propia reputación. En otros tiempos le había suplicado que fuese su clase de cowboy... un hombre en quien la razón templase las pasiones; le había dejado comprender cuán penosa y repugnante era para ella cualquier violencia. Y la idea le había obsesionado, ablandado, creciendo y extendiéndose como ponzoñosa hiedra sobre su voluntad hasta ahogarla, y privarle de audacia y de un arrojo de que ahora, extrañamente, hubiera querido verle dar pruebas. Cuando Sneed se adelantó, haciendo retiñir las esposas, la sangre de Magdalena se trocó en líquido fuego. Hubiera perdonado que Stewart hubiese vuelto a ser entonces el tipo de cowboy que ella, con ciego y ñoño sentimentalismo, había pretendido detestar. El Oeste era tierra de hombres... para portarse en ella como hombres. ¿Con qué derecho una mujer, educada en un ambiente por completo distinto, todo molicie y blandura, se valía de su belleza y de su influencia para modificar a un hombre, temerario tal vez, pero fuerte y libre? En aquel momento, con la sangre hirviendo en sus venas, habría glorificado la violencia que tanto diera en deplorar, habría acogido con júbilo el gesto que caracterizaba el modo como Stewart trataba a

Librodot

don Carlos; en ella despertaba repentinamente la naturaleza de la mujer que se asimiló la vida y el temperamento de cuanto la rodeaba y que, de fijo, no habría desviado los ojos de cualquier espectáculo de violencia o de sangre.

Pero Stewart tendía las muñecas a las esposas. De pronto Magdalena oyó su propia voz perentoria y vibrante:

-¡Esperad!

En el breve espacio de tiempo que requirió para llegar al borde del porche, de cara a los hombres, no tan sólo pudo sentir su cólera, justicia y orgullo concentrando fuerzas en su ayuda, sino también algo misterioso..., algo profundo, apasionado, que no era hijo del momento.

Sneed dejó caer las manillas. El semblante de Stewart adquirió la blancura del yeso. Hawe, con un lento y estúpido embarazo que era incapaz de dominar, se quitó el sombrero con un respeto que parecía forzado.

-Señor Hawe, puedo probarle que Stewart no tuvo intervención de ningún género en el crimen por el que usted quiere detenerle.

La mirada del sheriff sufrió un repentino cambio. Tosió, tartajeó, intentó hablar. Era evidente que la situación le cogía de improviso. Su sorpresa se trocó en desconcierto.

-Era absolutamente imposible que Stewart tuviese parte en esa agresión -prosiguió Magdalena con rápida palabra-, porque en el momento en que se verificaba, estábamos juntos en la sala de espera de la estación. Puedo asegurarle que lo recuerdo distinta y vívidamente. La puerta estaba abierta, oí voces de hombres que disputaban. Fueron acercándose... Hablaban en español... Evidentemente aquellos individuos procedían del salón de baile fronterizo y se encaminaban hacia la estación... Entre las voces hombrunas oí otra de mujer... en español también, por lo que no pude entender lo que decía... aunque su acento era suplicante. Luego oí pisadas en la grava. Me consta que Stewart las oyó también. Por su actitud, pude colegir que iba a ocurrir algo horrible. Afuera... junto a la puerta, se oyeron roncos y furiosos gritos, rumor de lucha... un disparo... un grito de mujer... el baque de un cuerpo que cae, y rápidos pasos de un hombre que se aleja. Después, esa muchacha, Bonita, entró tambaleándose en la estancia. Estaba lívida, temblorosa, aterrorizada. Reconociendo a Stewart apeló a él. Stewart la sostuvo, y procuró tranquilizarla. Estaba excitado. Preguntó si Danny Mains era el herido b el agresor. La muchacha contestó que no, añadiendo que ella había estado bailando y flirteando con los vaqueros y que se habían querellado por ella. Entonces Stewart se la llevó afuera y la montó en su caballo. Vi cómo salía al galope, calle abajo, desapareciendo en la oscuridad.

Mientras Magdalena hablaba, Hawe pareció experimentar otro cambio. Su desconcierto había durado poco; pero fue para trocarse en hosca cólera, mientras su macilento rostro adquiría astuta expresión.

-Todo eso es muy interesante, señorita Hammond, casi tan

Librodot

interesante como una novela -dijo-. Y ya que es usted un testimonio voluntario quisiera hacerle algunas preguntas. ¿A qué hora llegó usted a El Cajón aquella noche?

-Después de las once-replicó Magdalena.

-¿Salió alguien a recibirla?

-No.

-El jefe de estación y el telegrafista se habían marchado va, ¿no es eso?

-Sí.

-Bueno. ¿Cuándo compareció este sujeto, Stewart? -continuó con una sonrisa Hawe.

-Algo después de mi llegada. Tal vez... quince minutos más tarde... Acaso algo más.

-Aquellos alrededores debían estar más bien oscuros y solitarios, ¿no?

-En efecto, lo estaban.

-¿Cuándo hirieron al mejicano? -preguntó Hawe, con los ojos chispeantes.

-Probablemente a cosa de la una y media. Al mirar mi reloj en casa de Florencia Kingsley, eran las dos. En cuanto Stewart hubo despedido a Bonita, me llevó a casa de Florencia. Por lo tanto, teniendo en cuenta la distancia de un punto a otro y algunos minutos de conversación con ella, puedo decir casi con certeza que el crimen se cometió a la una y media.

Stillwell se acercó un paso más al sheriff.

-¿Qué andas buscando? -reguntó con voz de trueno.

-La prueba -contestó secamente Hawe.

Magdalena se asombró de la interrupción. Irresistiblemente, Stewart atrajo su mirada, viéndole un semblante ceniciento, tembloroso de manos, desmoralizado en absoluto.

-Se lo agradezco mucho, señorita Hammond -dijo con voz ronca-. Pero... no conteste a más preguntas de Hawe. Ése es... es... No es preciso. Iré con él ahora, arrestado. Bonita corroborará ante el tribunal su testimonio de usted, y eso me librará de... la animadversión de este hombre.

-Desde el punto de vista testifical, lo que usted dice es importante y concluyente. Pero calculo que el tribunal querrá que se le explique por qué permaneció usted en esa sala de espera, a solas con Stewart desde las once y media hasta la una y media.

Su maligno discurso actuó de muy distinta forma sobre su auditorio. Stewart se estremeció, dando un salto de tigre; Stillwell llevóse las manos al cuello de la camisa, desgarrándolo como si temiera ahogarse; Alfredo avanzó unos pasos, hasta que le contuvo el frío y silencioso Nels; Monty Price lanzó un violento «¡Bah!» que era a la vez un silbido y un grito.

La confusión de su mente impidió a Magdalena interpretar con acierto aquellas reacciones tan extrañas para ella. Pero... eran significativas. Al iniciar su respuesta a la pregunta de Hawe, un

escalofrío la recorrió de píes a cabeza:

-Stewart me... retuvo en la sala de espera -dijo con voz clara como el tañido de una campana-. Pero no estuvimos solos... todo el tiempo.

El único sonido que después de sus palabras pudo oírse fue el jadeo de Stewart. El semblante de Hawe se animo con una repulsiva expresión de sorpresa y deleite.

-¿La retuvo? -murmuró, alargando el cuello-. ¿Qué quiere decir...?

-Stewart estaba... bebido. El...

Con súbito ademán desesperado, el cowboy la interrumpió:

-¡Oh, señorita Hammond! ¡No... no... no! ...

Luego pareció abismarse, con la cabeza baja, en su sonrojo. La manaza de Stillwell cayó sobre su hombro, y volviéndose hacía Magdalena dijo:

-Señorita Majestad, opino que obrará usted cuerdamente diciéndolo todo. No hay nadie entre nosotros capaz de tergiversar o interpretar de erróneo modo un acto suyo. Tal vez un rayo de luz venga a aclarar esta atmósfera. Sea lo que sea, lo que Stewart hizo aquella noche... dígalo usted.

El recuerdo de la impertinencia de Stewart turbo el digno continente y el dominio de sí misma de la joven. Con palabra rápida y entrecortada prosiguió:

-Entró en la estación, minutos después de mí llegada. Le pregunté... le pedí que me acompañase a un hotel. Dijo que no había ninguno que quisiera dar alojamiento a mujeres casadas. Se apodero de mi mano... buscando el anillo de matrimonio. Entonces vi que estaba... embriagado. Me dijo que iría a buscar un mozo al hotel... mas cuando volvió, fue con un sacerdote... el padre Marcos... El infeliz estaba... terriblemente asustado... Yo también; Stewart parecía un energúmeno. Disparo su revolver a los pies del padre... Me obligó a sentarme en un banco... disparando otra vez... ante mí... Casi... casi me desmayé... Pero le oí que apostrofaba al padre... oí a éste salmodiar o rezar... no sé qué... Stewart quiso que dijera palabras en español... Me preguntó mí nombre. Se lo dije. De un tirón pretendió quitarme el velo... Me lo quité yo. Entonces, enfundó su revólver... empujando al padre hacía la puerta... Esto ocurrió momentos antes de acercarse los vaqueros con Bonito. El padre Marcos debió verles, oírles. Después, Stewart se sereno rápidamente. Parecía mortificado... afligido... cubierto de sonrojo. Me explico que había bebido con exceso en una boda... recuerdo que fue en la de Ed Linton... Luego me dijo... que los muchachos estaban siempre al acecho de una oportunidad para jugarse el dinero... que él había apostado casarse con la primera muchacha que llegase a El Cajón... Dio la casualidad que fuí yo... Quiso obligarme a ese absurdo enlace... Lo demás... lo referente a la agresión al vaquero... ya lo he referido.

Jadeante, con las manos crispadas sobre el pecho, Magdalena termino su relato. La revelación del secreto desencadeno su emoción; las atropelladas palabras la dejaron temblorosa y ardiente. Pensó en Alfredo... en la indignación que debía causarle su historia. Mas su

Librodot

hermano continuaba inmóvil... como aturdido. Stillwell intentaba levantar el ánimo del anonadado Stewart.

-Ja! ¡Ja! ¡Ja! -prorrumpió Hawe, estrepitosamente-. ¿Has visto nunca nada parecido, Sneed? ¡Ja! ¡ Ja! ¡En mí vida oí cosa mejor!

Luego cesó de reír, y con la mirada fija en Magdalena, una mirada insolente, malévola y salvaje, rezongó irónico:

-Pero... no espere usted que Pat Hawe o el tribunal se traguen esa parte referente a que la retuvo contra su voluntad.

Magdalena no tuvo tiempo de medir el alcance de sus últimas palabras. Convulsivamente Stewart se había precipitado hacía delante, blanco como el yeso. Al ir a saltar sobre Hawe, Stíllwell interpuso su enorme corpulencia, abrazándose al cowboy. Sucedió una breve y confusa brega en la que Stewart parecía vencer al viejo ganadero.

-¡Muchachos! ¡Ayudadme! -gritó éste-. ¡No puedo sujetarle! ¡Pronto, sí no queréis que corra la sangre!

Nik Steele y varios cowboys se precipitaron en su ayuda. Stewart, desasiéndose los aparto a diestro y siniestro, mas la superioridad numérica se impuso. Le rodearon formando una masa movediza, violentamente agitada, hasta conseguir dominarle.

-¡Gene! ¡Vamos! ¡Gene! -jadeó el veterano-.¡Estás loco! ... ¡Proceder así! ... ¡Cálmate! ... ¡Cálmate!... Muchachos, todo se arreglará... Estáte quieto... déjanos hablar contigo... Soy yo... el viejo Bill... que ha sido un padre para ti... Te pido que te calmes..., que tengas sentido..., que esperes...

-¡Soltadme! ¡Soltadme! -gritó Stewart; y la tragedia que el grito encerraba atravesó el corazón de Magdalena- Bill, si eres mi amigo, suéltame. En cierta ocasión te salvé la vida... en el desierto... Juraste que no lo olvidarías nunca... ¡Muchachos ! ¡Decidle que me suelte! ... ¡Oh! ¡No me importa nada de cuanto Hawe diga o haga conmigo! ... Pero... ¡con ella! ¿Sois un rebaño de pelones... ¿Cómo podéis tolerarlo? ¡Maldito hato de cobardes!' ¡Os digo que todo tiene un límite! -Aquí su voz se apagó, para convertirse en murmullo-. Bill, querido Bill, suéltame. ¡Quiero matarle! ¡Tú sabes que quiero matarle!

-Gene. Demasiado sé que si fuerais iguales le matarías -replicó Stillwell, aplacándole-. Pero... ¡si ni siquiera llevas un arma! Y Pat está de malas y se le va la mano hacia la suya! He visto que no tienes revólver. Aprovechará la ocasión, y luego con decir que te resististe a su autoridad... Cálmate, que todo tiene arreglo.

Un terrible sonido traspasó a Magdalena. Desvió su mirada del ansioso grupo que rodeaba a Stewart para ver a Monty Price que había saltado del porche. Estaba agazapado e iba con las manos a la altura de las caderas donde colgaban sus dos revólveres. Sus contraídos labios emitían un sonido que era una mezcla de aullido, rugido y grito bélica indio, y sobre todo, una indescriptible amenaza. Parecía un corcovado a punto de dar un diabólico brinco. La pasión le hacía vibrar. Sus ojos negros y ardientes se clavaban con penetrante intensidad en Hawe y en Sneed.

-¡Atrás, Bill, atrás! -aulló-. ¡Hazlos retroceder a todos!

De un empujón Bill metió a Stewart, Nick y los demás cowboys en el porche. Luego, arrimó a la pared a Magdalena y Alfredo y Florencia, obligándoles a permanecer lo más lejos posible. Sus ademanes eran rápidos y violentos. Al ver que no conseguía hacer que entrasen en la vivienda, plantó su ancha persona entre las mujeres y el peligro. Magdalena se aferró a su brazo, mirando por encima de su hombro.

-¡Tú, Hawe! ¡Tú, Sneed! -gritó Monty, con la misma voz-. ¡No mováis ni un dedo, ni una pestaña!

Las facultades mentales de Magdalena, afinadas por la emoción, adivinaron el nexo entre el terrible grito de Monty y la extraña postura que asumía. Igualmente, el silencio y las acciones de Stillwell predecían una catástrofe.

-¡Nels! ¡Mete baza en esto! -gritó Monty, sin desviar por un instante la mirada de Hawe y su acólito-. Nels, ¡desaloja a esos sujetos! ¡Pronto!

Los aludidos, dos delegados-sheriffs que habían quedado en segundo término con los hateros, no esperaron a Nels para espolear a sus caballos y salir al galope.

-Ahora, Nels, desata a la chica -ordenó Monty.

Nels se abalanzó, arrancando el ronzal de manos de Sned y llevándose el caballo de Bonita junto al porche. Al cortar la cuerda que la sujetaba a la silla, cayó en sus brazos.

-¡Hawe! ¡Pie a tierra! -prosiguió Monty -. ¡De cara y firme!

El sheriff pasó la pierna por la perilla de la silla, y, sin mover las manos, lívido y desencajado, se deslizó al suelo.

-Ponte al lado de tu compañera de guerrilla. ¡Así! ¡Hacéis una preciosa pareja! ¡Una preciosa pareja de coyotes, mezcla de mula salvaje y de chacal! ¡Ahora, escuchad!

Hizo una pausa, durante la que su respiración fue claramente perceptible.

Los ojos de Magdalena permanecieron clavados en Monto. Su espíritu, rápido como el rayo, había recogido las sutilezas de palabra y de acción subsiguientes al dominio de Monty sobre los individuos. La violencia, la terrible violencia, que había presentido y había intentado eliminar de entre sus cowboys, surgía triunfante al cabo de tantos meses, ante sus ojos. Había logrado ablandar a Stillwell; ejercer su influencia sobre Nels; modificar a Stewart; pero aquel terrible Monty Price renacía, por decirlo así, de su propio y salvaje pasado y no había poder divino ni humano capaz de contenerle. Era la ruda vida de hombres primitivos en comarcas primitivas lo que se alzaba ante ella. No se estremeció. No sintió anhelo de apartar su vista de aquel hombre, terrible en su modo salvaje de ejercer la justicia. Experimentó un espasmo de horror al ver que Monty, ciego e insensible a su autoridad, frío como el acero hacia su presencia, comprendía el arcano del alma femenil. Porque en aquellos momentos de lucha, de insultos a su persona, de tortura al hombre que ella había regenerado para luego destrozarlo, su pasión tocaba los lindes del odio primitivo. Con pupilas que velaba una nube rojiza contemplaba a Monty Price;

Librodot

escuchaba sus feroces apóstrofes; esperaba, apoyándose en Stillwell.

-Hawe, si tú y tu compinche gustáis de oír la voz humana, escuchad y escuchad firme -dijo Monty-. Porque estoy contrariando mi antiguo modo de ser, por el gusto de hablar con vosotros. Por poco si os salís con la vuestra a fuerza de audacia, ¿eh? Y ¿por qué? Entráis aquí como toros que salen de estampida, sacando a relucir vuestros broqueles, hablando recio, y por poco ganáis la partida. Habéis oído decir que el equipo de cowboys de la señorita Hammond ha dejado de beber y de blasfemar y de llevar armas. Se han vuelto religiosos, viven decentemente, y no será cosa difícil apearles y aballarles hacia la cárcel. Hawe, escucha. Una mujer tan noble como hermosa, vino del Este trayendo un rayo de sol y de felicidad y nuevas ideas a las rudas vidas de los cowboys. Sospecho que es superior a tus alcances e! comprender todo cuanto llegó a representar para ellos. Yo te lo diré. Perdieron la cabeza. Se volvieron mansos, pacíficos, de buena pasta, hasta el punto de no atreverse ni a matar a un coyote, ni a una res lisiada en un abrevadero. Les dio por la lectura, por escribir a la familia, a sus madres y hermanas, por ahorrar dinero, hasta por casarse. Eran unos infelices. cowboys y de pronto se vieron convertidos en seres humanos, viviendo en un mundo que contenía algo grato, incluso para ellos. ¡Hasta para mí...! ¡Para mí! ... ¡Para un ser gastado, cojitranco, zambo, como yo! ¿Te enteras? Y tú, señor Hawe, no contento con haber maltratado, pegado y Dios sabe qué más a la infeliz Bonita, te presentas aquí y te atreves a afrentar a la dama a quien todos nosotros honramos y amamos y reverenciamos, y tú... y tú... ¡Fuego del infierno!

Con sibilante respiración, echando espuma por la boca. Monty Price se encogió más aún, y puestas las manos en las caderas, apartábase pulgada a pulgada del porche, acercándose a Hawe y a Sneed. Magdalena les veía apenas en su borroso campo visual. Parecían espectros. Oyó el agudo relincho de un caballo y reconoció a Majesty que le llamaba desde el corral.

-¡Y nada más! -aulló Monty, con voz estrangulada. Y doblegábase más y más hacia delante, en un trágico gesto de indecible ferocidad -. ¡Ea! ¡Vosotros! ¡ Representantes armados de la ley! ¡Sacad vuestros revólveres! ¡Sacadlos pronto! ¡Monty Price ha terminado! Antes de que podáis poner un dedo en el gatillo se verá la luz del día a través de vuestros cuerpos. Pero... ¡quiero daros una oportunidad de hacer blanco en mí! ¡Habláis de justicia y de la ley ! ¡ No hay más ley que la mía!

Su respiración se aceleró, su voz se hizo más ronca, su postura más agazapada. A excepción de los rápidos brazos, su cuerpo entero se estremecía, presa de una prodigiosa convulsión muscular.

-¡Perros! ¡Coyotes! ¡Busardos! .¡Afuera esas armas o saco yo las mías! ¡Ah!

Pareció a Magdalena que las tres rígidas figuras saltaban al impulso de un instantáneo y concertado movimiento. Vio ráfagas de fuego... penachos de humo... Luego oyó una ensordecedora descarga, cuyo

Librodot

ruido se apagó rápidamente. La humareda veló la escena. Lentamente se fue disipando, poniendo al descubierto tres hombres caídos, uno de los cuales, Monty, se apoyaba en la mano izquierda, empuñando un humeante revólver con la derecha. Atisbó, en espera de algún movimiento de los otros dos. No se produjo. Entonces, con una terrible sonrisa, se dejó caer hacia atrás.

XXI

Ni despierta ni en sueños podía Magdalena Hammond verse libre del terrible recuerdo de aquella tragedia. La terrible sonrisa de Monty Price la obsesionaba. Su única liberación estaba en el continuo movimiento, y con tal fin trabajaba, montaba y salía a recorrer la hacienda. Consiguió incluso vencer su injustificada repugnancia por la mejicana Bonita, que yacía enferma en el rancho, febricitante y requiriendo esmerada asistencia.

Magdalena sentía que su alma experimentaba una inescrutable transformación, que la contienda -la lucha por decidir su destino en favor del Este o del Oeste- estribaba en algo más elevado. Espiritualmente, no estaba nunca sola, y eso va era un paso en su camino. La agobiaba verse en el rancho. Ansiaba los abertales, la luz y el viento, las interminables laderas, los típicos ruidos de corrales y embalses y praderas, cosas físicas, cosas naturales.

Una tarde fue a caballo a los plantíos de alfalfa, dando una vuelta por ellos, y regresando por el desaguadero del embalse inferior, donde un grupo de mezquites había arraigado gracias al agua que se escurría por la arena, formando una arboleda llena de color y de vida. Bajo sus ramas había sombra bastante para hacer de aquel lugar un placentero punto de reposo. Echando pie a tierra, Magdalena pensó descansar un rato. Le agradaba el solitario paraje. En realidad era el único, cercano a la vivienda, que pudiese considerar como un retiro. Si salía al valle o ascendía a la mesa o a los cerros, se exponía a no encontrarse sola. Probablemente aun en aquel momento Stillwell o Nels sabían su paradero; mas como aquí se sentía relativamente oculta, imaginábase hallarse en una soledad mayor de lo que realmente era.

Majesty engalló la cabeza, sacudiendo la crin y mosqueando con la cola. Hubiera preferido mil veces desafiar al viento por la ladera del valle. Magdalena se sentó, retrepándose contra un árbol, y se quitó el sombrero. La suave brisa, que acariciaba su rostro y encrespaba su cabello, era deliciosamente fresca. Oyó la trisca del ganado, que se dirigía al abrevadero. Cesó este ruido, y el soto de mezquites pareció sumirse en el letargo del que sólo ella y su caballo dejaban de participar. Empero, unos momentos de atención bastaron para cerciorarse de que distaba mucho de ser así. Su excelente vista y

Librodot

agudeza de oído obtuvieron debida recompensa. Codornices tan grises como la tierra que las albergaba, se espolvoreaban en un umbrío recoveco. Una abeja, rápida como la luz, pasó zumbando. Vio a un cornudo sapo de color de piedra, agazapado, ocultándose medrosamente en la arena al alcance de su látigo, y el repugnante batracio se estremeció, hinchándose y lanzando un sibilante bufido. Era el instinto de lucha. La brisa mecía suavemente el escaso follaje de los mezquites, produciendo un melancólico suspiro. En lontananza y apenas discernible sobre los cerros. un águila surcaba los aires. El rebuzno de un rucio puso una nota discordante en el conjunto. De un invisible apostadero un pájaro oscuro salió veloz, persiguiendo con irregular vuelo a un alado insecto. Magdalena oyó el seco chasquido del pico al cerrarse implacablemente. Realmente, a la sombra de los mezquites había algo más que vida.

De pronto Majesty aguzó las orejas y resopló. Magdalena oyó el lento paso de un caballo que se acercaba en la dirección del lago, Magdalena, que había aprendido a ser cauta, se incorporó y, saltando sobre Majesty, se dirigió hacia el claro. Un instante después se felicitó de su prudencia, porque, oteando por entre los árboles, vio a Stewart con su montura de la brida, dirigiéndose hacia el soto. Habría casi preferido encontrarse con algún guerrillero que con el cowboy.

Majesty acababa de tomar el trote cuando se dejó oír un prolongado silbido. El caballo dio un brinco y, variando de dirección tan rápidamente, que por poco si desarzona a Magdalena, retrocedió hacia los mezquites. La joven intentó aquietarle, le reprendió luego severamente, quiso refrenarle tirando de la brida con toda su fuerza... todo fue inútil. El animal lanzó un agudo bufido. Magdalena comprendió entonces que Stewart, su antiguo amo, le llamaba y que nada ni nadie podría detenerle. Renunció al intento, y puso toda su atención en eludir los álabes de mezquites que Majesty rozaba a su paso. El caballo salvó una especie de nave entre los árboles y, deteniéndose ante Stewart, lanzó un alegre relincho.

No sabiendo exactamente a qué atenerse, Magdalena no tuvo tiempo de experimentar más que asombro. Una rápida ojeada le mostró a Stewart, burdamente ataviado sin duda para una larga jornada y llevando un nervioso caballo ensillado y con cantinas. Cuando el cowboy, sin mirar siquiera a Magdalena, pasó un brazo por el cuello de Majesty y apoyó el rostro contra su crin, la joven sintió que su corazón aceleraba desagradablemente sus latidos. Stewart parecía ajeno a su presencia, con los ojos cerrados, el curtido semblante extrañamente dulcificado, y sin sus característicos rasgos de ferocidad, adustez y melancolía. Por un instante adquirió positiva belleza.

La joven intuyó lo que su acción significaba. Aquél era su adiós de despedida al caballo. Se disponía a abandonar el rancho. ¡Qué extraño, qué triste y qué grande era el afecto entre el bruto y el hombre! Un velo empañó las pupilas de Magdalena. Quiso disiparlo y sus dedos salieron humedecidos del contacto. Hurtó el rostro,

Librodot

avergonzada de que Stewart pudiese ver sus lágrimas. Le tenía lástima. Stewart se marchaba, y, a juzgar por la naturaleza de su despedida, era para siempre. Una vivísima punzada, aguda como la de una aguja, atravesó su pecho. La sorpresa, la incomprensibilidad, la extrañeza de aquel dolor que dejaba tras de sí una estela de angustia, le hizo olvidar a Stewart y cuanto la rodeaba, todo excepto su propio corazón. Tal vez ése era el secreto que hasta entonces la había eludido. Temblaba, viéndose al borde de algo desconocido. Curiosamente la emoción trajo recuerdos de su infancia. Su mente formuló rápidas preguntas y respuestas; vivía, sentía, aprendía. La felicidad se hurtaba a ella tras de una aherrojada puerta, y la infranqueable barrera parecía ser un inexplicable dolor. Como centellas las preguntas cruzaron su cerebro. ¿En qué consistía su felicidad? ¿Qué relación tenía con aquel hombre? ¿Por qué sentir tan extrañamente su partida? Y su espíritu silenció la voz interior, dejando las preguntas sin respuesta.

-Quiero hablar con usted -dijo Stewart.

Sobresaltada Magdalena se volvió hacia él. Vio ahora en él al primitivo Stewart, al hombre que traía a su memoria su llegada a El Cajón, y el inolvidable encuentro en Chiricahua.

-Quiero saber una cosa -prosiguió-. Por eso no me he movido de aquí, a pesar de que usted ni me dirigía la palabra, ni se daba cuenta de mi presencia, ni me ofrecía oportunidad de preguntárselo. Pero ahora... me voy... allende la divisoria, y quiero saberlo. ¿Por qué se negó usted a escucharme?

Al oír estas palabras un sentimiento de confusión, de sonrojo, mil veces más intenso que el que hasta entonces humillara a Magdalena, se apoderó de ella, cubriendo de un vivo carmín sus mejillas. Fue como si su pregunta le hiciese comprender que estaban cara a cara, y que un oprobio, ante el que hubiera preferido morir, iba a ser revelado. Mordiéndose los labios para no hablar, tiró a Majesty de la brida, fustigándole, espoleándole. El brazo de hierro de Stewart sujetó al bruto. En un arranque de cólera, la mano cruzó el rostro al cowboy con el látigo. De un manotazo que casi la desarzonó se lo arrancó de la mano, aunque no fue la violencia de su acción ni la repentina potencia dominadora de su mirada tanto como el lívido verdugón que en su mejilla dejó el látigo, lo que aplacó la furia de Magdalena.

-Esto no es nada -dijo con una sombra de su antigua audacia -. Esto no es nada en comparación del daño que me ha hecho.

. Magdalena luchaba por dominarse. Era imposible resistir a aquel hombre. Jamás le había parecido tan viva la rigidez de sus facciones, la pétrea dureza de aquellos hijos del desierto, y la revelación de su indómito espíritu. Su aspecto era severo, acerbo, desencajado. El tono moreno de su piel se trocaba en gris..., el gris ceniciento de la reprimida pasión. En él apenas si quedaban huellas de las buenas cualidades que ella había contribuído a sacar a la luz. Los penetrantes ojos parecían abrasarla, traspasarla como si estuviesen mirando directamente su alma. Luego Magdalena observó en su mirada una

momentánea duda, una melancolía, una expresión de sorprendida y triste certidumbre. Su femenil intuición, tan aguda como su vista, le dijo que en aquel momento, Stewart había recibido el choque de una acerba y definitiva verdad.

Por tercera vez repitió su pregunta. Magdalena no contestó; le era imposible desplegar los labios.

-Usted no sabe que la amo, ¿verdad? -prosiguió él apasionadamente -. ¿Que desde el día en que se me apareció en aquel inmundo antro de Chiricahua la he venido amando? ¿No se ha dado cuenta de que trabajar por usted, amarla y vivir para verla han hecho de mí otro hombre? ¿No le es posible creer que he vuelto la espalda a mi antigua vida, que me he comportado decente y honorablemente, que he sido feliz siéndole útil, siendo... su clase de cowboy? ¿No podía saber que, no obstante mi amor, deseaba ocultar siempre mi secreto, que jamás me atrevía a pensar en usted sino como si fuese mi ángel guardián, mi Virgen María? Pero, ¿qué sabe usted del alma y del corazón de un hombre ¿Cómo podía usted comprender el amor, la salvación de quien ha pasado su vida en la soledad y el silencio? ¿Quién podía enseñarle la verdad de que un desenfrenado cowboy, infiel a su madre y a su hermana, excepto en el recuerdo, precipitándose a ciegas al infierno por la pendiente de la embriaguez, había puesto los ojos en el rostro de una bellísima mujer, infinitamente superior a él, llegando a amarla de tal modo que llegó a redimirse, a recobrar su fe, y a ver el semblante de la amada en cada flor y sus ojos en cada estrella? ¿Había alguien que pudiera decirle que por las noches, cuando estaba a solas con esos astros del Oeste, sentía una honda felicidad de vivir, de aportarle mi ayuda, de estar cerca de usted, de interponerme entre usted' y las angustias y disgustos y peligros, y de pensar que en cierto modo formaba parte, por insignificante que fuese, de ese Oeste que usted había empezado a amar?

Magdalena permanecía muda. El tumultuoso latido de su corazón llegaba a sus propios oídos.

De un salto Stewart se puso a su lado. Su poderosa mano se aferró a su brazo, haciéndola temblar. El ademán presagiaba su antigua e instintiva violencia.

-No; en cambio creyó usted que ocultaba a Bonita en las montañas, que me reunía secretamente con ella, y que mientras servía a usted... ¡Oh! ¡Bien sé lo que piensa! Ahora lo sé. No lo supe hasta que obligué a sus pupilas a posarse en las mías. Y ahora... ¡dígalo! ¡Hable!

Lívida de ira, ciega, absolutamente dominada por su arrebato, incapaz de contener la palabra ,a la vez vergonzosa, reveladora y fatal, Magdalena gritó

-¡Sí!

Había conseguido arrancarle la palabra, mas no era lo bastante sutil, no estaba lo bastante versado en los misterios que actúan sobre los motivos de obrar de una mujer, para adivinar la honda significación de su respuesta.

Para él la palabra no tuvo más que un significado literal,

Librodot

confirmando el desprecio en eme ella le tenía. Desasiendo su brazo, retrocedió; extraña conducta en el rudo y salvaje ser que para ella representaba Stewart.

-Aquel día en Chricahua habló usted de fe -exclamó Stewart-. Dijo que lo más grande del mundo era la fe en la naturaleza humana. Dijo que los más grandes hombres eran aquellos que habiendo caído muy bajo supieron elevarse. Dijo que tenía fe en mí. ¡Usted hizo que yo tuviere fe en mí mismo!

Su reproche, sin amargura ni desdén, fue un latigazo a la egoísta creencia en su equidad. Había predicado un hermoso principio para luego desentenderse de él. Comprendiendo la censura, quedóse asombrada y perpleja, pero la afrenta a su orgullo había sido demasiado grande; el tumulto de su corazón demasiado intenso. No pudo hablar; pasó el momento, y con él su breve y rudo hablar de sencillez.

-Cree usted que soy un ser envilecido -dijo-. ¡Cree... que es verdad lo de Bonita! Y, sin embargo, he estado siempre... Podría cubrir su frente de sonrojo... podría decirle...

Pareció cortar materialmente la frase con los dientes que se cerraron con seco chasquido. Los labios juntos formaron una línea sutil y acerba. La agitación de su semblante precedió a una convulsiva sacudida de sus hombros. Sus ademanes, todos, denotaron una intensa lucha interior que pareció vencerle.

-¡No! ¡No! -jadeó- ¿Fue acaso en respuesta a alguna potentísima tentación? Luego, como un álabe súbitamente libertado de la fuerza que le doblega contra el suelo, se irguió-. ¡Pero... seré el hombre... o el perro... que usted me cree!

Y se apoderó de su brazo con ruda y poderosa presión, tirando de ella hasta hacerla resbalar desde la silla a sus brazos. Cayó, pecho contra pecho, un pie aún en el estribo, desvalida absolutamente. Intentó luego desasirse, mas lo único que consiguió fue cambiar de postura, alzarse lo bastante para verle a él el rostro, y su expresión la dejó paralizada. ¿Pretendía tal vez matarla? La rodeó con sus brazos, estrechándola contra sí tan fuertemente que notó los latidos de su corazón. Luego puso sus ardorosos labios sobre los suyos, en un terrible beso interminable. Ella le sintió vibrar estremecido.

-¡Oh, Stewart! ¡Por favor! ¡Le imploro! ... ¡Suélteme! ...

Su pálido rostro rozaba el de la joven. Cerró los ojos. Sobre ella cayó una lluvia de besos, cubriéndole el rostro, mas sin volver a tocar sus labios. En los ojos, en el cabello, en las mejillas... sus labios dejaron ardiente huella hasta perder su fuego... Luego la soltó, volviéndola a poner sobre su silla y reteniéndola con un brazo para evitar que cayese.

Magdalena permaneció un instante con los ojos cerrados. Temía el golpetazo de la luz.

-Ahora ya no podrá decir que no la han besado nunca - dijo Stewart. Su voz parecía venir de muy lejos -.Pero... se lo merecía. De manera que... ¡acepte su sino! ¡Tome!

Librodot

Notó algo frío, metálico y duro en la mano. La obligó a asirlo y sostenerlo. La sensación del objeto la hizo volver en sí y abrir los ojos. Stewart le había dado su revólver, quedándose luego junto a ella, y presentando el pecho, apoyado en su rodilla. En sus labios se dibujaba su antigua sarcástica sonrisa.

-¡Adelante! ¡Demuestre usted que es pura sangre! ¡Con mi propia arma!

Magdalena no comprendía aún lo que quería decir.

-Después... haga que me lleven a aquel quieto lugar

en el cerro... junto a Monty Price.

Con un grito de horror la joven dejó caer el revólver. El significado de sus palabras, el recuerdo de Monty, la convicción de que si lo tenía un instante más en la mano mataría a Stewart, arrancaron el acusador grito a su garganta. Él se inclinó a recoger el arma.

-Me habría usted ahorrado infinitos quebrantos -dijo, con otro alarde de burlona sonrisa-. Es usted bellísima y amable; pero... no es «pura sangre». ¡Majestad Hammond, adiós!

Montando al vuelo saltó sobre su silla, y caballo , jinete desaparecieron entre los mezquites.

XXII

En la callada reclusión de su aposento, hundido el rostro en los cojines de su diván, Magdalena Hammond yacía postrada y temblorosa por el ultraje que acababa de sufrir.

Pasó la tarde, cayó el crepúsculo, cerró la noche; y entonces se incorporó la joven, acercándose a la ventana para que la fresca brisa orease su ardorosa frente. Pasó dos horas de indecible vergüenza, impotente rabia y fútil lucha por justificar con razones su mancilla.

La multitud de fúlgidas estrellas parecía mofarse de ellas con su inalcanzable y desapasionada serenidad. Las había amado, pero en aquellos instantes imaginó que las odiaba, como odiaba todo cuanto con el salvaje, abrupto y malhadado Oeste se relacionase.

Volvería al Este.

Edita Wayne tuvo razón; el Oeste no era para Magdalena Hammond. La resolución de marchar resultaba fácil, natural, pensaba ella, como una consecuencia de los eventos. No originó en ella conflicto mental alguno; por el contrario la afrontó con satisfacción. Los enormes astros, parpadeando albos y fríos sobre los negros riscales, la miraban, y, como siempre, después de contemplarlos un rato, acabaron influyendo en su ánimo. «Bajo las estrellas del Oeste», musitó, pensando con cierto menosprecio en el romántico porvenir que había planeado para su ocioso sentimentalismo. Mas... ¡eran bellas! Hablaban y se mofaban de sus sueños y aún así la atraían.

« ¡Ah! -pensó, suspirando-. ¡A pesar de todo, no será tan fácil como

creía renunciar a este espectáculo! »

Magdalena cerró la ventana y corrió sus cortinas. Encendió una luz. Era preciso tranquilizar a los ansiosos criados que tabaleaban en su puerta, diciéndoles que estaba bien y no requería nada. Unas pisadas leves y cautas en el exterior la detuvieron. ¿Quién andaba por allí?... ¡ Nels o Nick Steele o Stillwell? ¿Quién había asumido su custodia, ahora que Monty Price había muerto y que el otro... aquel salvaje...? Juzgó monstruoso, inconcebible, el echarle de menos.

La luz la molestaba. Una completa oscuridad se avenía mejor a su extraña situación. Intentó recogerse y dormir, mas el sueño no era en ella cuestión de voluntad. Notaba insoportable ardor en las mejillas. Levantándose, las bañó en agua fría. Luego, desesperando ya de alcanzar el anhelado olvido, volvió a acostarse, vergonzosamente agradecida al manto de la noche. Los besos de Stewart estaban allí, abrasando sus labios, sus ojos, su garganta, penetrando cada vez más en su sangre, en su corazón, en su alma..., terribles besos de despedida de un hombre apasionado y duro. No obstante su bajeza, la había amado.

Ya muy entrada la noche, Magdalena consiguió dormirse. Por la mañana se levantó lánguida y pálida; pero en un estado mental que presagiaba tranquilidad.

Mucho después de su hora habitual, Magdalena acudió al despacho. La puerta estaba abierta, y en su quicio, retrepado en una silla, esperaba Stillwell.

-¡Buenos días, señorita Majestad! -dijo, levantándose a saludarla con su habitual cortesía. En su rugoso semblante leíanse evidentes señales de preocupación. Magdaleva estremecióse interiormente, temerosa de volver a oír sus eternas lamentaciones acerca de Stewart. Luego vio en el patio aun flaco caballejo y a un pequeño rucio agobiado por enorme carga. El aspecto de ambos animales evidenciaba una larga y penosa jornada.

-¿De quién son? -preguntó.

-¿Esas bestias? De Danny Mains -replicó Stillwell, con un carraspeo revelador de embarazo.

-¿De Danny Mains? -replicó Magdalena, asombrada.

-Eso creo haber dicho.

Stillwell no era en verdad el de siempre.

-¿Está Danny Mains aquí? -preguntó ella, con repentina curiosidad.

El viejo ganadero asintió hoscamente con la cabeza.

-Sí; aquí está, procedente de los cerros y pidiendo a voces ver a Bonita. Está loco por esa pícara de ojos negros. Apenas si acabó de saludarme cuando estaba ya haciendo mil desatinadas y ávidas preguntas. Tuve que llevarle a ver a Bonita, y con ella está hace más de media hora.

Stillwell sentíase a todas luces herido en su dignidad. La curiosidad de Magdalena se trocó en franco asombro, que trajo consigo una escalofriante presunción. Contuvo el aliento. Mil ideas distintas parecían agolparse en su mente, luchando por imponerse.

En el pasillo resonaron rápidos pasos, acompañados del tintinear de espuelas. Un hombre joven salió al porche. Por su indumento, su garbo y su porte, así como por la forma de llevar el revólver parecía un cowboy, mas su piel, en vez del familiar tinte rojizo, ofrecía un atezado claro y uniforme. Sus ojos azules y su cabello rubio y crespo dábanle un aire juvenil y franco. Al ver a Magdalena se quitó el sombrero y, llegando de un salto junto a ella, se apoderó de sus manos. Su rápida vehemencia no solamente la alarmó, sino que la recordó algo que deseaba olvidar.

El cowboy doblegó la cabeza, besando sus manos y estrechándoselas, y cuando se incorporó sus ojos estaban arrasados de lágrimas.

-Señorita Hammond... está en salvo y casi restablecida, y lo que yo más temía ha ocurrido... a Dios gracias -exclamó-. jamás podré pagar a usted cuanto ha he

cho por ella. Ya me contaron cómo usted sacó la cara por ella y por Gene... y cómo por fin acabó Monty... en la forma que él deseaba... ¡con sus armas en la mano! ¡Pobre Monty! ¡Éramos muy buenos amigos! Pero no fue su amistad por mí lo que hizo obrar a Monty de aquel modo. Él la habría salvado de todos modos. Monty Price era el hombre más leal que he conocido. Nels v Nick y Gene también son amigos míos, pero Monty... Monty era único. No supo jamás como tampoco lo sabe usted, ni Bill, ni los muchachos, lo que Bonita era para mí.

La poderosa y afable mano de Stillwell cayó sobre el hombro del cowboy.

-¡Danny! ¿Qué significa todo esto? - preguntó - Te estás tomando libertades con la señorita Hammond, que no te había visto nunca. Ciertamente me muestro contigo demasiado tolerante... Veo que no estás bebido; pero... puede que hayas perdido la chaveta. Ea, modérate y habla con sentido.

El gallardo y franco rostro del cowboy se iluminó con una sonrisa. Echándose a reír, enjugó sus lágrimas con la mano. Su risa tenía una gran nota juvenil y alegre.

-Bill, mi viejo amigo, ten un poco de paciencia. -Luego se inclinó ante Magdalena-. Perdone usted, señorita Hammond, por mi aparente impertinencia. Soy Danny Mains y Bonita es mi esposa, y estoy tan loco de alegría al saberla en salvo e indemne... y tan agradecido a usted... que me maravilla no haberla abrazado al verla.

-¡Bonita tu mujer! -exclamó Stillwell.

- ¡Vaya! Llevamos ya varios meses de casados -replicó Danny, muy complacido -. Es obra de Gene. El buen Stewart es una fiera para los casorios. ¡Poco decidido que vengo a pagarle cuanto ha hecho por nosotros! Hacía dos años que yo estaba enamorado de Bonita... Y Gene... tú ya sabes, Bill, lo que es Gene para las mujeres...; pues Gene... quiso... quiso hacer que Bonita me quisiera.

Las turbadoras y rápidas emociones de Magdalena desaparecieron en una oleada de infinito gozo. De su corazón pareció huir algo

sombrío, profundo y siniestro. Súbitamente, experimentó una viva gratitud, hacia aquel sonriente cowboy cuyas azules pupilas relampagueaban a través de las lágrimas.

-¡Danny Mains! -exclamó, trémula y alborozada-.Si está usted tan contento como sus noticias me han puesto a mí ... y si realmente cree que merezco tamaña recompensa... ¡puede abrazarme sobre la marcha!

Con azorada sorpresa, mas también con decidida complacencia, Danny Mains aceptó el gracioso privilegio. Stillwell lanzó un bufido. Comenzaban a apuntar indicios de su fenomenal sonrisa. A no ser por ellos Magdalena habría tomado el bufido como una señal de furiosa censura.

-Bill, échale el lazo a una silla -dijo Danny-. En estos últimos tiempos has encanecido, preocupándote de tus malas cabezas, Danny y Gene. Necesitas algo que te sostenga mientras cuento mi historia. La historia de mi vida, Bill. -Y trajo otro asiento para Magdalena- Señorita Hammond, le ruego nuevamente que me perdone. Quiero que usted también lo oiga. Tiene usted los ojos y el semblante de una mujer que disfruta con la felicidad de los demás, y luego... me será más fácil hablar mirándola.

Su actitud cambió sutilmente. En ella había tal vez un tinte de jactancia. Desde luego, perdió la dignidad que había demostrado bajo la fuerza de su emoción; ahora era más bien un cowboy que se preparaba a fanfarronear con algún alarde o alguna sorprendente maniobra. Saliendo al porche, se quedó contemplando a los cansinos animales.

-¡Están derrengados! -exclamó.

Con la característica e impulsiva violencia de los hombres de su clase, quitó al burro su fardería y al caballejo la silla y la brida.

-¡Así! ¡Miradlos! ¡Mirad bien la última carga que llevaréis en vuestras vidas! ¡Habéis sido fieles y leales a Danny Mains y Danny Mains sabe pagar! ¡Mientras viváis no volveréis a saber lo que es una brida ni una cabezada, ni una traba! ¡Hierba y alfalfa y agua a la sombra y una polvorienta cañada en las que revolcaros y dormir!

Desatando el hato, sacó un pequeño saquito y volvió al porche. Deliberadamente vació el contenido a los pies de Stillwell. Pieza tras pieza de roca rodaron por el suelo. Eran trozos desiguales, ásperos, evidentemente arrancados de un saliente; su materia era blanquecina, con venas amarillentas, rayas y estrías. Stillwell los fue cogiendo uno tras otro, con los ojos desmedidamente abiertos, tartajeando, acercándolos a sus labios, rascándolos con temblorosa mano; luego se arrellanó en su silla, apoyando la cabeza en la pared, y al clavar la vista en Danny la famosa sonrisa empezó a transformar su rostro.

-¡Santo Dios, Danny! ¡Has ido, y te has hecho rico!

Danny miró a Stillwell con indecible condescendencia.

-¡Rico! -dijo-. Veamos, Bill, ¿qué te parece que tienes delante, poco más o menos?

-¡No me atrevo a decirlo! Mire usted, señorita Majestad, mire usted

Librodot

el oro. Treinta años he vivido entre exploradores y mineros y nunca he visto cosa parecida.

-¡La perdida mina de los padres! -gritó Danny, con voz estentórea-. ¡Y es mía Stillwell, fascinado, fuera de sí, prorrumpió en incoherentes sonidos.

-Bill -prosiguió Danny-. Ha pasado mucho tiempo desde que me viste por última vez. Sé lo que pensabas, porque Gene me tuvo al corriente. Encontré por casualidad a Bonita, y no podía dejar que anduviese sola, sabiendo que la perseguían. Tomamos el portel del Peloncillo. Bonita llevaba el caballo de Stewart, y tenía que reunirse con él para devolvérselo al final del camino. Llegamos sin novedad a las montañas, pero estuvimos a punto de morirnos de hambre, hasta que nos halló Gene. Él también había sufrido privaciones y no podía llevar gran cosa consigo.

»Trepamos a los riscales y construímos una cabaña. El día que Gene envió a Majesty al rancho, yo bajé con los caballos. No he visto nunca tan abatido a Stewart. Cuando cruzó la divisoria, Bonita y yo pasamos las de Caín para poder subsistir. Mas salimos adelante, y, a juicio mío, entonces fue cuando empezó a cobrarme afecto. Sobre todo porque... estuve decente con ella. Mataba pumas, bajaba a Rodeo a percibir la gratificación que daban por las pieles, y con el dinero adquiría provisiones y cuanto era menester. Una vez fuí a El Cajón y me di de manos a boca con Gene. Estaba de vuelta de Méjico y... haciendo de las suyas. Conseguí separarme de él, después de intentar inútilmente sacarle del pueblo. Mucho después, nos rastreó hasta los riscales y nos halló. Había dejado la bebida y parecía otro. Fue cuando empezó a machacar que me casara con Bonita. Éramos felices, y los dos teníamos miedo a estropear las cosas. Bonita había sido algo casquivana y temí que el dogal del matrimonio le resultase incómodo. Por eso me resistí a Gene. Pero... luego me convencí de que desgaritaba. De vez en cuando Gene subía a los riscos, llevándonos provisiones, y siempre insistiendo para que hiciera lo que era debido con Bonita. ¡A Gene no se le puede contrariar! Tuve que ceder, y pedirle a Bonita que se casara conmigo. Al principio dijo que no..., alegando ¡que no era digna de mí! Pero viendo que la idea iba ganando terreno, procuré portarme con ella lo mejor que pude. De manera que fue mi deseo de casarme, mi contacto por hacerla mi esposa, lo que la hizo ablandar y hasta embellecer... como una codorniz silvestre. Por fin Gene trajo a los riscos al padre Marcos... y nos casamos.

Danny hizo una pausa en su relato, suspirando aceleradamente como si el recuerdo del incidente despertase en él profundos sentimientos. La sonrisa de Stillwell era de embeleso.

Magdalena se inclinó hacia el cowboy con ojos chispeantes.

-Señorita Hammond, y también tú, Bill Stillwell, escuchad, porque ahora viene lo más extraño. La tarde que Bonita y yo nos casamos, cuando Gene y el padre Marcos se hubieron marchado... quedé sin saber lo que me pasaba. Primero me sentía feliz... Luego, muy desgraciado. Me sentía desgraciado al pensar que tenía un mal nom-

Librodot

bre, una mala reputación, y que no podía comprar ni un mal vestido a mi mujer... Bonita me oyó, y su actitud me pareció llena de misterio. Me contó la historia de la mina perdida de los padres, y luego me besó y me colmó de caricias. Yo sabía que el matrimonio se les subía a la cabeza a algunas mujeres, y pensé que a Bonita le pasaba lo mismo.

»Bien. Poco después me dejó solo, compareciendo luego con una guirnalda de flores amarillas en el cabello. Sus ojos negros echaban chispas de gozo. Dijo algunas cosas raras acerca de los espíritus que hacían rodar peñascos cañón abajo, y añadió que deseaba enseñarme e! lugar donde iba a sentarse para esperarme cuando bajaba yo al llano. Me llevó por entre los riscos a una dilatada ladera. El lugar era precioso..., claro y despejado, con una enorme perspectiva, y el desierto a lo lejos, profundo y rojizo. En aquella ladera había flores amarillas, como las que llevaba en el cabello... Las mismas con que siglos antes se adornaba la muchacha apache que enseñó al padre la mina de oro.

»Cuando lo recordé y vi los ojos de Bonita y oí el extraño fragor de las rocas al caer, rodando, rodando hasta desaparecer... perdí la cabeza. Pero no fue por mucho tiempo. Las rocas rodaban ladera abajo, pero no debido a los espíritus, sino por la disgregación de los cantiles. Y allí, al pie de los riscos, estaba el oro.

»Entonces sí que me volví loco. Trabajé más que diecisiete burros, Bill, extrayendo montones de cuarzo aurífero. Bonita oteaba los porteles, y me traía agua. Así fue como la pescaron Hawe y sus guerrilleros. ¡Como lo oyes! Hawe tenía tanto empeño en fastidiar a Gene, que, para mejor conseguirlo, se alió con don Carlos. Bonita os contará cosas verdaderamente pasmosas de esa chusma. Mi historia es toda oro.

Apartando la silla, Danny Mains se puso en pie. Al tender la mano a Stillwell sus ojos despedían chispas azules.

-¡Bill! ¡Viejo camarada..., chócala! ¡Venga esa mano! -dijo- Siempre fuiste mi amigo. Tuviste fe y confianza en mí. Danny Mains es debe a ti y a Gene Stewart no poco, y Danny Mains quiere pagar su deuda. Mi mina de oro necesita dos hombres más para su explotación. Gene y tú. Si hay por aquí algún rancho que te guste, lo compraré. Si la señorita Hammond se cansa del suyo y quiere venderlo, compraré éste para Gene. Si hay algún ferrocarril o algún pueblo que le guste a ella... suyo será en cuanto abra la boca. Si veo algo que me llame la atención a mí, lo compraré también, y ahora... tráeme a Gene. Estoy deseando verle, contarle lo que aún no sabe. Ve a buscarle, y aquí mismo, en esta casa, con mi mujer y la señorita Hammond por testigos, redactaremos la escritura de asociación. Ve a buscarlo, Bill; quiero que vea este oro y también cómo paga Danny Mains. La única gota de amargura que tiene hoy mi copa es que jamás podré pagar a Monty Price.

Magdalena estuvo a punto de decir a Danny Mains y a Stillwell que el cowboy a quien tanto deseaban ver había abandonado el rancho, mas la llama de sincera lealtad que ardía en las pupilas de Danny

Librodot

Mains y la ventura que embellecía el rostro del viejo ganadero sellaron sus labios.

Contempló alejarse a ambos, hablando por los codos, cogidos del brazo, en busca de Stewart. Imaginó, en parte, cuál sería la decepción de Danny Mains, la consternación y el dolor del anciano al saber que Stewart había cruzado la divisoria. Levantando a la sazón los ojos vio acercarse una figura en cierto modo conocida. ¡El padre Marcos! Magdalena se sintió agitada por un temblor. ¿Qué significaba su presencia en este día. El padre Marcos había procurado rehuir su encuentro con ella en cuantas ocasiones le fue posible. Agradeciendo sinceramente cuanto por su iglesia, por su grey y por él mismo había hecho, se abstenía de manifestar personalmente su gratitud. Tal vez eso era lo que ahora le traía allí, aunque... Magdalena lo dudaba.

La mención de su nombre, así como su presencia, causaban siempre a la joven una indecible impresión; y ahora, viéndole cruzar el porche, encorvado, envejecido y triste, se sobresaltó.

El padre se inclinó ante ella.

-Señora, ¿quiere usted concederme audiencia? -preguntó, en correcto inglés y voz grave y profunda.

-Ciertamente, padre Marcos -replicó ella, conduciéndole a su despacho.

-¿Puedo permitirme cerrar las puertas? Es asunto de gran importancia que acaso no fuese de su agrado que llegase a oídos extraños.

Sorprendida, Magdalena asintió con la cabeza. El padre cerró cuidadosamente una puerta tras otra.

-Señora he venido a confesar un secreto y mi propia culpabilidad al guardarlo. Por esto imploro su perdón. ¿Recuerda usted la noche en que el señor Stewart me llevó a viva fuerza ante usted a la sala de espera de El Cajón?

-Sí - replicó Magdalena.

-Señora... desde aquella noche es usted la esposa del señor Stewart.

Magdalena quedó inmóvil, como petrificada. Parecía insensible, atenta sólo a sus palabras.

-Es usted la esposa del señor Stewart. He guardado el secreto bajo amenaza de muerte, pero... no puedo permanecer callado por más tiempo. El señor Stewart podrá obrar a su antojo. ¡Ah, señora! Comprendo su asombro. Aquella noche estaba usted tan asustada que no se dio cuenta de lo que ocurría. El señor Stewart me amenazó, la obligó a usted. Me hizo pronunciar las palabras sacramentales, hizo que usted pronunciase el sí en español, y yo, señora, sabiendo lo que son esos cowboys, temeroso de atraer sobre tan bella v tan bondadosa criatura como usted algo peor que una desgracia, creí era mi deber que la ceremonia no fuese una farsa. Por lo menos sería usted su legítima esposa. Y pensando así los casé conforme al ritual de mi Iglesia.

-¡Santo Dios! -gritó Magdalena, poniéndose en pie.

-¡Escúcheme, señora, yo la imploro que escuche, que no me

Librodot

abandone! ... No me mire así... ¡Ah, señora, permítame que diga una palabra en pro de Stewart! Aquella noche estaba borracho. No sabía lo que hacía. Por la mañana vino a buscarme, me hizo jurar sobre mi cruz que no revelaría el baldón, la afrenta que había infligido a usted. De lo contrario me mataría. Para un vaquero americano la vida no tiene importancia, señora. Yo... prometí respetar su mandato, pero... no le dije que era usted su esposa. No podría él imaginar ni por asomo que les casé a ustedes en realidad. El señor Stewart ha luchado por la libertad de mi patria. Señora, es un espléndido soldado... yo yo... yo he estado meditando mucho sobre la culpabilidad de mi secreto. Si hubiese muerto durante la campaña... no habría sido preciso decirle a usted nada. Mas, habiendo sobrevivido... comprendí que debía saberlo.

»Extraño fue en verdad que a este rancho vinieran juntos el señor Stewart y el padre Marcos. El cambio que su generosa bondad aportó a las vidas de mi parroquia, con ser muy grande, no lo fue tanto como el que produjo en el señor Stewart. Señora, yo temí que algún día pudiese usted marchar a su nativo Este ignorándolo todo. Llegó un momento en que apelé al señor Stewart, confesándole la verdad para que me relevase de mi promesa, para que me permitiese hablar, y... ¡pareció volverse loco de alegría! Jamás he visto tan supremo alborozo. No me amenazó ya con la muerte. Aquel forzudo y cruel vaquero me suplicó que no desplegase los labios..., que no revelase el secreto. Confesó su amor por usted..., amor tau avasallante como la tormenta en el desierto. Juró por cuanto en otros tiempos tuvo por sagrado, por mi cruz y por mi iglesia que sería un hombre bueno, digno de tenerla secretamente por esposa en el breve lapso que la vida le concedía para adorarla. No era menester que usted supiese nada. Por eso selló mis labios, parte por compasión hacia él, parte por temor, rogando a Dios que me iluminase en semejante trance.

»Señora, Stewart vivía en un falso paraíso. Yo le vi con frecuencia. Cuando me llevó a las sierras a celebrar los desposorios de la veleidosa Bonita y su amante, acabé respetando al hombre cuyas ideas de la naturaleza y de la Divinidad eran tan opuestos a las mías. Es un adorador de Dios en sus creaciones materiales. Es parte integrante del viento y del sol y del desierto y de las montañas que formaron su carácter. No creo volver a oír nunca palabras tan. bellas y elevadas como las que empleó para persuadir a Bonita que aceptase al señor Mains exhortándola a olvidar antiguos amoríos y a ser feliz en lo sucesivo con el hombre de su elección. Es su amigo. ¡Ojalá pudiera decirle todo lo que eso significa! ¡Tan sencillo como parece! Y lo es realmente. Todo lo grande es sencillo. Para el señor Stewart era natural ser leal con su amigo, abrigar una noble noción del honor debido a una mujer que ha amado, dar sin medida, contribuir a su enlace, socorrerles y asistirles en sus momentos de necesidad y de aislamiento. Hubiera sido no menos natural para él ofrendar la vida en su defensa si algún peligro les hubiese amenazado. Señora, quisiera hacerle comprender que para mí ese hombre tiene la misma

Librodot

estabilidad, la misma fuerza, los mismos elementos que acostumbro atribuir a la vida física que nos rodea en este salvaje y rudo desierto.

Magdalena le escuchaba como si estuviese hechizada. No era sólo que aquel sacerdote de voz suave y elocuente supiese conmover el corazón y llegar al alma; era también que su defensa, su elogio de Stewart, expresados en el rudo lenguaje de los cowboys, había sonado igualmente a gloria en sus oídos.

-Le suplico, señora, que no interprete mal mi visita. Mi confesión aparte, sólo tengo el deber de hablarle del hombre cuya esposa es usted. Pero soy sacerdote y me es dado leer en el alma humana. Los actos divinos son inescrutables. Yo no soy más que un humilde instrumento de Dios. Señora, usted es una mujer noble y el señor Stewart un hombre de hierro del desierto, refundido y purificado en el crisol del amor. ¡Quién sabe! El señor Stewart juró matarme si le traicionaba, más sé que no alzará la mano contra mí. Porque le profesa un, grande y purísimo amor, que ha hecho de él otro hombre, ya no temo su amenaza, aunque tema su cólera si llega a saber que he hablado de su amor, de sus sueños. He contemplado su sombrío rostro volverse hacia el sol poniente en el desierto. Le he visto elevarlo a la luz de las estrellas. Considere, señora mía, lo que constituye su paraíso; amar a usted por encima de todo, saber que es usted su esposa, suya por siempre y para siempre; que no podrá pertenecer a otro, sino gracias a su sacrificio; contemplarla con una secreta refocilación de alegría y de orgullo; situarse, cuando le' es dable, entre usted y los peligros; hallar contentamiento en su servidumbre; esperar, sin que por su mente pase siquiera la tentación de decírselo, la hora de salir a buscar la muerte para devolverle la libertad a usted. ¡Es admirable, es sublime, es terrible! Su grandeza ha impulsado mi confesión. Repito, señora, que los actos de Dios son inescrutables. ¿Qué significa su influencia sobre el señor Stewart? Era un ser embrutecido, salvaje, dominado por sus pasiones; hoy es un hombre... un hombre sin par. Por eso yo, humilde sacerdote, la suplico que antes de enviar a Stewart a la muerte, se cerciore a conciencia de que no hay alguna oculta dispensación divina. Acaso el amor, elemento prepotente y bendito de la vida, está latente. He oído decir que en el opulento Este merece usted consideración de gran señora. Sé que es usted buena y noble y... con eso me basta. Para mí es usted... una mujer, como el señor Stewart es un hombre. Permítame, pues, que le implore que antes de consentir que Stewart le otorgue la libertad a costa de su vida, se asegure de que no quiere su amor, para evitarse el terrible remordimiento de haber repudiado algo muy dulce y muy grande que usted misma creó.

XXIII

Como una criatura salvaje, acorralada, Magdalena Hammond huyó enloquecida a su aposento. Experimentaba la sensación de haber echado abajo el fantástico castillo de ensueño en que ella había convertido la vida real. El pasmo de la historia de Danny Mains, el hondo pesar al comprender su injusticia hacia Stewart, la inesperada revelación del padre Marcos..., todo quedaba empequeñecido, olvidado, ante la repentina conciencia de su propio amor.

Magdalena huyó como si algo terrible la persiguiese. Con temblorosas manos aherrojó las puertas, cerró las ventanas que daban al porche, apartó las sillas para proporcionar espacio a su febril paseo por la estancia. Ahora estaba sola y deambulaba con paso incierto y atropellado. Allí podía ser natural, no le era menester ocultar sus sentimientos bajo ninguna máscara, podía quebrantar el manido hábito de disimulo de la verdad ante el mundo y ante sí misma. La media luz de su aposento hacía posible aquella traición de sí misma a que los eventos la obligaban.

Se detuvo en su precipitada marcha, libertando la idea que pugnaba por manifestarse en su mente. Con trémulos labios la murmuró. Luego, la pronunció en voz alta:

«Quiero decirlo... Quiero oírmelo decir... ¡Yo..., yo también le amo! ¡Le amo! -repitió la pasmosa revelación, pero ella dudaba aún de su identidad-. ¿Soy yo aún Magdalena Hammond? ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién soy yo? - Fue a situarse en un punto en que la luz de una ventana abierta casi sobre la imagen que se reflejaba en el espejo-. ¿Quién es esa mujer?

Esperaba ver una persona digna y familiar, de continente reposado y sereno: un rostro tranquilo, de ojos negros y labios altaneros. ¡No! ¡No vio a Magdalena Hammond! No vio ningún otro semblante conocido. ¿La engañaban acaso sus ojos, como la había engañado su corazón?

La figura que tenía delante vibraba llena de vida. Vio las manos entrecruzadas, oprimiendo un pecho que parecía querer estallar a cada inspiración. Vio un rostro... blanco, arrobado; extrañamente luminoso, con los labios entreabiertos y los ojos dilatados y trágicos... Aquél no podía ser el semblante de Magdalena Hammond.

Y, sin embargo, cuanto más miraba más comprendía que no era víctima de una ilusión, que era tan sólo Magdalena Hammond llegada al fin de sus fantásticos ensueños. Hízose cargo rápidamente del cambio sobrevenido, aceptándolo como inevitable, y volvió a caer en su actitud de perturbado asombro.

Era imposible calmarse. La sorpresa la dominaba. Resultaron inútiles sus intentos de contenerse para examinar uno a uno los incontables e imperceptibles pasos que la habían llevado a esta situación. Sus antiguas facultades de raciocinio, de análisis, y aun de pensar, parecían haberse disuelto en una avasalladora sensación de nuevas emociones. No sentía más que sus instintivas acciones externas, que eran de alivio físico y una involuntaria lucha interior, enloquecedora aunque indeciblemente grata; y ambas cosas parecían

Librodot

producir en ella un perturbador efecto de asombro.

En un temperamento como el suyo en el que los sentimientos se habían inhibido siempre por efecto de la educación, una sorpresa tan pasmosa como la súbita conciencia de un apasionado amor, necesitaba tiempo para despertar, tiempo para arraigarse.

Paulatinamente, llegó el revelador momento, y Magdalena Hammond se halló cara a cara no tan sólo con el amor que invadía su corazón, sino también con el recuerdo del hombre a quien amaba.

Con repentina violencia, un algo interior-la intrépida y nueva personalidad suya - se alzó en armas contra toda posible acusación de Gene Stewart. Su mente se apoderó de él y de su vida. Le vio ebrio, brutal, desatinado, perdido. Mas la desoladora imagen primitiva fue transformándose en la de un hombre muy distinto, débil, enfermo, alterado por una emoción, recuperando energías, modificándose espiritualmente, silencioso, solitario como un águila, taciturno, incansable, fiel y adicto, tierno como una mujer, v, sin embargo resistente como el hierro y, en el postrer momento, noble.

Se ablandó. En aquel estado complejo acabó por no pensar sino en la sinceridad, la belleza, la maravilla de la exaltación de Stewart. Humildemente se atrevió a creer que ella había contribuído a regenerarle, que aquella influencia era la más bienhechora que jamás había ejercido. Hasta sobre su propio carácter había actuado mágicamente. Por ella había alcanzado un más elevado v más noble plano de confianza en el hombre. Había recibido infinitamente más de lo que diera.

Del caos del pasado su memoria evocó una vasta mina de tesoros. Vio como si estuvieran escritas en letras de luz algunas palabras de aquella carta de Stewart a su hermano. Mas, ¡ah!, lo sabía, y si entonces no supuso diferencia alguna, ahora entrañaba todo lo concebible. Recordó cómo el viento agitaba su cabello contra sus labios aquella noche en que bajaron de las montañas llevándola en sus brazos. Recordó la extraña y ufana alegría de las pupilas de Stewart, al verla inopinadamente, cuando se disponía a recibir a sus amigos, vestida de blanco y con las rosas prendidas en el seno.

Con la misma vertiginosa rapidez con que acudieron, se disiparon aquellos recuerdos. Su cerebro no podía lograr ningún descanso. Cuanto hasta entonces había pensado o sentido parecía presagiar mayor agitación.

Desesperada, aturdida, perdido hasta el último resto de dominio, repudió el antiguo, pálido, orgulloso y hermético fantasma de sí misma, para encararse con aquella desconocida mujer, apasionada y fuerte. Con las manos cruzadas sobre el desenfrenado corazón y los ojos cerrados escuchó la voz imperiosa de las circunstancias, de la realidad, de la fatalidad. La historia entera le fue revelada, bastante sencilla dentro de la suma de complicados detalles, extraña y bellísima en parte, inexorable en la prueba del inmenso amor a Stewart, en la soñadora ceguera de ella, y, desde el primer fatal momento hasta el último, profética de tragedia.

Librodot

Como el prisionero en su celda, Magdalena empezó a pasear febrilmente.

« ¡Es terrible! ¡Terrible! -gritó-. ¡Soy su esposa! ¡Su esposa! ¡Aquel encuentro con él, el fantástico enlace..., luego su caída, su amor..., su exaltación..., su silencio y su orgullo! Y ¡jamás llegaré a ser nada para él! ¿Qué podría aportarle yo, Magdalena Hammond? Pero... soy su esposa, y le amo. ¡Su esposa! ¡Yo soy la esposa de un cowboy! Esto podría remediarse..., anularse... Pero, ¿puede anularse mi amor? ¿Quiero yo que se anule? Y él se ha marchado. ¡Se ha marchado! Pretendió tal vez dar a entender... No, no quiero, no me atrevo a pensarlo. Volverá... No..., no volverá nunca... ¡Oh! ¿Qué puedo hacer?

Los días siguientes a aquella tormenta de emociones fueron para Magdalena Hammond plúmbeos, interminables, desesperados... una larga sucesión de horas de insomnio, de apasionada esperanza, amargadas por la creciente obsesión, que amenazaba convertirse en tortura, de que Stewart hubiese cruzado la divisoria, buscando la bala que le devolvería a ella su libertad. Llegó un instante en que tuvo la certidumbre absoluta de que así era. La convicción espiritual se produjo, no sutil y tardía como otras veces, sino clara, vital, con indiscutible certeza. Entonces empezó a sufrir. Un fuego interior, cuya naturaleza evidenciaban sus ojos, la abrasaba. Se encerró en sí misma, esperando ver confirmados sus temores.

Ocasionalmente se desataba su cólera contra las circunstancias que no había sabido dominar, contra sí misma, contra Stewart.

«¡Podía él haber aprendido de Ambrosio!», exclamó, con un sentimiento de amargura que ella reconocía como incompatible con su orgullo. Recordaba la definitiva explicación de Christine: « ¡Me dice que me ama; me besa; me abraza; me monta en su caballo; galopa conmigo; nos casamos.»

Casi al punto, Magdalena rechazó el tenaz clamoreo de un amor que gradualmente quebrantaba su entereza. Como una siniestra sombra, el remordimiento la acosó, ensombreciendo la perspectiva. Había estado ciega a la honradez, bravura, rectitud y energía de un hombre. Había permanecido insensible a un amor, a una nobleza que ella misma se jactaba de haber creado. Las sensatas y graves palabras del padre Marcos volvieron a obsesionarla. Luchó contra su acerbo optimismo, menospreció su inteligencia, aborreció su orgullo, y luego, rindiéndose, se entregó más y más a una anhelada y desesperada esperanza.

Había rehuído la luz de las estrellas del mismo modo que había evadido violentamente cuanto encerraba un sugestivo recuerdo de los besos de Stewart, hasta que una noche fue deliberadamente a su ventana. ¡Allí refulgían sus estrellas! Bellísimas, indiferentes como siempre, pero extrañamente cercanas, cálidas, hablándole en un más amable lenguaje, consoladoras como nunca lo habían sido, enseñándole que el arrepentimiento era fútil, revelándose a ella cumplidoras de su única y espléndida misión, el supremo deber de la

Librodot

vida : ser constantes.

Los fúlgidos astros la hicieron ceder. Les murmuró su adhesión..., la adhesión al Oeste..., a Stewart, para siempre, vivo o muerto. Se entregó a su amor, y fue como si le tuviese a él en persona, cerca, sombrío el rostro de pupilas ardientes, violento en sus actos, estrechándola contra su pecho en aquel momento supremo de renunciación y despedida, besándola con abrasadores besos de pasión, y luego con labios fríos y terribles como los de la muerte que tal vez buscaba por ella.

«¡Soy su esposa!», susurró a su imagen. En aquel instante de abandono, exaltada, estremecida por su primera sumisión al amor, lo habría dado todo, la vida incluso, por verse otra vez en sus brazos, sentir sus labios, poder alejar para siempre de su mente toda idea de estéril sacrificio.

A la mañana siguiente, cuando Magdalena salió al porche, Stillwell, desencajado y ceñudo, le entregó un mensaje de El Cajón, mascullando breves palabras incoherentes:

Ella leyó:

«Capitán Stewart capturado ayer por tropas rebeldes en Agua Prieta. Era uno de los mejores tiradores de las filas federales. Sentencia de muerte ejecutaráse jueves, al ponerse el sol.»

XXIV

-¡Stillwell!

El grito de Magdalena fue algo mas que la queja de un corazón herido. Estaba lleno de agonía. Pero también significo el desmoronamiento de una fortaleza de falso orgullo, de antiguas creencias, de evasivas normas, de ignorancia de sí misma. Revelo el triunfo final sobre sus vacilaciones, y puso de relieve la indomable entereza de una mujer que había sabido hallar su personalidad, su amor, su salvación y sus deberes hacia un hombre, y que ademas no quería engañarse.

El viejo ganadero permaneció ante ella silencioso, atónito, mirándola con sus chispeantes ojos y su pálido rostro.

-¡Stillwell! ¡Soy la esposa de Stewart!

-¡Gran Dios! ¡Señorita Majestad! -exclamó-. Ya sabía que algo terrible ocurriría! Y es lastima...

-¿Cree usted quizá que permitiré que le maten ahora, que ya no estoy ciega..., ahora que sé que le amo? -preguntó, con apasionada vehemencia-. Le salvaré. Estamos en la mañana del miércoles. Tengo treinta y seis horas para salvar su vida. Stillwell, envíe a buscar a Link; que venga con el coche.

Entró en su despacho. Su cerebro trabajaba con extraordinaria precisión y claridad. Su plan, concebido en un relámpago de inspiración, incluía el envío a Washington, Nueva York y San Antonio de telegramas de texto cuidadosamente meditado. Iban dirigidos a senadores, representantes de diversos Estados, hombres de altura en las esferas políticas y privadas, hombres que la recordarían y que la servirían hasta el límite de su influencia. ¡Nunca tuvo para ella tanta importancia como en aquel trance su posición social; nunca le pareció el dinero tan mágica palabra como entonces! ¡Si hubiera sido pobre! La sola idea la escalofriaba. Disipo pensamientos deprimentes. Tenía fortuna, poderío. Pondría en movimiento los ilimitados recursos que ambas posesiones le facilitaban..., y movería los ocultos resortes de la vida política e internacional, aprovecharía el prodigioso valor del dinero para comprar, corromper, sobornar, para poner en juego las subterráneas y misteriosas influencias que solo el oro tiene la virtud de conmover. Salvaría a Stewart. Pero de momento... tendría que esperar..., esperar, presa en las garras de la incertidumbre, sometida a una prueba acaso superior a su resistencia. Mas no quería admitir ni la posibilidad de fracasar.

Cuando salió afuera, Link aguardaba con el coche, casco en mano, refulgentes las serenas pupilas, y Stillwell comenzaba a perder su pesimismo, dejándose contagiar por la entereza de Magdalena.

-Link, lleve usted a Stillwell a El Cajón, a tiempo para coger el tren de El Paso -dijo-. Espere allí su regreso, y si en el ínterin se recibe algún mensaje suyo, transmítalo por teléfono en seguida.

Dio al intendente los telegramas que debía cursar en El Cajón y giros cobraderos de El Paso, amén de las instrucciones para presentarse a la Junta rebelde estacionada en Juárez, exponiendo la situación, anunciando desde luego la llegada de comunicaciones oficiales de Washington, aconsejando y requiriendo el canje de Stewart, como prisionero de guerra y ademas proponiendo a las autoridades rebeldes la compra de su libertad.

Cuando Stillwell oyó sus órdenes, una sombra de su antigua sonrisa erró por sus labios. No tenía los entusiasmos de la juventud, y la esperanza sola no basta para contrarrestar las acerbas realidades. Al inclinarse sobre su mano tuvo un ademán cortesano y reverente. Pero o bien le faltaron palabras o bien juzgó el momento poco indicado para romper el silencio.

Se acomodó junto a Link, mientras éste se guardaba el reloj y afianzaba las manos sobre el volante. Luego... un estampido, un sordo zumbido que fue acrecentándose hasta parecer un rugido, y el potente coche, tomando con vertiginosa rapidez el largo declive, enfiló el llano, camino del valle, desapareciendo de la vista.

Por vez primera en muchos días, Magdalena visitó los jardines, los corrales, los embalses y los alojamientos de sus cowboys. Aunque se imaginaba tranquila de aspecto, temió que Nels, Nick y Frankie Slade, que la conocían mejor, leyesen algo anormal en su semblante. La situación debía ser para ella dolorosa y desconcertante. Obraban co-

Librodot

mo si, deseando decirle algo, se hallasen privados de la facultad de enunciarlo. Magdalena se preguntaba: ¿sabrían tal vez que era la esposa de Stewart? Stillwell no tuvo tiempo material de decírselo, aparte de que se habría abstenido de hacerlo. Lo único que aquellos cowboys sabían era que Stewart estaba condenado a ser pasado por las armas y que el furioso resentimiento de Magdalena le había empujado a cruzar la divisoria con la muerte en el alma. Cambió algunas palabras con ellos sobre el tiempo, los caballos y la manada, preguntó a Nels cuándo entraba a prestar servicio, y se dispuso a salir del soleado porche en el que los cowboys permanecieron sombrero en mano y silenciosos. Uno de sus repentinos impulsos la detuvo.

-No entren ustedes en turno de servicio hoy, -dijo, dirigiéndose a Nels y a Nick-. Es posible que yo les necesite. Yo... Yo...

Titubeó, hizo una pausa, como reacia a marchar. Su mirada se detuvo en el fornido negro de Stewart, que estaba corveteando en el contiguo corral.

-He enviado a Stillwell a El Paso -prosiguió, con voz insegura, a pesar de sus esfuerzos-. Salvará a Stewart. Quiero además decirles que soy su esposa.

Notó más que vio el indecible asombro de aquellos hombres taciturnos e inconmovibles. Se separó de ellos desviando la mirada. Volviendo al rancho y a su aposento se dispuso a... ¿a qué? ¡A esperar!

Sobre ella parecía cernerse una inmensa sombra invisible. Intentó distraer su atención con diversas tareas, dándose pronto cuenta de que en su mente no cabían sino Stewart y su suerte. ¿Por qué se había afiliado Stewart a los federales? Recordó que el título de «El Capitán» le fue conferido luchando por madero, el rebelde. Madero era ahora federal y Stewart le seguía prestando ayuda y adhesión. Al cruzar la divisoria, ¿tuvo acaso otro motivo, a más del que parecía sugerir cuando con burlona sonrisa y despectivo acento dijo a Magdalena: a¡ Me habría usted ahorrado infinitos quebrantos! » ¿Qué quebrantos? Volvió a sentir el frío contacto del arma que, horrorizada, había dejado caer. ¿Quiso decir que su propósito era buscar la muerte, del único modo que un hombre puede hacerlo sin cobardía? ¿Tendría algún otro motivo? Recordó a don Carlos y sus guerrilleros, y, sin transición, con celeridad pasmosa, adquirió la certeza de que Stewart se proponía buscar a don Carlos, y, ya frente a frente, matarle. Sería la típica acción de un hombre inexorable, taciturno, vengativo, impulsado por un sentimiento de feroz y salvaje justicia, gemelo del que inspiró los últimos momentos de Monty Price. Era un gesto digno de Nels, o de Nick Steele... y también, sí, de Gene Stewart. Magdalena deploró que, habiéndose elevado tanto sobre su temperamento, Stewart no hubiese podido vencer el deliberado impulso de aniquilar a. su enemigo, por muy enconada que la enemistad fuese.

Los periódicos locales que llegaban regularmente de El Paso y de Douglas con una fecha de retraso no habían interesado nunca a

Magdalena; mas ahora se hizo con cuantos ejemplares pudo reunir, leyendo con afán la información relativa a los movimientos rebeldes. Cada palabra tenía para ella vital importancia y significativa fuerza.

«AMERICANOS ROBADOS POR LOS REBELDES»

»*Madera.* - Estado de Chihuahua, Méjico, julio, 17. - Después de saquear los almacenes de la «Madera Lumber Co.», llevándose géneros por valor de más de 25.000 dólares y de robar a multitud de extranjeros sus caballos y arreos, el mando rebelde del general Antonio Rojas, compuesto de mil hombres, ha emprendido la marcha hacia el Oeste, atravesando el Estado de Sonora en dirección de Aguaymar y otros puntos de la costa del Pacífico.

»El objetivo de las tropas es Dolores, de donde arranca un paso entre las montañas que se adentra en Sonora. Mil voluntarios maderistas se han hecho fuertes a la entrada de este paso esperando la invasión rebelde.

»La línea férrea al sur de Madera está destruida y muchos americanos que procedentes de Juárez se dirigían a Chihuahua se hallan forzosamente detenidos aquí.

»Durante su permanencia en ésta, el general Rojas ejecutó a cinco individuos presuntos culpables de triviales ofensas. El general Rosalío Hernández, el teniente Cipriano Amador y tres soldados fueron las infelices víctimas de tan sumaria justicia.»

«*Wáshington, julio, 17.* -Patricio Dunne, ciudadano norteamericano, está encarcelado en un punto impreciso le Méjico y sentenciado a muerte. Esta escueta información es lo único que ha podido obtener sobre su suerte el departamento de Estado, gracias al representante Kinkaid, de Nebraska. Los agentes consulares de varias secciones de Méjico han recibido orden de hacer cuanto humanamente sea posible para localizar a Dunne y salvar su ida. »

«*Juárez, Méjico, julio, 31.* -El general Orozco, jefe de los rebeldes, ha declarado hoy.

»Si los Estados Unidos allanan sus barreras y nos permiten adquirir cuantas municiones necesitamos, me comprometo a restablecer en sesenta días la normalidad en Méjico, poniendo un gobierno responsable al frente.»

«*Casas Grandes, Chihuahua, julio, 31.* -Grupos de soldados rebeldes saquearon ayer las moradas de los morones establecidas en estas cercanias. Las familias mormonas han huído, refugiándose en El Paso. Aunque el general Salazar ordenó el fusilamiento inmediato de dos de sus solados por robo a los mormones, no ha hecho la menor tentativa para evitar que sus soldados saqueen los indefensos hogares americanos.

»Anoche y hoy, numerosos trenes han pasado llenos de americanos

Librodot

de Pearson, Madera v otras localidades ajenas a las colonias mormonas. Continúan llegando sin cesar a El Paso fugitivos de Méjico. Anoche llegaron más de cien, en su mayoría hombres. Hasta el presente, por el contrario, habían sido escasos los hombres que abandonaban sus hogares.»

Magdalena leía con febril preocupación. No era una guerra, sino una revuelta desesperada, famélica, incendiaria. ¡Cinco hombres fusilados por supuestas ofensas triviales! ¿Qué podía esperar entonces un prisionero federal, enemigo temible, cowboy americano, en las garras de los crueles rebeldes?

Magdalena soportó pacienzudamente la interminable espera, aferrada a su esperanza con irreductible voluntad.

No llegaba mensaje alguno. Al anochecer salió afuera, sufriendo el tormento de su creciente incertidumbre. De cara al desierto, rogó implorando fortaleza, mas el yermo no influía en ella como las desapasionadas, inmutables estrellas que aplacaban su espíritu. Aparecía rojizo, variable, y envuelta en sombras, terrible como su genio. Un crepúsculo velado por el polvo coloreó la vasta y sombría extensión, el melancólico erial de rocas y arena. El ceñudo Chiricahua aparecía negro y trágico. Los lejanos picachos azulinos de las Guadalupes le llamaban con irresistible atracción. Allá, Dios sabe dónde, estaba Stewart, esperando también, esperando el paso de unas horas, para él breves y escasas, para ella interminables, eternas.

Cayó la noche y los blancos astros, despiadados, la chasquearon. Buscó la reclusión de su aposento y la oscuridad, yaciendo allí con los ojos desmedidamente abiertos, esperando, esperando. Las místicas soñadoras irrealidades de la noche la habían afectado siempre y a la sazón su mente se movía entre una masa monstruosa y vaga de sombras. Oyó el mesurado paso de un centinela, el susurro del viento, el remoto y plañidero aullido de un coyote. Luego, el plúmbeo silencio nocturno la aisló con temible opresión. Tanto duró la negrura que cuando los huecos de las ventanas comenzaron a recortarse en gris, creyó que era su imaginación y que la aurora estaba aún lejos. Pedía al cielo que no saliera el sol, que no comenzase la breve jornada hacia lo que podía ser un ocaso fatal para Stewart. Mas apuntó el alba, rápida, inexorable, a su juicio. ¡Empezó un nuevo día y era jueves!

El vibrante repiqueteo del teléfono la sobresaltó, sacándola de su inacción. Corrió a la llamada.

-¡Oiga! ¡Oiga! ¡Señorita Majestad! ¡Soy Link! ¡Mensajes para usted! Según dijo el telegrafista, favorables. ¡Salgo con ellos! ¡Iré de prisa!

Nada mas. Magdalena oyó el golpe del auricular soltado bruscamente por Stevens. ¡Hubiera deseado saber mas, pero agradecía en el alma lo que acababa de oir! ¡Favorables! ¡Luego Stillwell había tenido éxito en su empresa! Su corazón dio un desordenado brinco. Súbitamente sintióse desfallecer y sus manos perdieron su habitual destreza. Tardó a su juicio mil años en vestirse. El desayuno tuvo escasa significación, salvo como medio de pasar

Librodot

interminables minutos.

Un lejano zumbido que, acrecentándose, acabó en atronador estruendo, anunció la llegada de Stevens con el auto. Si sus pies hubiesen ido a una con su corazón, habría ganado en celeridad al coche. Vio a Link con el casco en la nuca, reloj en mano, mirándola con su alegre sonrisa y la ya habitual excusa en los labios.

-Cincuenta y tres minutos, señorita Majestad.

Pero... tuve que ir sorteando una manada de novillos y quitar a dos o tres de en medio.

Le entregó un fajo de telegramas. Magdalena los abrió con dedos temblorosos, y los leyó con ojos empapados por un velo. Algunos procedían de Washington, asegurándole pronta y eficaz intervención; otros de Nueva York; otros mas, en español, de El Paso, imposibles de traducir de una ojeada. ¿No encontraría nunca el de Stillwell? Era el último y el mas largo. Decía:

«Comprado absolución de Stewart. Igualmente convenida transferencia como prisionero de guerra. Ambas cosas oficiales. Si podemos comunicar con sus captores está salvado. No estoy seguro haberlo conseguido por telégrafo. Temo confiar en ello. Vaya usted con Link a Agua Prieta llevando consigo mensajes en español que incluyo. Serán salvoconducto para usted y aseguraran libertad Stewart. Llévese a Nels. No se detenga por nada. Cuénteselo todo a Link, confíe en él y que lleve el coche. -Stillwell. »

Las primeras líneas del mensaje del viejo ganadero transportaron a Magdalena a la cumbre de la exaltación. Luego, al seguir leyendo, experimentó una desoladora y glacial angustia. La postrera línea le hizo olvidar su temor y su incertidumbre, y con serena y fría calma afrontó la situación.

-Lea -dijo, brevemente, tendiendo el telegrama a Link. Él lo leyó, mirándola después.

-Link, ¿conoce usted los caminos, los porteles, el desierto, entre aquí y Agua Prieta? -preguntó.

-Era mi antiguo pasto. Y también conozco Sonora.

-Hemos de estar en Agua Prieta antes del crepúsculo, mucho antes, de manera que si Stewart esta en algún campamento vecino podamos dar con él... a tiempo.

-Señorita Majestad..., ¡es imposible! -exclamó-. Stillwell esta loco proponiéndolo.

-¿Puede irse en automóvil de aquí al norte de Méjico, Link?

-Sí; pero... con tiempo.

-Tendremos que hacerlo con poco tiempo -prosiguió anhelante-. De no ser así... probablemente... fusilaran... a Stewart.

Link Stevens pareció súbitamente desanimarse, encogerse, perder toda su típica vivacidad, avejentarse.

-Soy únicamente... un cowboy, señorita Majestad -dijo tartamudeando. Prodújose en él un curioso cambio.Y la jornada... será

Librodot

horrible, hasta la divisoria. Si por extraordinario azar no hago polvo el coche, llegara usted allá con el cabello blanco. Después de esta excursión habrá usted perdido para siempre su temple y su ecuanimidad.

-Soy la esposa de Stewart - le contestó, mirándole no con idea de persuadirle o animarle, sino sencillamente para darle a entender la magnitud de la confianza en él depositada.

Link experimentó un violento sobresalto... Era la misma reacción de Stewart, la misma memorable actitud de Monty Price. Aquel hombre era de la misma salvaje raza.

-Soy la esposa de Stewart. Le amo. He sido injusta con él y debo salvarle. Link, tengo fe en usted. Le suplico que haga cuanto pueda por Stewart..., por mí. Correré gustosa los riesgos..., no importa cómo, ni por dónde me lleve. Preferiría despeñarme por un cañón..., hallar la muerte en los peñascos..., a renunciar a mi intento.

¡Qué bella respuesta la del rudo cowboy... al mostrar su absoluta inconsideración a sí mismo, al hacer desaparecer el demudado aspecto de su semblante, al volver a sus pupilas la familiar animación, el indomable espíritu temerario! Era más que tesón, audacia o sacrificio. Entre él y Magdalena hubiera podido existir un nexo de sangre. Nuevamente percibió ella un indefinible sentimiento de fraternidad tan sutil, tan invisible, que parecía ser un inalienable rasgo de aquellos turbulentos cowboys.

-¡Señorita Majestad..., es imposible, pero... lo haré! -replicó. Su fría y brillante mirada la hizo estremecer-. Déme usted media hora para repasar el coche y disponer lo necesario.

Hubiera sido fútil darle las gracias. Magdalena se limitó a encargarle que dijese a Nels y a los demás cowboys francos de servicio que se presentasen en el rancho. Cuando Link se hubo marchado, la joven dedicó unos instantes a la preparación de su viaje. En un saco de mano guardó el efectivo de que disponía y los telegramas. Su indumento, ligero y blanco, no era el más a propósito para el viaje, pero no quiso arriesgarse a perder los minutos que un cambio hubiese requerido. Endosóse un amplio abrigo, envolviéndose la cabeza en velos dispuestos de modo que en caso necesario pudieran cubrirle el rostro. Por precaución tomó un par de anteojos para Nels, y, poniéndose les guantes, salió dispuesta para emprender la marcha.

Un grupo de cowboys la esperaba. Les explicó la situación y les dejó al cuidado de su hogar. Luego pidió a Nels que la acompañase. El interpelado palideció horriblemente, lo que trajo a la memoria de Magdalena el mortal terror que el coche y Link le inspiraban.

-Nels, siento en el alma tener que pedírselo -añadió-. Sé que aborrece usted el coche, pero... le necesito..., le puedo necesitar... ¡Oh, y tanto!

-¡Señorita Majestad! ¿De dónde ha sacado usted que yo aborrezco el coche? -rezongó lentamente-. No es . más que envidia que le tengo a Link; y los muchachos empezaron a bromear diciendo que me daba miedo el ir aprisa. Le aseguro que me siento gozoso de acompañarla.

Librodot

Si no me lo hubiese pedido, me habría ofendido grandemente, porque yendo entre peones me necesitará de fijo.

Ni su sosegado discurso, ni el familiar fanfarroneo, ni la sonrisa con que acompañó sus palabras engañaron a Magdalena. Su semblante seguía lívido. Por incomprensible que pareciese, Nels tenía un solo temor casi insuperable, que era el automóvil. Pero así y todo mintió. Aquí manifestábase de nuevo aquel raro atributo de fidelidad.

Magdalena oyó el zumbido del motor. Por el declive apareció Link, que avanzó y se detuvo ante el porche. A ambos lados del vehículo, el ex cowboy había atado dos largos y sólidos tablones, y en cuantos sitios el espacio se lo permitía llevaba neumáticos de repuesto. Un barril de regular tamaño ocupaba uno de los asientos posteriores; el otro asiento estaba lleno de herramientas y cordajes, quedando el espacio preciso para encajarse Nels. Link instaló a Magdalena a su lado, y empuñó el volante. La joven saludó con la mano a los silenciosos cowboys, reunidos en el porche. Nadie despegó los labios.

El auto salió del patio, pasó del llano a la pendiente, y fue avanzando velozmente, declive abajo, hasta la carretera del valle. Cada ráfaga de aire anunciaba con ímpetu creciente a Magdalena un aumento de velocidad. Ella echó una ojeada al serpenteante camino, liso, sin obstáculos, que se perdía en el fondo gris de la lejanía, y otro a la impávida figura forrada de cuero que tenía al lado; después echóse el velo sobre el rostro, anudándoselo al cuello para que se le desprendiera.

La fuerza del viento fue acrecentándose hasta parecer un algo tangible que la oprimiese contra el respaldo de su asiento. Sentía a sus plantas la constante uniformidad y la inconcebible y rápida vibración del motor, sentía de vez en cuando un balanceo como si estuviese a punto de verse lanzada por los aires; pero ninguna sacudida vino a turbar la fácil celeridad del coche. Los diversos ruidos se fundían en un continuo zumbido. El viento llegó a hacerse insoportable; la presión sobre su pecho dificultaba penosamente la tarea de respirar. Para Magdalena el tiempo pasaba con igual rapidez que las millas. Llegó un momento en que advirtió una diferencia en el zumbido y en la vibración, en el incesante e invisible peso que le agobiaba. La diferencia fue acentuándose. Link aminoré la velocidad. Por el rápido cambio de sensaciones, Magdalena comprendió que iban a una marcha normal y moderada.

Aprovechó la coyuntura para quitarse los anteojos y el velo. Era un alivio poder respirar libremente, poder valerse de los ojos. A la derecha y no muy distante, veíase la pequeña población de Chiricahua, y su vista le recordó a Stewart en una forma extraña a la constante idea que tenía de él. A la izquierda se extendía el valle gris. El rojizo desierto quedaba oculto a la vista, pero las montañas de Guadalupe se dibujaban imponentes en el Sudoeste.

Frente a Chiricahua, en el sitio donde la carretera se bifurca, Link Stevens enfiló directamente hacia el Sur, aumentando de modo gradual la marcha. Magdalena se dispuso a afrontar otro interminable

Librodot

y gris declive. Era el valle de San Bernardino. El ya familiar zumbido y la fuerza del viento previnieron a la joven, por lo que ésta aseguróse nuevamente el velo y los anteojos sobre el rostro. Así era como si viajase de noche. El auto aceleró la marcha y con ello aumentó la fuerza del viento, que sujetó a Magdalena en su asiento como en un cepo. Los minutos volaron de nuevo al compás de las millas. Evidentemente, el coche acrecentaba la velocidad hasta un determinado grado, luego llegaba un período de sostenida regularidad, y después una disminución de movimiento y de sonido. Descubriéndose el rostro, vio que Link cruzaba otro pueblo. ¿Podía ser San Bernardino? Se lo preguntó..., repitió la pregunta.

-¡Claro! -replicó-. ¡Ochenta millas!

En aquellas circunstancias, Link no creyó procedente disculparse. Magdalena anotó la omisión como el primer evento de la jornada. Inclinándose, miró el reloj que Stevens había fijado en el volante. ¡Las nueve y tres cuartos! En verdad Link había dado pronto cuenta de las millas del valle.

Más allá de San Bernardino, Link se salió de la carretera, metiendo el coche por una ladería de suave pendiente. E! valle parecía correr hacia el Sur, faldeando las Guadalupes. Link se dirigía al Sudoeste. Magdalena observó que a, medida que iban ascendiendo se hacía más escasa la hierba y más frecuentes los trechos desnudos, blanquecinos y polvorientos. Veíanse también macizos de mezquites, y cactos y áreas dispersas de rocas fragmentadas.

Podía haber previsto el espectáculo que se ofreció a sus ojos al llegar a la cumbre del collado. A sus pies se extendía el desierto. Desde lejos era ya de por sí impresionante, mas, al punto de entrar en sus rojizas fauces, la impetuosa confianza de Magdalena sufrió el primer descalabro. En el rancho, a su alrededor tenía el desierto, de sierto eran también los valles, mas aquello era distinto. Allí comenzaba el verdadero yermo, que se adentraba en Méjico, e invadía Arizona y California hasta el Pacífico. Vio un desnudo y ondulado collado por cuya ladera el auto se deslizaba y cuya vertiente parecía fundirse en un caos de roca y arena, salpicado de planicies y hondonadas, surcado por cañones y montañas de puntiagudas y dentadas agujas. Las lejanas Sierras Madres eran más claras, más azules, menos caliginosas y sugestivas. La tenaz fe de Magdalena la sostuvo ante tamaños obstáculos. Más tarde, el desierto, que había desplegado ante ella su inmensidad, pareció irse elevando gradualmente, perder sus distintas márgenes, condensar sus variables tonos y sombras, y por fin, disimular, ocultándolas, sus terribles simas y solemnes alturas tras unas lomas rojizas que parecían centinelas apostados en su entrada.

Un salto del coche, que zarandeó s Magdalena, atrajo su atención sobre la forma en que Link Stevens conducía y sobre el terreno inmediato, descubriendo que estaba siguiendo un antiguo camino carretero. Al pie de la larga pendiente hallaron un suelo más accidentado, y Link hubo de adoptar cautamente una marcha en

Librodot

zigzag. Desaparecía todo rastro de carretera para reaparecer más tarde. Pero Link, que no se atuvo siempre a su trazado, tomó atajos, cruces, rodeos, y constantemente pareció internarse en un laberinto de dunas bajas y rojizas, hocinos y gollizos de bancos de grava, collados de mayor elevación. Sin embargo, Link no perdía terreno ni se aventuraba en lugar alguno que no tuviera salida posible. Hasta entonces no había dado marcha atrás ni una sola vez, lo que a juicio de Magdalena revelaba el maravilloso golpe de vista del cowboy, que hacía realizable la jornada. Conocía el terreno, no titubeaba y luego de haber tomado una dirección la seguía sin vacilar.

En el gollizo de un amplio cañón, entró en un terreno aluvial en el que las ruedas apenas avanzaban en la arena. El sol caía como fuego, el polvo sofocaba. No corría el más leve soplo de aire y el silencio era absoluto, fuera del laborioso jadear del motor y alguna roca que caía rodando, desprendida de los cantiles.

El paso de tortuga comenzó a entibiar la confianza de Magdalena. Link le confió el volante, y, apeándose, llamó a Nels en su ayuda. Cuando la joven le vio utilizar los tablones que llevaba en los estribos, para ponerlos a modo de pasaderas bajo las ruedas, comprendió lo ingenioso de la prevención de Link. Con la ayuda de aquellas tablas consiguieron sacar el coche de un movedizo arenal, imposible de atravesar de otro modo.

El cañón fue ensanchándose, ofreciendo una dilatada perspectiva sin nada que obstruyese la vista durante varias millas. El desierto iba ascendiendo en una serie de tramos y plataformas, y a la matutina luz, con el sol refulgiendo en las mesas y escarpaduras, aparecía de un color gris, pardusco, pétreo, pizarra, amarillo, rojo, y, dominándolos todos de un sombrío ruginoso. Al frente veíase una extensa llanura con el suelo barrido por el viento y duro como roca. Link aprovechó hasta el límite aquel trecho libre. Atronó los oídos de Magdalena un ruido similar a! zumbido de una monstruosa abeja, junto con un peculiar e incesante crujido que, después de mucho cavilar, atribuyó a la grava y arena de debajo de las ruedas del coche. El gigantesco motor alcanzó una velocidad tal que la joven podía únicamente distinguir de modo vago los mojones o marcas del frente cuando el viento le permitía abrir los ojos.

Link comenzó la ascensión del primer tramo, un extenso y árido yermo con dunas de un maravilloso tinte violáceo y heliotropo. Percibíanse bien definidas las huellas de un antiguo camino carretero, recientemente utilizado por alguna manada. El coche ascendía regularmente, hasta la cumbre, afrontando otro tramo que los vendavales del desierto habían barrido hasta dejar desnudo. El firmamento era de un azul intenso y acerado que lastimaba los ojos. Magdalena veló su rostro, no descubriéndolo hasta que Link redujo la desenfrenada velocidad. Desde la cima de la siguiente loma vio nuevas extensiones de la rojiza desolación del desierto.

Un profundo gollizo que cortaba el camino obligó a Stevens a desviarse hacia el Sur. A !o largo del álveo corría una faja de terreno

Librodot

de una anchura apenas capaz para el coche. Link parecía ajeno a que las ruedas pasasen peligrosamente cerca del borde. Magdalena oyó el crepitar de las piedras sueltas y de la grava que se precipitaba ladera abajo en la barranca. El gollizo fue ensanchándose hasta desembocar en una arenosa planicie. Link la atravesó, rectificando su rumbo al llegar a la orilla opuesta. Rocas sueltas comenzaron a entorpecer el avance del coche, haciendo preciso apartarlas, a brazo, del camino. Los bancos de tierra aparentemente a punto de dislocarse bajo el menor peso, los pequeños galachos tributarios, las laderas sembradas de rocas sueltas, los hocinos cuya angostura daba apenas cabida a las ruedas exteriores, los acerados cactos, que era preciso evitar por los neumáticos..., todo esto para el cowboy conductor parecían otros tantos obstáculos inexistentes. Seguía adelante, y cuando volvía a presentarse un trecho de camino despejado, recuperaba a fuerza de velocidad el tiempo perdido.

Al llegar al tercer tramo Magdalena creyó ver que Link había conducido el coche a la cúspide de un elevado paso entre dos cadenas de montañas. La pendiente occidental del paso era en extremo accidentada y áspera. A su pie se extendía otro valle gríseo, en cuyo límite más lejano brillaba un punto blanco, al que Link ásperamente llamó Douglas. Parte de aquel punto era Agua Prieta la población gemela al otro lado de la divisoria. Magdalena miró en aquella dirección con unos ojos que ansiaban anular la distancia.

El descenso del paso comenzó con grandes dificultades. Lascas como cuchillos y púas de cacto penetraron en los neumáticos delanteros, haciéndoles estallar con detonante estampido. El cambiarles requirió tiempo. Nuevamente tuvieron que valerse de los tablones para salvar parajes en exceso blandos. Fue preciso reducir a golpes de macho un saliente de roca que interceptaba el paso. Por último un enorme galayo apareció amenazando cerrar definitivamente el camino. Magdalena al verlo contuvo el aliento. Era imposible salvarlo sin dar un pequeño rodeo, y Link, desde luego, no pensaba hacer tal cosa. Dando marcha atrás apartó del galayo el automóvil cuanto le fue posible, yendo luego a pie a examinarlo. Pareció atareado durante cierto tiempo en el obstáculo, echando luego a correr hacia el coche. Una formidable explosión, una densa humareda y una lluvia de rocas desmenuzadas v de tierra anunciaron a Magdalena que su indomable conductor se había abierto paso con dinamita. Por lo visto tuvo en cuenta toda posible emergencia. Magdalena miró por el rabillo del ojo a Nels para cerciorarse del efecto que le producía el descubrimiento de que Link llevara dinamita consigo.

-Ya verá usted, señorita Majestad, como Link no se deja arredrar ni detener por nada -dijo el cowboy, con una tranquilizadora sonrisa. La significación del incidente pareció no haber sorprendido a Nels, o acaso éste no le concedió importancia. Al fin y al cabo, su único terror eran el coche y Link a la vez, y este terror era una particularidad propia de él. Magdalena empezó a ver en su cowboy un conductor con

Librodot

ojos muy claros, y su temple infundió en ella una entereza que quitó importancia al peligro. Nels respondió de igual modo al influjo, y, aunque lívido y demudado, sus pupilas refulgieron con el mismo sereno y vivo destello de Link.

Los cactos, las rocas, los barrancos se sucedieron, cortándoles el paso, y Nels los apostrofó con el acerbo humorismo con que habitualmente acogía todo lo trágico. Un error por parte de Link, un patinazo, un reventón de neumático en un instante crítico, un momento de desgracia que podía acaecer cien veces en otra menos arriesgada carretera..., cualquiera de esos accidentes podía acarrear un desastre para el coche, la muerte tal vez para sus ocupantes. Repetidas veces hubo de valerse Link de los tablones para salvar espacios arenosos. Las ruedas seguían a lo largo de las tablas, pero en ocasiones resbalaban, saliéndose fuera. Presentemente, Link llegó a un cilanco cuya agua había corroído las orillas hasta penetrar en el camino. Sin vacilar, colocó sus traviesas, calculando cuidadosamente las distancias y se aventuró. El peligro estribaba en empantanar el coche. Una de las tablas sufrió una hendedura, combándose un poco, pero Link pudo efectuar la travesía sin tropiezo.

La carretera doblaba por debajo de una escarpadura que se erguía diagonalmente sobre ella, y en aquel punto era angosta, pedregosa y ofrecía un ligero declive. Link detuvo el coche, obligando a Magdalena y a Nels a salvar a pie la curva peligrosa. La joven esperó anhelante oír de un momento a otro el despeñamiento del auto cañón abajo, mas a poco vio a Link aguardándoles para reanudar la marcha. Vinieron luego trechos de muy acentuada pendiente, a los que seguía un espacio llano donde era posible dominar el vehículo. Link entonces avanzaba a toda marcha. En otros parajes, los breves declives terminaban en abruptos derrumbaderos por uno de sus lados y acentuadas rampas por el otro. Al llegar a ellos, Link, con cuerdas en las ruedas y gazas colocadas sobre los espolones pequeños, dejaba deslizar el coche lentamente.

Casi sin darse cuenta de sus palabras, Magdalena, exasperada por la lentitud que uno de aquéllos imponía, exclamó:

-¡Oh! ¡El tiempo vuela!

Link Stevens levantó hacia ella la vista como si hubiese sido censurado por su prudencia. Sus ojos tenían el frío fulgor del hielo q del acero. Acaso la exclamación de Magdalena tuvo la virtud de espolear su temeridad. Lo indudable es que realizó con el auto proezas inconcebibles, obligándole a salvar barrancos, saltar grietas en los trozos llanos, aferrarse como una cabra en las empinadas pendientes, doblar curvas con las ruedas internas más altas que las externas, pasar por bancos de tierra blanda que se hundían instantes después de su paso. Y siempre yendo adelante, abriéndose tortuoso camino por entre rocas, siguiendo la carretera cuando era factible, abandonándola por los abertales en otros casos, pero yendo siempre adelante.

Por fin, después de una milla de parda ladería, cubierta de caballones y hondonadas, que se sucedían con absoluta regularidad,

Librodot

llegaron al fondo del valle en el que la gramilla ponía un tinte grisáceo al conjunto. El camino, más netamente definido, parecía cruzar de un lado a otro del valle.

Con profunda congoja, Magdalena vio que el camino conducía a una profunda y angosta barranca que descendía abruptamente por uno de sus lados y ascendía por la vertiente opuesta, si cabe aún más abruptamente. Para un caballo hubiera sido laboriosa tarea atravesarlo; para un automóvil era imposible. Link torció a la derecha siguiendo el cantil todo lo que la configuración del terreno le permitía. La barranca se ensanchaba y hacíase más honda. Link varió de dirección. Al hacerlo, Magdalena observó que el sol había comenzado perceptiblemente a declinar hacia el Oeste. Sus rayos brillaban en su rostro, enrojecido y colérico. Link volvió al camino, lo atravesó y siguió la línea del gollizo. Era ésta una profunda cisura en la requemada tierra cortada casi a plomo por la violencia de las aguas en épocas de avenida. Se estrechaba. En algunos puntos, su anchura era escasamente de cinco pies. Link estudió esos puntos, mirando especulativamente a la ladera, y pareció sacar deducciones de su exámen. El valle era llano, sin más interrupciones que el borde del gollizo. Link recorrió varias millas, buscando un punto a propósito para cruzarlo, pero no lo halló. Finalmente, unos barrancos impracticables le cerraron el paso hacia el Sur. Fue preciso retroceder hasta un lugar cuya amplitud permitiese dar la vuelta al coche. Magdalena miró a su imperturbable conductor. Su semblante no revelaba más que el acostumbrado rasgo de inmutable dureza. Al llegar a los puntos angostos que tanto parecían haberle interesado, bajó del coche y los recorrió a pie. De un salto pasó al otro lado de la cisura. Magdalena notó que era más bajo de nivel, y seguidamente adivinó el propósito de Link. Buscaba un sitio por donde hacer saltar al coche de un lado a otro.

Pronto halló, al parecer, lo que buscaba, porque anudó su bufanda encarnada a unas matas. Luego, subiendo al auto, rompió su largo mutismo.

-No es ningún aeroplano, pero más he de poder yo que esa maldita barranca. -Retrocedió por la ladería y se detuvo donde comenzaba a acentuarse su pendiente. Su bufanda encarnada flameaba al viento. Agazapándose sobre el volante arrancó, despacio al principio, luego más de prisa hasta alcanzar el máximo de velocidad. El potente coche dio un salto de tigre. El golpetazo del viento casi arrancó a Magdalena de su sitio. Sobre los hombros sintió las recias manos de Nels. Cerró los ojos. El movimiento del auto se convirtió en una especie de veloz desliz. Esta marcha fue interrumpida por una ligera sacudida, y luego, dominando la ronca trepidación del motor, rasgó los aires un típico alarido de cowboy. Magdalena aguardó con una gran tensión de nervios el inminente choque. Éste no se produjo. Abriendo los ojos, vid ante sí el uniforme suelo del -valle, sin obstáculo alguno. No había notado ni el instante en que el coche saltaba por encima del gollizo.

Apoderóse de ella una extraña angustia, que atribuyó a la celeridad

Librodot

de la marcha. Echándose el velo a la cara se retrepó en su sitio. El ronquido del motor parecía llenar el mundo con su estruendo. Todos sus sentimientos de terror, de ansiedad, ominoso presentimiento de catástrofe quedaron oscurecidos por la intensidad de las sensaciones físicas. Hubo momento en que toda su energía se concentró en un esfuerzo por levantar el pecho contra la terrorífica presión del viento... por llevar aire a sus exhaustos pulmones. Llegóse a sentir medio ciega. La oscuridad ante sus ojos no era debida del todo a la sangre que se agolpaba como una máscara de piedra sobre su rostro. Experimentaba la sensación de que volaba, navegaba, iba a la deriva, se tambaleaba, transportada con la rapidez de la centella. Sus miembros parecían inmovilizados bajo el peso de una masa montañosa. Al fin, despertó de un largo período de inconsciencia, para sentirse sostenida por un brazo. Luego recuperó sus facultades. La velocidad del auto era entonces poco más o menos la acostumbrada. Echándose atrás el velo, respiró de nuevo libremente, ya del todo repuesta.

El coche seguía un amplio camino por las afueras de una ciudad. Magdalena preguntó dónde estaban.

-En Douglas - replicó Link -. Y al lado está Agua Prieta.

El nombre pareció galvanizar a Magdalena. Hasta que se detuvo el coche, no quiso oír más. Nels interpeló a alguien. La aparición de algunos soldados vestidos de caqui estimuló a la joven. Estaba en la divisoria de Méjico y los Estados Unidos, y Agua Prieta, con sus casas de muros blancos y sus techumbres de oscuras tejas, se extendía ante ella. Un soldado, evidentemente enviado por Nels, se acercó anunciando que un oficial vendría en seguida. La atención de Magdalena se fijó en la guardia que custodiaba la carretera, en la árida y polvorienta población cercana, en los rumores de gente próxima. Un oficial de caballería se les acercó, quitándose el sombrero.

-¿Puede usted darnos alguna noticia de Stewart, el cowboy americano capturado hace algunos días? - preguntó ella.

-Sí -replicó él- Allende la divisoria hubo una escaramuza entre una compañía de federales y una nutrida fuerza de guerrilleros y rebeldes. Los federales fueron rechazados al oeste de la línea. Según los despachos, Stewart combatió con temerario ardimiento y fue capturado, infligiéndosele una sentencia mejicana. Es muy conocido en la divisoria, y. la noticia de su captura causó sensación. Hicimos cuanto pudimos por conseguir su libertad. Los guerrilleros no se atrevieron a ejecutarle aquí por temor a cualquier intentona encaminada a favorecer su evasión, y le enviaron con un destacamento a Mezquital.

-¿Fue sentenciado a ser pasado por las armas el jueves por la tarde... esta tarde?

-Sí. Según rumores la sentencia se debió a una enemistad personal contra Stewart. Deploro no poder darle informes más definidos. Si son ustedes amigos de Stewart..., parientes, tal vez

Librodot

podría hallar...

-Soy su esposa- interrumpió Magdalena- ¿Quiere usted leer esto? -Y le entrego los telefonemas-. Aconséjeme... ayúdeme si puede.

Con una mirada de asombro el oficial recibió los despachos. Leyó algunos, silbando, entre dientes, de sorpresa. Su actitud se hizo alerta, viva y grave.

-No entiendo los que están escritos en español, pero conozco los nombres de sus firmantes. - Rápidamente pasó la vista por los otros -. Pero... ¡esto significa que han autorizado la liberación de Stewart! ¡Ahora me explico los rumores que por aquí hemos oído! Por motivos ignorados los despachos de la junta rebelde no han conseguido llegar a su destino. Oímos algo referente al canje de Stewart, mas... no pareció cristalizar en nada práctico, ni marchó a Mezquital ningún individuo autorizado. ¡Qué infamia! Venga conmigo. Les acompañare a ver al general Salazar, que es el jefe rebelde con mando aquí. Le conozco. Tal vez podamos averiguar algo.

Nels hizo sitio a su lado para el oficial. Link cruzó con el coche la frontera mejicana. La carretera conducía a Agua Prieta, población de muros y tejados de colores. Multitud de cabras, cerdos y busardos huían despavoridos ante el estruendoso artefacto que se les venía encima. Mujeres indígenas envueltas en sus mantos negros atisbaban tras unas ventanas enrejadas. Individuos tocados con amplios sombreros y vestidos sencillamente con camisa de algodón y pantalones, faja multicolor a la cintura y sandalias les contemplaban inmóviles La carretera desembocaba en una inmensa plaza, en cuyo centro alzábase un edificio circular, que en cierto modo parecía un corral. Era la plaza de toros, donde se llevaba a cabo el deporte nacional. De momento hacía las veces de cuartel de un considerable ejército. Por doquier veíanse astrosos y desaliñados rebeldes, y la plaza entera estaba sembrada de fardos, tiendas de campaña, carretas y armas, amén de mulas, caballos, burros y bueyes.

El lugar estaba tan atestado de gente, que Link tuvo que moderar la marcha hasta la puerta de la plaza de toros. Magdalena entrevió el interior de unas tiendas, mas pronto obstruyeron su vista las masas de curiosos que se apiñaban por verles. El oficial de caballería se apeó del coche y abrióse paso a empujones.

-Link, ¿conoce usted el camino de Mezquital? -preguntó Magdalena.

-Sí. He estado allí.

-¿Está muy lejos?

-Psch... No mucho.

-¡Link! ¿Cuántas millas?

-Según mis cálculos, pocas.

Magdalena comprendió que mentía y no quiso hacerle más preguntas, ni mirarle a él ni a Nels.

¡Qué angustiosa era aquella mal oliente y atestada plaza! El sol rojizo y declinante sesgaba va hacia el Oeste, mas su fuego era aún abrasador. Un enjambre de moscas zumbaba en torno al coche. La sombra de los busardos cruzaba sobre Magdalena. Sobre el tejado de una casa vio una hilera de aquellos enormes pajarracos siniestros. No parecían dormir ni descansar. Esperaban. Lucho contra la horrible idea que apuntaba en su espíritu. Los rebeldes y los guerrilleros... ¡Qué infelices, fanáticos, amarillentos, escuálidos! Contemplaban a Link con abierta curiosidad mientras repasaba el motor. No había dos iguales, y todos iban cubiertos de andrajos. Las brillantes pupilas parecían hundidas en las cuencas. Se tocaban con amplios sombreros de fieltro, negro o pardo, de paja o de tela. Todos llevaban biricú o faja de la que pendía un arma. Algunos gastaban botas, otros mocasines, no pocos iban descalzos. Era una turba vocinglera, gesticulante, excitada. Magdalena sintió un escalofrío al pensar que pudiera apoderarse de aquellos desgraciados revolucionarios un frenesí por derramar sangre humana. Si lo que buscaban peleando era la libertad, ciertamente no lo evidenciaba su aspecto. Se preguntaba si sus oficiales serían tipos de la misma calaña. Lo que la conmovió y despertó su compasión fue el hecho de que cada uno de los componentes de aquella horda, por andrajoso y sucio que anduviera, llevaba algún ornamento, alguna borla o franja o encaje o algún corbatín, algo que ponía de manifiesto la innata vanidad que era el único joyel de sus almas.

Súbitamente se apartó el gentío, abriendo calle para dar paso al oficial de caballería y a un rebelde de aspecto llamativo.

-Es como sospechábamos, señora-dijo rápidamente el oficial-. Los mensajes ordenando la libertad de Stewart, no llegaron a manos de Salazar. Los interceptaron. Pero aun sin ellos, habríamos logrado el canje de Stewart, a no ser por la animadversión personal de uno de sus captores que tenía especial interés en fusilarle. Ese guerrillero interceptó las ordenes y fue quien sugirió el traslado a Mezquital. ¡Es sumamente desagradable! ¡En este momento debería estar en libertad! Deploro...

-¿Quien fue..., quién es el autor de tamaño desafuero? -gritó Magdalena-. ¿Quién es ese hombre?

-Don Carlos Martínez. Era un .bandido con bastante influencia en Sonora. Se le tiene más bien por un agente secreto de la revolución que por un participante activo, aunque ha prestado servicio en guerrillas.

-¡Don Carlos! ¡Stewart en su poder! ¡Oh gran Dios! - Magdalena se desplomó en su asiento, anonadada. Dos manos poderosas y enérgicas se abatieron sobre sus hombros, y Nels se inclino hacia ella.

-Señorita *Majestad,* estamos perdiendo el tiempo -dijo. Su voz, como sus manos, era enardecedora. Se volvió hacia el, trémula. ¡Qué acerado y frío era el brillo de sus ojos! Parecían decirle que no desfalleciese. Pero Magdalena no pudo expresar sus sentimientos a Nels...; solo pudo mirar a Link.

-Es imposible, pero... lo haré - dijo Stevens, en respuesta a su silenciosa pregunta. El arrojo, la decisión de sus *cowboys* templaron a Magdalena, fortaleciéndola, sacando a la luz la insondable reserva de supremo valor de toda mujer. La entereza que el momento requería, era natural en Link y en Nels; en ella debía ser hija de su pasión.

-¿Puedo conseguir un permiso para adentrarme en Méjico..., para ir a Mezquital? -pregunto al oficial.

-¿Va usted a intentarlo? Señora, es un desesperado albur. Mezquital dista más de cien millas. Si este hombre sabe conducir un coche, cabe una probabilidad. Los preparativos de la ejecución de Stewart serán prolijos, aun que, salvo circunstancias imprevistas, tendrá lugar exactamente a la hora señalada. No necesita usted permiso. Sus mensajes son documentos oficiales. Para ahorrar tiempo y tal vez fatales dilaciones le aconsejo que lleve consigo a este mejicano, al señor Montes. Es de mayor categoría militar que don Carlos y conoce al capitán del destacamento de Mezquita].

-¡Ah! ¿Entonces no es don Carlos quien manda esas fuerzas?

-No.

-Gracias, señor. No olvidaré nunca su amabilidad -concluyó Magdalena. Saludando al señor Montes, le rogó que subiese al coche. Nels amontonó parte de impedimenta para dejarle sitio en el asiento trasero. Link se asió al volante. La arrancada fue tan violenta y tan estruendosa, que el gentío se disperso en frenético desorden. El coche salió de la plaza a toda velocidad, atravesó la calle flanqueada de edificios blancos y azules, cruzó otra plaza donde los rebeldes levantaban barricadas, siguió a lo largo de una línea férrea llena de plataformas que transportaban piezas de artillería, y pasó ante los centinelas de las afueras que saludaron al oficial Montes.

Magdalena, luego de haberse calado los anteojos, protegióse con sus velos la parte inferior del rostro. Sentía un extraño ardor, una palpitación, un estremecimiento, que la llevaba a prever todo cuanto era posible. El sol rojizo y hosco, parecía una bola de fuego sobre la cresta de las sierras occidentales. ¡Qué bajo estaba! Ante ella se extendía la carretera blanca y estrecha, polvorienta, dura como piedra, en uso desde incontables centurias. Hubiera sido una excelente pista para automóviles, de permitir su anchura el paso de dos coches; pero los álabes de los mezquites, los yerbajos y las flores silvestres que cubrían sus bordes rozaban el coche de Magdalena a su paso.

¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Aprisa! El ya familiar e irresistible peso comenzó a oprimir a la joven; el incesante silbido del viento llenó sus oídos. Link Stevens iba doblado sobre el volante. Los anteojos y el casco ocultaban sus pupilas, mas la parte inferior de su rostro quedaba al descubierto. Parecía un demonio sombrío de pétreas facciones y extraña e indefinible sonrisa. Magdalena comprendió cuán incomparable, cuán maravilloso era aquel hombre como conductor. Adivinó que a Link Stevens le habría sido imposible desfallecer o desalentarse. Era un *cowboy* y a la postre *cabalgaba* sobre aquel coche, obligándole a responder a su voluntad, del mismo modo que

Librodot

desde la infancia se había acostumbrado a hacerse obedecer por un caballo. Hasta entonces jamás le fue dable conducir como era su anhelo, dando, por decirlo así, rienda suelta a su corcel. Además de este motivo, había el deseo de salvar a Stewart, de hacer feliz a Magdalena. La vida carecía de valor para el, y eso le prestaba un temple sobrehumano para afrontar el riesgo de la jornada. Su absoluto menosprecio de sí mismo le permitía gobernar la máquina, elegir la fuerza, la velocidad y el camino con la mayor eficiencia y el más libre de los criterios. Magdalena tuvo la convicción de que la llevaría a Mezquital a tiempo de salvar a Stewart o perdería la vida en el intento.

El estrecho camino desaparecía con increíble velocidad bajo las ruedas del coche. No bien se fijaba en un macizo de cactos en lontananza, lo veía pasar ante ella y perderse de vista. Sin embargo, Magdalena adivinó que Link no imponía al coche su máximo rendimiento. No obstante su enorme velocidad, el coche conservaba aún una reserva disponible. Link tomaba las curvas como si no tuviese la menor duda de hallar la vía expedita al otro lado. Confiaba en su buena estrella de *cowboy*. Un carro, un rebaño, una sola res espantada al salir de aquellas curvas, habría equivalido a una catástrofe. Magdalena no cerró ni una vez los ojos en tan peligrosos momentos. Si Link se arriesgaba, y con el los demás, ¿cómo no había de arriesgarse ella? Así, mientras el coche trepidaba y volaba a veces sobre las ruedas en los desniveles, y hendía el aire como una bala, Magdalena *vivió* aquella carrera, soportando hasta el límite sus impresiones.

No todo fue celeridad. Un largo trecho de terreno blando retrasó a Stevens, haciendo trabajar el motor y crujir y rechinar la grava. Los cactos demostraron una alarmante propensión a impedir su avance. Los ocatillos tendían sus largas *y* flexibles ramas de hojas redondas *y* anchas sobre el camino; unos troncos estriados yacían a lo largo de las estrechas márgenes; el cacto de bayoneta y el biznaga sobresalían amenazadores; macizos de magüeys sombreados por inmensos *aguaron* amenazaban estorbar su progreso; y cada hoja, cada rama de cacto estaba poblada de traicioneras púas fatales para los neumáticos.

La temida explosión se dejó oír por fin. El coche dio un vaivén, siguió luego una ruta irregular, y se detuvo, obediente a la mano maestra que le dominaba. Por muy rápidamente que Link cambiase el neumático, perdióse algo de tiempo. El sol, más hosco, más rojizo, cuanto más cerca se hallaba del oscuro horizonte, parecía escarnecer a Magdalena, mirarla con provocativa irrisión.

Link volvió a su puesto, y el auto reanudó la marcha. Cambió el camino, cambiaron los árboles, cambiaron los alrededores, excepto los cactos. Vinieron millas de ondulantes lomas, ásperas en sus hondonadas, y breves trechos roqueños, y barrizales y una cañada arenosa donde los mezquites formaban una espesa arboleda, a lo largo de un lavajo de escasa profundidad. La verdura dulcificaba el rudo y árido aspecto del desierto. Notábase la presencia de pájaros y loros y

Librodot

ciervos y jabalíes. Magdalena observaba cuanto veía con marcada atención ; aunque lo que ansiaba ver, lo que con toda su alma pedía al cielo, era un camino libre y sin obstáculos.

Pero la carretera comenzó a serpentear, torciéndose y retorciéndose en mil curvas y recodos, dando cien rodeos para escalar un cerro que asumía proporciones de montaña; y ello, lentamente, sin prisa, como todo lo que, excepto en el combatir, solía hacerse en Méjico. El combatir es rápido, feroz, sanguinario..., español.

El descenso de aquella elevación fue difícil, extremadamente azaroso, pero Link lo efectuó a toda marcha. En la base del cerro las rocas y la arena le detuvieron. Luego, al tomar una abrupta curva un cacto destrozó otro neumático. El ímpetu del coche hizo que fuera a dar de lleno en la planta y que se agujereara el segundo de los delanteros. Nels y Link trabajaron como fieras. Estremeciéndose, Magdalena sintió la mengua del calor solar, vio con ojos horrorizados el avance de las sombras por el desierto. No se atrevió a mirar atrás, vara comprobar a que distancia estaba el sol del horizonte. Quería preguntárselo a Nels. Una de las más extrañas particularidades de aquella tornada fue la ausencia de conversaciones. Hasta entonces nadie había desplegado los labios. Magdalena anhelaba gritar y decirle a Link que se apresurase.

Pero él era más que humanamente activo en todas sus acciones. Y así, con sellados labios, con el fuego interior que empezaba ya a enfriarse, con el desaliento que se apoderaba de su espíritu, atisbaba e imploraba ansiosamente la llegada de un camino recto y sin tropiezos.

De pronto vio atendida su plegaria al aparecer ante ella millas y más millas de estrecho sendero que desaparecían como un sutil trazo blanco en la distante verdura. El corazón de Link saltó tal vez en su pecho como el de Magdalena. El coche pareció responder con su rugido a la llamada de la joven, no por silenciosa menos intensa y desgarradora. ¡Aprisa ! ¡Aprisa! ¡Aprisa! El rugido convirtióse en zumbido, para luego trocarse en otra cosa... que ella no podía escuchar. El viento era ahora pesado, imponderable; no era ya una cosa rápida y plástica, sino algo sólido, a modo de muralla que se abatía sobre su pecho y que la oprimía con tan irresistible violencia que la paralizaba. Las plantas, a ambos lados del camino, transformábanse en dos especies de estrías continuas que huían apenas alcanzadas. Los objetos se hicieron confusos e indistintos, el blanco camino pareció poblarse de surcos, el cielo cubrirse de más rojizos resplandores.

Magdalena, comprendiendo que su vista le hacía traición, se volvió a mirar a Link Stevens. La jornada había llegado a tener para él tanta importancia como para ella. Se inclinaba sobre el volante más agazapado que nunca, rígido, tenso en grado máximo, terrible, implacable. Era su hora y valía la pena de aprovecharla. El más ligero contacto de una de las ruedas contra alguna de las infinitas púas que los cactos proyectaban, habría ocasionado una sacudida...,

Librodot

una terrible oleada de aire... y el foral de la jornada. Magdalena creyó ver que el semblante de Link estaba gris y sus apretados labios, blancos, huérfanos de su característica sonrisa. Link no era algo diabólico, sino un ser verdaderamente humano. Sintió Magdalena un extraño ardor de fraternal comunidad. Link comprendía el alma femenina como Monty Price la había comprendido. Link era un animado autómata, un impetuoso, obstinado, invencible instrumento de la voluntad de una mujer, a cuya pasión subordinaba su energía. Link se había puesto a la altura de ella, adivinando la grandeza de su amor y comprendiendo la intensidad de su angustia. Y este conocimiento le hacía heroico. Pero era su dura vida anterior, los salvajes años de peligro en el desierto, el compañerismo de hombres implacables, lo elemental, lo que hacía posible la hazaña física. Magdalena reverenció su espíritu y glorificó al hombre.

En su corazón quedó indeleblemente impresa la imagen corcovada e informe de Link, aferrado con inquebrantable e imperecedera fuerza al volante, blanca la faz como una máscara de mármol.

Ésta fue la última impresión clara que tuvo de la jornada Magdalena. Cegada, aturdida, hubo de sucumbir ante las exigencias impuestas a su resistencia. Desvanecida, cayó hacia atrás, apenas consciente del sostén de una mano auxiliadora. La confusión se apoderó de sus sentidos. Todo en torno de ella era un caos sombrío, hacia el que se precipitaba veloz bajo la iracunda mirada del sol poniente. Luego, como había perdido el sentido del oído y de la visión, creyó que las cosas carecían de color. Pero la larga carrera no disminuía..., una carrera loca a través del espacio, opaco e ilimitado. Durante momentos, horas, siglos, sintióse lanzada a la velocidad de una estrella errante. La tierra entera parecía un colosal automóvil, que volaba por una pista infinita a través del universo. Fantásticas formas de cactos espectrales, grandes como pinos, la aguijoneaban con sus gigantescas púas. Se convirtió en un ser inestable dentro de un cosmos incoloro, informe, sin sonido, de cosas inconexas, pero siempre corriendo, siempre volando al encuentro de la negrura que la obsesionaba sin alcanzarla nunca.

Después de un tiempo infinito cesó la carrera. Magdalena perdió la sensación de incorporeidad. Comenzó a distinguir voces, al principio apagadas, aparentemente lejanas. Después abrió los ojos, unos ojos turbios y nublados, pero conscientes.

El coche se había detenido. Link yacía de bruces sobre el volante. Nels le frotaba a ella las manos llamándola. Vio un edificio de paredes enjalbegadas y techumbre de tejas pardas. Más allá, sobre la oscura cordillera, asomaba el último segmento y el último rayo del sol poniente.

XXV

Librodot

Magdalena vio que unos mejicanos armados rodeaban el coche. Éstos ofrecían una notable diferencia, comparados con los que había visto antes; su silencio y respetuosa actitud la asombraron.

Súbitamente una voz de mando, breve y perentoria, abrió las filas contiguas a la casa. El señor Montes apareció por la brecha, avanzando presuroso. Una sonrisa animaba su moreno rostro. Su continente era cortés, autoritario e importante.

-Señora, no es demasiado tarde.

Hablaba inglés, con un acento extraño rara ella, lo cual parecía dificultar su comprensión.

-Ha llegado usted a tiempo, señora-prosiguió- El capitán Stewart será puesto en libertad.

-¡Libre! -murmuro.

Se incorporo, bamboleándose.

-Venga usted -dijo Montes, cogiéndola del brazo-. Perdóneme, señora.

Sin su asistencia habría caído sobre Nels, que la s') tenía por otro lado. Por un momento las blancas paredes, el caliginoso cielo rojo, las oscuras figuras de los rebeldes, giraron vertiginosamente ante los ojos de Magdalena. Dio algunos pasos, tambaleándose entre su escolta; después la confusión de su vista y espíritu se disipó. Fue como si miles de tónicas corrientes la vivificasen, capacitándola para ver y oír y sentir cuanto pudiese pasar por el mundo, sin olvidar o descuidar nada.

Pensando en Link se volvió hacia él. Salía del coche con inseguro paso, con el casco en la nuca y los anteojos sobre la frente; recobraba el color del rostro, trocando la serena fulgencia de su mirada por algo más humano.

El señor Montes condujo a Magdalena y a sus cowboys a un patio, v luego, a través de un aposento toscamente entarimado, llegaron a otro más pequeño lleno de rebeldes armados que en silencio miraban por una amplia ventana abierta.

Magdalena recorrió con la vista los semblantes de aquellos hombres, esperando hallar entre ellos a don Carlos.

Mas éste no estaba presente. Un militar la interpeló en español, pero con una pronunciación excesivamente rápida y voluble para que ella le comprendiese. Pero este militar, lo mismo que el señor Montes, tenía, no obstante su desaliñado porte y tosco aspecto, un inconfundible sello de autoridad.

Montes dirigió la atención de Magdalena hacia un sujeto que se apoyaba en la ventana, con un pañuelo grande de vivo color rojo en la mano.

-Señora, cuando llegamos estaban esperando la puesta del sol -dijo Montes- Estaban a punto de dar la seña! para que el señor Stewart emprendiese su paseo hacia la muerte.

-¿Su paseo? - repitió Magdalena.

-¡Ah, señora! Permítame que explique mis palabras leyéndoles la

Librodot

sentencia..., la sentencia que he tenido el honor y la dicha de revocar en su obsequio.

Stewart había comparecido ante un Consejo de guerra que al dictar su fallo se atuvo a una práctica mejicana observada en los casos en que los reos se hacían acreedores por su bravura a una adecuada v honorable ejecución. El acto debería tener lugar el jueves por la tarde, al ponerse el sol. Dada la oportuna señal, Stewart sería puesto en libertad dejando a su arbitrio el pasear en la dirección que prefiriese por la carretera. Conocía su sentencia. Sabía que la muerte le esperaba. que toda posible salida de escape estaba cerrada por soldados armados de rifles. Mas no tenía la menor idea de cuándo ni de donde partiría la descarga destinada a acabar con su vida.

-Señora, hemos enviado mensajes a todos los piquetes apostados en los sitios convenidos, con orden de no disparar sobre el señor Stewart. Él ignora que esté absuelto. Ahora daré la señal para su liberación.

Montes era galante, ceremonioso y emocional. Magdalena vio que se proponía prolongar su inquietud, permitiendo que Stewart emprendiese el paseo terrible en completa ignorancia de su libertad. Súbitamente, asalto a la joven la horrible sospecha de que pudiera mentir, de que quisiera hacerle testigo de la ejecución de Stewart. Pero no. El oficial era honrado, aunque bárbaro. Satisfaría los instintos de su temperamento -sentimentalismo, romanticismo, crueldad- dejando que Stewart comenzara su paseo, observando su actitud frente a la muerte, regodeándose acaso con la agonía de incertidumbre de Magdalena, con su temor, su compasión, su amor. La joven creyóse incapaz de soportar la situación.

-¡Señora! ¡Será un bellísimo espectáculo! - Montes tomó el pañuelo de manos del soldado. Sus pupilas tenían un extraño y glacial fulgor. Su voz era baja e intensa. Para él el momento era espléndido-. Voy a agitar el pañuelo, señora. Será la señal. La percibirán al otro lado de la carretera. El carcelero del señor Stewart la verá, le quitará las esposas, abrirá la puerta de su celda. Stewart será libre. Pero no lo sabrá. Esperará la muerte. Como es un valiente la afrontará. Vendrá hacia aquí, esperando a cada paso la descarga desde un punto desconocido. Mas..., esperándola sin temblar. He visto a «El Capitán» combatir en el campo de batalla, señora. ¿Qué es para él la muerte? ¿No será magnífico verle? Verá usted qué clase de hombre es, señora; a cada paso esperará una muerte rápida, certera. Y... al final de su paseo hallará a su bellísima esposa.

-¿No hay... no hay posibilidad de un error? -preguntó tartamudeando Magdalena.

-En absoluto. Mi orden incluía el descargar las armas. -Y ¿don Carlos?

-Está preso; ha de dar cuenta al general Salazar de sus actos - replicó Montes.

Magdalena miro hacia la desierta carretera. ¡Qué extraño ver el postrero resplandor del sol sobre la cima de la sierra! Aquel crepúsculo había sido para ella la más horrible pesadilla. Sin

Librodot

embargo, esta se había desvanecido, y ahora el crepúsculo aparecía luminoso, bellísimo, profético.

Con el corazón contraído por la angustia y la alegría vio a Montes agitar el pañuelo.

Esperó. En el solitario camino no ocurrió cambio alguno. En el aposento reinaba absoluto silencio. ¡ Qué terrible, qué infinitamente larga parecía la espera! Jamás olvidaría en el resto de su vida las Pintorescas casitas blancas, azules y rojas, con sus tejados pardos. Aquella polvorienta y desnuda carretera parecía una de las calles desenterradas de Pompeya con su aspecto de soledad secular.

De pronto se abrió una puerta y en su umbral apareció un hombre de elevada estatura.

Magdalena reconoció a Stewart. Trastornada por la emoción, hubo de apoyarse con ambas manos en el alféizar de la ventana para sostenerse. ¡ Stewart vivía ! ¡Era libre! Había salido afuera, a la luz. Le había salvado ella. La vida se transformo para Magdalena en aquel momento en que comprobaba todo eso, haciéndose dulce, plena, extraña.

Stewart estrechó la mano a alguien que se hallaba en el interior. Luego miro arriba y abajo de la carretera. La puerta se cerro tras él. Reposadamente lió un cigarrillo, acercándose a la pared para encender la cerilla. No obstante la distancia, Magdalena percibió la llama y el primer penacho de humo.

Lentamente Stewart se situó en medio de la carretera y echo a andar.

A los ojos de Magdalena fue una acción natural como si pasease por su recreo, aunque la ausencia de todo otro ser viviente, el silencio, la rojiza colina, la sobrecargada atmósfera, no eran nada naturales. De tiempo en tiempo se detenía mirando a las casas y a las esquinas. Tan solo el silencio respondía a la significativa actitud. En otra ocasión se detuvo a liar y encender otro cigarrillo. Después acelero el paso.

Magdalena le contemplaba con orgullo, amor, pena y gloria, en ruda pugna cada uno de estos sentimientos por adquirir predominio sobre ella. Aquel Paseo de Stewart era más largo que sus horas de despertar espiritual, de lucha, de remordimiento; más largo que la jornada hecha en su busca, Magdalena creyó que le sería imposible esperar a que llegase al final del camino, v en el tumulto de sus sentimientos experimento ráfagas de Pánico. ¿Qué le diría? ¿Como acercarse a él? Bien recordaba ella la talluda y robusta figura que se había acercado lo bastante para distinguir su atavío. El rostro de Stewart era aún impreciso. Pronto le vería, mucho antes de que él supiera que ella estaba allí. Ansiaba correr a su encuentro. No obstante, permaneció como clavada en su sitio, tras la ventana, viviendo con él el paseo, con aquel recuerdo del hogar, de su madre, de su hermana..., de la vida misma..., de cuantos recuerdos pueden acudir a la mente de un hombre que va en busca de sus verdugos. Magdalena sentíase presa de todas las emociones, de todos los sentimientos que pueden embargar a una mujer. Cada paso de Stewart la escalofriaba. Por una

Librodot

sutil y extraña intuición adivinó que no era feliz y que creía sin ningún género de duda que iba hacia la muerte. Stewart acortó e! paso. La antigua y salvaje entereza del cowboy entraba acaso en conflicto con el desarrollo espiritual del hombre más refinado, comprendiendo, aunque tarde, que la vida no es para ser sacrificada en vano.

El oscuro manchón que hasta entonces había sido su rostro tomó cuerpo, forma y carácter. Había vuelto a acelerar el paso, y en su andar hubo un aire de impaciencia. ¡Tiempo necesitaban aquellos mejicanos para resolverse a matarle! En un punto situado en el centro de la carretera, en la misma línea del ángulo de una casa y fronterizo al apostadero de Magdalena, Stewart se detuvo en seco. Presentó audaz blanco a sus verdugos, y así permaneció inmóvil un minuto largo.

El más absoluto silencio acogió su alarde. Era evidente para Magdalena y, en su opinión, para cuantos tenían ojos para verlo, que Stewart juzgó que, puesto que hasta entonces le habían respetado, era llegado el momento de poner fin a su incertidumbre. Al no seguir descarga alguna cuando se detuvo, la severa dignidad de su continente se trocó en temerario desprecio, manifestado en la forma en que se acercó a la esquina del edificio para liar un tercer cigarrillo, y presentando el amplio pecho a la ventana, fumó y esperó.

Aquella pausa fue casi insoportable para Magdalena. Tal vez fue solamente un segundo, varios a lo sumo, pero le pareció un año. El semblante de Stewart era despectivo, duro. ¿Sospechaba alguna traición por parte de sus captores? ¿Creía que pretendían jugar con él como el gato con el ratón, para asesinarle luego a sus anchas? Magdalena tuvo la certeza de haber notado la antigua y familiar sonrisa burlona en sus labios. Stewart mantuvo la misma posición durante un tiempo que a su juicio le pareció razonable, y luego, con una carcajada, tiró el cigarrillo y se encogió de hombros. Sacudió la cabeza como intrigado por los incomprensibles motivos de quienes ya no podían tener justificadas razones para más demora.

Hizo un súbito y enérgico ademán que fue más bien un erguimiento de su poderosa figura y que respondió a su tradicional e instintiva violencia. Después se situó de cara al Norte. Magdalena leyó su pensamiento, conoció que pensaba en ella, que le enviaba un postrero y silencioso adiós. Gene la serviría hasta el último aliento, dejándola libre, guardando su secreto. Aquel cuadro, aquella imagen suya de rostro sombrío, con las pupilas llenas de fuego, extrañamente triste y, sin embargo, recio y poderoso, se grabó para siempre en el corazón de Magdalena.

Un instante después proseguía su marcha, como queriendo forzar con su audaz y desdeñosa presencia el pronto cumplimiento de su sino.

Magdalena salió a la puerta, franqueó el umbral. Stewart se tambaleó como si las balas que esperaba hubiesen entonces en efecto atravesado su pecho. El atezado rostro se volvió blanco. Sus pupilas adquirieron una expresión de enajenamiento, de salvaje terror como el

Librodot

de un hombre que ve un espectro y duda de sus sentimientos. Acaso la había invocado como los mejicanos a su Virgen ; acaso imaginó que la muerte había sobrevenido tan rápida como imprevista, y que aquélla era la imagen de Magdalena que se le aparecía en alguna otra vida.

-¿Quien... es... usted? -murmuró roncamente.

Ella quiso levantar los brazos sin conseguirlo, lo volvió a intentar, y por fin se los tendió temblando.

-Soy yo. Majestad. ¡Tu mujer!

FIN